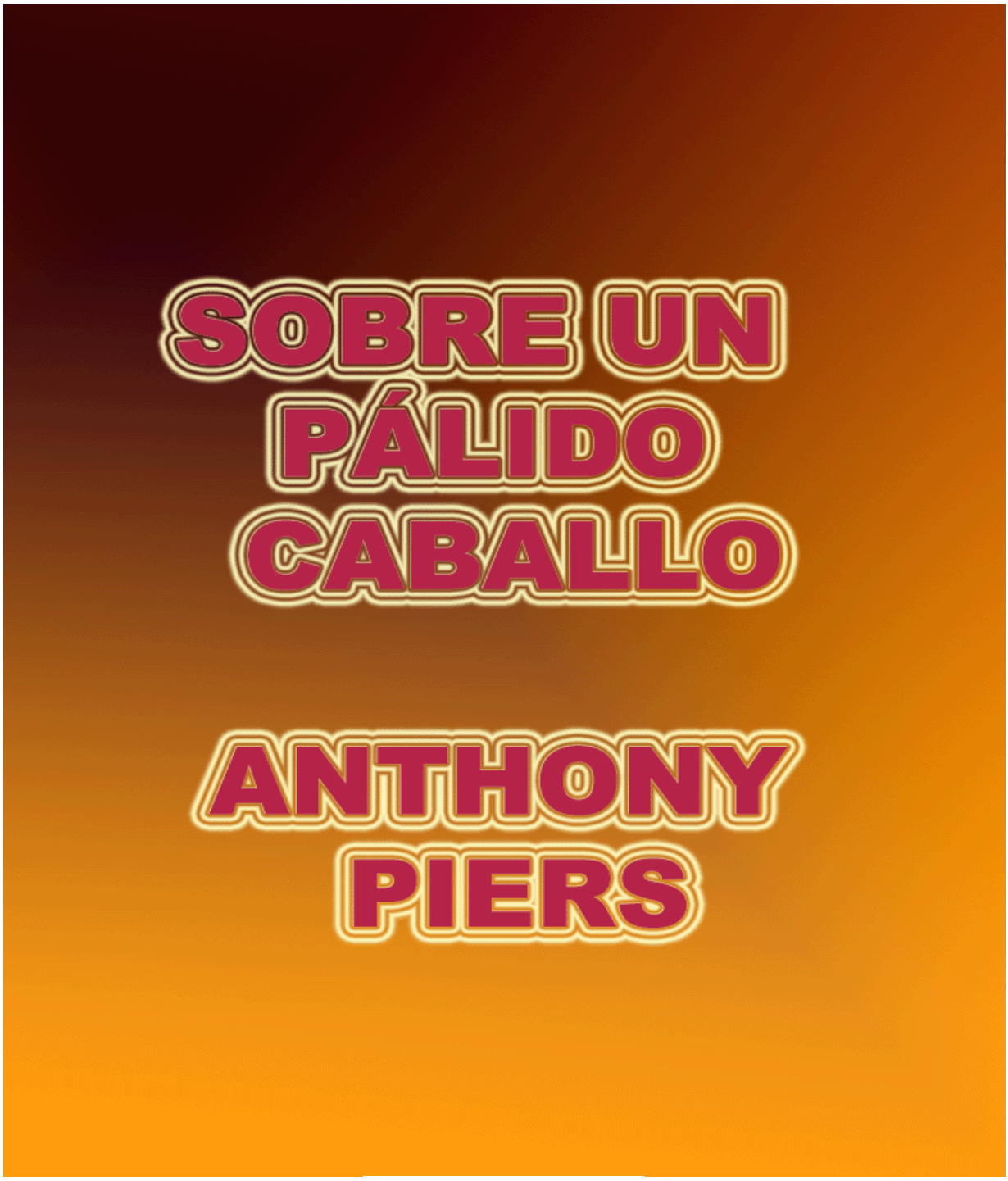
LIBRO dot.com

SOBRE UN PÁLIDO CABALLO

ANTHONY PIERS



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Sobre un pálido caballo

ÍNDICE

- COMPRAR UNA PIEDRA
- VISITAS EN CASA
- OVEJAS Y CABRAS
- EL MAGO
- LUNA
- EL DOMINIO DE LA MUERTE
- EL CARNAVAL DE LOS FANTASMAS
- LA MADRE VERDE
- BUROCRACIA
- HUMO CALIENTE
- LOS ARGUMENTOS DE SATÁN
- TÁCTICA PARADÓJICA
- AUNQUE SATÁN OBSTRUYA EL CAMINO

COMPRAR UNA PIEDRA

—Muerte —dijo el propietario, mostrando la piedra.

Era un rubí rojo brillante, tallado en múltiples facetas, engarzado en un anillo de oro puro. Pesaba más de un quilate; peso importante para su calidad.

—No la quiero —dijo Zane, a la par que negaba con la cabeza, sintiendo un escalofrío.

El hombre sonrió; una estudiada y practicada expresión, obviamente reservada para las actitudes indecisas. Iba bien vestido, pero estaba un poco pálido, como aquellos que han permanecido en la sombra durante mucho tiempo.

—Se equivoca usted. Esta gema no atrae a la muerte sino todo lo contrario.

Zane se tranquilizó un poco.

—Entonces, ¿por qué la llama piedra de la muerte?

De nuevo apareció aquella molesta sombra de condescendencia en el rostro del propietario, con la que combatía los ignorantes obstáculos del cliente indeciso.

—Ella se limita a avisar al usuario de la proximidad del fin, oscureciéndose. La rapidez e intensidad del cambio le informa de las circunstancias potenciales de su fallecimiento, con tiempo suficiente para que lo pueda evitar.

—Pero, ¿no es eso paradójico? —Zane había visto anuncios de semejantes piedras, por lo general a precios prohibitivos, pero consideró sus afirmaciones como hipérboles publicitarias—. Una profecía no es válida si...

—No hay paradoja —contestó el propietario con seguridad profesional—. Es sólo una advertencia adecuada. Difícilmente podría usted obtener mejor servicio, señor. Después de todo, ¿qué hay más precioso que la vida?

—Eso presupone una vida digna de ser vivida —dijo Zane, en tono amargo.

Era un joven no muy alto, de facciones anodinas, con marcas de acné que ni la medicación, ni los remedios caseros, ni los encantamientos habían sido capaces de eliminar por completo. Su pelo tenía un tono castaño que hacia pensar en agua sucia y estaba bastante descuidado; y sus dientes, contradiciendo a la moda, eran irregulares. Obviamente se trataba de un tipo depresivo.

—Si se oscurece, se cambia de rumbo y se evita la muerte —continuó Zane—, puede suponerse que el aviso ha sido la salvación. Pero también puede ser un cambio fortuito de la piedra. Los hechizos del color son baratos y fáciles de obtener. No hay forma de probar que la profecía sea válida. Por otra parte, si se oscurece y el usuario muere, ¿cómo puede reclamar? ¿Cómo puede reclamar estando muerto? —Se rascó una de las marcas con gesto distraído—. Si no funciona, ¿cómo se puede recuperar lo pagado?

— ¿Usted no lo cree? —preguntó el propietario, frunciendo el entrecejo expertamente. Prescindiendo del color de su piel, era un hombre bastante bien parecido, en los primeros años de la madurez, cuyos cabellos estaban hechizados para conservar de forma permanente sus ondas de color castaño—. Dirijo una tienda respetable. Le aseguro que todas mis piedras encantadas son auténticas.

—Según el Apocalipsis, la muerte cabalga sobre un pálido caballo —dijo Zane, complaciéndose en su melancolía, y evidenciando que tenía algunos conocimientos en aquella materia—. Me pregunto si un objeto inanimado, un coloreado trozo de corindón, puede frenar al pavoroso jinete con tanta facilidad. Dada la incertidumbre de la situación, la piedra no es muy útil para su propietario. Sólo puede probarla viendo cómo se transforma mientras él rehúsa a cambiar de rumbo. Si la profecía es válida, está condenado; si no lo es, habrá sido objeto de una estafa. Es un juego en que nunca se gana. He jugado a muchos de ésos.

—Le haré una demostración —dijo el propietario, percibiendo una cierta tendencia morbosa que podría hacer vulnerable a aquel cliente a una agresiva y adecuada táctica comercial—. El escepticismo es saludable, señor, y usted es, obviamente, demasiado inteligente para ser engañado con una mercancía defectuosa. El valor de la piedra puede probarse.

Zane se encogió de hombros, con afectada indiferencia.

— ¿Una demostración sin compromiso? ¿Puede servir aunque no pague por ella?

El propietario sonrió con más autenticidad, sabiendo que su pez, a pesar de sus maniobras evasivas, estaba casi a punto de morder el anzuelo. Las personas que realmente no están interesadas, no se molestan en discutir. Tomó la piedra de la mágica vitrina de cristal antirrobos y se la ofreció. Zane sonrió irónicamente y aceptó el anillo, colocándolo en la punta de su pulgar.

—A no ser que haya alguna inmediata y clara amenaza para que la piedra señale...

No acabó la frase, puesto que el anillo inició un cambio. Del rojo brillante pasó a granate y luego a la opacidad.

La mente de Zane comenzó a entumecerse. La muerte... Estaba relacionada con su gran pecado. Se miró el brazo izquierdo, sintiendo que la sangre ardía bajo su piel. Vio el rostro de su madre cuando ella se estaba muriendo. ¿Cómo podría librarse de aquel recuerdo?

— ¡Muerte... dentro de pocas horas, repentina! —dijo el propietario, espantado—. ¡La piedra está completamente negra! Nunca la he visto cambiar con tanta rapidez.

Zane dejó a un lado su fantasma particular. ¡No, no podía permitirse creer aquello!

—Si he de morir dentro de unas horas, no tengo necesidad de esta piedra.

— ¡Cómprela! ¡Usted la necesita, señor! —insistió el propietario—. Con la piedra de la muerte puede cambiar su destino. Guárdela y tome una nueva dirección; si el color vuelve, sabrá que es correcta. ¡Puede salvar su vida! Pero tiene que poseer este bello rubí mágico para que lo guíe.

Para que lo conduzca lejos de la muerte. De lo contrario, es posible que fallezca antes de que acabe el día. ¡La advertencia es clara!

Zane dudó. La piedra de la muerte era ahora un objeto impresionante. Su apariencia no contradecía las palabras. Pero él había estado pensando en la muerte mientras sostenía la piedra, y aquello podía haber producido el cambio de color. Los hechizos medidores de emoción eran sencillos y baratos, poco dignos del calificativo de mágico. Podría haber muchas cosas como ésta que proporcionaran falsas lecturas. Aún...

— ¿Cuánto vale? —preguntó.

— ¿En cuánto valora usted su vida? —preguntó a su vez el propietario, con cierto brillo predatorio en los ojos.

—Unos dos centavos, si esta piedra está en lo cierto —dijo Zane siniestramente. Su corazón latía con rapidez.

—Dos centavos... por minuto —dijo el propietario, iniciando su discurso final—. Pero esta extraordinaria y hermosa piedra está ahora disponible con un descuento del cincuenta por ciento. Se la venderé a un solo centavo por minuto, incluyendo principal, intereses, servicios y seguro.

— ¿Cuánto al mes? —quiso saber Zane, viéndose atrapado.

El propietario sacó una calculadora de su bolsillo y pulsó los botones con destreza.

—Cuatrocientos treinta y dos dólares.

Zane se quedó rígido. Había previsto un alto precio, pero aquél era increíble. Una familia podría comprar una buena casa por una cantidad semejante.

— ¿Durante cuánto tiempo?

—Sólo quince años, o menos.

— ¿O menos?

—En caso de que la gema falle, el seguro pagaría el saldo debido, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Zane torciendo la boca en un gesto irónico.

Un fallo significaba muerte, y ésta significaba que el hechizo era impreciso. Planeaba cobrar el dinero sin tener en consideración la efectividad de la piedra de la muerte para proteger a su poseedor. Elaboró un rápido cálculo mental y sacó la conclusión de que le costaría poco más de setenta y cinco mil en total. Dos tercios serían intereses y otros gastos. Demasiado dinero. ¡Una gran cantidad! Probablemente más de lo que valía su vida. Literalmente.

Devolvió el rubí. Su color cambió en cuanto lo sostuvo el propietario. Momentos después, su profunda y peculiar tonalidad de rojo destelló bellamente a la luz de la tienda. Sin duda, el rubí era una gema maravillosa, incluso aunque no fuese mágico.

— ¿Qué más puede ofrecerme? —preguntó Zane.

Estaba aturdido, pero aún así deseaba encontrar algo que pudiera ayudarle.

—Amor —dijo el propietario de inmediato, sacando un nebuloso zafiro azul, montado en otro anillo de oro.

Zane miró la piedra.

— ¿Amor romántico? ¿Una mujer? ¿Matrimonio?

—O de cualquier otra clase. —La sonrisa del propietario no era tan cálida como había sido, quizá debido a su fracaso con la piedra anterior. No le divertía ver que el pez se escapaba del anzuelo. Con toda probabilidad la nueva gema era menos cara, lo que significaba menor beneficio—. Esta bella piedra brilla ante una posibilidad de romance. El zafiro, como usted sabe, tiene la misma composición química que el rubí, ya que ambos son corindones; pero como los colores del zafiro abundan más que los del rubí, su valor es menor. Sin embargo, ésta es una ganga. Sincronización con su romance; todo lo que tiene que hacer es seguir sus señales hasta conseguir su meta.

Zane parpadeó, escéptico.

—No se puede lograr un romance disparándole como si fuese un blanco. Hay aspectos sociales, matices complejos de compatibilidad...

—La piedra del amor tiene en cuenta todas esas cosas, señor. Orienta hacia la persona adecuada, tomando en consideración todos los factores. Si no cuenta más que con sus propios medios, es posible que cometa un error y tenga que soportar una desafortunada unión, que quizá le pueda causar dolor. Con esta piedra nunca ocurrirá.

—Pero podría haber muchas combinaciones excelentes —objetó Zane—. Muchas mujeres adecuadas. ¿Cómo una simple gema puede escoger entre ellas?

—Las circunstancias alteran los casos, señor. Algunas mujeres son ideales para cualquier hombre; con cualidades de belleza, talento y lealtad que las hacen altamente deseables con independencia de los distintos caracteres de los varones. Pero la mayor parte de ellas ya están casadas, puesto que estas cualidades son percibidas con rapidez por el afortunado chico de al lado. Otras pueden estar destinadas a un proceso de desvalorización, como una enfermedad que las desfigure o serios problemas familiares. La piedra del amor lo sabe; orienta hacia la persona más conveniente, más fiable, más asequible. No se equivoca. Sólo tiene que hacerlo girar hasta obtener el destello más luminoso y seguir la dirección que le marque. No se verá defraudado. —Colocó ante sí el zafiro azul—. Una prueba de demostración, señor.

—No sé, si es como la última...

— ¡Esto es un romance! ¿Cómo puede perdérselo?

Zane suspiró y tomó la piedra. Era bonita de veras y el doble de grande que la piedra de la muerte. Su poder teórico le intrigaba enormemente. Un buen idilio, ¿qué más puede pedir un hombre?

Tan pronto como el anillo tocó su mano, la piedra destelló y cambió a un azul más claro, volviéndose translúcida. De nuevo, su mente se perdió en los recuerdos. Amor. Ese era el segundo soporte de su culpa. Hubo una mujer amable y bella, que había querido casarse con él. Pero carecía de la única cosa que él consideraba imprescindible. Ella le gustaba, quizá llegó a amarla, y ella le amó... demasiado.

— ¡El romance perfecto... dentro de una hora! —exclamó el propietario, que parecía verdaderamente asombrado. Su voz sacó a Zane de su ensimismamiento. ¡Es usted un hombre muy afortunado! ¡Nunca he visto a la piedra del amor tan brillante, ni orientada con tanta precisión!

El romance perfecto. Lo tuvo. En el pasado fue una realidad. ¿Cómo podía la piedra conocer sus necesidades particulares? Se la devolvió al propietario.

—No puedo permitírmela.

— ¿No puede permitirse el amor dentro de una hora? —El hombre fingió asombro.

—Un romance no pagará mi alquiler.

El propietario movió la cabeza con repentina comprensión. Algo carente de escrúpulos pasó fugazmente a través de su rostro.

—Así que carece de dinero.

Zane tomó una bocanada de aire.

—Sí, supongo que he estado perdiendo aquí mi tiempo... y el suyo. —Se volvió para marcharse.

El propietario lo cogió del brazo, olvidando su savoir-faire a causa de su vehemencia.

— ¡Espere! ¡Tengo una piedra para usted!

— ¿Cómo voy a pagarla? —preguntó Zane con amargura.

—Puede pagarla, señor.

Zane se encogió de hombros.

— ¿Sabe por qué la piedra de la muerte se puso negra cuando la cogí? Porque pronto moriré de hambre. No tengo dinero. No sé por qué entré aquí, ha sido un acto completamente irracional. No puedo permitirme ni la más barata de sus gemas mágicas. Le pido disculpas por las molestias.

— ¡Al contrario, señor! Tengo una piedra de ventas colocada encima de mi puerta; brilló al entrar usted. Usted comprará algo aquí. —Sacó rápidamente una piedra de la vitrina—. Ésta es la que usted quiere.

— ¿No me comprende? Estoy en la ruina.

—Es una piedra de fortuna.

Zane se detuvo.

— ¿Una qué?

—Ésta le dará dinero. ¡Pruébela!

—Pero... —La protesta de Zane se cortó cuando la piedra estuvo en su mano.

No estaba engarzada en un anillo. Era un enorme zafiro en forma de estrella, que sobrepasaba los cien quilates, pero de muy mala calidad. El color variaba desde el gris turbio al marrón terroso, y tenía anillos concéntricos que cruzaban su materia y varias negras inclusiones o imperfecciones. Pero la estrella era impresionante, sus seis radios se extendían exactos alrededor del pulido hemisferio, y sus intersecciones afloraban justo sobre la superficie. Zane parpadeó, pero el efecto permanecía; la estrella no estaba dentro, sino sobre la piedra. Allí había algo mágico, con toda certeza.

—Admito que no es bonita, pero no vendo mis piedras por su apariencia —dijo el propietario—. Se las valora por su magia. Ésta es una piedra hechizada tan potente como las otras, pero de naturaleza distinta. Es la que usted desea. En realidad no tiene precio.

—Sigo insistiendo. No puedo...

—Dije que no tiene precio. No puede comprar esta joya con dinero.

—No si genera riqueza —asintió Zane, intrigado.

—Así es, señor. Produce riqueza... todo lo que pueda necesitar. Potencialmente, miles de dólares de una vez.

—Pero ya estamos de nuevo ante una paradoja. ¿Cómo puede permitirse usted vender una piedra así? Debería quedársela.

El propietario frunció el entrecejo.

—Confieso la tentación. Pero caería sobre mí un gran castigo. Si yo utilizara alguna de estas piedras mágicas, ninguna de las otras piedras actuarían para mí. No con fiabilidad. Sus encantamientos tienden a eliminar cualquier otro. Por ello utilizo muy poco la magia, aparte de la piedra de la venta, que actualmente me ayuda en el negocio. Gano para vivir bien con los beneficios, sin utilizar ninguna otra gema mágica.

Zane meditó. El hombre podía estar ocultando el hecho de que sus piedras estuvieran encantadas con magia negra, ayudando a condenar a la persona que las usara. Los traficantes de droga no suelen consumirla, para no ser destruidos por su propio producto; y la magia negra era mucho más insidiosa que las drogas. Todavía quedaba una pregunta. La normal entre vendedores y compradores.

—Entonces, ¿cuál es el precio?

—Observe la claridad de la estrella —dijo el propietario—. Cuando usted invoca la magia, la estrella flota fuera de la piedra y no vuelve hasta que el hechizo se ha completado. De esta forma se sabe exactamente cuándo está operando.

El hombre se estaba mostrando evasivo.

—Suponiendo que funcione —dijo Zane.

—Una demostración —propuso el propietario, percibiendo que la venta podía materializarse—. Mire fijamente a la piedra de la fortuna e intente concentrar su pensamiento en el dinero. Esto es todo lo que hay que hacer para invocarla.

Zane cogió la piedra, la miró y se concentró. Un instante después, la estrella flotó desprendiéndose de la piedra, sus brazos colgaban como piernas, y se desplazó lentamente a través del aire. ¡Estaba trabajando!

Entonces, la conciencia de Zane se debilitó al interponerse un desagradable recuerdo: la mesa de juego, el juego desesperado, las pérdidas que se amontonaban. ¡Había sido tan loco con el dinero! No era de extrañar que estuviera arruinado. Si al menos se hubiera parado allí...

La estrella bajó, moviéndose hacia un pie de Zane. Él dio un paso hacia atrás, ella lo siguió como si lo persiguiera.

—Observe cualquier parte a que se dirija —dijo el propietario.

—Suponga que me lleva a la cartera de otro, a la caja fuerte de un banco.

—No, sólo descubre riqueza legítima y disponible. Nunca nada ilegal. Es parte del hechizo. Hay leyes que regulan los encantamientos. La Oficina Federal de Encantamientos investiga las quejas por abusos.

— ¿Quejas por prácticas de magia negra? —preguntó Zane, alertado.

El propietario simuló disgusto.

—Señor, yo no trabajo con magia negra. Todos mis hechizos son de genuina magia blanca.

—La magia negra no conoce ninguna otra ley que la suya propia —murmuró Zane.

—Magia blanca —insistió el propietario—. Mis mercancías tienen el certificado de magia blanca auténtica.

Pero a tales certificados, Zane lo sabía, no podía concedérseles más validez que a las personas que los expedían. La magia blanca era siempre honesta, pues su fuerza provenía de Dios, pero la magia negra se enmascaraba con frecuencia de blanca. Naturalmente, Satán, el Padre de las Mentiras, trataba de engañar a la gente sus mercaderías.

Era difícil para un simple aficionado distinguir con seguridad entre las magias. Por supuesto, él podía hacer tasar la piedra, y. la tasación incluir una determinación de su estatus mágico, pero esto sería caro y además tendría que comprarla primero. Aunque el veredicto fuera negativo, él podía estar encantado.

La estrella se quedó suspendida sobre el zapato de Zane.

—Levante el pie, señor —sugirió el propietario.

Zane lo levantó y la estrella se deslizó por debajo como un insecto escurridizo.

Sorprendido, miró la suela de su zapato. Había un centavo pegado en ella. Zane lo cogió. De inmediato, la estrella volvió al enorme zafiro.

El hechizo había funcionado. La estrella lo había conducido a un dinero del que nadie sabía. No mucha cantidad, pero era evidente que no podía haber mucho perdido en una tienda como aquélla. Era el principio lo que contaba, no la cantidad concreta.

El horizonte se abrió ante él. ¿Cómo podría arreglar una piedra de la fortuna su situación? Haciéndole llegar dinero, liberándolo de sus deudas, proporcionándole una vida cómoda, y tal vez más que cómoda. Podría salvarlo de la inanición y proporcionarle un romance, lo cual era fácil de conseguir para un hombre rico. ¡Verse al fin libre de la carga de la pobreza!

— ¿Cuánto cuesta? —preguntó, temeroso de la respuesta—. Sé que el precio no es dinero.

El propietario sonrió, seguro al fin de su venta.

—No, dinero no, desde luego. Algo de valor equivalente.

Zane sospechó que no le iba a gustar. Pero quería la piedra de la fortuna. Sus perspectivas eran deslumbrantes. No le preocupaba mucho que pudiera ser un artículo de magia negra. ¿Quién más lo sabía?

— ¿Qué valor equivalente?

—Un romance.

— ¿Qué?

El hombre se lamió los labios, mostrando un nerviosismo poco profesional.

—La piedra del amor indicó que su romance tenía que comenzar antes de que pasara una hora.

—Pero no estoy comprando la piedra del amor. No quiero involucrarme en ese romance.

—Pero puede que otro lo desee.

Zane lo miró con indulgencia, admitiendo el anhelo del hombre por una mujer ideal.

—Usted es el propietario de la piedra. Puede conseguirlo. No necesita nada de mí.

—Sí lo necesito —explicó el propietario, hablando rápidamente—. Le he dicho que no uso las piedras en mi beneficio. En caso contrario arruinaría mi negocio. Pero aunque lo hiciera, en mi próximo futuro no hay ningún romance. Estoy bien situado en mi profesión y tengo mucho tiempo por delante, pero mi vida social es del todo anodina. Daría mucho por tener una relación significativa con una mujer buena. Una que no fuera buscadora de oro ni estuviera desesperada. Una en la que pudiera creer. Una mujer como la que usted está destinado a encontrar, estaba destinado, si hubiese comprado y utilizado adecuadamente la piedra del amor.

—Usted afirma que no ha utilizado para sí las gemas —dijo Zane, con escepticismo—. Pero da la impresión de que sabe mucho sobre su propio futuro.

—Existen otras vías de información además de ellas —indicó el propietario, un poco tenso—. He realizado horóscopos, adivinaciones y lecturas de muchas clases. Todo muestra que estoy destinado al éxito en los negocios, no en el amor.

—Entonces, ¿qué puede proporcionarle mi romance? Usted ya conoce su imposibilidad de tener uno.

—No es del todo así. No puedo tener mi romance, pero sí el suyo; si me lo permite. De esa forma lograría superar esa faceta en mi sino. La mujer está destinada a usted, pero podría conformarse conmigo. Puedo decirle que la piedra hubiera reaccionado igual con un determinado número de hombres, entre los que me encuentro. Su llamada es muy amplia. Quizás el romance no sea tan bueno para mí como lo sería para usted, puesto que no soy el señalado, pero vale la pena. Incluso una pareja no predestinada puede ser excelente.

—Es su piedra —dijo Zane, con terquedad—. Puede manejarla para que lo señale a usted. Tal vez arruine el resto de sus negocios; pero, si desea tanto un romance, podría serle conveniente.

Estaba incómodo, sospechando que se le escapaba algo importante. Quizá debiera cambiar de parecer respecto a la piedra del amor. Si lo que le esperaba era tan bueno...

Por supuesto, aquello era lo que el propietario deseaba que pensara, para que se sintiera impulsado a comprar la piedra cara y se endeudara bajo firma él, y tal vez su futura esposa, para el resto de su vida. Al darse cuenta de aquello, se resistió al taimado truco de venta, jugando sin reservas con la supuesta necesidad del propietario de tener un romance. Zane sentía cierta afición a los juegos intelectuales, tenía mucho más de pensador que de actor. Había recibido una buena educación antes de que las cosas se torcieran, y disfrutado con el arte y la poesía. Sin embargo, la había desperdiciado y, por lo general, sus pensamientos parecían conducirlo al error.

—Mi piedra, por su romance —dijo el propietario, con evidente sinceridad—. Aunque quisiera sacrificar mi negocio por el romance, a lo que no estoy dispuesto, no podría utilizar esa piedra para alterar un encuentro destinado a usted. No está dentro de mis competencias. No es fácil cambiar la dirección de las líneas trazadas por el destino. Dañaría mi negocio para nada. Literalmente para nada.

—Es un fastidio —contestó Zane, en tono evasivo.

Su consideración por los que tenían dinero y deseaban un romance era escasa. Todo el mundo deseaba ambas cosas, por supuesto.

—Pero usted podría orientarse, utilizando esta piedra. Cuando sea evidente quién es la mujer...

— ¡Ya sabe que no puedo permitirme la piedra del amor! —Zane no estaba dispuesto a dejarse atrapar por tal compromiso.

—Usted no comprende, señor. Usted no comprará la piedra. La usará únicamente para localizar a la mujer. Después yo iré a su encuentro. Tendré su romance.

— ¡OH! —Zane asimiló aquello. ¿Estaría el hombre hablando en serio, después de todo? Se sentía inclinado a seguir el juego y descubrir la trampa—. Creo que puede funcionar. Pero, ¿por qué habría de hacerle un favor tan grande?

—Por la piedra de la fortuna —dijo el propietario, recogiéndola suavemente de la mano de Zane.

Al fin, Zane comprendió. Había estado confundiéndose a sí mismo sobre la finalidad que impulsaba la venta.

— ¡Me cambiará esta gema productora de dinero por una experiencia! Yo deseo riqueza y usted un romance. Creo que es un intercambio equitativo. —Hizo una pausa, como si una pieza no encajara en el puzzle—. ¿Pero funcionaría bien la piedra del amor aunque yo no fuera su dueño en ese momento?

—Trabaja para quien la tiene. No sabe nada de propiedad; eso es un convenio entre personas. En cualquier caso, ninguna de ellas puede tener ataduras legales. Pero le aseguro que le extenderé una factura por la piedra de la fortuna, si a cambio me ofrece la posible experiencia. Esto es algo que el dinero no puede proporcionar. Es una oportunidad que sólo se presenta una vez en la vida.

El hombre garabateó en un bloc de ventas.

Zane consideró aquello una ganga, si todo era como parecía. Podía obtener la piedra de la fortuna a cambio de un romance al que ya había renunciado. Tenía una naturaleza impulsiva, que algunos tacharían de voluble.

—De acuerdo —dijo.

Un instante después, la venta estaba firmada. Una piedra de la fortuna por una retribución privada, para entregar después de recibida la pactada retribución. Zane se guardó en el bolsillo la nota de venta, cogió la piedra del amor, miró sus reflejos azulados y se dirigió hacia el más brillante, que se hallaba fuera de la tienda, en la calle.

Se detuvo un momento, cegado por la deslumbrante luz del sol. Poco después, su vista se adaptó, y se encontró mirando el cartel de la tienda: MESS OTOTTAGE( ).

Volvió a mirar la gema, la giró hasta que la luminosidad se intensificó al máximo, y caminó hacia el norte como indicaba. El propietario le siguió. Pero entonces la piedra perdió brillo. Zane la giró otra vez, pero la gema tan sólo emitió un leve resplandor.

—Creo que el rastro se ha perdido.

El propietario no estaba alarmado.

—No es una cuestión puramente direccional. Es de posición. Tiene que hacer lo necesario para conseguir la intersección. Cuando lo logre, ella le guiará.

—Pero si no me dice lo que hay que hacer...

—Comience a andar. Mire la piedra para ver cómo reacciona. Hay pocas opciones.

La voz del hombre estaba controlada, pero parecía contener un leve matiz de preocupación. Todo lo realizado se perdería, si no lograban localizar a la mujer.

Zane torció a la derecha y caminó. Pasó ante un salón de juegos recreativos donde varios quinceañeros giraban las manivelas de viejos proyectores de cine, con la vista fija en las pantallas, riéndose sofocada y malévolamente.

Zane dedujo por sus reacciones que no estaban viendo dibujos animados de Dimwit Dick. El nombre del salón era DOS A DOS, en teoría un eslogan para promocionar la alfabetización, pero en realidad un nombre clave para el humor pedestre.

—Pruebe otra dirección —dijo el propietario—. La piedra no está respondiendo.

Sí, ahora estaba nervioso.

Zane retrocedió de nuevo, desandando sus pasos. Dejó atrás MESS O'POTTAGE y la tienda que estaba un poco más allá: una librería de ediciones de bolsillo.

—Todavía no brilla —dijo.

—Déjeme pensar —le rogó el propietario, deteniéndose delante de un escaparate de textos de MAGIA CIENTÍFICA. ¿Hacia dónde va?

—Hacia ninguna parte, sólo vagabundeo por esta calle —respondió Zane, con ironía—. Tratando de conseguir un destello de su piedra inerte.

—Ése es el problema. Usted necesita dirigirse a alguna parte. Su romance no está en esta calle. Está en el sitio al que usted pensaba ir cuando tomó la piedra del amor por primera vez.

—Pensaba ir a mi casa —dijo Zane, aturdido—. Dudo de que me espere allí un romance. Vivo solo en un barrio de mala nota.

—De todas formas, váyase a casa.

—¿Con su piedra preciosa?

—Desde luego, en calidad de préstamo. Yo iré con usted. Tenemos que cambiar la piedra de la fortuna por la piedra del amor cuando se haya producido el contacto.

Zane se encogió de hombros.

—Como quiera —dijo.

Dudaba ahora de que pudiera salir algo de aquello, pero su curiosidad permanecía despierta y, desde luego, continuaba deseando la piedra de la fortuna. Cambió de dirección otra vez y caminó calle abajo hacia la agencia donde había dejado su alfombra alquilada tras llegar en ella a aquel centro comercial, que estaba mágicamente suspendido sobre Kilvarough.

La piedra destelló.

¡Así que era verdad! ¡Se estaba dirigiendo hacia un romance!

El propietario se demoró un momento ante el escaparate de la librería, fingiendo interesarse por el último número de la revista satánica AZUFRE TRIMESTRAL, luego lo siguió.

Pasaron de nuevo por el salón donde ahora los chicos estaban poniendo discos sexy de espacio-ficción. Zane había tenido una oferta para hacer fotografías destinadas a las escandalosas cubiertas de aquellos artículos, pero la rechazó a pesar de que necesitaba dinero. No había querido prostituir el pequeño verdadero talento que poseía.

Después llegaron a una zona invadida por el dulce olor de una pastelería. De repente, el hambre se apoderó de Zane, que no había comido desde hacía tiempo. Estar arruinado producía esos efectos. Miró el escaparate de PASTELILLOS DE MELÓN( ), percibiendo sus famosas mascotas de voluptuosas mujeres hechas de caramelo con melones de azúcar en el lugar apropiado, cubiertos de decorativos dibujos. En el interior se veían rosquillas, tartas, bollos, distintas clases de pan, galletas, pasteles, cuernos de crema, repostería danesa y repostería artística con la forma y los colores de hojas, flores, figuras humanas, coches y barcos. Todo aquello tenía un aspecto y un olor que despertaba el apetito.

—Siga andando —murmuró el propietario, situándose a su nivel.

Zane se obligó a separarse del escaparate y de sus olores. En cuanto tuviera la piedra de la fortuna volvería allí, compraría todo lo que había dentro y lo engulliría casi sin masticar, como si fuera un perro.

En este momento, un remolino de niebla le envolvió. El centro comercial estaba camuflado como un cúmulo de nubes, inmovilizado sobre la ciudad de Kilvarough. Los generadores estaban lanzando la niebla hacia fuera, pero la juguetona brisa soplaba parte de ella hacia el interior. Había un agradable aroma a flores.

Llegaron a la agencia, sobre la que volaba un estandarte en forma de alfombra con la inscripción YA ESTÁS ALLÍ. Zane mostró su billete de vuelta al aburrido encargado, y el hombre arrastró su alfombra fuera de una casilla de almacenamiento. Estaba gastada y descolorida y el polvo taponaba sus poros, pero era todo lo que podía permitirse. El propietario de MASS O'POTTAGE alquiló otra alfombra más amplia, nueva y de brillantes colores, con confortables cojines sujetos a ella.

Llevaron los rollos hasta la puerta de salida, extendieron las alfombras, se sentaron con las piernas cruzadas, se pusieron los cinturones de seguridad y dieron la señal de partida.

Las alfombras despegaron. La del propietario se movió suavemente amortiguada por aire, la de Zane sacudió un poco antes de que su hechizo propulsor consiguiera su propósito. Odiaba aquello, ¿podía salir despedido de cabeza en medio del aire? Controlaba el vuelo mediante rápidos movimientos de su cuerpo; una inclinación a la derecha o a la izquierda hacía que la alfombra volase en esa dirección, mientras que si lo hacía hacia adelante o hacia atrás bajaba o subía. Las órdenes verbales producían los cambios de velocidad, pero él optó por una velocidad uniforme, temeroso de

que el hechizo pudiera fallar si lo forzaba. De todas formas, había mucho tráfico y lo mejor era mantener la marcha inicial.

A Zane siempre le había gustado conducir alfombras, a pesar de que no podía tener una de sus propiedad ni, a veces, de alquiler. El mantenimiento de una buena alfombra era costoso, y los gastos por kilómetro seguían subiendo. La inflación incomodaba a todo el mundo, tal como se pretendía. Ésta era por supuesto, una obra de Satán, que trabajaba sin descanso para que el Infierno pareciera mejor que la Tierra, y con frecuencia casi lo conseguía.

Ya bastante seguro, la reflexión dejó paso a la realidad: una satánica serie de rótulos en carteles fijados en pequeñas nubes inmóviles: ¿VE ESTAS ROPAS? ¡NO SE BURLE: ¡USTED SABE DONDE ELLA SE LAS QUITA! Lo que seguía era una valla publicitaria, en la que aparecía una mujer joven y escultural en tamaño natural, desvistiéndose. En una esquina se veían los dos diablillos rojos de la marca comercial, Dee & Dee, macho y hembra, provistos de bonitos tridentes en miniatura. El macho miraba furtivamente bajo la falda de la modelo, y en lugar destacado aparecía un texto en letra más pequeña: «¡Usted no podría tocar eso en el Cielo!». Después venía el último rótulo, la firma, FUEGODELINFIERNO, escrita con unas llamas que parecían reales.

Zane movió la cabeza. Satán tenía el más eficiente departamento de publicidad que existía, pero sólo un necio podía creer sus anuncios. Cualquiera que fuera al Infierno sentiría las verdaderas llamas, y los demonios y tridentes no serían bonitos. Pero la campaña era tan penetrante, vivaz e inteligente, y apelaba con tanta eficacia a los instintos básicos del hombre, que era difícil conservar la verdadera naturaleza del Infierno en la mente.

Incluso a Zane le hubiera gustado ver cómo acababa de desnudarse, y sabía que esto nunca podría ocurrir en el Cielo, donde todos los pensamientos eran puros. En el Infierno, ya era otra cuestión.

Las alfombras sobrevolaron los alrededores del centro comercial-nube, siguiendo el canal marcado con boyas que descendían hacia Kilvarough. Numerosas alfombras viajaban por él, puesto que el día estaba llegando a su fin. Varios helicópteros volaban por su propio canal, al lado, y algo más lejos una persona afortunada montaba un caballo alado.

Bueno, cuando tuviera el control de la piedra de la fortuna, Zane consideraría la posibilidad de comprarse un caballo. Había montado en ellos muchas veces, aunque sólo en los de clase terrenal que corren y no vuelan. Creía que, en principio, la técnica de montar era la misma para ambos, salvo que hubiera órdenes adicionales para dirigirlos en vuelo. Pero, mientras que un buen caballo de tierra podría conseguirse por menos de mil dólares y un caballo de mar por unos cinco mil, los caballos de aire costaban un mínimo de diez mil y necesitaban un mantenimiento especial, ya que ninguna dehesa normal podía cobijarlos. En efecto, ellos...

La alfombra que iba delante se balanceó. Al mismo tiempo, la piedra destelló con gran brillantez. Zane tuvo que frenar rápidamente su alfombra para evitar el choque.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —gruñó.

Vio que era una joven quien conducía la otra alfombra, y no tenía muy buena opinión de las conductoras. Solían cambiar de parecer sin avisar con la antelación debida, como en este caso, y eso era peligroso en el aire. La alfombra de la mujer se arrugó, combándose bajo el peso de su cuerpo. Empezó a caer. Ella gritó aterrorizada. De repente, Zane se dio cuenta de lo que pasaba. El hechizo había fallado. Aquello no debería haber ocurrido con una alfombra tan elegante y cara, el control de calidad se estaba deteriorando por todas partes en los últimos tiempos.

Sus ojos se distrajeron durante un momento con la luz azul que tenía ante él. La piedra del amor brillaba como una estrella en miniatura.

—¡Mía! —gritó el propietario de MESS OTOTTAGE. Su alfombra se lanzó hacia adelante cuando la de la muchacha empezó a caer. El hombre se abalanzó y la agarró diestramente por el esbelto talle, esforzándose para trasladarla a su propio vehículo.

Zane medio aturdido por el suceso, siguió a la otra alfombra. Entonces vio lo bella que era la muchacha, con su flotante cabello rubio y su perfecta figura. Casi podría haber posado para el anuncio de FUEGODELINFIERNO, pero su aspecto no mostraba el menor rastro de lascivia. Vio como se agarraba a su salvador y su virginal pecho se henchía a causa de los sollozos provocados por la reacción. Vio lo elegante que era su atuendo; llevaba un abrigo de visón mágico y una gargantilla de brillantes centelleaba en torno a su satinado cuello.

Y vio como la piedra del amor cambiaba hacia un apagado color azul oscuro. Aquella chica había sido su posible romance, y ya no lo era. La había cambiado por la piedra de la fortuna.

Las dos alfombras continuaron descendiendo por el canal en espiral hacia el puerto de alfombras del centro de la ciudad. Allí Zane y el propietario giraron sus alfombras hasta que quedaron una frente a otra.

—Le presento a Angélica —dijo el propietario con orgullo, dirigiendo una mano hacia la encantadora muchacha. Obviamente, se habían hecho amigos durante el breve vuelo de bajada. El hombre había salvado su vida, y ella se lo agradecía debidamente—. Es la heredera de la fortuna Twinklestar. Me ha invitado a su ático de la ciudad para tomar un refrigerio de caviar y néctar. Por tanto, es mejor que cambiemos las piedras ahora y quedemos en paz.

Sacó la piedra de la fortuna.

Zane no podía hacer otra cosa que intercambiar las piedras. El trato quedaba cerrado. La piedra del amor derramó todo su brillo otra vez cuando estuvo en manos del otro hombre, que había encontrado un romance imponiéndose a su destino. En contraste, la piedra de la fortuna era enorme, mate y fea, con la estrella casi invisible.

Zane no pudo reprimir el sentimiento de que había cometido un error colosal. Debió de haber hipotecado su vida entera para comprar la piedra del amor, puesto que era evidente que aquella rica heredera tenía recursos y voluntad suficientes para saldar su deuda, y además era una criatura maravillosa por mérito propio. Amor y riqueza: podía haberlo tenido todo.

La chica se cogía con amorosa posesión del brazo del propietario, y se mostraba cálida y vehemente en su nueva emoción.

—Debemos irnos —dijo el propietario de MESS OTOTTAGE, dirigiendo a Zane un amable saludo.

Después se marcharon, caminando hacia la limusina con chófer que les esperaba.

Zane se quedó mirando los elegantes movimientos de la chica, mientras era presa de terrible e inútil pesadumbre. ¿Qué clase de necio había sido para renunciar a un romance antes de iniciarlo? De alguna forma supo que nunca volvería a tener una oportunidad como aquélla. Tales cosas sólo ocurren una vez en la vida, si ocurren, y había desperdiciado su suerte. Experimentó una clase de tristeza semejante a la que se siente por la cruel muerte de un amor.

Bien, no era la primera vez que había errado desastrosamente. Su alma estaba apesadumbrada por el mal que debió haber evitado, y por su vida frustrada a causa de una necia equivocación. Al menos poseía la piedra de la fortuna; y con una correcta utilización de la misma pronto podría ser rico, capaz de atraer y conservar a cualquier mujer que se propusiera, o comprar una hembra-androide complaciente o una deliciosa ninfa mágica. ¡No necesitaba a Angélica! Tenía que creer esto ya que era el único amortiguador contra la desesperación que lo abrumaba.

Sabía que era un joven idiota y obstinado con pretensiones artísticas y literarias, cuyos buenos impulsos eran mal empleados con demasiada frecuencia. Así había perdido a su querida madre y a su encantadora novia hacía mucho tiempo, y se había cargado de deudas. Las buenas intenciones no bastaban, era necesario saber dirigirlas con racionalidad.

No podía permitirse ni un viaje en metro hasta su casa. Tenía el centavo del zapato, pero no era suficiente. Tenía la piedra de la fortuna, pero renunció a utilizarla allí en la calle oscura. Algún delincuente podría asaltarlo por eso. Metió las manos hasta el fondo de sus bolsillos, ocultando la piedra, y caminó hacia el sórdido barrio donde estaba su mísero hogar.

Andar propiciaba el pensamiento; hacía que la mente se alejara del monótono movimiento de los pies. Pero los pensamientos de Zane no eran elevados. Allí estaba, en plena era de la magia y de la ciencia, donde los aviones a propulsión competían con las alfombras mágicas, y él se desplazaba a pie, sin beneficiarse ni de unas ni de otras.

La magia, por supuesto, siempre había existido, como la ciencia, pero los que estaban sin dinero quedaban excluidos de las ventajas que ambas podían proporcionar. Esto no fue así hasta los tiempos de Newton, cuando se investigó sobre los principios básicos de las dos disciplinas con

seriedad. Newton dio un gran paso al formular las leyes fundamentales de la ciencia en los primeros años de su vida, contribuyendo quizá más que cualquier otro hombre. En sus últimos años hizo algo semejante por la magia.

Por razones no muy claras para Zane, que nunca había sido un buen estudiante, los mayores progresos se produjeron al principio en el campo de la ciencia. Hacía poco que había llegado la gran explosión de la magia aplicada. Era evidente que ni la ciencia ni la magia influyeron de forma notable en la Historia hasta el siglo anterior, debido a que existía un prejuicio popular contra ambas, aunque la ciencia irrumpió primero. No obstante, ahora, el rápido incremento de la sofisticación de la magia había hecho que regresaran muchas clases de monstruos supuestamente extinguidos, en especial dragones, y nadie podía adivinar cual de las dos vencería al final.

Comenzó a caer una fina llovizna, que tal vez era condensación del centro comercial-nube de encima; no la bastante para limpiar el aire y la calle, pero sí la justa para transformar el polvo en grasa y hacer su paso inseguro. Los coches se deslizaban de semáforo en semáforo, siempre a punto de colisionar. Probablemente, sólo los hechizos antichoque obligatorios impedían que sus guardabarros fueran abollados.

El crepúsculo ya estaba allí. Poco a poco, la calle fue quedando desierta. Nadie pasaba por aquella zona de la ciudad a aquellas horas, si podía evitarlo. Los edificios eran viejos y el transcurso del tiempo había transformado su brillante colorido original en el presente monocromo. Aquel barrio empezaba a ser conocido como la Ciudad Fantasma, y a veces, ya anochecido, el fantasma aparecía. Pero era mejor no mirar porque... En efecto, allí estaba. Zane oyó primero la rueda de madera de la carretilla, y se metió de un brinco en un portal mugriento para no molestar a la aparición. Se podía ver al fantasma e incluso fotografiarlo, pero si el fantasma veía a la persona...

Molly Malone bajaba por la calle, con su carretilla cargada de mariscos. Era una joven de rostro dulce, bonita a pesar de sus raídas ropas y sus pesados zuecos. Las mujeres creían que los tacones altos y las medias embellecían sus piernas, pero unas piernas como las de Molly no necesitaban de tal realce.

—Berberechos, mejillones —gritaba dulcemente—. ¡Vivos! ¡Vivos!

Zane sonrió, algo había despertado su sentido del humor negro. Los crustáceos podrían estar vivos, pero seguro que Molly no. Su fantasma había sido invocado y se había trasladado desde Irlanda a Kilvarough hacía un siglo, aunque ésta no era una ciudad costera. Fue un reclamo publicitario que pronto dejó de interesar; había fantasmas de sobra. Por aquel entonces, los dirigentes de la ciudad no fueron conscientes de las características especiales de este fantasma. El hechizo de conjuro no fue anulado, así que Molly seguía empujando su carretilla por las calles de Kilvarough cuando las condiciones eran adecuadas.

—Esto es un atraco —gritó una voz ronca.

Molly emitió un débil grito de sorpresa y disgusto.

—No me moleste, amable señor —dijo.

—¡Olvídame! Lo único que quiero es tu carretilla —dijo el atracador—. He afanado mercancía en el mercado antiguo, por la que sacaré unos pocos dólares. ¡Lo suficiente para comprar un hechizo de dos días de felicidad!

Volcó la carretilla de una patada, y todos los crustáceos cayeron a la mugrienta calle.

—¡Pero, señor! —protestó—. Esos berberechos y mejillones son mi único sustento, y sin la carretilla para transportarlos seguramente pereceré—. Molly había ido perdiendo su agudo acento irlandés durante el pasado siglo mientras adquiría el idioma contemporáneo, pero, por su atuendo, era difícil confundirla con una muchacha de la ciudad.

—¡Ya has perecido, hedionda prostituta! —le espetó el hombre, apartándola con rudeza de su camino.

Eso era demasiado para Zane. No tenía ninguna simpatía especial por los fantasmas y desconfiaba un poco de aquél en particular, pero no le gustaba ver como maltrataban a una mujer.

Salió del portal.

—¡Deje en paz a Molly! —gritó.

El ladrón se giró hacia él, apuntándole con una pistola. Zane reaccionó automáticamente, golpeando el arma. No es que fuese muy valiente o diestro en el combate, pero una vez dentro de semejante situación supo que tenía pocas posibilidades si no se conducía con la suficiente rapidez para liberarse a sí mismo. Su acaloramiento fue un buen sustituto del valor.

Sonó un disparo y Molly gritó. Entonces Zane logró poner las manos sobre el arma y se la arrebató al atracador.

—Enderece la carretilla —ordenó Zane apuntando al hombre con la pistola. Se maravilló de sí mismo, porque aquello no era propio de él; debería sentirse débil al reaccionar. Pero se sentía ultrajado por el hombre que había intentado robar a la mascota de la ciudad—. Recoja los crustáceos y colóquelos en su sitio.

—¡Maldita sea! —dijo el hombre. Pero cuando vio la expresión de locura salvaje en el rostro de Zane, decidió hacerlo. Torpemente colocó las húmedas criaturas desparramadas en el lugar que antes ocupaban.

—Ahora, ¡fuera de aquí! —dijo Zane.

El hombre empezó a protestar. El dedo de Zane apretó el gatillo. El atracador giró y se balanceó, alejándose.

Sólo entonces, Zane se dio cuenta de que había disparado contra el hombre. La sangre fresca manchaba su chaqueta. Necesitaba una rápida atención médica, o se desangraría hasta morir. Pero era

evidente que un criminal como aquél no busca ese tipo de ayuda; atraería la atención de la policía. Existían muchas probabilidades de que muriera, pero Zane no pudo lograr sentir pena por él.

Se guardó la pistola en un bolsillo. Nunca había disparado una de aquellas cosas, pero supuso que no habría salido la bala sin que él apretara el gatillo. Ahora estaba atravesando un momento de depresión, porque la violencia sólo lo invadía en paroxismos y desaparecía rápidamente.

—Siento lo ocurrido —le dijo a Molly—. Ésta es una buena ciudad, pero tiene algunas manzanas podridas.

—No sé como darle las gracias, señor —contestó el fantasma, con agradecimiento—. Ha sido usted muy amable.

—¿Yo? No. Es que me vuelvo loco al ver maltratar a una mujer, especialmente una tan adorable e histórica como usted. Si me hubiera parado a pensar, es probable que no hubiese intervenido.

Pero Zane sospechaba que, en parte, lo había impulsado la pérdida de su romance con Angélica. Tenía que relacionarse con una mujer a toda costa, y así lo hizo.

—Quizá si usted encontrara mi cuerpo atractivo... —dijo Molly. Abrió su gruesa chaqueta y aspiró una gran bocanada de aire—. Soy un fantasma, es cierto, pero bastante sólida cuando salgo a la caída de la tarde.

Zane se quedó asombrado. ¡Ella tenía en realidad un cuerpo atractivo! Era joven y bella cuando murió, y así había permanecido. Pero el amargo y reciente recuerdo de su nunca conseguido amor lo detenía, así como la sospecha de que cualquier cosa decente que hubiera en su enfrentamiento con el atracador quedaría anulada si aceptaba tal recompensa.

—Muchas gracias Molly. La encuentro atractiva, pero no quisiera obligarle a seguir ese camino. Seguramente tiene un hogar y un marido que la esperan en su país.

—No tengo marido aún —dijo ella, tristemente—. Hay pocos hombres buenos en el país de los sueños...

Un coche dobló la esquina. Las brillantes luces delanteras iluminaron la calle y el fantasma se esfumó. Tanta tecnología moderna era molesta para los fantasmas.

El coche pasó, salpicando un poco de barro sobre Zane. La oscuridad se cerró otra vez, pero Molly Malone no regresó. Los fantasmas eran erráticos, y la impresión de la luz repentina probablemente la disuadió de arriesgarse de nuevo en el barrio aquella noche. Decepcionado, Zane reemprendió el camino de su casa.

Había un aviso de desahucio pegado en su puerta. No había pagado el alquiler y el casero había entrado en acción. No se le impedía entrar, porque el actual casero era un tipo medio decente, comparado con otros. Zane tenía veinticuatro horas para dejar el apartamento.

Bueno, la piedra de la fortuna se ocuparía de eso. Pronto generaría suficiente dinero para saldar la deuda, y le proporcionaría un punto de partida. Sacó la piedra.

La estrella no se veía bien a la luz artificial, pero podía intentarlo.

—¡Encuentra! —le ordenó a la piedra, concentrando su mente en rebosantes cofres de monedas de oro.

La estrella se desprendió y elevó como el fantasma flotante de un arácnido. Se dirigió al maltratado armario ropero situado contra la pared y se deslizó por detrás de él.

Zane agarró el pesado mueble, que crujió en protesta, y lo apartó de la pared. La estrella bajó hacia el suelo. Zane introdujo un brazo por el hueco que quedaba entre el armario y la pared, siguiendo a la estrella, y su dedo índice tocó una fría moneda. La arrastró por el suelo hacia él, con curiosidad. Era un níquel desgastado. Estaba bien, la piedra mágica se estaba comportando cómo le habían indicado. El níquel estaba muy cerca, y por eso fue señalado primero.

La estrella volvió a la piedra de la fortuna.

—¡Busca! —le ordenó Zane, visualizando una caja fuerte de banco rebosante de plata.

La estrella salió con más lentitud que antes, como si estuviera cansada de su esfuerzo anterior. Flotó con elegante calma a través de la habitación, luego descendió hacia una grieta del suelo. Allí, empotrada de canto, había una moneda de diez centavos. Zane utilizó el cuchillo de cocina para sacarla. Estaba cubierta de mugre seca, debía haber permanecido allí durante años. La estrella continuó suspendida hasta que él tuvo la moneda en la mano; entonces, dando un salto, volvió a su hogar de piedra. Aquello significaba que no podía forzarla a continuar su trabajo. No podía invocar de nuevo a la piedra de la fortuna hasta que no hubiera gastado su última entrega. Eso sería un inconveniente si allí se encontrara por casualidad un fabuloso tesoro olvidado enterrado a poca profundidad debajo de una docena de monedas de poco valor, pero podía soportarlo.

Lo intentó de nuevo.

—Busca algo mejor esta vez, un doblón de oro o una moneda fantásticamente extraña y de gran valor. ¡Basta ya de calderilla!

La estrella salió lentamente de la piedra y se dirigió a la puerta del apartamento. No había duda, perdía fuerza cada vez que se la usaba. Era probable que necesitara tiempo para recargar su magia, tal vez varias horas o un día. Eso también era un inconveniente; pero por supuesto, lo que él quería era encontrar un verdadero tesoro. Daría por bien empleado una semana entera de lenta búsqueda. Luego la piedra podría descansar todo lo que deseara.

La estrella trepó por la puerta y se mostró indecisa. Zane abrió la puerta y la dejó pasar. Al menos, la luminosa sabandija de seis patas no salió zumbando, hasta perderse de vista; aquello podría haberla convertido en algo inútil, en algo tan perdido como la moneda que iba a descubrir. Pero el hechizo no parecía muy poderoso. Habían transcurrido veinte minutos y sólo le había proporcionado

quince centavos. Más el centavo que encontró en la tienda. Aquello no aminoraba la deuda de su alquiler.

La estrella bajó hasta la entrada de la planta baja. Allí, cubierto de suciedad, había un centavo maltrecho y deteriorado. Zane lo recogió y la estrella regresó cansinamente a la piedra que Zane portaba. ¡Vaya riqueza!

Volvió a su apartamento y reconsideró la situación. La piedra de la fortuna funcionaba, pero ahora percibía ciertas limitaciones inherentes. Siempre iba al dinero más próximo, sin importarle su valor, y la mayor parte del dinero perdido era calderilla. No cabía duda de que si hubiera una pieza de oro de cinco mil dólares por los alrededores, la estrella la encontraría; pero no había ninguna, y sí infinidad de centavos. Sencillamente la gente no deja que una pesada moneda de oro caiga dentro de una ranura y se pierda, aunque permita que ocurra con los centavos. Por tanto, siendo cierto que la piedra de la fortuna podía encontrar miles de dólares, aquello era semejante al oro que se halla en el agua de mar; su coste en tiempo y en esfuerzo es mayor que el valor de lo que puede extraerse.

Los ojos de Zane recorrieron la habitación. Estaba desordenada a causa de la dispersión de su equipo fotográfico. Tenía aspiraciones artísticas y el inicuo temperamento que conllevan, pero carecía de talento para convertirse en pintor o escultor, por eso se dedicó a la fotografía. Apreciaba él arte cuando lo veía, y la cámara le permitía capturar el arte existente en su entorno. El problema era que ya no quedaba nada digno en la ciudad de Kilvarough que no hubiese sido fotografiado. Incluso el fantasma de Molly Malone lo había sido muchas veces; era falsa la creencia en la imposibilidad de fotografiar a un fantasma, y a ella le encantaba posar si se daba cuenta de la presencia de la cámara. Incluso se la podía oír, en ocasiones, cantando su canción tradicional, especialmente el estribillo «Donde las chicas son tan bonitas». Pero ella no era tan popular como podía haber sido, debido a sus características especiales.

Sin embargo, Zane descubrió una variante fotográfica que le permitió vivir una temporada. Fue la técnica Kirlian aumentada mágicamente. Pero ciertos problemas de mercado lo apartaron de ella y acabaron con su suerte. Sin un nuevo y costoso equipo, estaba fuera del negocio. Aquello formaba parte de lo que le hacía subir al nebuloso centro comercial, y a gastar su último dólar en alquilar una alfombra. Uno tenía que visitar aquellos mercados flotantes cuando anclaban cerca, porque era posible que se alejaran sin previo aviso si la policía local se mostraba demasiado curiosa.

Ahora estaba hambriento, sin comida en el apartamento, y requerido para que lo abandonara en el plazo de un día. No tenía ningún sitio donde ir. Tenía que conseguir dinero, y abrigaba serios temores de que no reuniera el suficiente.

Probó de nuevo con la piedra de la fortuna.

—¡Ve! —le urgió— ¡Encuéntrame más dinero del que nunca haya soñado!

La estrella hizo un esfuerzo para elevarse, vaciló y cayó sobre la piedra. Estaba demasiado fatigada para trabajar.

¿Y qué hubiera encontrado si hubiera conseguido moverse? Probablemente más centavos. Zane se enfrentó al hecho de que había desperdiciado la oportunidad de conseguir un maravilloso y acaudalado romance por aquel plato de lentejas. De hecho, lo habían estafado; aunque, técnicamente, la descripción de la gema había sido exacta, por lo cual carecía de posibilidad de reclamar. El propietario de la tienda lo utilizó en su propio provecho, apropiándose del regalo que la suerte destinaba a Zane. Después de todo, incluso sin la piedra del amor, se hubiese encontrado con Angélica..,

¡Necio! ¡Necio!, se insultó con rabia.

Paseó alrededor de la habitación, saboreando las cenizas, buscando alguna forma de salir de la situación. No encontró ninguna. Una vez cometido el descomunal error de renunciar a la piedra del amor, su ruinoso camino quedó determinado. Si no se hubiese concentrado tanto en la riqueza, excluyendo todo lo demás. Pero siempre había sido un impulsivo, un idiota predispuesto al error que hacía lo que le parecía bien en un momento, para arrepentirse cuando ya era demasiado tarde. Toda su vida había estado dirigiéndose inexorablemente hacia esta vía muerta; lo vio claro ahora. Si de alguna forma, encontraba las suficientes monedas perdidas para pagar el alquiler atrasado, seguiría careciendo de recursos para llevar una vida decente y tampoco conseguiría tener una encantadora chica a quien poder amar.

Ése era el nudo de la cuestión: Angélica le estaba destinada y él había renunciado. Se imaginó que estaba enamorándose de ella, basando su emoción en obstinadas esperanzas y deseos; y supo que ella pertenecía a la clase de las que sólo aman una vez, y que su regalo había sido irrevocablemente otorgado a otro hombre. Zane seguiría viviendo, pero nunca tendría a Angélica, ni aunque el propietario de la tienda cayera muerto en aquel momento. Así, ¿para qué seguir pensando en eso?

Miró de nuevo la piedra sin vida. Ahora se veía de color parduzco, su verdadero color indeterminado, con sus grandes imperfecciones. Era, comprendió de repente, tan fea como su conciencia. Tan despreciable como él.

Golpeó su mano abierta contra el muslo, como si tratara de castigarse; y notó la pistola en su bolsillo, la que le había quitado al ladrón.

La sacó. No era experto en armas de fuego, pero aquélla parecía bastante sencilla. Tenía varias balas en el cargador, y una había sido disparada de la recámara. Un mecanismo automático había colocado una nueva bala en ésta. No tenía dudas de que un tirón del gatillo hiciera que el arma disparase de nuevo. Podía poner el cañón en su cabeza, y...

Recordó la primera gema que había visto: la piedra de la muerte. Le había indicado que su fallecimiento se produciría pocas horas después. Esas horas habían pasado. La piedra del amor había

probado su veracidad; por tanto, no tenía razón alguna para dudar de la piedra de la muerte. Incluso la piedra de la fortuna funcionaba, a su manera. Estaba destinado a dejar pronto la vida.

Levantó la pistola. ¿Por qué no? Su vida podía terminar siendo aún digna, en lugar de arrastrarse por los barrios bajos de la ciudad. Algunos consideraban el encuentro con el fantasma de Molly como una señal de condena. Así pudo haber sido ciertamente, si hubiera aceptado su oferta y hecho el amor con ella. Eso era, por supuesto, morir por amar a la muerte. La dulce Molly( ) no debía de estar enterada; pero sí que quería un marido, y él se hubiera convertido en un fantasma en sus brazos...

La verdad sobre Molly era que, mientras cualquier persona podía verla sin peligro, ella sólo podía percibir a aquellos que se estaban aproximando a su condición de espectro. Por tanto, si Molly veía a una persona, aquella persona pronto estaría muerta. Ella no era la causa, únicamente la señal. Una persona asustada por la proximidad de la muerte, quizá por padecer una enfermedad misteriosa, podía mostrarse a Molly; y si ella pasaba sin advertirla, podía quedarse tranquila. Este aspecto de su naturaleza había escapado de la conciencia de Zane hasta el momento, pero era cierto. Probablemente lo había evitado de forma inconsciente. Además, el atracador, que también había sido visto por el fantasma, había recibido una herida fatal.

¡Oh, sí, había suficientes presagios! ¿Por qué no aceptar su destino con más valor del empleado para aceptar su vida y hacerlo ahora, antes de que su cobardía natural se lo impidiese? Hazlo con rapidez y limpieza... Bueno, de cualquier forma pero con rapidez.

Abrumado por aquel razonamiento, Zane apuntó la pistola a su cabeza. Orientó el cañón a la cavidad de su oído derecho, un poco contrariado por el aspecto que presentaría su cabeza después del disparo. No obstante, tenía que hacerlo sin demora.

Con el dedo tenso, reacio a moverse con rapidez, Zane vio que se abría la puerta de su apartamento. Se quedó paralizado, dudando entre apretar el gatillo antes de que algo lo evitara o esperar alguna sorpresa que impidiera su acción. ¿Sería posible que Angélica hubiera cambiado de opinión y fuera a buscarlo? ¡Qué pensamiento tan estúpido! ¿O sería simplemente su casero?

No era ninguno de ellos. La figura que apareció estaba vestida totalmente de negro, con una capucha que cubría su cabeza. Cerró la puerta tras sí, en silencio, luego se volvió de cara a Zane.

Una pelada calavera sin ojos lo miró.

Era la Muerte que iba a buscarlo.

Zane intentó gritar en absurda protesta, pero su garganta estaba bloqueada. Trató de apartar el dedo del gatillo, pero éste ya estaba obedeciendo la orden de apretar y no aceptaba una contraorden. El tiempo parecía ralentizarse y Zane no podía hacer nada para impedir el suicidio que había preparado. La sorpresa de ver el rostro de su propia muerte había alejado de él todo deseo de matarse.

Los músculos de su dedo no le obedecían, pero los más poderosos músculos de su brazo sí lo hicieron. Zane apartó la pistola. El cañón apuntaba a la cabeza de la Muerte cuando el gatillo golpeó. La pistola pareció explotar, repercutiendo contra su mano.

La bala se incrustó en el centro del rostro de la Muerte.

Le abrió un agujero. La sangre fluyó. La Muerte cayó pesadamente al suelo.

Zane se quedó aterrorizado. Había matado a la Muerte.

VISITAS EN CASA

La puerta se abrió de nuevo. Esta vez entró una mujer de mediana edad. Zane nunca la había visto antes. Dirigió una mirada aprobatoria a la figura yacente.

—Excelente —murmuró.

Zane apartó de ella sus ojos horrorizados.

—¡He matado a la Muerte! —exclamó.

—Indudablemente lo hizo, ahora tiene que asumir su tarea.

—¿Yo... qué? —A Zane le costaba trabajo restablecer su equilibrio mental.

—Usted es la nueva Muerte —dijo ella, en tono paciente—. Así es como se hace. El que mata a la Muerte, se convierte en Muerte.

—El castigo... —dijo Zane tratando de encontrar la lógica de aquello.

—No, en absoluto. Esto no es un asesinato en el sentido normal. Después de todo, era ella o usted. Defensa propia. Pero usted está obligado a tomar su lugar y hacer su trabajo lo mejor que pueda.

—Pero no sé cómo...

—Aprenderá sobre la marcha. Como todos. Ciertos encantamientos influirán en usted, para facilitar su actuación y estabilizarlo, pero la verdadera iniciativa debe ser suya. —Hizo una pausa en la tarea de quitar a la Muerte su negra túnica—. Ayúdeme, por favor, no tenemos demasiado tiempo y no nos gusta que haya manchas de sangre en el uniforme.

—¿Quién es usted? —exigió Zane, consiguiendo a medias mantener el control sobre sí mismo a pesar de la irreal escena.

—En este momento soy Láquesis( ). Usted me ve en la mediana edad, sin mucho atractivo. —Era bastante agradable, su rostro tenía los rasgos de una madurez asumida, y su cabello no podía apreciarse bajo el apretado moño. Tenía un sobrepeso llevadero, pero se movía con agilidad—. Determino la longitud de los hilos. Ahora levante el cuerpo, no quiero rasgar la túnica.

Con disgusto, Zane puso sus manos en el cadáver de la Muerte y lo levantó.

—¿Quién es Láquesis? ¿Qué hilos? ¿Qué está haciendo aquí?

Ella suspiró mientras quitaba la túnica del cuerpo.

—Supongo que usted merece alguna explicación. Muy bien; siga trabajando y le contaré algo de lo que necesita saber. No todo, porque algunos secretos me están reservados, en la misma forma que otros, que usted descubrirá, le están reservados. Láquesis es el aspecto equilibrado del Destino. Ella...

—¿El Destino?

—No aprenderá mucho si se empeña en interrumpirme —dijo, con cierta aspereza.

—Lo siento —musitó Zane.

Sentía aquello como algo irreal.

—Ahora coja los zapatos. Son invulnerables al calor, al frío, a la penetración, a la radiación, etc., al igual que la túnica. Usted debe estar adecuadamente vestido cuando haga la recogida, o será vulnerable. Es esencial que no lo sea. Su predecesor se descuidó aquí. Si hubiera mantenido cubierta su cara con la capucha, la bala no le habría tocado. Procure ser más cuidadoso, usted tendrá más necesidad de estar en guardia que él.

—Pero yo...

—Creo que las interjecciones constituyen una interrupción.

Zane se quedó en silencio. Había un horrible poder en aquella mujer que no tenía relación con su apariencia. Podría ser la madre de cualquier quinceañero rebelde.

—Soy el Destino, con tres apariencias —continuó sólo después de una pausa suficiente para verificar su control sobre la situación—. Determino los hilos del tapiz de la vida. Estoy aquí para garantizar que usted cambia de papel adecuadamente. Es muy importante que actúe mejor como Muerte de lo que lo ha hecho como persona viva, y yo creo que tiene el potencial. Ahora incorpórese para que pueda ponerle la túnica.

Zane se levantó y ella se la echó sobre los hombros. No era pesada, pero tenía un volumen peculiar. La mujer había hablado de magia; aquel atavío olía a eso.

—Sí, le está bastante bien. Agáchese y póngase los zapatos, y no olvide los guantes. Los zapatos, entre otras cosas, le permitirán caminar sobre el agua. Sus traslados no deben ser obstaculizados por menudencias terrenales.

—Pero esto es absurdo —protestó Zane—. Estaba a punto de suicidarme y ahora soy un asesino.

—Es cierto. Tengo que medir sus hilos con mucho cuidado. Técnicamente, su vida acaba de terminar; mire, el cuerpo de la Muerte será confundido con el suyo. —Dio la vuelta al cuerpo y Zane vio que le parecía incómodamente familiar. Era como él, con un agujero de bala en la cara—. Usted desempeñará su cargo hasta que también se descuide y permita que un cliente se convierta en usted.

—O hasta que muera de viejo —dijo Zane, sin creer lo que estaba pasando.

—La vejez nunca le llegará. Tampoco la muerte, si actúa bien. Si pregunta a un porcentaje de personas cual es su mayor deseo, le contestarán: «No morir nunca». Por supuesto, es un deseo estúpido por completo; a su debido tiempo llegará a apreciar la importancia de morir. No es el derecho a vivir, sino el derecho a morir lo que vale en verdad.

—Yo no veo...

—¿Qué es la vida sino un instinto de supervivencia que nos obliga a movernos? La Naturaleza utiliza esos instintos para hacer que actuemos; de lo contrario todos se quedarían inactivos, y las especies desaparecerían. La Naturaleza es una madre cruel y engañosa. El instinto de supervivencia es un aguijón, no un privilegio.

—Pero si no envejezco...

—El Tiempo mantiene a todos los agentes sobrenaturales, especialmente las diversas Encarnaciones, en suspenso. Usted vivirá hasta que muera, sean días, años o siglos lo que dure, sin que cambie su actual edad física.

Lo guió hasta su espejo de pared.

—¿Agentes sobrenaturales? —Zane estaba captando lo periférico, siendo todavía incapaz de llegar al núcleo de la situación—. ¿Encarnaciones?

—Muerte, Tiempo, Destino, Naturaleza —dijo ella—. Los principales agentes que operan entre Dios y Satán, sin responsabilidad ante ninguno. Si uno de nosotros estuviera programado para morir como la gente mortal, nos preocuparíamos por la disposición de nuestras almas, y eso es un conflicto de intereses. No, nosotros somos inmortales, como tenemos que ser, irresponsables ante cualquier poder superior. Pero debemos hacer nuestros trabajos, o las cosas se complicarían.

—Nuestros trabajos —repitió Zane débilmente—. No soy un asesino. Al menos no lo era, hasta que...

El Destino le dirigió una mirada penetrante, y él comprendió de pronto que ella sabía lo de su madre. Sintió frío, y la culpa volvió a crecer en él. Pero el Destino no mencionó el asunto.

—Desde luego que no —asintió, mirando el cuerpo tendido en el suelo—. Éste es un suicidio equivocado. La Muerte no mata; la Muerte solamente toma las almas de los que están muriendo, de los problemáticos, para que no se pierdan y empiecen a vagar.

En ese momento, Zane encontró algo concreto para argumentar.

—Hay cinco mil millones de personas en el mundo. Unos cien millones mueren en un año. La Muerte tendría que tomar varias cada segundo, dispersas por el globo. ¡Eso es imposible!

—Imposible no, quizás inconveniente —dijo—. Mírese al espejo, por favor.

Zane se miró. La cabeza de la Muerte sustituía a la suya. Sus manos en los guantes eran esqueléticas, y los tobillos que asomaban sobre los zapatos eran huesos sin carne. Había adquirido la apariencia de la Muerte.

—Por supuesto es invisible para la mayoría de las personas, cuando lleva el uniforme —dijo el Destino—. Los clientes pueden percibirlo, y aquellos que están próximos a ellos emocionalmente, y las personas de veras religiosas, pero el resto no le verá a menos que usted llame su atención.

—¡Pero el espejo refleja mi imagen, la imagen de la Muerte! La gente se horrorizará.

—Quizá me haya expresado mal. No es físicamente invisible, usted es socialmente invisible. La gente lo ve, pero no se da cuenta de su importancia, y le olvidan en cuanto ha pasado. Pero cuando se quite el uniforme, sus poderes se desvanecen. Entonces usted es vulnerable; puede envejecer y ser influenciado y herido. Así que no lo abandone sin una buena razón.

—¿Por qué iba la Muerte a abandonarlo?

Ella esbozó una equívoca y leve sonrisa.

—Porque, de no hacerlo, sólo podría mantener una aburrida relación consigo mismo. Dicen que soy atractiva en mi aspecto de Cloto... —De pronto se convirtió en una joven adorable, una impresionante mujer con el cabello de un color tan luminoso que parecía destellar y piel como el alabastro, pero sus ojos permanecían inquietamente inmutables—. Aunque no logre mantener el interés de usted durante siglos, ni quizá durante décadas. De esta forma, nosotros debemos coquetear en ocasiones con los mortales.

Zane se preguntaba cuantas décadas o siglos se tardaría en cansarse de una mujer como aquélla. Era un pensamiento fascinante, pero al momento volvió a su asunto prioritario.

—¿Cómo una sola Encarnación de la Muerte puede llevarse a varias personas por segundo? Cientos de personas deben de haber muerto mientras estamos hablando aquí. No he recogido sus almas y no creo que esa persona lo haya hecho. —Señaló a la difunta Muerte.

—Veo que tendré que explicarme con más detalle. —El Destino había vuelto a su apariencia de mediana edad y se sentó en la mejor silla de Zane. Sus ojos captaron la piedra de la fortuna en la mesa cercana—. Oh, veo que tiene una baratija de ésas. ¿La usa para conseguir calderilla para el teléfono?

—Algo así —admitió Zane tímidamente.

—Las he visto antes. La piedra es un rubí de ínfima calidad procedente de la India, importada en bruto y vendida en lotes de cinco mil quilates. Técnicamente es corindón, pero demasiado pobre en calidad para contener un hechizo decente. Comprendo que algunos idiotas sean engañados y paguen precio de gemas por piedras comunes.

—Es verdad —asintió Zane levantando la piedra de la fortuna hacia su rostro para disimular el sonrojo.

—Como artículo de novedad barata, no está mal. De vez en cuando, una piedra como ésta contiene un hechizo de más calidad y localiza billetes de un dólar. Pero es axiomático que tales pedruscos nunca producen la cantidad que se paga por ellas.

Zane pensó de nuevo, tristemente, en la bella, acaudalada y romántica Angélica.

—Es verdad —dijo.

—Bien, ahora no necesita dinero, a menos que pase demasiado tiempo con el uniforme quitado y sienta hambre. Es mejor adquirir un pequeño cuerno de la abundancia y usarlo en tales ocasiones. Pero su trabajo lo mantendrá demasiado ocupado para eso, hasta que adquiera la suficiente habilidad.

—Todavía no veo cómo...

—Oh, sí, iba a explicárselo. Sólo un pequeño porcentaje de gente necesita la atención personal de la Muerte. La gran mayoría puede arreglársela sola en la transición; aunque, por supuesto, esto ocurre por voluntad de la Muerte, por su amplio criterio.

—La voluntad de la Muerte.

—¡Oh, usted es un novicio! Déjeme ver, necesito una analogía. ¿Sabe cómo respira su cuerpo cuando no le presta atención, incluso cuando duerme? Es algo semejante a eso. El poder de la Muerte es inmediato y personal, pero también distante e impersonal. Cuando la Muerte atiende directamente a un cliente, es como respirar de forma consciente; cuando la Muerte se limita a permitir que un alma abandone su cobertura corporal sin asistencia, es como el sistema automático, como el funcionamiento automático de su cuerpo. Pero cuando usted muere, esas dos funciones cesan, la consciente y la inconsciente. Cuando la Muerte muere, todas las muertes del mundo cesan, hasta que la nueva Muerte comienza su trabajo. La Muerte anterior, por ejemplo, no está realmente muerta aún; su alma permanece prendida a su cuerpo. No puede morir hasta que usted actúe, aunque su cuerpo jamás vuelva a moverse. Por eso es tan importante facilitar la transición. ¡Imagine los estragos que se producirían si nadie muriese nunca!

—No sé. Si la gente viviera eternamente...

—No tengo tiempo para discutir necedades —dijo ella, con brusquedad—. Confórmese con saber que el primer alma que usted atienda personalmente se liberará de todo para partir con naturalidad, según su propio plan, como mis hilos han dictaminado. Se puede tolerar una demora hasta de media hora; he arreglado eso. Pero transcurrido ese tiempo, se producirá una tremenda confusión.

—¿Qué almas debo, debe la Muerte atender personalmente? En realidad no entiendo...

—Eso está relacionado con la naturaleza de las almas y con su equilibrio entre la bondad y la maldad. Cada pensamiento y acto buenos aligeran la carga, y cada acto o pensamiento malos la hacen más pesada. Un niño recién nacido, generalmente, está tan próximo a la inocencia como

creemos; sólo cuando llega el discernimiento puede uno complacerse en el mal. Como puntualizó William Henley( ): No importa lo estrecha que sea la puerta, lo cargada de condenas que esté la lista, yo soy el dueño de mi destino, el capitán de mi alma. Así que cuanto más joven es la persona en el momento de la muerte, más cerca está su alma de la inocencia, y de flotar hacia el Cielo cuando se desata. Como escribió William Wordsworth( ): No en completo olvido. Ni en completa desnudez; sino remolcando nubes de gloria venimos de Dios, que es nuestro refugio: ¡El Cielo nos acompaña en nuestra infancia! Con la edad y el discernimiento, la maldad tiende a acumularse, pesando sobre el alma, hasta que se produce un desequilibrio negativo. Tales almas caen verticalmente como plomadas cuando se desatan. Aunque algunas están equilibradas con exactas cantidades de bien y de mal. Éstas no tienen inclinaciones dominantes y tienden a adherirse a su morada familiar. Éstos son los que necesitan asistencia.

—¡Eso es lo que hace la Muerte! —exclamó Zane, captándolo al fin—. ¡Recoger almas despistadas!

—Y las clasifica con cuidado, para determinar el lugar que les corresponde —concluyó el Destino—. Aquellos que están en perfecto equilibrio han de ir al Purgatorio para un tratamiento profesional.

—¿Es ése mi verdadero trabajo? —preguntó Zane—. Recoger almas equilibradas.

—Y facilitar el tránsito de todas las demás —agregó el Destino—. Es exactamente eso. Al principio puede encontrarlo difícil, pero es mucho mejor que la alternativa.

Miró a la Muerte muerta en apariencia. Zane se estremeció.

—¿Pero por qué fui elegido para desempeñar este oficio? ¡No estoy cualificado en absoluto! ¿O es pura casualidad?

El Destino se puso de pie.

—Prefiero contestar a eso en otro momento. No debo impedirle que inicie su ronda durante más tiempo.

—¡Pero, ni siquiera sé cómo localizar a mis... clientes!

—Debe de haber un manual de instrucciones en alguna parte. Mortis le ayudará.

—¿Quién es Mortis?

—Oh, casi lo olvido. Es mejor que coja el equipo; no estoy segura cómo funciona, pero lo necesitará.

—¿El equipo?

—Las joyas. Los artefactos mágicos.

—¿Mi piedra de la fortuna? No la veo...

—No esa baratija. Deje todo lo de su vida anterior aquí, tal y como está. Especialmente la estrella. Ni siquiera el mejor zafiro es bueno para la adivinación de la riqueza, y éste es de clase inferior. Deje su reloj también, y cualquier anillo que tenga. Usted ha terminado con la vida.

Ella se dirigió hacia la puerta.

—¡Pero tengo tanto que aprender! —gritó plañideramente Zane.

—Entonces, dedíquese a ello, Muerte —dijo el Destino, cerrando la puerta tras de sí.

Zane miró con desesperación a su alrededor, buscando algo que lo volviese a la realidad. ¿Cómo podía ser él la Muerte? ¡Jamás había imaginado nada parecido!

Vio algo que emitía luz de forma intermitente. Era un reloj compacto en la muñeca de la Muerte muerta que difícilmente podía tener relación con el cadáver de Zane, quien había estado demasiado arruinado para rescatar su reloj de la casa de empeño. Seguramente formaba parte del equipo. Se inclinó, con cierta repugnancia, para quitárselo; después lo puso en su muñeca. Era pesado, unos cien gramos, pero se acopló con facilidad, como si le perteneciera, y la luz intermitente cesó. Era evidente que el reloj había llamado su atención para no pasar inadvertido; aquello concordaba con el oficio. Por supuesto era de un negro de luto; un instrumento con cuerda automática que parecía deslustrado, pero caro.

—¿Por qué utilizaría la Muerte un reloj mecánico, aunque fuera de buena calidad, en lugar de un sofisticado electrónico, o un reloj de sol mágico en miniatura? —Zane no podía contestar en aquel momento—. Tal vez el último que había ocupado el cargo de la Muerte fuera un conservador empedernido. Podía haber vivido siglos antes de descuidarse y prescindir de las precauciones básicas.

Era extraño, pensó Zane, que no sintiera piedad por la persona que había matado. Su conmoción inicial ante el acto ya se había disipado, de modo que sólo permanecía el horror inherente al homicidio, como si hubiera visto un asesinato especialmente brutal en televisión. Quizá su indiferencia se debía a que la Muerte le parecía más una «cosa» que un ser humano. Pero él, Zane, era ahora aquella «cosa».

Captó otros destellos luminosos. Procedían de un adorno de la oreja, casi oculto debido a que la oreja izquierda de la Muerte yacía contra el suelo. Seguramente también trataba de indicarle que debía cogerlo; era uno de los objetos de joyería que el Destino había mencionado. Se enervó ante un nuevo contacto con la carne muerta y consiguió extraer la gema. Era un pendiente, con un granate rojo cabujón, redondeado por una cara y plano por la otra, que brillaba bellamente.

El objeto había sido diseñado para adornar una oreja agujereada, y las de Zane no lo estaban. Dudó, luego metió la gema en el bolsillo de su voluminosa túnica.

Se oyeron pasos en el vestíbulo, seguidos de una suave llamada en la puerta principal.

—Señor Z, ¿está usted bien? —dijo una voz.

Era su vecina más vieja, una mujer fisgona, pero bastante amable.

Zane se quedó helado. ¿Qué podía hacer? Si la dejaba entrar...

—Señor Z —llamó la vecina con más urgencia.

—Estoy bien —le contestó.

—Señor Z —repitió—. Oí lo que me pareció el ruido de un disparo que provenía de esta habitación. ¡Por favor, contésteme!

—¡Todo está bien! —gritó Zane.

La puerta se abrió. La cabeza de la mujer se asomó.

—Señor Z, ¿por qué no me contesta? Sé que está en casa, lo he visto entrar. Si hay algo que no funciona, si algún tipo le disparó...

—¡Estoy en casa! No hay ningún tipo —gritó Zane—. ¡Por favor, márchese!

La mujer entró en el apartamento.

—Estoy segura de que oí...

Entonces vio el cuerpo en el suelo. Estaba ahora vestido con la ropa que Zane llevaba antes del extraño suceso, aunque él no recordaba habérsela puesto. Probablemente el Destino lo había hecho mientras él estaba abstraído a causa de la asombrosa situación.

—Señor Z, ¡está usted herido! —gritó ella, y corrió a inspeccionar el cadáver, pasando ante él como si no lo viese—. En realidad, usted está muerto.

—Así parece —dijo Zane, con cierta sequedad.

Ahora el impacto de lo que había hecho estaba volviendo a él, animado por la reacción de la vecina. Estaba preparado para suicidarse y, en lugar de ello, había matado a otro hombre. ¡Era un asesino! Los acontecimientos que siguieron de inmediato fueron tan sorprendentes que habían ocultado gran parte del horror. Ahora aquello estaba clarificándose, y él horrorizándose. Había hecho muchas cosas equivocadas en su vida, y la de aquel día había sido la peor, puesto que nunca hasta entonces había matado a un ser humano.

Bueno, en realidad él había matado. Pero aquel había sido un caso especial, y su madre... Cortó el pensamiento. Él tenía culpa y estaba bastante endurecido contra la perversidad del mundo. No obstante...

La vecina se volvió y le vio.

—Oh, ¡oficial! —dijo—. ¡Estoy tan contenta de que esté usted aquí! ¡El señor Z está muerto! Temo que se haya suicidado. Oí el disparo, y él no me respondió...

¿Por qué había esperado tanto tiempo antes de averiguarlo? Había disparado la pistola hacía más de media hora. ¿Había tardado tanto tiempo desarrollar lo suficiente su curiosidad?

—Sí —dijo Zane gravemente—. Me lo llevaré de aquí.

—¡Oh, eso me tranquiliza! —La mujer se marchó.

Zane se relajó poco a poco. Debía de ser cierto: era prácticamente irreconocible mientras llevaba puesta la túnica de la Muerte. La mujer no le había visto ni como a él ni como a la Muerte, lo había tomado por un policía, la clase de persona tranquilizadora que ella esperaba. Pronto todo el edificio estaría informado.

Salió, caminó a lo largo del estrecho rellano y bajó las escaleras hacia el vehículo que lo esperaba. Mientras lo hacía, se dio cuenta, en una revelación inesperada, de que la piedra de la muerte de la tienda MESS O'TOTTAGE había sido técnicamente correcta, pero notablemente errónea. Había señalado su encuentro con la Muerte pero no le había advertido de que él, de hecho, asumiría un nuevo oficio y se convertiría en inmortal. Ése era el problema de los hechizos, sugerían los hechos, prescindiendo de sus implicaciones.

Se paró. ¿Qué vehículo le esperaba? No tenía coche de su propiedad, y nadie le había hablado de uno. Sin embargo, él había creído que...

Bueno, ¿cómo había llegado la Muerte hasta allí? ¿Batiendo los brazos y volando, o conduciendo un coche? Cualquiera que fuese el medio, Zane tendría que emplearlo.

Llegó a la calle, miró con detenimiento a su alrededor, dejando que sus ojos se acomodaran a la noche. Había un vehículo: un automóvil de color desvaído que ocupaba la plaza de aparcamiento del casero. Éste hubiera ordenado que remolcaran fuera de allí al coche intruso... pero casualmente había salido. Aquello debió favorecer las operaciones de la... ¿cómo lo había llamado el Destino?... las Encarnaciones. Después de todo, ¿cómo podría desplazarse la Muerte para cumplir su cometido, si su coche era remolcado por los iracundos mortales?

Pensó que aquél era el coche de la Muerte, porque sus luces de situación parpadeaban. Las cosas de la Muerte eran seguras; la Muerte no las descuidaba. Zane se hubiese sentido complacido si, en conjunto, no fuera todo tan horrendo.

Se dirigió hacia el coche rodeando su parte trasera. En la matrícula se leía MORTIS. Aquello explicaba que el Destino mencionara ese nombre; aunque él creyó que se refería a una persona, obviamente se trataba de la máquina. Había un adhesivo en el parabrisas: MENCIONAR A LA MUERTE ES LA FORMA MÁS DIRECTA DE DECIRLE QUE VAYA DESPACIO. Solamente eso. Abrió la puerta y se sentó en el mullido asiento del conductor.

Era el automóvil más elegante y cómodo que jamás había visto. Una tétrica calidad emanaba de cada una de sus partes. La tapicería era de auténtica piel de lagarto y la parte metálica era de cromo compacto. Probablemente su valor podía fijarse en unos treinta y cinco mil dólares al salir de fábrica, antes de que se le añadieran los costosos detalles adicionales. No estaba seguro de si se atrevería a intentar conducirlo.

El reloj empezó a destellar, llamando su atención. Era mecánico, pero había algo mágico en él. Las luminosas manecillas indicaban las ocho y cinco de la tarde, la hora correcta. Pero el

secundario concéntrico rojo se estaba moviendo. No lo había hecho antes; los segundos se marcaban en una pequeña esfera insertada a la izquierda, en la parte opuesta a la ventanilla del calendario, que estaba a la derecha. Su pequeña manecilla continuaba moviéndose, y así supo que la función no había sido asumida por el secundario. ¿Qué estaba haciendo la manecilla roja?

Mientras observaba, el secundario sobrepasó la señal del mediodía... y la manecilla de la pequeña esfera minutero situada debajo retrocedió desde nueve hasta ocho. El cronómetro estaba funcionando y ahora observó que corría hacia atrás. La manilla del secundario se movía en sentido contrario a las manecillas del reloj. ¿Qué clase de cronómetro era éste?

Un cronómetro cuenta atrás, dedujo. El reloj le estaba diciendo que tenía menos de ocho minutos para hacer algo, o ir a alguna parte. Pero ¿qué, o dónde?

Un escalofrío bajó por su espalda. Él era la Muerte, o un pobre facsímil de ella. ¡Tenía que ir y recoger su primer alma!

Se rebeló. ¡No había buscado aquel empleo! Sólo las más extrañas coincidencias le habían llevado a esta increíble situación.

¿Coincidencia? Había estado relacionado antes con aquello. Si la mujer que le explicó las cosas era en realidad el Destino, debía haber medido los hilos de su vida; ella lo había conducido a su maldito sino. Lo había puesto allí deliberadamente. Y para hacerlo, ella había matado a su predecesor. ¿Por qué?

El reloj parpadeaba con insistencia. Sólo le quedaban seis minutos. No estaba seguro de lo que pasaría si faltaba a cualquier cita a que tuviera que ir, pero sabía que aquellas entidades sobrenaturales jugaban un béisbol astuto. Quizá su predecesor había fallado, y el Destino hizo los preparativos para eliminarlo. La verdad era que no había dado muestras de estar entristecida por su muerte. Si Zane fallaba, haría lo mismo con él. No estaba seguro de sus sentimientos respecto a aquel oficio, pero sabía que no estaba preparado para desempeñarlo. Así que lo mejor era poner manos a la obra, tratando de ganar tiempo al objeto de aclarar qué sentía en realidad, y cuáles eran sus posibilidades de elección.

¿Dónde estaría el manual de instrucciones que el Destino había mencionado? No lo vio, y no tenía tiempo para buscarlo. Su predecesor podría haberlo perdido hacía un siglo.

Zane colocó las manos sobre el volante del coche llamado Mortis y el pie derecho sobre el acelerador. ¿Dónde estaba la llave de contacto? Él no la tenía. Quizá se había quedado en el cuerpo de la Muerte anterior.

Se estremeció. Lo habían obligado a meterse en esta desventura, pero no quería volver a su punto de partida. Revisó el panel, con la esperanza de hallar una alternativa.

Después de todo, muchos vehículos funcionaban con magia en los pequeños detalles, como muchas cosas mágicas tenían controles mecánicos. En un sencillo interruptor de contacto aparecía

marcado ON/OFF. Lo puso en ON, y el coche cobró vida. El panel frontal se encendió, la radio comenzó a sonar y el cinturón de seguridad se abrochó protectoramente. El motor zumbó con suavidad. ¡Oh, sí, aquello era un coche!

Bueno, las cosas estaban así. Zane encontró la marcha atrás y sacó el coche del aparcamiento. Se manejaba como un vehículo de ensueño, asombrosamente suave y obediente. La Muerte no había tenido una existencia espartana.

Se produjo un sonido de advertencia, y el espejo retrovisor destelló: la calle no estaba libre. Lo estuvo un instante después, en cuanto pasó el veloz automóvil. Entonces pudo salir marcha atrás.

El cochemuerte continuó moviéndose con suavidad, respondiendo al instante y con exactitud a su más pequeño gesto, de tal forma que parecía estar vivo. Zane no era un experto en motores de coches, pero sospechó que aquél formaba parte de los mejores que se habían fabricado. No era básicamente mágico, pero como medio de transporte era más eficaz de lo que cualquier cosa mágica podía ser. ¡Oh, sí, la Muerte poseía lo mejor!

Mas la Muerte, pese a todos sus privilegios, estaba muerta. Ésta era la sombría realidad que se escondía en la aparente opulencia. El asesino de la Muerte había heredado su patrimonio.

Se concentró en su tarea e inició con cuidado la marcha hacia delante, sintiéndose consciente de aquella extraordinaria cosa. Era fácil entrar en el tráfico. Las ventanillas y los espejos suministraban una excelente visibilidad de todo lo que le rodeaba, y las ruedas parecían casi gobernarse a sí mismas. Quizá tuviera parachoques magnético que distanciara el coche de los otros vehículos. En realidad, Zane tenía la impresión de estar conduciendo mejor de lo que esperaba, después de que la pobreza lo hubiera mantenido alejado de los coches durante varios años.

El relojmuerte indicaba ahora cuatro minutos. ¿Adonde se dirigía?

Zane observó los lugares que atravesaba y dedujo que iba en dirección oeste. Pero aquélla no era necesariamente la ruta que debía seguir para llegar a su cita. ¿Cómo distinguía la Muerte a sus víctimas?

¿Víctimas? No le gustó ese término. El Destino había utilizado la palabra «cliente», recordó; aquella palabra era mejor.

Cualquiera que fuese la denominación, tenía que haber un camino. Zane palpó su túnica y encontró un bolsillo interior con un objeto dentro. Lo sacó y le echó un vistazo mientras conducía.

Era una pulsera con el cierre roto. Eso explicaba por qué la Muerte anterior no la llevaba puesta. La Muerte había descuidado bastantes detalles, o lo parecía. ¿Pero qué significado tenía aquel objeto?

Había tres importantes gemas engarzadas en la pulsera. Una era un ojo de gato amarilloanaranjado; el ojo ocupaba casi la mitad de la pulida superficie de la piedra. Casi parecía vivo, mirando hacia él. La del medio era una piedra rosa, cruzada por una línea, que acababa en una

especie de punta de flecha. La tercera era verdosa y estaba tallada, probablemente de cuarzo, bella en su forma, con dos marcas en la superficie. Una de ellas estaba iluminada, la otra oscura. Tenía un trazado luminoso de líneas curvas que se unían sin tener en cuenta el diseño de líneas rectas.

Zane no le encontraba mucho sentido a aquello. El reloj le indicaba ahora que sólo quedaban dos minutos. ¡Tenía que resolver las cosas deprisa!

Torció una esquina; y mientras lo hacía, vio que la piedra rosa cambiaba. Su punta de flecha osciló para señalar una nueva dirección. No, el coche había cambiado; la flecha señalaba la misma dirección que antes, noroeste.

Zane apretó el acelerador y pasó de repente al carril más rápido. Un conductor le gritó un insulto, pero le dejó sitio. Giró en otra esquina, ahora hacia el este, y la flecha osciló de nuevo. En efecto, estaba señalando algún lugar.

Giró al norte, luego al este, orientándose lo mejor que podía en la dirección señalada. La flecha marcaba inequívocamente al frente; pero ahora el ojo de gato estaba cambiando, aumentando de tamaño sobre su piedra. Podría significar que se acercaba. Era una piedra de perspectiva, que le decía cuando estaba cerca de su destino.

Pero el ojo de gato se expandía muy despacio; si su velocidad era lineal, nunca llegaría a su cita a tiempo. De alguna forma parecía muy importante que lo consiguiera. ¿Equivalía llegar tarde a un fracaso total?

Zane giró en otra esquina; y percibió que la piedra verde destelló cuando lo hizo. ¿Qué significaba?

Giró de nuevo; y vio que un botón del panel del coche destellaba al unísono con el flash del enrejado de la piedra verde. Experimentalmente giró de nuevo, ignorando el coro de protesta que salió de los otros coches ante su errática conducta, y pulsó el botón con el pulgar, justo al iniciarse un destello.

El coche aceleró. La velocidad le impedía distinguir los lugares por donde pasaba. Se sintió como si estuviera en una cápsula espacial, desplazándose a velocidad supersónica a través de las tierras del mundo. Entonces, tan repentinamente como había empezado, la confusión cesó.

Zane miró alrededor, asustado. De inmediato, supo que estaba en una ciudad diferente. Supuso que ésta se encontraba a considerable distancia al noroeste de Kilvarough, tal vez al otro lado del continente. Quizás incluso se trataba de la gran ciudad de Anchorage.

Pero no tenía tiempo para preocuparse de eso. El ojo de gato había crecido de repente y su tamaño era notablemente mayor, los dos puntos de la piedra enrejada se habían unido, y su reloj marcaba un solo minuto. Estaba muy próximo a su objetivo.

Ante esta seguridad, procedió con más confianza. Estaba empezando a dominar el uso de los instrumentos de la Muerte. Ahora comprendía que el ojo tenía que crecer hasta ocupar toda la piedra

y esto sucedería cuando él llegase. Cuando la cabeza de la flecha empezó a girar velozmente, aunque él conducía en línea recta, Zane supo que había llegado. Justo a tiempo, demasiado justo; la manecilla roja de su reloj marcaba sólo treinta segundos, y seguía contando.

El ojo estaba al máximo, y la flecha giraba cubriendo el círculo completo. Él debía de estar en el escenario correcto; pero allí no había nada. Estaba atravesando un cruce normal. ¿Sería una falsa alarma?

Disminuyó la velocidad y se detuvo a un lado de la calle, perplejo. Creyó que lo había conseguido, y ahora parecía que no. La flecha estaba inmóvil hacia la calle que le había llevado hasta allí. Apuntando a nada.

La manecilla de relojmuerte se paró.

Se produjo un golpe en el cruce. Un camión hizo un incorrecto giro a la izquierda cruzándose en el camino de un pequeño turismo japonés, y los dos colisionaron con violencia.

Zane apagó su motor y salió del cochemuerte, sin preocuparse de dejarlo bien aparcado. Se apresuró hacia el lugar del accidente.

El hombre del camión estaba casi sin sentido. La mujer del pequeño coche tenía un enorme corte en el cuello producido por el cristal que se suponía irrompible. La sangre manaba de la herida, salpicando el tablero de mandos. Pero no estaba muerta.

Zane dudó, anonadado. No veía ninguna forma de salvar a la mujer; pero, ¿qué se esperaba que hiciera? Los coches chirriaban al parar, las alfombras aterrizaban y la gente empezaba a concentrarse.

La mirada de la mujer se clarificó durante un momento. Vio a Zane. Sus pupilas se contrajeron hasta convertirse en puntas de alfiler. Trató de gritar, pero la sangre bloqueó su garganta, manteniéndola en silencio.

Alguien tocó el codo de Zane. Él se sobresaltó. El Destino estaba a su lado.

—No la torture, Muerte —le dijo—. Acabe con esto.

—¡Pero ella no está muerta!

—Ella no puede morir del todo hasta que usted tome su alma. Ella tiene que permanecer en su terrible agonía hasta que usted le ponga fin. Ella y todos los demás que están intentando morir durante este período en suspensión. Cumpla con su deber, Muerte.

Zane tropezó al aproximarse más al coche destrozado. La mirada aterrorizada de la mujer seguía su avance. No debía ver nada, excepto a él; y Zane sabía por su experiencia reciente cuan horrible era el espectro de la Muerte al acercarse. Pero no tenía idea de cómo se esperaba que pusiera término a su vida.

El vestido de la víctima estaba desgarrado, mostrando como el cristal le había cortado el pecho de arriba abajo, dejándola convertida en una masa sanguinolenta. No había absolutamente

nada bello ni consolador en aquella agonía. Debía terminarse con rapidez. Todavía la mujer trataba de resistirse a su aproximación. Torció la mano para mantenerlo apartado, la mano que colgaba de una muñeca rota. Zane no había visto nunca antes tanto dolor físico y emocional, ni incluso cuando su madre había...

Llegó a su lado, aún sin saber qué hacer. La muñeca de la mujer le bloqueó la mano, pero la carne de él pasó a través de la de ella sin encontrar resistencia. Sus huesudos dedos tocaron algo que percibió como una telaraña, dentro de su cabeza. Torció la mano y tiró hacia fuera. Sacó una tenue tira de película, semejante a laque forma una pompa de jabón. Asqueado, trató de desprenderse de ella, pero se le adhería como una hebra de saliva. Levantó la otra mano, que sostenía la pulsera enjoyada, y trató de separar con ella la sustancia. La delgada película se desprendió, pero se pegó a la otra mano.

—No lo logrará, Muerte —dijo el Destino, en tono reprobatorio—. Eso es su alma, y usted la está torturando.

¡Su alma! Zane intentó ponerse en el lugar de su víctima. Dio un paso atrás, y el alma desprendida se movió con él, abandonando el cuerpo destrozado como si le costara trabajo separarse.

Entonces el filamento quedó libre y contraído. Lo sostuvo colgando como la piel de una serpiente tras la muda.

La mujer del coche estaba muerta al fin, el horror y la angustia congelados en su rostro. La Muerte había tomado su alma y acabado con su sufrimiento.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó al Destino. Su cuerpo estaba temblando, y se sentía angustiosamente débil.

—Usted dobla el alma, se la guarda en el bolsillo, y va a buscar al próximo cliente —le contestó—. Cuando tenga un hueco en su programa, analizará el alma para determinar a qué esfera debe ser remitida.

—¿A qué esfera? —Su mente se negaba a concentrarse, como si sus más profundos pensamientos estuvieran cegados por la sangre del cliente.

—Cielo o Infierno.

—Pero yo no soy juez de almas —protestó.

—Sí, lo es ahora. Trate de no cometer muchos errores.

El Destino dio media vuelta y se marchó.

Zane miró con atención los colgantes fragmentos del alma. La gente pasaba junto a él, pero nadie lo veía. Podría haber estado solo.

Unió las manos, con cuidado doblando el finísimo material como si fuera un .papel. Se curvaba en los sitios en que no debía, replegándose horizontalmente, y los rasgados extremos se resbalaban, pero los fue colocando uno por uno. Al final, consiguió un pequeñísimo y ligero paquete;

el alma tenía poca entidad física. Rebuscó en sus bolsillos y encontró una bolsa de tela; introdujo en ella el alma doblada. Entonces trató de vomitar, pero su estómago vacío carecía de lo necesario para realizar el trabajo. ¡Qué lío había hecho de su primer caso!

La policía llegó, y una ambulancia, y algunas personas estaban sacando los restos destrozados de la víctima de la chatarra en que se había convertido el coche. Los testigos fueron interrogados, pero nadie pensó en preguntar a Zane. Estaba empezando a comprender cómo funcionaba aquello; no era invisible, pero pasaba inadvertido. Excepto cuando era necesario.

Había recogido su primer alma: Nadie necesitaba decirle que había sido una chapuza completa. Había aterrorizado sin necesidad a la mujer, prolongando su tormento mientras manipulaba y rompía su alma de la forma más estúpida. Aquél, ciertamente, no había sido un buen auspicio en el comienzo de sus nuevos deberes.

Su reloj estaba destellando otra vez. La manecilla se movía. Tenía siete minutos para llegar a su próxima cita.

—Sería mejor que me hubiese muerto —murmuró.

Pero no estaba muy seguro de eso. La vida podía ser repugnante, y su trabajo presente también era repugnante, pero morir era todavía peor. ¡En qué tormento podía convertirse la condición humana!

Pero ¿cuál era la alternativa? Zane se apresuró a su cochemuerte. No sabía con qué frecuencia tenía que atender a los clientes, pero supuso que el trabajo se había acumulado durante la transición, si algo semejante era posible. Quizá no lo era, quizás el Destino había programado el cambio para que se produjese en un momento en que había pocos clientes.

Se orientó sobre el siguiente caso y condujo hacia él. Como la rejilla verde destellaba, tocó el botón del panel y salió lanzado hacia su meta. Ésta estaba situada muy al sur, quizá, por debajo del ecuador. Pero cuando el coche se estabilizó en la nueva ciudad, las gemas guías funcionaron normalmente, y nadie pareció notar su súbita aparición en la calle.

No estaba del todo seguro de que le gustase aquel empleo de recoger almas, pero aún dudaba ante la decisión de rechazarlo. ¿Cuánto tiempo hubiera tenido que sufrir la mujer en el coche destrozado si él, la Muerte, no hubiera estado allí para liberar su alma? No quería pensar en eso.

El coche circuló con suavidad, maniobrando expertamente a través del tráfico. Era un verdadero placer conducir. Siguió la flecha y se aproximó con rapidez a su destino.

¿Dónde se encontraba? Quizá en Brasilia, en el seno del continente sur. Pero no; ahora veía el Hospital General de Phoenix. Estaba en Arizona. No había traspasado el ecuador, ni mucho menos. Se había equivocado en sus cálculos. Bien, ya aprendería a base de experiencia.

Aparcó en el lugar destinado a los visitantes. Se envolvió en la túnica y se dirigió hacia el pabellón adecuado, sintiéndose nervioso. Nunca le habían gustado los hospitales, en especial desde

Librodot

que su madre fue ingresada en uno. Entonces se dio cuenta de que la Muerte tendría que visitar hospitales con mucha frecuencia, puesto que mucha gente enferma se internaba en ellos para morir.

Nadie se interpuso en su camino, a pesar de que su llegada no coincidió con las horas de visita. Evidentemente le tomaban por un médico o un empleado del hospital. Tal vez fuese así; su cometido era más importante que cualquier otro.

Encontró a su cliente. Era un hombre viejo que compartía una habitación con otros tres. Todos tenían incómodos tubos y aparatos conectados a su cuerpo y daban la impresión de ser enfermos terminales. ¡Aquello le repugnaba! Quiso huir, pero no pudo.

Sabía que su apariencia aterrorizaría al cliente, como había sucedido antes, pero le era imposible llegar a él sin ser notado. Además, había llegado con anticipación; faltaban dos minutos para terminar el cómputo.

Decidió ser directo. Después de todo, esa actitud no podía ser peor que la precedente. Se dirigió a la ama.

—Hola —su pronunciación de la palabra le pareció extraña, como un eco procedente de su bolsillo.

Ninguno de los cuatro pacientes reaccionó al principio. Eso le proporcionó un momento para indagar sobre el misterio. Buscó en el bolsillo y encontró el pendiente que le había quitado a la Muerte. ¿Procedía el eco de él? ¿Por qué?

—Hola —repitió; y en esta ocasión estuvo seguro de que el sonido tenía relación con el objeto.

Los ojos del cliente se volvieron lentamente hacia él. De su debilitada boca salieron palabras:

—¡Ya era hora que llegara, Muerte!

El cliente estaba hablando en una lengua extranjera, pero Zane lo entendió, porque la traducción emanaba de la gema que sostenía. Se dio cuenta de que era un artefacto traductor mágico, otra piedra encantada. Naturalmente, la Muerte tenía obligaciones que cumplir en cualquier parte del mundo y debía estar capacitada para comprender cualquier idioma. Introdujo la gema en su oreja izquierda; después se la colocaría de forma más estable.

La novedad del idioma y la piedra lo habían distraído del asunto que tenía entre manos; el cliente le miraba con gesto expectante. Zane se sorprendió.

—¿Me estaba esperando? ¿No tiene miedo?

—¿Esperándola? ¡La he estado buscando durante seis meses! Y no estoy asustado. He llegado a creer que nunca saldría de esta prisión.

—Este hospital parece bastante bueno.

—De este cuerpo.

Parecía que la traducción funcionaba para ambos, puesto que el hombre entendía las palabras de Zane, a pesar de que ningún ruido llegaba hasta su oído.

—¿Quiere...?

El cliente le miró de soslayo.

—Usted es nuevo en este trabajo, ¿verdad?

Zane se sorprendió.

—¿Cómo lo sabe?

El hombre inició una sonrisa.

—Estuve muy cerca de la Muerte en una ocasión anterior. Era más vieja que usted. Tenía más rugosidades en su cráneo. Al verla me aterroricé tanto que volví a la vida. Había estado muriéndome en la mesa de operaciones pero, debido al impacto que me causó la operación se convirtió en un éxito. Aquella vez.

—Sé cómo ocurre eso —asintió Zane, pensando una vez más en su madre.

—Entonces tenía una reserva de voluntad de vivir que se manifestó ante aquel estímulo. Pero mi estado es peor ahora. Ni la ciencia ni la magia pueden vencer al dolor. No sin apagar mi intelecto, y yo no deseo eso. Por alguna razón, sospecho que la Muerte no es más que un paso a otra existencia en la que no hay que cargar con el cuerpo. Algunas personas ni siquiera se dan cuenta de que mueren. No me preocupa enterarme, siempre que cese el dolor. Por tanto, mi voluntad lo facilita, y estoy preparado para abandonar la vida. Espero que sea usted competente.

Zane miró el relojmuerte. Había dejado pasar un minuto de más.

—Yo también lo espero —dijo—. He hablado con usted durante demasiado tiempo.

El hombre sonrió de nuevo.

—Ha sido un placer, Muerte. Esto me ha proporcionado un breve alivio. Siempre que encuentre a una persona que verdaderamente está siendo mantenida viva contra su voluntad, debe usar la fuerza si es necesario para ayudarle. Creo que debe hacer eso.

Zane pensó de nuevo en su madre.

—Ya lo he hecho —musitó—. Una persona tiene derecho a morir cuando le llega su hora. Eso creo.

—Así debería ser —asintió el cliente—. Pero hay muchos que no lo aceptan.

En aquel momento su cara se contrajo en un espasmo de intenso dolor.

—Es la hora —dijo entrecortadamente—. ¡Actúe sin tardanza, Muerte!

Zane buscó el alma del hombre. Sus dedos pasaron a través del cuerpo y cogió el tejido del alma. La extrajo con cuidado, sin desgarrarla. Los ojos del hombre se nublaron, estaba muerto y satisfecho de que así fuera.

Los otros tres enfermos de la habitación no prestaron atención. No captaron quién era el visitante, ni supieron que su compañero había muerto.

Zane dobló el alma y la puso en su bolsa, junto con la otra. Afortunadamente, había actuado mejor esta vez. Se sentía satisfecho porque sabía que había obrado bien con su último cliente, evitándole dolores inútiles. Quizás aquel oficio no era tan malo como había creído.

Miró su reloj. La cuenta atrás estaba de nuevo, en marcha, pero le concedía casi media hora. El ojo de gato se mostraba grande, indicando que el lugar se hallaba localizado. Por una vez no tendría que apresurarse.

Condujo hacia un valle situado más allá de Phoenix, dejando las calles atrás. Abrió su bolsa de almas y extrajo una. La desdobló con cuidado, extendiéndola lo mejor que pudo contra el interior del parabrisas. Era un alma entera, sin desgarros; y le indicó que era la última que había recogido.

El alma, silueteada contra la intensa luz procedente de los faros delanteros, mostraba sectores translúcidos y opacos. Era fascinante en sus complicados detalles, pero él carecía de sistema para juzgar su naturaleza total. ¿Tenía que enviarla al Cielo o al Infierno?

Algo se encendió en su mente, algo parecido a un recuerdo de una existencia anterior. Zane se inclinó hacia adelante para abrir la guantera; y al hacerlo, rozó al alma con el brazo, arrugándola un poco. Estaba casi seguro de que dentro había más gemas. Desde que se hizo cargo de aquel empleo, había pasado de la indigencia a una excesiva abundancia.

Dos piedras brillaban suavemente. Zane las cogió. Eran cabujones semirredondeados, con pulidos hemisferios. Una era de color marrón desvaído, la otra amarillo pálido. Unió sus caras planas y, juntas, formaron una esfera; algo parecido a la cara iluminada y oscura de la luna. Quizá fueran piedras lunares. Hacían juego, pero ¿cuál era su finalidad?

Separó las piedras, y acercó la marrón al alma desplegada. La piedra flameó como si estuviera hambrienta. La deslizó a través de la superficie del alma, y la piedra volvía a flamear siempre que pasaba sobre una mancha oscura.

¡Aja! Aproximó la piedra amarilla. Ésta destellaba al pasar sobre las partes claras.

Si la oscuridad se identificaba con el mal y la luz con el bien, tenía allí su mecanismo de análisis. Cada una de las piedras respondía a un aspecto del alma. Él podría realizar el análisis mágico científicamente. Pero, ¿cómo determinaría la cuantía del saldo final?

Quizá las piedras aumentasen de peso al absorber los contextos del alma. ¿Habría unas escalas establecidas?

Buscó en el compartimiento, pero no las encontró. Bien, tal vez el mecanismo se hiciera patente en el momento adecuado. No tenía tiempo para examinar los detalles.

Pasó la gema marrón a lo largo de los contornos del alma; después la situó frente al lugar donde había empezado. Los puntos oscuros destellaban dentro de la piedra. Cuando la pasaba por un

sector que ya había recorrido no se producía reacción; la gema recogía pecados concretos una sola vez. Mientras lo hacía se iba oscureciendo gradualmente, pero no parecía pesar más en la mano de Zane. Por supuesto, el cambio podría ser demasiado pequeño para que lo notara.

Cuando hubo recorrido toda el alma, la piedra estaba casi negra. Ciertamente había mucha culpabilidad y pecado en aquel balance. Zane se preguntaba cuáles serían los pormenores, pero no tenía forma de saberlos. El cliente había tenido una vida complicada antes de que el cáncer lo destruyera; quizás era eso todo lo que la Muerte necesitaba saber.

Pasó la piedra amarilla a través del alma de la misma manera. Según iba recogiendo los aspectos buenos, aumentaba su brillo, hasta que al final éste fue tan intenso como el de la luna más deslumbrante.

Y ¿ahora qué? Las piedras habían cambiado al medir aquella alma; pero, ¿cuál de ellas había cambiado más? En realidad, la oscura parecía más pesada que la luminosa. ¿Significaría eso que el mal predominaba en el alma? Pero, el brillo de la otra piedra continuaba aumentando como si el bien que había en ella tuviera una gran fuerza. La solución del problema estaba en acertar cuál de las piedras había cambiado más. ¿Había más maldad en la piedra oscura o más bondad en la brillante? ¿Dónde estaba la balanza que pudiera determinarlo?

Entonces la encontró. Juntó las dos piedras. Se pegaron la una a la otra, como si se atrajeran magnéticamente, y su línea divisoria serpenteó, en la forma en que lo hacen los equipos de Yin-Yang oriental o de béisbol occidental. Se estaban fusionando.

Las soltó. La pelota resultante quedó suspendida en el aire, casi en perfecto equilibrio. ¿Cuál sería el destino de aquella alma?

Entonces, lentamente, la pelota se elevó. El saldo, por escaso margen, estaba a favor del Cielo. Zane soltó la respiración contenida, sus nervios habían estado más tensos durante el proceso de lo que su conciencia le había indicado. Dudó tanto de la técnica de análisis como del destino del amable caballero con quien había hablado.

¿Amable? Puede que el hombre no hubiera sido demasiado amable; en caso contrario, no habría tenido tanto mal en su alma.

La pelota de gemas golpeó suavemente contra el techo del coche. Zane no la dejó salir; con las ventanillas cerradas, la pelota, no podía ir a ninguna parte. Pero necesitaba enviar el alma al Cielo, y no sabía cómo hacerlo.

Buscó de nuevo en el compartimiento. Encontró un rollo de cinta transparente y dos paquetes de bolas. Éstas tenían densidades notablemente distintas. Algunas eran de médula y amenazaban con irse flotando; otras eran plomo, bastante pesadas.

Ahora se aclaraba el asunto. Zane volvió a doblar el alma hasta convertirla en una masa compacta. La sujetó con un trozo de cinta a una pelota de médula. Luego abrió la ventanilla del coche y la soltó. Flotó hacia el cielo estrellado y en un instante se perdió de vista.

Deseó que el paquete llegara al Cielo sin problemas. Aquel medio de transporte le parecía demasiado primitivo e inseguro para una mercancía tan preciosa como un alma. En un mundo que disponía de alfombras voladoras y lujosos aviones debía de haber posibilidades para enviar un alma de forma más eficaz. Pero no cabía duda de que aquel era el sistema empleado por su predecesor; quizá Zane consiguiera actualizarlo cuando dominara más su oficio.

Las piedras fusionadas se separaron al caer, recuperando sus colores originales. El trabajo estaba terminado. Las devolvió a la guantera.

La cuenta atrás del relojmuerte le concedía menos de diez minutos. Su tiempo libre había terminado y tenía que moverse.

Orientó el coche y pulsó el botón de hiperconducción.

Esta vez el arranque fue más rápido. Miró por la ventanilla. Corría sobre agua. Se dirigía al este cruzando el océano, de acuerdo con el rumbo que había fijado en el tablero de instrumentos. Abandonó la noche y reencontró el día, dándose cuenta de que había iniciado aquel trabajo a primeras horas de la tarde, tomando poco después a su primer cliente en Anchorage y, al iniciarse la noche, estaba de vuelta para recoger al segundo. El mundo continuaba girando, indiferente a su cometido, y él iba saliendo y entrando en el día.

Tras un momento, la tierra se hizo visible. El coche se dirigió hacia ella, lentamente; cruzó una estrecha playa, cruzó una urbanización compuesta de modernos edificios de veinte plantas, cruzó, no rodeó, una parda y escarpada cadena montañosa, cruzó un pequeño pueblo que ocupaba un valle con sus casas pintadas de blanco, cruzó un olivar, cruzó una dehesa de caballos, y salió a campo abierto.

Ahora se encontraba cerca de su cliente. No sabía por qué la hiperconducción nunca lo llevaba directamente a su objetivo; quizás era difícil lograr la exactitud en las distancias largas. Pero parecía más lógico pensar que se trataba de dejar en el anonimato la llegada de la Muerte; sería casi imposible que pasara inadvertido para la gente un coche que se materializaba de pronto en el lugar de un accidente. La magia tenía sus limitaciones y, por tanto, era mejor no llevarla demasiado lejos.

Utilizó el ojo y la flecha para acercarse a su objetivo y llegó con un minuto largo de adelanto. Estaba en una granja ruinosa en medio de unos campos que languidecían. Aquélla era una familia condenada a la pobreza.

Abrió la puerta y entró. Se preguntó si debía haber llamado, pero llegó a la conclusión de que nadie se cuidaría de responder a la llamada de la Muerte. Estaba amaneciendo; pudo oír a los miembros de la familia gritándose unos a otros, mientras que, aún adormilados, se desplazaban

tropezando en un intento de organizar la helada casa. Su oído izquierdo captaba las palabras traducidas, puesto que no empleaban el idioma de Zane. Protestaban del frío de la mañana, de lo inadecuado de los alimentos destinados al desayuno, y de una rata que corría asustada por el suelo.

Las gemas de Zane le guiaron al dormitorio. La mujer estaba allí, sentada en la cama, con una expresión de incomodidad en la cara mientras se esforzaba en ponerse unas gruesas medias. Tenía una pierna levantada y doblada la rodilla. Se quedó asombrado al ver que estaba casi totalmente cubierta por una erupción. Además, la mujer tenía aspecto enfermizo. Su cara estaba enrojecida, sus cabellos revueltos y enmarañados. Sus dientes, cuando gesticulaba, se veían amarillentos, quizá cariados. Era joven y tenía buena figura, pero su mala salud la hacía desagradable. Sus ojos estaban tan intensamente sombreados que indicaban que habían sido víctimas de una agresión violenta. Entonces Zane se dio cuenta de que allí había existido violencia; tenía cardenales y arañazos en todas las partes visibles de su cuerpo.

Quizá morir fuera, de hecho, un alivio para ella. Obviamente vivía de forma miserable.

Pero la flecha no señalaba a la mujer. Señalaba hacia la cuna situada en un extremo de la habitación donde yacía un bebé acurrucado.

¿Un bebé? ¿Cómo podría recoger a un bebé?

Pasó junto a la mujer, que no le prestó atención, y se paró cerca de la cuna. El bebé había forcejeado durante la noche con la inadecuada manta que lo cubría y estaba boca abajo, mojado y sin protección; su piel mostraba tintes azulados. Estaba a punto de morir a causa de un accidente de cuna.

¿Pero que ocurría con la regla del cincuenta-cincuenta que regía sobre sus clientes? La mayor parte de las personas morían y eran separadas de sus almas sin necesidad de su ayuda directa. Sólo aquellas en cuyas almas existía el suficiente mal para crear dudas sobre su salvación, requerían el servicio personal de la Muerte. Casi por definición, un bebé es inocente; por ello, su alma liberada debería flotar alegremente hacia el Cielo. Un bebé todavía no es, como el Destino puntualizó, el capitán de su alma, y el Cielo todavía permanece en ella.

Pero no cabía duda de que era su cliente. El bebé se estaba apagando con rapidez. Era el momento. Se inclinó y extrajo un alma pequeña.

La madre continuó la trabajosa tarea de vestirse, sin enterarse de nada. Zane volvió a pasar junto a ella, con el alma, y salió de la casa. Se sentía enfermo.

En el cochemuerte, usó las piedras para analizar el alma. Las pautas eran extrañas, porque no existía pauta alguna; el alma era uniformemente gris. La experiencia aún no la había marcado.

El veredicto de las piedras fue neutral; la bola de gemas se quedó quieta flotando en el aire como la luna a la cual se parecía, sin elevarse ni descender.

¿Cómo era posible? ¿Qué mal había hecho el niño? ¿Qué mal podría haber hecho, confinado en su cuna, dependiente por completo de su madre enferma?

Zane no tenía respuesta. Dobló el alma con cuidado y la metió en su bolsa.

De nuevo el relojmuerte empezó su cuenta atrás. ¿Era que aquello no tenía fin? ¿Cuándo conseguiría un poco de descanso, un poco de tiempo para meditar sobre las cosas?

Supo la respuesta. Se producen muertes en todo momento; también en el pequeño porcentaje que requiere atención especial. En algún instante tendría que atender a dos casos difíciles al mismo tiempo, en extremos opuestos del planeta. ¿Qué podría hacer entonces?

Estaba empezando a comprender cómo una persona que desempeñaba el oficio de Muerte podía haberse descuidado, tal como le había ocurrido a su predecesor. Cuando las cosas han de hacerse precipitadamente, los obstáculos deben ser eliminados, o existe el riesgo de que el trabajo no pueda realizarse. ¿Qué le sucedía a una Muerte que se retrasaba demasiado?

Miró el reloj con más atención. Tenía tres botones en un lado. Era un cronómetro, un cronógrafo, por supuesto, aunque contaba el tiempo hacia atrás. Había visto aquel modelo antes. Un botón debía usarse para iniciar y parar el cómputo del tiempo, otro para fijar el total, y el del medio, más corto, indicaría la hora y el día cuando se necesitara.

Pero aquel reloj se manejaba a sí mismo, mágicamente, respondiendo a una energía desconocida para él. Quizá tuviese una línea directa con el Cielo o con el Infierno, o con el lugar donde se determinaban las muertes. Probablemente el Destino intervenía, al medir sus hilos.

Él no cronometraba los acontecimientos, los acontecimientos lo cronometraban a él. Entonces, ¿para qué eran necesarios los botones? ¿Qué controlaban?

Pensó en presionar uno de ellos. Después dudó; podría ser peligroso jugar con algo que no se comprende. ¿Cuánto le quedaba aún que aprender? Había vivido su vida y casi muerto su muerte de una forma impetuosa; por tanto, debía ser consecuente.

Para probar, apretó el botón más bajo. No pasó nada. Se hundió y volvió a su posición inicial sin ningún punto notable de resistencia. ¿Estaría desconectado? No necesariamente, un buen cronómetro debía estar protegido de una presión accidental sobre un botón equivocado, lo que es fácil que ocurra cuando alguien está distraído a causa de la proximidad del final de una carrera y pulsa sin mirar el botón de parada. Aquél debía de ser el botón del control de fijación, operativo sólo en el caso de que hubiera registrado un determinado período de tiempo, como ocurre en las carreras contra reloj.

Presionó el botón más alto. Hizo click y la manecilla roja se detuvo.

Observó la esfera. No había movimiento en ninguno de los dos pequeños círculos que mostraban las horas y los minutos. El secundario concéntrico estaba inmovilizado a veintitrés segundos después del minuto. Antes del minuto, puesto que marchaba hacia atrás. Pero el tercer

circulito continuaba en funcionamiento; su manecilla se movía rápidamente en el sentido de las agujas del reloj, marcando los segundos del tiempo normal. De forma que el cronómetro estaba parado, pero no el tiempo.

¿Qué significaba? Teniendo en cuenta que el funcionamiento del cronómetro determinaba el tiempo de las muertes de sus clientes, ¿indicaba aquello que tales muertes habían quedado en suspenso? Era difícil de creer; pero también la situación en que él se hallaba era difícil de creer. El Destino había hablado de una paralización de las muertes en el mundo hasta que él, el nuevo desempeñador del oficio, hubiese comenzado su actividad. Y esto respondía a su pregunta sobre las citas que pudieran acumularse. Debía congelar un caso mientras atendía a otro.

Y era evidente que eso le daba la oportunidad de descansar. Le era posible desconectar su trabajo mientras dormía, comía o aclaraba sus pensamientos.

¡Aquél sí que era un reloj! No se limitaba a medir el tiempo de los acontecimientos existentes, sometía los acontecimientos a su medida.

Vio que sólo contaba con dos minutos, además de los veintitrés segundos, hasta su próxima cita, y la piedra con rejilla verde mostraba que, para llegar a ella, tenía que cruzar medio mundo. Aquello se estaba complicando. Apretó el botón de fijación, y las manecillas retrocedieron varios minutos, proporcionándole un total de diez minutos. Comprendió que en ese tiempo el cochemuerte podía trasladarlo a cualquier lugar de la Tierra.

Entonces, ¿para qué servían las horas de la esfera? Tenía capacidad para doce, pero si diez minutos era todo lo que él podía conseguir, nunca tendría necesidad de mirar las horas.

Decidió valorar aquello más tarde. En aquel momento tenía que organizarse. Necesitaba aclarar lo que tenía que hacer con el alma del bebé. No la iba a mandar al Infierno, y podía no estar autorizado a enviarla al Cielo. Probablemente debería enviarla al Purgatorio para que allí lo decidiera alguien más experto. Asumió que si el Cielo y el Infierno existían, también existiría el Purgatorio; pero, ¿dónde estaba el Purgatorio?

—¡Hay demasiadas cosas que no sé! —exclamó.

—También superará eso —le contestó alguien.

OVEJAS Y CABRAS

Zane se sobresaltó. Había un hombre en el asiento de al lado. Tendría unos cincuenta años, con bigote y perilla, y penetrantes ojos azules. Sostenía entre las manos un pequeño cono doble.

—Usted debe de ser inmortal —dijo Zane, tras un momento de desconcierto.

—En cierto sentido —asintió el hombre—. Soy otra Encarnación, como el Destino y la Muerte.

Librodot

Zane lo miró con atención, en la creencia de que podría reconocerlo, pero no fue así.

—¿A quien...?

—Soy Cronos, vulgarmente conocido como Tiempo. —Invirtió los conos y una arena fina se deslizó de uno a otro. Era un reloj de arena.

—¡El Tiempo! —exclamó Zane—. ¡Pero usted es joven! —Aquello no era del todo cierto—. Al menos, no es viejo...

—No tengo edad —le corrigió Cronos—. Ya sé que he sido representado por artífices ignorantes como un anciano, pero prefiero operar en los años de plenitud.

—¿Es posible que yo con el reloj...?

—Sí, Muerte, me ha convocado. Por supuesto, estoy relacionado con cualquier forma de cronometría, en especial con aquellas que utilizan operaciones en clave. Me llamó al fijar la cuenta atrás en diez minutos. Normalmente la Muerte congela el transcurso del tiempo en un momento determinado o hace que vuelva atrás para conseguir llegar con puntualidad; pero hacer ambas cosas es un código. Como es lógico, he venido a ver qué deseaba, puesto que nosotras las Encarnaciones debemos tratar de amoldarnos unas a otras. Al fin y al cabo, el trabajo nos relaciona.

—No me di cuenta de que le estaba llamando —dijo Zane, avergonzado—. Soy nuevo en esto. De hecho, me es difícil aceptar que usted existe como persona.

—Como personificación —le corrigió Cronos—. Una Encarnación de una función esencial de la existencia. Las personas cambian pero la función permanece.

—Eso es algo a lo que es difícil acostumbrarse: la idea de que la Muerte y el Tiempo son oficios, no leyes físicas.

—Somos funciones, oficios, leyes y aún más —le aseguró Cronos—. Incluso somos seres humanos, y esta cualidad humana es importante.

—Yo sólo intentaba averiguar cómo funcionaba el reloj. En apariencia, la esfera de las horas no desempeña ninguna función.

—Registra su plan de citas pendientes —dijo Cronos—. Ha retrasado a su próximo cliente siete minutos y treinta y siete segundos; también ha mantenido en suspenso todo el programa. Desde luego, ésa es su prerrogativa; usted es la Muerte. Incluso puede detener el tiempo en su totalidad tirando hacia afuera el botón central. Pero si deja que esta situación se prolongue más de media hora, eso se registrará en la esfera de las horas como un retraso que necesita ser superado. Si lo retrasa más de doce horas, sobrepasando la capacidad del reloj, se iniciará una investigación por parte de las autoridades del Purgatorio, que podría dañar su clasificación de productividad.

—¿Qué me pasará si mi clasificación es mala?

—Se contabilizará como mal en su alma, inclinando su balanza hacia el Infierno. Es cierto que usted está en perfecto equilibrio durante el período de iniciación; todo funcionario necesita

tiempo para experimentar y errar. Pero cuando éste pasa, y ya se domina el oficio, una clasificación negativa, por la razón que sea, puede perjudicar a su alma.

Zane lo comprendió con claridad. Ejercía el oficio de Muerte pero permanecía vivo, y la cuenta de su alma todavía no había sido cerrada.

—¿El alma de mi predecesor adonde ha ido?

—Desempeñó su trabajo de forma adecuada, en general; estoy seguro que encontró su camino hacia el Cielo, que es el último refugio para la eficiencia.

Aquello hizo que Zane se sintiera mejor.

—¿Y si hago un buen trabajo, iré también al Cielo... cuando llegue el momento?

—Si llega. Usted podría. Teniendo en cuenta que ha iniciado el oficio en una posición de equilibrio y que es bastante fácil de desempeñar, no debería tener dificultades para mejorar su posición.

—¿Cómo sabe que mi alma está equilibrada?

—Porque, en otro caso, la Muerte no hubiera tenido que ir por usted personalmente.

—¿Sabe?, nunca había pensado en eso. —Zane rió—. Mi bien y mal estaban compensados; pero si llego a suicidarme, la Muerte me hubiera recogido. ¡De no haberla visto llegar, ahora estaría muerto!

—Es una situación extraña —convino Cronos—. Pero al mismo tiempo normal. Cada Muerte asesina a su predecesor y, en consecuencia, carga sobre su propia alma ese mal, pero posponiendo su cómputo indefinidamente. La verdad es que no puedo envidiar su sistema.

—¿El de usted es diferente?

—Lo es. Cada oficio tiene sus mecanismos de transmisión propios, algunos más agradables que otros. Pero todos trabajamos conjuntamente cuando es necesario, tratándonos los unos a los otros con el debido respeto. Me siento en deuda con la Muerte anterior, que me hizo un favor en una ocasión, y me apena que haya perdido el trabajo. Ahora le facilitaré las cosas a su sucesor, como él hubiera deseado.

—¿Él no me odia? —preguntó Zane, perplejo.

—No hay odio en el Cielo.

—¡Pero yo lo maté!

—Y a usted lo matará su sucesor. ¿Le odia?

—¿Odiar a mi sucesor? Si ni siquiera lo conozco.

—Su predecesor tampoco lo conocía a usted. En caso contrario, hubiera sido más cuidadoso.

Zane cambió de tema.

Librodot

—Acabo de tomar a un bebé. Está perfectamente equilibrado; una uniforme sombra gris. No sé como puede haber mal en su alma, y el bien suficiente para neutralizarlo, ni qué debo hacer con ella. ¿Puede aconsejarme?

—Puedo aclararle el asunto. Es probable que el bebé sea fruto de incesto o violación. Esos niños, concebidos en el mal, no empiezan la vida sin antecedentes.

—¡Pero es injusto! —exclamó Zane—. ¡No creía que eso pudiera ocurrir!

—Quizá no debiera, pero siempre ha sido así y no se ha cambiado. Por tanto, la culpa se puede transmitir de una generación a otra.

—¡No me gusta eso! —protestó Zane—. Un bebé no posee una voluntad libre, especialmente antes de haber nacido. No puede elegir las circunstancias de su concepción. No puede pecar.

—Por desgracia, usted no determina el sistema, sólo forma parte de él. Todos nosotros tenemos objeciones sobre algunos de sus aspectos, pero nuestros poderes son limitados.

—Y no sé adonde enviar el alma del bebé. No sé cómo llegar al Purgatorio, aceptando que sea el lugar adecuado.

Cronos rió.

—Es el lugar adecuado, y para usted es muy fácil llegar. Su residencia está allí.

—¿Mi residencia?

—Cuando no está en acción, buscando almas. Usted tiene una bonita casa muerte, una mansión en el firmamento.

—Bien, pero nunca la he visto —dijo Zane, irritado—. ¿Cómo puedo...?

—Monte a su bello y pálido caballo.

—¿A mi pálido caballo?

—La Muerte cabalga sobre un pálido caballo. Seguramente usted estaba enterado de eso. Mortis siempre se halla cerca de usted.

—¡Por supuesto que he oído hablar del tradicional corcel de la Muerte! Pero no sé en dónde puede estar ese pálido caballo.

Cronos sonrió con indulgencia.

—Usted sabe donde está, pero no sabe qué es —acarició la guantera—. Esto es Mortis.

—¿El coche? —Zane estaba desconcertado—. Sé que su matrícula dice MORTIS, pero es una máquina.

—Pulse ese botón. —Cronos le indicó uno del panel que hasta entonces le había pasado inadvertido. Tenía tallada una cabeza de caballo, parecida a la de las piezas de ajedrez.

Zane apretó el botón... y se encontró sujetando las riendas de un magnífico semental. La piel del caballo era tan pálida como huesos descoloridos por el sol. Sus crines parecían de plata flexible, y

sus cascos de acero inoxidable. Levantó su gran cabeza equina, irguió las orejas y lanzó un chorro de pálido vapor.

Zane había soñado despierto con poseer un caballo volador. Ahora su sueño se había realizado con creces. El caballo no tenía alas, pero podía ir a cualquier parte.

—¿Hay algo más que necesite saber? —le preguntó Cronos, que ahora estaba sentado detrás de Zane, irónicamente.

—Debe de haber un libro de información que necesito adquirir —contestó, impresionado por la transformación del coche en animal.

Sabía que la magia y la ciencia eran aliadas, pero nunca había visto algo como aquello. Sintió los cálidos y poderosos músculos del caballo bajo su cuerpo y se sintió tan entusiasmado como un niño.

—De todas formas eso no parece importante en este momento —rectificó.

—El momento está congelado, en cierto sentido —le recordó Cronos, mientras desmontaba—. Ahora tengo que irme.

El reloj de arena brilló en su mano, y él desapareció.

—El tiempo vuela —murmuró Zane, acariciando al caballo—. Tú y yo nos llevaremos bien, lo sé. Pero no he tenido mucha experiencia como jinete, así que supongo que será mejor usarte en forma de coche para las llamadas de rutina en la ciudad. A no ser que debamos ir al Purgatorio ahora...

El semental emitió un bufido de negación. Zane admitió que el caballo sabía más que él, así que no discutió el caso.

Miró la silla y descubrió un botón.

—¿Es esto lo que te convierte en un pálido sedán? —preguntó mientras lo pulsaba.

De repente, se encontró de nuevo en el coche. ¡Aquello estaba bien! Tendría que hablar mucho más con el caballo Mortis, muchísimo más, a su debido tiempo. Pero ahora la obligación lo llamaba. Activó la puesta en marcha del reloj-muerte, y observó que había media hora registrada en el dial de las horas; tenía que ganar ese tiempo. Al menos, empezaba a comprender el sistema.

Orientó el cochemuerte y lo puso en hiperconducción. Animal convertido en máquina... ¡Asombroso pero conveniente! ¿El caballo era un robot, o el coche un ser vivo? Tendría que descubrirlo después. Al menos esto aclaraba por qué era tan fácil de conducir; tenía la ayuda de una mente animal. Las personas distraídas, a veces, chocan contra los árboles, mas nunca cuando van a lomos a un caballo, puesto que el caballo está alerta. De todas formas, parecía extraño cabalgar dentro de un caballo.

Esta vez llegó al aparcamiento de un gran estadio. Era de noche, pero la luz de los focos iluminaba el área, hasta el punto de dar la impresión de que era de día. Zane miró con atención las

gemas del brazalete para ver si había un error, pero el ojo de gato estaba dilatado, los dos puntos estaban yuxtapuestos sobre la rejilla y la flecha apuntaba con firmeza al estadio.

—Está bien —dijo Zane.

Salió y caminó hacia el edificio. El hombre que estaba en la taquilla lo dejó pasar, tomándolo por un empleado. Se dirigió directamente al interior, siguiendo la flecha.

Se estaba jugando un partido de fútbol americano profesional, con estandartes que anunciaban los equipos: las Cabras y las Ovejas. La pelota estaba cerca de la portería de las Ovejas y las chicas se apiñaban y agredían al viejo estilo.

La flecha señalaba al campo de juego. Pero no había nadie en aquel sector. La acción se desarrollaba en la otra mitad.

Zane rodeó el campo con cierta dificultad, ya que el estadio estaba abarrotado de gente. La flecha de la gema se movió, orientándose hacia un punto de la zona de las Cabras. Un lugar vacío.

¿Estaría funcionando mal sus gemas? No. Comprendió inmediatamente que la marcha atrás que le impuso al tiempo había hecho que llegara con anticipación. Faltaban tres minutos para que la muerte se produjera. Sólo tenía que esperar.

Se sentó en el banco adecuado, próximo al lugar. Varias de las Ovejas estaban sentadas en el mismo banco; grandes, fuertes, jóvenes y bien constituidas, poseedoras de un atractivo violento, con generosas dotes dondequiera que miraba. La más próxima se volvió hacia él, en una reacción tardía, y Zane se dio cuenta de que se sintió decepcionado. ¡Después de todo nadie veía a la Muerte sentada en el banco de las jugadoras en un partido de fútbol!

Las Cabras estaban presionando con fuerza. Vestían trajes de color azul eléctrico con almohadilles protectores que acentuaban sus cualidades femeninas notablemente. Para Zane, aquello era de veras excesivo; ni las cabras lecheras ganadoras de concursos tenían ubres tan enormes como las chicas parecían tener.

Quizás estuviese situado demasiado cerca; en tiempos pasados, cuando miraba la televisión, antes de que se llevaran su aparato por no pagar los plazos, las proporciones de las jugadoras le causaban admiración.

Una jugadora de las Cabras atrapó la pelota y retrocedió para el lanzamiento. La lanzó justo en el momento en que dos ovejas se precipitaban hacia ella. Se produjo un relámpago cuando el hechizo del balón repelió a los hechizos bloqueadores y lo liberó para que volara a su objetivo. La receptora se elevó en ángulo, sorprendiendo a las defensoras, que evidentemente habían anticipado un hechizo para que la pelota cayera. La Cabra cogió el misil con un grito de alegría, lo sujetó contra sus grandes pechos y corrió como una bala de cañón por el césped, consiguiendo un tanto. Fue una bonita jugada y el público lo reconoció lanzando un alarido.

Pero hubo una bandera negra. Los jueces de campo discutieron y llegaron a la conclusión de que se había utilizado un hechizo ilegal, que había cegado momentáneamente a la defensa de las Ovejas. La jugada se anuló y se impuso una penalización. Dado que las Cabras estaban en el sector de la línea de meta, la capitana de las Ovejas prefirió la magia al chute; en concreto, escogió que produjeran un viento adverso. Aquello duraría dos minutos y sería suficiente para frustrar el ataque.

Las Cabras presionaban con determinación. Sus partidarios les daban ánimos.

—¡Dose! ¡Dosel ¡Dose! —gritaban.

Zane pensó que jaleaban al equipo, hasta que vio el nombre de la jugadora en el marcador y se dio cuenta de que sus iniciales eran O.D. Naturalmente era a ella a quien llamaban Dose. Ahora recordaba haberla visto jugar, cuando estaba vivo y tenía televisión.

O.D. cogió la pelota e hizo un recorrido completo, repeliendo a las atajadoras con una serie de hechizos desviadores legales. Pero cuando cruzaba la línea cerrada de las delanteras de ambos equipos, en el extremo más cercano del campo, alguien la atrapó con un hechizo de desvestimiento. De repente se quedó desnuda, o al menos visible. Zane se dio cuenta de que su uniforme se había vuelto transparente, dejándola físicamente protegida, pero visualmente expuesta. Era hermosa, una mujer saludable bajo el relleno. Los gritos de la multitud se duplicaron.

O.D. bajó la vista y descubrió por qué gritaba la multitud. Se sonrojó hasta las orejas, no de vergüenza sino de rabia. Cuando llegó la siguiente atajadora de las Ovejas, la Cabra la agarró del pelo y casi la volteó.

La Oveja, en reciprocidad, agarró el pelo de O.D. y lo retorció, tratando de usar el rollo de pelo para lanzarla por encima de su hombro en una llave de judo. Pero Dose giró sobre sí misma. Las dos daban vueltas en círculo, espalda contra espalda.

—¡Dos a dos! —gritaba la multitud, delirantemente, divertida por la acción suplementaria y sus propias bromas.

La banda empezó a tocar música de baile. De hecho, aquello se parecía muchísimo a una danza, y pronto otras las imitaron, hasta que los aguafiestas oficiales acabaron con la situación mediante un encantamiento de control de tumultos y separaron a las chicas.

Naturalmente hubo una bandera de penalización cuando llegó la calma. Los tirones de pelos no eran aceptables. Las Cabras perdieron más terreno.

La jugadora se retiró del campo para conseguir un contra-hechizo que le devolviera la visibilidad a su uniforme. El juego se reinició entre risas. Aparentemente el hechizo de desnudez no era ilegal puesto que no había herido físicamente a Dose, y era probable que tampoco socialmente; muchos espectadores estaban entusiasmados.

—¡Esa jugadora B. seguro que no es un medio A! —gritó uno.

El viento mágico hizo que el lanzamiento quedara corto. Las Ovejas se esforzaban. No malgastaban el tiempo; su primera jugada fue una carrera a través del centro del campo que les hizo ganar treinta y cinco pies. No hubo magia en eso; se habían pasado disimuladamente a un juego normal, y había funcionado, logrando que sus antagonistas desperdiciaran sus contra-hechizos.

Entonces la defensa de las Cabras se endureció. La antimagia bloqueó a la magia, y su intrépida persecución desvió la ofensiva de las Ovejas. Parecía como si estas últimas hubieran sido controladas, y la penalización de dos minutos de viento había terminado; por tanto, la pelota no tendría empuje extra. Los seguidores del equipo que estaban entre el público guardaron silencio.

De repente sucedió algo. Una jugadora de las Ovejas hizo un desesperado lanzamiento, impulsado por un hechizo de levitación, que recorrió ciento veinte pies. La receptora se aproximó a la pelota y la Cabra número sesenta y nueve la apartó del camino e interceptó el balón.

Los seguidores de las Cabras lanzaron un grito de admiración, y sus líderes enloquecieron porque un hechizo de oscurecimiento había ocultado la sucia jugada a los jueces de campo. De las Ovejas salió un balido de la más pura cólera. Se volvieron, trotaron campo abajo y atajaron a la número sesenta y nueve con tal fuerza que salió despedida hacia arriba y cayó de golpe.

Se hizo silencio, porque la sesenta y nueve no se levantaba. El médico del equipo corrió a examinarla.

De repente, Zane se acordó de su trabajo. Su reloj marcaba cero y la flecha señalaba a la Cabra caída.

Se apresuró, sabiendo que ella lo esperaba. Ni siquiera se detuvo un momento; se deslizó entre las preocupadas jugadoras, se arrodilló al lado del cuerpo y extrajo el alma.

Nadie pareció darse cuenta. La número sesenta y nueve, que había estado gimiendo como si sintiera un dolor terrible, se relajó. Ahora estaba muerta, y él le había proporcionado descanso, ya que su cuello estaba roto.

Comenzó a andar, doblando el alma mientras se alejaba. Se daba cuenta de que no debía haber permitido que el juego captase su atención; eso no era profesional. Por su negligencia, la mujer había sufrido un minuto más de lo debido.

¿No era profesional? ¿Quién era él para llamarse a sí mismo profesional de aquel siniestro negocio? Aún tenía un trabajo que hacer, y debía ejecutarlo con eficiencia. Al fin, lograría mitigar la angustia en lugar de incrementarla.

De nuevo, su reloj inició la cuenta atrás. Tenía cinco minutos. Se apresuró al cochemuerte, subió, lo puso en marcha, lo orientó y pulsó el botón de hiperconducción con tanta fuerza que se hizo daño en el dedo. Sí, estaba furioso consigo mismo. Tomó la decisión de no dejarse seducir por asuntos accidentales que distrajesen la atención que debía a su cliente.

Sacó las dos gemas de análisis para valorar la nueva alma pero, a causa de su nerviosismo, se le cayó una.

Mientras la recogía del suelo del vehículo, supo que la lectura había quedado invalidada, y no quiso empezar de nuevo; ya no había tiempo para un trabajo bien hecho. Dobló el alma y la guardó, posponiendo la tarea.

Entonces, inadvertidamente, pasó la gema oscura por debajo de su propio cuerpo. Ésta destelló. ¡Estaba leyendo su alma viviente!

Bueno, ¿por qué no? La piedra sólo estaba interesada en el mal que contenía un alma determinada, no en su estado de vida o de posvida. El alma es eterna; sólo el cuerpo muere. Con aquellas piedras, él podía conocer la proporción de bien y mal existente en cualquier persona, viva o muerta.

¿Cuál sería la suya? Se golpeó la frente con la mano. Era un idiota al analizar su propia alma, puesto que sabía que estaba al cincuenta por ciento y que permanecía así hasta que su período de entrenamiento en el oficio hubiera terminado. Como en el caso del niño ilegítimo, las circunstancias lo determinaban.

Sí, tenía razones para hacer bien su trabajo; aunque aún no estuviera preparado, debía esforzarse. Su alma continuaba en peligro de condenación. En realidad, no se había preocupado de eso durante su vida normal, pero ahora que estaba seguro de que el Infierno existía, se preocupaba. ¡No quería ir allí cuando muriese! Lo único que tenía que hacer era un trabajo lo bastante bueno para que su alma pudiera ser inscrita en el Cielo. Entonces no temería a la Eternidad en el momento en que se descuidara y fuera enviado allí definitivamente.

El coche se detuvo en otro aparcamiento, próximo a lo que parecía ser una escuela. Zane bajó y siguió su flecha a través del complejo laberinto de edificios. Era el momento del cambio de clases, y los niños, de diez o doce años, se dispersaban en todas direcciones, ignorando tanto a Zane como a las señales que prohibían el paso por algunas zonas. Un niño, sin embargo, se precipitó directamente contra él; aunque, como es natural, sin prestar atención a los obstáculos del camino en su insensata precipitación.

El choque fue contundente. Zane sufrió un breve corte de respiración. El niño se enderezó y miró hacia arriba.

—¡Caramba, Halloween! —exclamó—. ¡Una calavera! Y se fue zumbando.

¿Halloween? ¿La noche de difuntos? Estaba bastante próxima. El muchacho tenía una vista más aguda de lo que él había esperado. Tal vez fuera un don del joven.

Pasó junto a una clase donde se describían computadoras a estudiantes aburridos. Las virtudes de las marcas eran exaltadas en carteles colocados por orden alfabético alrededor de la habitación. Sería bueno participar en la cultura de las computadoras; Zane no podía imaginarse a sí mismo

poseyendo uno de aquellos magníficos procesadores de datos. Comprendió que también podían ser usados para convocar con eficacia a demonios poderosos, ya que las computadoras nunca se equivocan al establecer los complicados hechizos protectores que se requieren para prevenir que lo sobrenatural se escape de las manos. Pero, por desgracia, ahora aquello estaba fuera de su alcance.

En la clase siguiente se explicaban las modernas técnicas de aplicación de la magia. Los estudiantes tampoco prestaban atención, tenían muy poco interés en adquirir conocimientos básicos de cualquier clase. Aquí los carteles describían competitivamente las marcas a la venta de amuletos, filtros de amor, maldiciones, espejos mágicos, caracolas de comunicación, cornucopias, muñecas de vudú, fantasmas que podían pedirse por correo, sofisticados libros de hechizos y diversas gemas de encantamiento. ¡Zane sabía de ellas por experiencia propia!

Llegó a la pequeña habitación dedicada a enfermería escolar. Allí había un chico de talla semejante a la del que había chocado con Zane. Aquel muchacho padecía una enfermedad mortal. Detrás de él, una enfermera contratada por horas hablaba por teléfono, exasperada.

—No puedo esperar a tener el permiso de los padres —decía—. Nunca puedo localizarlos durante el día en ninguna parte. ¡Necesitamos una alfombra ambulancia de inmediato. Tiene que llegar al hospital antes de...

Se detuvo cuando sus ojos percibieron a Zane.

—Es demasiado tarde, ¿verdad?

Zane miró el relojmuerte. Era la hora.

—Sí —dijo.

Se acercó al niño y extrajo su alma.

La enfermera se cubrió los ojos con las manos.

—Debo de estar alucinada —comentó para sí, con voz entrecortada—. Es terrible cuando tienen que irse siendo tan jóvenes.

Zane se quedó allí, con la pequeña alma colgando de su mano. Se sintió culpable. ¿Por qué un niño inocente tenía que morir?

—Tengo que hacer mi trabajo —le contestó a la enfermera—. Pero si fuera tan amable como para decirme qué clase de muchacho era...

—Debo de estar loca —dijo mirando directamente a Zane—, para hablar con una aparición. Pero le contestaré. Era el drogadicto más joven que he tratado; bueno, no el más joven, si contamos a los fumadores de marihuana, pero el peor entre los de su edad. Se enganchaba de cualquier cosa que conseguía: coca, heroína, ácido, polvo mágico; de cualquier cosa que lo sacara de su triste existencia. Mentía, robaba, incluso hacía de cebo para atraer clientes a diversiones ilícitas; cualquier cosa con tal de conseguir dinero para una dosis. Esta vez consiguió algo demasiado fuerte; puede haber sido polvo del infierno puro, sin adulterar, y él lo ignoraba. Y Satán se lo llevó.

—No necesariamente Satán —dijo Zane—. Su alma está muy próxima al equilibrio entre el bien y el mal; aún puede salvarse.

—Eso espero. En el fondo era un muchacho decente. Algunas veces hablábamos, mientras se recobraba de una caída. Quería dejarlo, pero no podía controlar el hábito. Creo que era genético, que sufría alguna descompensación química que le llevaba a una depresión irracional, de la que tenía que escapar mediante cualquier medio disponible. Sé que no quería continuar por ese camino. Yo lo acusé una docena de veces, por su propio bien, y nunca me guardó rencor. Pero ellos prestan mayor atención a los juveniles. ¡Debí haber tomado medidas más duras! Pero siempre tenía la esperanza de que fuese capaz de superarlo.

Alguien se aproximaba, y Zane juzgó prudente marcharse. Pero tenía materia en que pensar. En primer lugar, ahora sabía que algunas personas podían verlo y reconocerlo por su oficio, incluso aunque no se estuvieran muriendo, incluso aunque no lo creyeran del todo. Quizás esto se debiera a las circunstancias; la enfermera estaba afligida, preparada para percibir a la Muerte; y, por supuesto, realmente preocupada por el cliente. En segundo, los jóvenes podían tener mucho mal en sus almas. Era evidente que el muchacho había realizado actos espantosos para sostener su drogadicción. Así, aquello adquiriría sentido. Era mejor que hubiese muerto cuando el bien aún luchaba contra el mal. El equilibrio podría haberse roto irrevocablemente, situándolo en el Infierno, si hubiera tardado más en morir. Quizás había tenido suerte después de todo.

Pero el comentario sobre el origen genético de la conducta del muchacho incomodaba a Zane. La depresión era algo insidioso, como él sabía bien por propia experiencia; se manifestaba por sendas oscuras y, en realidad, podía ser más biológica que psicológica. ¿Era lícito cargar los pecados sobre el alma de una persona que no podía cambiar su comportamiento? Zane no tenía la respuesta, pero le preocupaba el asunto.

El reloj estaba otra vez en funcionamiento, balanceándose para iniciar una nueva cuenta atrás. Zane supo que estaría colmado de trabajo hasta que pusiera al día su plan inicial, pero sintió que necesitaba otra pausa. Pulsó el botón de parada.

Se sentía desasosegado porque la muerte era un asunto serio, y él no podía recoger almas despreocupadamente, sin desarrollar un planteamiento racional para sí mismo. ¿Era aquello lo que deseaba hacer durante toda la eternidad?

Se sentó dentro del coche, en el aparcamiento, a pensar. Necesitaba una respuesta, pero no logró comprender la esencia de su desconcierto. No sabía qué quería hacer, sólo que había algo erróneo en su presente situación.

Su meditación fue interrumpida por el ruido de la radio de un coche que pasaba lentamente. Era un anuncio de Fuego del infierno con la melodía de un himno popular: Escucha el mensaje que

Librodot

gritan los ángeles: ¡Aún te faltan diez años para partir! ¡Diez años para estar libre de las penalidades de la vida!

¡Satán nunca descuidaba la publicidad! Zane sabía que él no era un ángel, pero esta burla descarada de las cosas celestiales le conturbaba. ¿Podría aquello llevar a las almas poco estables al Infierno? Él mismo, en vida, debió de haber sido considerado como un sujeto adecuado para esas insidiosas tentaciones. Incluso aunque no se hubiera probado que su alma estaba en perfecto equilibrio entre el bien y el mal, hubiese sabido que su virtud era cuestionable. Había manchas en su conciencia que nunca podría borrar. Era, a pesar de que lo mantenía en secreto, un asesino (ahora tenía que admitirlo ante sí mismo) y había creído durante algún tiempo que estaba destinado al Infierno, aunque no admitía del todo que el Infierno existiese. ¿Quién era él para juzgar a las almas de otros? El escolar tenía los pecados de la drogadicción en su alma; ¿acaso él era mejor?

¿Qué decisión podía adoptar ahora? Siempre volvía sobre lo mismo. Si no realizaba su trabajo, ¿cómo le sería factible mejorar la situación de cualquiera? Alguien lo reemplazaría en el oficio de Muerte y así continuaría el siniestro juego.

—Eso también se me puede dirigir a mí —dijo Zane, mientras presionaba el botón para reiniciar la cuenta atrás.

Pero continuaba insatisfecho. Aún no había encontrado la respuesta a su pregunta. Hacía aquel trabajo porque no sabía qué otra cosa hacer y no estaba dispuesto a renunciar a la clase de vida que le quedaba. Su intento de suicidio fue algo pasajero, un impulso salvaje que duró un momento; en realidad, él quería vivir. Desde que tuvo que desempeñar o afrontar cierta clase de contabilidad divina, lo Había hecho. Pero esto no lo convertía en digno de confianza.

De hecho, Zane se daba cuenta de que no era gran cosa como persona. Si no hubiera existido nunca, el mundo no hubiese sido un lugar peor. Pertenecía a la multitud de mediocridades que llenan el cosmos. Era irónico que le hubiera correspondido el importante trabajo que ahora tenía.

Ya había puesto en marcha y orientado el coche. Estaba atravesando a toda velocidad la superficie del mundo, sin prestarle atención. Éste era, si recordaba correctamente, el sexto caso que se le había presentado, y estaba comprendiendo su significado. Por supuesto, aún le quedaba mucho que aprender; suponiendo que de verdad quisiera aprenderlo.

El océano dejó paso a la tierra. Había una estrecha playa y un sector costero verde. Después, atravesó montañas y cruzó un desierto, cuyas arenas se acumulaban formando dunas como olas del mar congeladas. Al sur, y siguiendo en hiperconducción, vio una inmensa isla que, en realidad, era un continente.

Por último, el cochemuerte se detuvo al final de una polvorienta carretera sin salida, en una región montañosa. En el contador del reloj quedaban todavía cuatro minutos. ¿Dónde estaba el cliente?

Esta vez la flecha parecía insegura. La hizo girar, pero no se fijaba. En cualquier caso, no había a la vista ningún habitáculo humano en aquella tierra salvaje.

Una luz que destelló en el tablero captó su atención. Era el botón que tenía la cabeza de caballo. Zane lo pulsó.

Se encontró montado en el gran semental, con su túnica ondeando al viento.

—¿Y ahora qué, amigo caballo? —preguntó.

El caballo muerte avanzó, ascendiendo al galope por la escarpada montaña. Ningún caballo normal hubiese podido hacerlo de esta manera, pero, por supuesto, aquél era un animal único. Subió hasta la cima de la montaña, donde se asentaba una rústica cabaña.

Aquél era el lugar. La flecha no lo había guiado porque él la había mantenido paralela al suelo en lugar de elevarla en ángulo. No había podido señalar hacia arriba, hacia la cabaña. El coche tampoco lo había llevado hasta allí porque ningún coche normal podía hacerlo, y la llegada de la Muerte siempre debía ser discreta.

Mientras recorrían la impresionante ladera de la montaña, Zane pensó de nuevo en sí mismo y en su oficio. Había como una apariencia de peligro, como la posibilidad de una caída, que le hizo revisar sus pensamientos más morbosos. Si se sentía incapaz de desempeñar el oficio de Muerte y no quería juzgar a otros, sabiendo que no era mejor que ellos, ¿por qué tenía que hacerlo? Si su renuncia significaba la muerte para él, la muerte que antes había evitado, quizá fuera lo correcto. Si iba al Infierno, quizás eso también fuera correcto. Después de todo, había matado a su madre, ¡difícilmente podría ir a reunirse con ella en el Cielo! El hecho de que ahora estuviese aferrándose a una especie de vida carecía de importancia. También era correcto que cumpliera su castigo.

¡Sí, eso era lo que tenía que hacer! ¡Renunciar al cargo!

—¡Llévame al Infierno! —gritó impulsivamente.

No pasó nada. El caballo trotó hacia la casa, ignorando el arranque de Zane.

Era lógico. No podía renunciar sin más. Tenía que ser asesinado por su sucesor que, con toda probabilidad, sería un cliente como lo fue él.

Muy bien, tenía un cliente esperándole. Le pasaría el cargo a esa persona y acabaría con aquello.

Quedaban dos minutos cuando llegó a la casa. Una mujer salió a su encuentro.

—Estoy lista, Muerte —dijo—. Súbame a su caballo y lléveme al Cielo.

¡Una mujer! Había esperado encontrar a un hombre, quizá con una pistola. ¿Podría tomar su puesto una mujer? Seguramente necesitaría convencerla.

—No puedo prometerle el Cielo —dijo—. Su alma está bastante equilibrada; puede seguir cualquier camino.

—¡Pero he tomado veneno, así que iré en el momento que he elegido! —protestó—. ¡Tengo que ir al Cielo!

—Tome un antídoto o un vomitivo, ¡rápido! —le urgió Zane, preguntándose si serviría de algo.

¿Lo habrían convocado si el fallecimiento no fuera seguro? ¿Y cómo podría volver contra sí el veneno que ella ya había tomado? ¡No funcionaba en absoluto!

—Prolongue su vida, y hablaremos.

La mujer dudó.

—No sé...

—Dese prisa —gritó Zane, viendo que su oportunidad se desvanecía.

Si ella tenía que morir, él no podría dejar su oficio en esta ocasión, y tal vez en la próxima no tuviera valor para hacer que su cliente lo sustituyera.

—Tengo una pócima que puede neutralizarlo, pero...

—Tómela —le rogó.

Dominada por su urgencia, se la bebió.

—Ahora busque una pistola o un cuchillo —le dijo.

—¿Qué? ¿Por qué iba a neutralizar el veneno, para después usar algo mucho más desagradable?

—No. Para usted no, para mí. Quiero que me mate.

Ella le miró.

—¡No haré tal cosa! ¿Qué cree que soy?

Zane vio que no era ni remotamente factible. Por supuesto, no estaba tratando con una asesina. Desmontó del caballo, la cogió de la mano y la condujo a un patio donde había sillas y una mesa.

—¿Por qué quiere morir? —le preguntó.

—¿Por qué se preocupa, Muerte? —preguntó ella a su vez, con cautela pero también con curiosidad. Hablaba con un marcado acento de la región.

—No hace mucho tiempo, yo anhelaba la muerte —dijo él—. Cambié de opinión cuando... bueno, es difícil de explicar. Ahora, de nuevo, quiero morir.

—¿Cómo puede morir la Muerte?

—Créame, la Muerte puede morir. Es sólo un oficio que yo desempeño, y ese oficio puede ser suyo si...

—¡Eso es completamente horrible! —gritó—. ¡No le escucharé!

Zane suspiró.

—Dígame, ¿cuál es su problema?

Sabía que no era un buen psicólogo, pero necesitaba liberarse de la incómoda situación en que se había metido.

—Mi marido me abandonó —dijo la mujer, con tristeza—. Después de quince años... por una mujer más joven, que yo le presenté.

—¿Su religión no prohíbe el suicidio? —le preguntó.

Ella se quedó en silencio un momento, ceñuda.

—Supongo que sí, pero...

—¿Y usted podría hacer semejante cosa por rencor? ¿Combatir el error que él cometió con otro error?

—Soy una mujer —alegó con una sonrisa irónica—. Tengo más sentimiento que lógica.

Zane le devolvió la sonrisa, mostrando que apreciaba su sentido del humor. Ninguna mujer cree realmente que es ilógica, por mucho que se deje dominar por los sentimientos; pero eso era otra cuestión.

—Su alma está tan próxima al equilibrio, el mal tan equiparado al bien, que esos errores podrían conducirla al Infierno. Haga lo que sabe que es correcto, y su saldo será en favor del Cielo.

—No pensé en eso. No quiero ir al Infierno.

—Créame, está a punto de ir ahora. Ha obrado mal en ocasiones anteriores, y esto...

—Es verdad —asintió ella—. Tengo mucho mal del que responder. Yo hice que se marchara. Supongo que usted sabe lo perversa que puede ser una mujer cuando se lo propone.

—En realidad no. Siempre he creído que la mujer es sencilla y pura —admitió Zane—. La mayor parte del mal reside en el hombre. Las mujeres deberían ir al Cielo cuando mueren.

Ella rió amargamente.

—¡No sea idiota! ¡Hay mucho más pecado escondido en la mujer que en el hombre! Mi marido se descarrió porque eso es propio de su naturaleza masculina; yo debería saber más. Me estaba engañando a mí misma cuando soñaba con el Cielo.

—En absoluto —la interrumpió Zane—. No dije que estuviera condenada al Infierno; dije que estaba próxima. El Cielo queda aún dentro de sus posibilidades. Se lo aseguro. Usted puede redimirse. Estoy en condiciones de saberlo, porque recojo a las almas dudosas. Vaya y haga el bien en lo que le quede de vida, e irá al Cielo. Esta promesa merece algún sacrificio.

—Sí, así es —convino ella—. Pero, ¿cómo es posible que usted, el Implacable Segador, me dé ese consejo? Si continúo viviendo, ¿no le costará a usted puntos o cualquier otra cosa?

—No lo sé —admitió Zane—. No llevo mucho tiempo desempeñando este oficio. Pero no me gusta ver una vida desperdiciada, ni que se pierda una persona que todavía puede salvarse.

—No obstante, usted me pidió que lo matara.

—Ahora me doy cuenta de que estaba equivocado. Le haré una proposición: usted vive y yo viviré.

Ella sonrió más abiertamente, y adquirió una apariencia bastante atractiva.

—¡Lo haré! No necesito a mi marido en absoluto.

Zane se puso en pie.

—Lo siento, tengo otras citas. Quizá nunca volvamos a vernos.

Le extendió la mano.

Ella la tomó, aunque parecía esquelética.

—Esto lo recordaré; le he dado la mano a la Muerte.

—No es tan malo como otros sucesos que usted ha presenciado.

—No es tan malo.

Él movió la cabeza, asintiendo, se dirigió al caballo y montó.

Después, le hizo un gesto de adiós.

EL MAGO

El relojmuerte inició de nuevo la cuenta atrás. Sólo quedaban noventa segundos.

—No hay tiempo para bajar la montaña cabalgando —dijo Zane—. ¿Puedes llevarme directamente allí, Mortis?

El semental relinchó, retrocedió y se elevó en el aire. Las nubes pasaban veloces, y la tierra, y el mar, y más tierra. ¡Aquello sí que era hipervelocidad! Cuando el caballo aterrizó, estaban de vuelta en América. De hecho, estaban en Kilvarough, Zane conocía muy bien su ciudad natal. Bueno, por supuesto, también la gente moría allí, y algunos estarían próximos al equilibrio; no había de qué sorprenderse.

Se detuvieron ante una magnífica finca suburbana. Estaba rodeada por una verja de hierro y dos grifos jóvenes que rondaban por los campos. Eran criaturas hermosas, con poderosos picos y garras, y formidables músculos en sus cuerpos. Eran cruce de águila y león, con algunos dones mágicos, leales a toda criatura o persona a quien otorgaran su lealtad; eran la mejor protección que podía tener una propiedad. Esto, más que la evidente opulencia de la finca, fue lo que le indicó el estatus de su dueño.

Pero cuando las criaturas amenazaron a Zane, el caballo muerte se encabritó sobre las patas traseras en inconfundible aviso, haciéndolos retroceder. Pocos grifos temían a los caballos, pero aquellos eran lo bastante listos para percibir que no era un caballo corriente.

Zane se sentía reacio a abandonar la protección de Mortis mientras los grifos continuaran allí. Pero tenía que

hacerlo; estaba seguro de que el caballo no entraría en el edificio. Miró hacia abajo y vio un objeto incrustado en la silla. Tiró y dejó al descubierto dos ganchos montados sobre una especie de flecha curvada. Agarró ésta y una cuchilla maciza brilló al salir en ángulo recto a la base. Sin lugar a dudas, era una guadaña.

Había adquirido un limitado conocimiento de la guadaña en unas clases de instrumentos agrícolas arcaicos. Existían ciertas mieses mágicas que sufrían notables pérdidas cuando se recolectaban con maquinaria; por tanto, aún se utilizaban herramientas arcaicas, y en muchas escuelas se daban uno o dos cursillos sobre el manejo de éstas. En consecuencia, Zane supo lo que era y cómo utilizarla, pero podía tener problemas para emplearla como arma. Ahora, mientras la sujetaba, percibía su peso y la precisión de su equilibrio. Contempló la mortal longitud de la hoja y le invadió una especie de nerviosa confianza. Seguramente era un arma mágica, sus encantamientos hacían que la empuñadura estuviese al fin en el lugar que la hacía más eficaz. Creyó que le sería posible utilizarla y que su poder y perfección reforzarían su habilidad. Después de todo, la guadaña era el instrumento tradicional de la Muerte, la espantosa herramienta del Implacable Segador, y él tenía ahora esta entidad.

El caballo se detuvo y Zane desmontó. Sí, él era la Muerte y estaba de pie allí, sosteniendo su instrumento mortal. Empezó a creer. Quizá podría realizar el trabajo de la forma en que debía ser realizado.

Quedaban treinta segundos. Se dirigió a la casa. Los dos grifos desplegaron sus alas y se elevaron orgullosamente, mostrando sus garras delanteras que parecían puñales afilados; sus picos relucían. Un alarido, entre animal y humano, salió de sus gargantas.

Zane se ciñó su túnicamuerte y levantó la guadaña. Los grifos retrocedieron, aterrorizados por su terrible cuchilla. Se encaminó hacia ellos, mirando a través de la estrecha abertura de su capucha.

Consiguió lo que se proponía. Los monstruos no temían a los seres vivos, pero todas las criaturas temían a la Muerte, si la reconocían.

Cuando su reloj señaló la hora, Zane penetró en el salón de la casa. Allí se hallaba un hombre viejo, sentado en un cómodo sillón.

—Detén tu mano un momento, Muerte —dijo el hombre—. Debo hablar contigo.

—Voy con retraso —objetó Zane, casi tan sorprendido como las primeras veces que le habían visto y hablado.

Evidentemente quien lo deseara de verdad, podía hacerlo.

El hombre sonrió.

—Tengo que advertirte de que soy un Mago de rango treinta y dos, cuyo nombre no reconocerás porque mi magia protege mi anonimato. Puedo detener tu mano, ¡sí, incluso la tuya,

Librodot

Muerte!, durante cierto tiempo. Pero no trato de oponerme a ti, sólo intento conversar un momento. Aparta tu arma, concédeme unos momentos de atención, y te pagaré con algo mucho más valioso.

—¿Trata de sobornar a la Muerte? —le preguntó Zane, entre enfadado y curioso, aunque con predominio de la curiosidad. Envainó la guadaña y la apoyó contra la pared cercana a la puerta—. ¿Qué me puede ofrecer?

—Ya te he dado mucho más de lo que puedes imaginarte —dijo el Mago—. Pero te expondré mi oferta en pocas palabras. Para tu reloj y, si después de cinco minutos no deseas seguir hablando, te entregaré mi alma de buen grado. A cambio, te ofrezco una opción preferente sobre el amor de mi hija.

Aquello no le gustó a Zane. La amargura de la estúpida pérdida de Angélica en favor del propietario de MESS O'TOTTAGE era demasiado reciente.

—¿Para qué le sirve a la Muerte tener una mujer?

—Sigues siendo un hombre bajo la máscara de la Muerte —continuó el Mago—. Además, la Muerte no existe para las almas solitarias.

—¿Qué puedo hacer de alguien que prostituiría a su hija para ganar unos minutos de vida? —preguntó Zane, con repugnancia.

—En especial con uno que la prostituiría con la persona que mató a su madre —concluyó el Mago.

Zane apretó el botón de parada, congelando la excedida cuenta atrás.

—Tiene toda mi atención, Mago —dijo entre dientes.

—Tendré que convocarla —le informó el hombre.

Golpeó con un descarnado dedo el brazo del sillón, que sonó como una campanilla.

Esto no era lo que Zane había aceptado, pero guardó silencio. Sin duda, el Mago era un hombre complejo e inteligente que había investigado sobre su pasado. ¿Por qué metía a su hija en aquello? No podía imaginárselo, pero era asunto del Mago. Quizá fuese tan fea que nadie trataba de relacionarse con ella en modo alguno.

La chica entró en la habitación. Envuelta en una toalla. Tenía el cabello cubierto por un gorro de baño, evidenciando que acaba de salir de una ducha de aire. Su cuerpo era esbelto y bien formado, pero no espectacular. Era una muchacha normal y saludable; de unos veinte años.

—¿Qué pasa, padre? —preguntó, con voz melodiosa.

—He ofrecido tu amor a esta persona, Luna —dijo el Mago, señalando a Zane.

Miró a su alrededor, perpleja.

—¿Qué persona?

—Podrás verla si lo intentas. Es la nueva Muerte.

—¡Muerte! —exclamó con horror—. ¿Tan pronto?

—Ha venido por mí, no por ti, querida, y debo irme con él en seguida. Pero quise que tú lo conocieras antes de darle el hechizo del amor con tu nombre.

Parpadeó en dirección a Zane, empezando a verlo.

—¡Pero, no estoy vestida! —protestó.

—Pues, vístete —le dijo su padre, como si el asunto careciera de importancia—. Deseo que le causes una impresión que le haga desearte.

—Como tú quieras, padre —dijo obedientemente—. Ya conocí al hombre que no pude impresionar aunque lo intenté, dudo que tenga mucho futuro con alguien como la Muerte.

Se dio la vuelta y salió por el mismo sitio que había entrado, con donaire pero sin nada más. A Zane le pareció que el Mago y su hija mostraban una considerable arrogancia al asumir tan a la ligera que el representante oficial de la Muerte pudiera ser dominado por procedimientos tan elementales.

Después pensó que quizás el haber visto a la adorable Angélica lo había inutilizado para el resto de las mujeres, incluso si su nuevo oficio no lo hacía.

—Mi mensaje es éste —dijo el Mago de repente—. Se está tramando un complot que afecta a mi hija, Luna Kaftan. La he protegido hasta ahora, pero no podré hacerlo por más tiempo. Por ello te pido que lo hagas tú.

—Debo de estar confundido. Creí que me ofrecía los favores de su hija a cambio de cinco minutos de mi tiempo.

El Mago sonrió.

—Muerte, eres un completo cínico. Es una oferta espinosa, lo sé. Si aceptas el reto, te encontrarás emocionalmente comprometido y la protegerás de una forma que pocos podrían lograr.

—¿Cómo puedo yo proteger a alguien? —preguntó Zane, sintiendo que lo estaban manejando—. ¡Soy la Muerte!

—Eres el único adecuado —insistió el Mago—, Cuando a través de mis artes negras percibí la naturaleza de la conspiración contra mi hija, supe que necesitaría tener un campeón que la protegiera cuando a mí me fuera imposible. Investigué cuidadosamente hasta localizar a ese campeón, descuidando mi salud en el proceso, y al fin te identifiqué.

—¿A mí? —se extrañó Zane—. Como Muerte sólo puedo hacer una cosa que no debe querer para su hija. Como hombre, no como Muerte, no soy apto para hacer nada en absoluto por ella. Usted debería saberlo.

—En verdad, como hombre eres insignificante —ratificó el Mago—. Pero a pesar de todo eres el único capacitado para esta necesidad. Creo que tu oficio hará que te desarrolles y te conviertas en lo que ahora no eres.

—¿Sabe usted cómo conseguí el trabajo de Muerte?

Ese punto era muy interesante.

—Yo fui quien persuadió al Destino para que fueras admitido en el oficio —dijo el Mago.

—¿Persuadir al Destino? ¿Usted...?

—Sospecho que todavía no conoces por completo el significado de tu papel.

—Bueno, todas las personas han de morir en algún momento...

—Y cualquiera puede servir para desempeñar el oficio de la Muerte. Pero esta situación particular requiere tu pericia personal.

—Eso no parece tener mucho sentido —dijo Zane—. Fue una pura casualidad la que me llevó...

Se interrumpió porque Luna, la hija del Mago, volvió a entrar en la habitación. Ahora estaba vestida, maquillada y con el cabello suelto, y se evidenciaba su eficiencia para arreglarse. Parecía otra mujer. La melena, color castaño, le llegaba hasta los hombros y brillaba tanto que Zane sospechó que se había aplicado un hechizo para lograrlo. Sus ojos, antes anodinos, eran grandes y hermosos, de color gris oscuro como la piel de un bello caballo de carreras, o del propio corcel de la Muerte. Había subido el color de sus mejillas y sus labios eran brillantes y sensuales. Sus dientes destellaban de blancura. Llevaba dos piedras de Saturno, como pendientes, que proyectaban pequeños círculos de luz e iluminaban la suave columna de su cuello a ambos lados.

Pero no acababa ahí su transformación. Vestía una blusa gris oscuro que se adaptaba suavemente al contorno de sus brazos y busto, dejando los hombros al descubierto, haciendo que lo que antes parecía insignificante luciera ahora como dones espectaculares. Su cinturón era ancho y en apariencia pesado, debido a sus adornos de piedras de colores; quizá fuera un cinturón volador. La falda marrón combinaba con su cabellera, y se ceñía levemente a sus caderas y piernas cuando ella se movía. Zane no se había dado cuenta antes de lo hermosa y atractiva que podía llegar a ser. Incluso sus pies eran bonitos, dentro de unos zapatos verdes, alados, hechos a imagen de sus homónimo, la mariposa lunar. Rodeaba su cuello una cadena de oro en forma de serpiente; y en la cadena, suspendida entre sus pechos, había una gran piedra lunar, cuyo brillo se hallaba en fase creciente. Tales piedras crecían y disminuían mágicamente de acuerdo con los cambios reales de la luna, el más puro símbolo de la feminidad. Era mágicamente adorable, y tan elegante como una modelo en un desfile.

Era evidente que tenía magia. Era la hija de un Mago, a fin de cuentas, recordó Zane. Se había transformado en una mujer impresionante, pero era puro artificio. No debía dejarse subyugar por ello. Se trataba de la misma chica que había visto antes, con un nuevo aspecto. La actual presencia de Luna era como una selecta piedra preciosa, opaca en la sombra, repentinamente realzada por un foco de luz que destaca todo su esplendor. Antes estaba desnuda. Verdaderamente, el verla sin ropa había sido como no verla en absoluto. Ni incluso Angélica podía comparársele...

—¿Puedo danzar para usted? —preguntó Luna con un encantador inicio de sonrisa.

—Supongo que no —murmuró Zane.

—Bueno, debería permitirlo —insistió ella maliciosamente—. Usted me vio antes de que me vistiera.

Zane movió la cabeza.

—No puedo creer que una criatura como usted sea ofrecida a alguien tan inclasificable como yo. No tiene sentido.

—Oh, ella no es un regalo —intervino el Mago—. A Luna hay que ganarla, y eso no es fácil. Lo que obtiene es la primera opción para competir.

—No tengo ningún interés en competir —dijo Zane, receloso ante aquello.

Era consciente de que el Mago le ofrecía menos, ahora que Luna se manifestaba como más. A Zane no le gustaba ser manipulado.

—Haz lo que te plazca. La piedra del amor está aquí. —El Mago señaló una pequeña gema azul que yacía sobre la mesa, cerca de él.

—Para mí no tienen ninguna utilidad las piedras del amor —contestó Zane.

Ahora deseaba no haber visto nunca a Angélica, ¡cuanta tristeza se hubiera ahorrado!

—Quizá no me entiendes bien —dijo el Mago—. No es tu vulgar piedra de localización; está obliga a amar. Sólo tienes que sostenerla y mirar a la mujer que has escogido; y ella, al momento, se sentirá afectada por una irresistible pasión. No la encontrarás a la venta en tiendas de quincallería.

Zane miró a la piedra con un nuevo respeto. Si la cogía y miraba a Luna, ella se convertiría en esclava de su amor. Quizá su efecto estuviera limitado a un solo encuentro; en otro caso, al usuario le sería imposible librarse de la persona escogida. Pero significaba que el hombre, o la mujer, que poseyera aquel artefacto podría dominar a cualquier persona que se propusiera. ¿Cómo considerar a un padre que sometía a su bella hija a tal influencia, o a la chica que conscientemente permitía que se utilizara ese encantamiento sobre ella?

—Gracias, no.

Luna inclinó un poco la cabeza, quizás en señal de asentimiento. ¿Habría sido una prueba? El Mago había dicho que su hija debía ser ganada y era difícil considerar el uso de la piedra como una forma limpia de competición. Tal vez inducía a la pasión, pero no al amor. Si se podía elegir entre pasión y amor, Zane prefería lo último.

El Mago se arrellanó suavemente en su silla, relajándose.

—Debo actuar. El hechizo que prolonga mi vida más allá de la hora fijada se está debilitando, y no me atrevo a recurrir a otro.

—¿No se atreve? —preguntó Zane, cada vez más suspicaz—. ¿No es usted un poderoso Mago?

Librodot

—La magia puede convertirse en un vicio y, a veces, llevar a la condenación. La magia blanca, que se ha vuelto tan popular, no suele dañar, pero puede conducir paso a paso hacia la más potente magia negra, que corrompe gradualmente y pone en peligro la salvación del usuario. Todos los profesionales serios emplean la magia negra, a causa de su versatilidad y poder. He usado más de la necesaria para condenarme al Infierno.

—Pero usted está en equilibrio, puesto que yo he sido convocado.

—Técnicamente es cierto. Era necesario que yo te llamase y ésta era la única forma posible sin alertar al Innombrable.

—El...

—No repitas el nombre; está sintonizado con él. Mi encantamiento nos protege del descubrimiento casual, pero contra su investigación directa no hay protección, y su nombre la provoca. Esta conversación tiene que ser privada. Cuando acabe de hablarte, mi destino carecerá de importancia, excepto porque debo permanecer libre del Infierno el tiempo suficiente para darle al plan una oportunidad de funcionar. El Innombrable se apodera rápidamente del cerebro de sus nuevas víctimas. Por tanto, tenemos que aparentar una reunión normal, para evitar sospechas.

—¿Usted decidió su propia muerte sólo para hablarme sin que cierta entidad lo supiera... cuando consiguió que el Destino me diese este trabajo?

—Puede parecer un procedimiento complicado. Pero existe una compleja conspiración que obliga a tortuosos sacrificios.

—¿Cómo el de su vida y el de la virtud de su hija?

Luna sonrió, sin ofenderse.

—Mi padre es así. Por eso es un gran Mago; alguien a quien incluso las Encarnaciones respetan.

Evidentemente era así.

—¿Qué conspiración? —inquirió Zane.

—No debo informarlo —contestó el Mago.

—¿Cómo puedo ayudarle si no sé qué quiere?

—Te he dicho lo que quiero, la salvación de mi hija.

—Usted tiene medios para garantizar eso —dijo Zane, mirando significativamente la piedra del amor—. Es obvio que su hija sólo es un pretexto para algún plan más siniestro. ¿Qué desea en realidad?

El Mago miró un instante hacia el suelo, como si reflexionara.

—Quiero lo que quiere todo hombre medio decente: la creencia de que su vida ha beneficiado al cosmos de alguna forma, aunque ésta sea insignificante o tortuosa. Mi uso de la magia negra pesa tanto sobre mi alma que mi hija tiene que asumir una parte de mi maldad para situarme en equilibrio

técnico. Ahora, ella también está en peligro. Pero tendrá tiempo para redimirse, si nuestro plan tiene éxito.

—¿Puede ella cargar con parte de su maldad? —preguntó Zane, sorprendido—. Creía que cada alma tenía que ser juzgada por sus propios actos.

—Por lo general, es así. Pero la magia sofisticada puede alterar algunos casos, y éste ha sido alterado. Por el momento, ambos estamos en equilibrio.

Zane miró de nuevo a Luna. Su cara era tersa e inocente. Estaba tranquila sabiendo que el mal de su alma no era suyo en realidad; básicamente era una buena chica. Sabía muy bien que la belleza física no estaba relacionada con la situación del alma de una persona, pero se sentía más seguro cuando no había divergencias entre ambas.

Ahora la muchacha se inclinó sobre su padre.

—Es la hora, padre —dijo—. Nunca conoceré a nadie como tú. —Lo besó. Luego miró a Zane directamente a los ojos—. Muerte, hágalo —le dijo y se apartó, volviéndose de espaldas.

Zane volvió a poner en marcha su cronómetro cuenta atrás. Avanzó hacia el Mago que, de repente, había sufrido una ataque de apoplejía y extrajo su alma. La plegó rápidamente y la guardó.

Luna habló, aún de espaldas.

—Mi padre hizo un trato con usted. Yo haré honor a éste, sin que sea preciso el uso de la piedra del amor. Comprenderá que no pretendo ningún placer personal en este asunto. Sígame.

Caminó hacia la puerta por la que había entrado.

El relojmuerte estaba contando para el próximo cliente, pero Zane se detuvo.

—Su padre, a quien usted profesaba un profundo amor, acaba de morir —dijo asombrado—. ¿Cómo puede pensar en una cosa así en este momento? ¿Dónde está su dolor?

Ella se paró, pero sin volverse.

—Puedo hacer lo que mi padre me pidió que hiciera porque respeto su criterio más que el de cualquier otra persona. Cuando me di cuenta de que su muerte estaba cercana, invoqué el encantamiento que él había preparado para esta ocasión. Llevo una gema que elimina las emociones que incapacitan. Después de que usted haya partido, me quitaré esa piedra y liberaré mi sufrimiento tanto como pueda antes de verme obligada a ponerme la gema otra vez. Mi dolor seguirá su curso en etapas mesuradas. Pero mi dolor no es suyo, y mientras esté con usted, lo guardaré.

Zane movió su cabeza, anonadado ante esta explicación.

—No pretendo ser un buen hombre o una buena Muerte. La mayoría de las veces me he sentido satisfecho con tomar lo que podía conseguir. Hace algún tiempo fui un necio y desperdicié mi oportunidad de amar y casarme con una mujer maravillosa...

—El Destino dispuso esa pérdida, a ruego de mi padre —dijo Luna—. No debe sentirse responsable.

Librodot

¡Así que tampoco había sido una coincidencia! Zane se estremeció pero logró controlarse.

—Ahora voy a volver a comportarme como un necio. No he prestado ningún verdadero servicio a su padre que yo sepa y, en cualquier caso, no merezco ese tipo de atenciones de su parte...

Luna se giró hasta quedar de frente. Parecía más bella que nunca. Sus ojos eran como perlas cuando se fijaron en él. No, no había faroleado respecto a su habilidad para impresionar a un hombre.

—Sí, usted es evidentemente correcto. No desea un falso embeleso. Use la piedra del amor y entonces mi pasión será auténtica. No debería haber tratado de evitarlo. Si lo desea, yo la usaré también sobre usted. Sus reservas se disiparán.

—¡No es eso lo que quise expresar! —exclamó Zane, apurado—. No merezco la atención o el amor de una mujer como usted. Guarde la piedra del amor; no forzaré su naturaleza por medio de ella. Quizá cuando era un hombre vivo lo hubiese hecho, pero ahora soy la Muerte, con una responsabilidad importante, y debo hacer honor a la dignidad del oficio como yo la percibo. La dejaré con su pena.

Se volvió para salir, casi maldiciéndose por su perversidad. Aquélla no era la forma en que solía comportarse, ¿por qué no se había limitado a aceptar el pago ofrecido?

—¿Por qué? —le preguntó Luna.

Podía deducir del sonido de su voz que había vuelto a girarse. Ambos se daban la espalda, con el cadáver del Mago entre ellos.

Zane no estaba seguro. Había hablado de la dignidad de su oficio... pero no había pasado mucho tiempo desde que trató de renunciar a él.

—Yo... mire, admito que usted pertenece a la clase de mujeres que me gustan. La clase de mujeres que le gusta a todos los hombres. Se propuso impresionarme y lo ha conseguido. Usted no parecía gran cosa cuando... cuando no lo estaba intentando... Bien, precisamente ahora estoy seguro de que tiene todo lo que yo deseo; pero, de acuerdo con lo que su padre dijo, quiero hacer algo bueno en mi vida, o en mi oficio, mientras tenga oportunidad. De lo contrario, ¿qué conseguiré? Si hubiera sido bueno antes, no habría llegado a la muerte tan pronto. Estoy tratando de ser bueno ahora porque creo que vale la pena; así, al menos puedo pensar que soy medianamente útil para algo. Aprovecharme de usted, sobre todo en estos momentos... Sé que podría. Hice algo parecido una vez en vida y eso permanece como una mancha en mi alma... Bien, ése es el camino que alguien tan importante como la Muerte no debe tomar. Por tanto, intentaré representar el papel que creo que me corresponde, aunque no soy... aunque sé que no soy un actor notable.

—Usted está yendo en contra de los deseos de mi padre —dijo ella—. Programó su muerte para traerle aquí y lograr que me conociera. El Destino apartó a la otra mujer de su camino al objeto de dejarlo libre para mí. Estoy en deuda con usted en un sentido bastante estricto.

—La he conocido. No creo que me deba nada por lo que hizo el Destino. Quizás estoy despechado por aquel amor que rechacé antes de iniciarlo. Quizá sólo estoy enfadado por la manipulación de que he sido objeto. Creo que podría... No sé. Quizá su padre se equivocó conmigo.

—Quizá se equivocó —asintió ella—. Aún debo liquidar mis propias deudas y tratar de cumplir su voluntad. De no hacerlo, traicionaría la memoria de mi padre. ¿Podríamos fijar una fecha?

—Si empiezo a considerar posibilidades con una mujer de su categoría, pronto querré demasiado.

—Puedo ofrecer demasiado.

—Yo... no. Quiero decir que la Muerte no debe ser perturbada.

—Pues venga cuando sus deberes se lo permitan.

Zane se sintió culpable, pero también muy tentado.

—Una vez —asintió.

—Una vez.

No había nada más que decir. Zane recogió la guadaña, y salió en busca de su caballo. Lo montó.

—Al siguiente, corcel —dijo.

El semental se elevó hacia el cielo. El amanecer se estaba iniciando y un grupo de nubes se destacó en el este. Mortis trotó sobre las nubes como si fuesen arena, volando sin alas, luego se zambulló en ellas para aparecer en algún lugar de globo donde era pleno día.

Pero no había tierra abajo. El caballo descendió hacia el océano Atlántico. Sus cascos tomaron contacto y se apoyaron. Naturalmente, aquel animal podía correr sobre el agua.

Delante, la capota de nubes se inclinaba hasta confundirse con el agua. Había tormenta. El semental galopó en su dirección. Zane contemplaba las furiosas olas con creciente alarma. La persona que desempeña el cargo de Muerte es inmortal mientras no la asesinen. Pero, ¿y si se ahogaba? El mar se había convertido en algo monstruoso,

las olas ya sobrepasaban la altura de su cabeza e iban en aumento a medida que se aproximaba la tormenta.

—No me gusta esto —dijo—. ¿Quién me reemplazará si me ahogo aquí?

En realidad, no era aquél el objeto de su preocupación. No le importaba quien le sustituyera en el cargo; sencillamente, no deseaba dejarlo vacante.

¿No lo deseaba? Entonces, ¿por qué había intentado, de forma tan inepta, inducir a un cliente a que lo matara? ¿Qué era lo que quería en realidad? No estaba seguro, pero sospechaba que era algo relacionado con algún aspecto de su personalidad. Podía aceptar la entrega de su cargo con más facilidad si le era factible escoger a un sucesor que si un océano lo aniquilaba. Había control y autoestima en la raíz de su inquietud.

Librodot

Un punto cercano al claxon de la silla destelló, Zane lo pulsó... y el caballo se convirtió en una lancha rápida de doble casco, que pasó a toda velocidad a través de la periferia de la tormenta.

¡Las maravillas no cesaban!

—¡Eres una criatura extraordinaria, Mortis! —exclamó.

Pero las olas eran tan terribles que pronto la lancha empezó a balancearse, perdiendo estabilidad. La pálida embarcación se autogobernaba con pericia para evitar su propio hundimiento, pero el mar parecía determinado a que perdiera el control.

—¡Te prefiero como caballo! —gritó Zane cuando la lancha remontó la cresta de la ola y se inclinó peligrosamente hacia adelante.

Pulsó el centelleante botón del panel de control. El caballo volvió y galopó a lo largo del reno de la ola. Sí, era mejor. El animal no podía ser hundido ni volcado.

—¡No puedo arreglarme sin ti, Mortis! —dijo Zane, agarrándose con desesperación.

Entonces el cliente entró en su campo visual. Era un hombre joven, agarrado a un pequeño pecio. El hombre vio a Zane y levantó una mano con esfuerzo. Tras esto, se hundió en una ola.

—¡No debería morir! —protestó Zane, hablando tanto para sí mismo como para el cliente.

Mortis bufó, sin comprometerse. Después de todo, la Muerte había sido convocada allí para recoger el alma de un cliente.

—Voy a rescatarlo —dijo Zane—. Contemplar como se ahoga me parece un asesinato.

El caballo no reaccionó, pero se detuvo sobre el agua cerca del náufrago. Zane desmontó y descubrió que sus pies se mantenían seguros sobre la superficie. El Destino le había dicho que sus zapatos lo posibilitarían para eso, pero él había tenido sus dudas hasta aquel momento.

Se agachó, cogió el brazo que sobresalía y tiró de él. La ola era líquida para el cliente, pero sólida bajo los pies de Zane, y la enguantada mano de éste no pasó a través de la carne del hombre cuando se propuso lo contrario. Su magia se acomodaba a sus necesidades específicas.

Pero una oleada cruzó el lugar donde estaban, sepultando al cliente y casi derribándolo a él. Irritado, Zane pulsó el botón central de su reloj, con el propósito de congelar el tiempo. No ocurrió nada, y entonces recordó que había que tirar del botón, no presionarlo. Tiró de él.

El agua se paralizó: olas, burbujas y espuma. La niebla, que se desplazaba, quedó como plasmada en una fotografía. Todo se inundó de quietud y silencio.

Consiguió agarrar mejor al cliente y lo sacó del mar. En apariencia, el transcurso del tiempo no había cesado para la Muerte ni para el pálido caballo de la Muerte, ni para lo que fuera tocado por la Muerte. ¡Qué extraño poder le había legado Cronos! Pero no era suficiente, puesto que se evidenciaba que el cliente estaba muy mal; había inhalado agua durante su última inmersión.

Zane puso al hombre sobre la grupa del caballo, con los brazos colgando a un lado y las piernas al otro. Presionó sobre su espalda, intentando expulsar el agua de sus pulmones, pero el

sistema no era muy efectivo. Entonces Mortis corcoveó, rebotando al hombre, y aquello funcionó. El agua goteó de su boca y empezó a carraspear.

Zane le ayudó a incorporarse. Los ojos del hombre se dilataron.

—Usted es la Muerte... pero no me ha matado —dijo.

—Lo llevaré a la costa —le aclaró Zane—. Monte detrás de mí y agárrese.

Montaron.

—No lo comprendo —dijo el hombre, con cierto tono de queja.

Zane oprimió el botón del reloj. La tormenta se reanudó. El caballo avanzaba, ascendiendo sobre la curva de la ola. El viento los azotaba, pero estaban seguros con él.

—¿Por qué? —preguntó el hombre.

Zane no pudo responder. Tenía miedo de estar traicionando a su oficio y de ser castigado por ello de alguna forma, pero tenía que salvar a aquel hombre.

Pronto salieron de la tormenta. Había una isla ante ellos, el pálido caballo sabía qué dirección tomar. Llegaron a una playa desierta, pero las botellas abandonadas indicaban que era frecuentada por turistas. La civilización estaba cerca.

El hombre se bajó y se quedó de pie sobre la arena húmeda, aún sin poder creerlo.

—¿Por qué? —repitió—. Usted, de todas las criaturas...

Zane tendría que encontrar una respuesta, aunque sólo fuera para justificar su irracionalidad ante sí mismo.

—Su alma está en peligro de condenación. Vaya y haga el bien en el mundo para redimir su vida pasada.

El hombre estaba aturdido, con la boca abierta. Estaba en el siglo veinte, y nadie tomaba en serio tales amonestaciones.

—¡Adiós! —dijo Zane.

Mortis despegó, cabriolando una vez más en el cielo. Zane comprendió que debía de haber mucha magia involucrada para evitarle caídas cuando el caballo hacía tales movimientos. ¡Su oficio no era muy seguro en algunos aspectos!

Miró hacia atrás y divisó al atónito cliente aún de pie, mirándolo.

¿Había actuado de forma adecuada? Probablemente no. Por segunda vez había evitado una muerte, cambiando el curso de la vida del cliente. Quizás estaba obrando de manera irracional, permitiendo que sus problemas personales afectasen su trabajo. Pero sabía que volvería a hacerlo. Se sentía incapaz de superar sus limitaciones humanas para desempeñar imparcialmente su cometido.

El reloj muerte inició su cómputo una vez más. Zane pulsó el botón de parada, deteniendo la cuenta atrás sin detener el tiempo normal.

Librodot

—Ya he tenido bastante por el momento —le dijo al caballo—. Quiero descansar y reflexionar. ¿Sientes preferencia por alguna pradera para pastar? Llévame allí.

Obedientemente, el caballo galopó hacia arriba en dirección a una nube estrecha. Cuando llegaron a su nivel, Zane vio que su parte superior estaba ocupada por una lozana y verde planicie.

—Así que tu pradera está en el cielo —comentó.

El caballo se posó en la hierba y trotó sobre ella hasta un enorme y frondoso árbol. Zane desmontó.

—Debes estar cerca cuando te necesite —le dijo al caballo.

El semental movió la cabeza en señal de acuerdo y empezó a pacer. Zane observó que el animal no llevaba en aquel momento bridas ni silla; ese equipo dejaba de existir cuando no se usaba.

Se sentó y apoyó la espalda contra el gran tronco del árbol.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —se preguntó en voz alta—. ¿Por qué no estoy ocupándome de mi trabajo?

Nadie le respondió. Mortis pacía en el fértil campo. La brisa hacía susurrar las hojas del árbol solitario. Una pequeña araña se deslizaba por un hilo detrás de Zane.

—¿Qué me ocurre, arácnido? —le preguntó a la araña—. Tengo un buen trabajo aquí, recogiendo las almas de las dudosas. ¿Por qué permito que se escapen, si creo que mi deseo es actuar de acuerdo con las normas de mi oficio? ¿Soy un hipócrita?

La araña se agrandó. Cuatro de sus patas se balancearon hacia abajo fundiéndose en dos largos miembros, y cuatro se elevaron convirtiéndose en dos extremidades más pequeñas. Su abdomen se contrajo y se alargó. Su cabeza se redondeó, y los ocho ojos se mezclaron de forma semejante a como lo hicieron las piernas: dos pares formaron dos grandes órbitas y los otros dos se deslizaron hacia los lados para formar las orejas. En unos momentos, la araña se convirtió en una mujer que sostenía un hilo entre sus manos.

—Oh, nosotros llamamos a eso síndrome de reacción retardada —dijo—. No puede pasar de la vida normal a la inmortalidad sin sufrir una dislocación sistémica. Sobrevivirá a ella.

—¿Quién es usted? —preguntó Zane, sorprendido.

—¡Qué poca memoria tiene! —le recriminó ella, cambiando a una apariencia más joven.

Entonces, la reconoció.

—¡El Destino! Me alegro de verla.

—Bueno, yo lo he metido en esta situación, así que es mi responsabilidad asistirle a través del período de entrenamiento. Todo lo que tiene que hacer es aceptar y adaptarse a la nueva realidad, y se sentirá bien.

—Pero conozco la nueva realidad —objetó él—. Sé que se supone que estoy recogiendo almas. Pero no lo estoy haciendo. Al menos no siempre. Evité que una mujer consumase su suicidio y acabo de rescatar a un náufrago.

—Eso complica las cosas —comentó la mujer, con gesto pensativo—. Nunca oí que la Muerte ayudase a la gente a vivir. No estoy segura de que exista un precedente. Excepto...

—¿Cuál?

—Lo siento, pero no puedo decírselo, Muerte.

La frente de Zane se arrugó.

—¿Hay algo que sabe y no quiere contarme?

Ella había dicho algo semejante con anterioridad, inoportunamente.

—Ése es el caso. Pero a su debido tiempo todo se sabrá.

Se dio cuenta de que era inútil tratar de coaccionar al Destino.

—Bueno, si hay algo que deba y quiera decirme...

—¡Oh, sí, es verdad! Lo que necesita hacer para tranquilizarse es enviar algunas almas al Purgatorio. Cuando comprenda ese aspecto del sistema no le costará tanto trabajo cumplir con su deber.

—¿El Purgatorio? He pensado en él, pero no sé donde está. Cronos me dijo que podía ir en mi caballo hasta allí, pero...

—Justo allí —señaló ella.

Zane miró. En el lugar señalado, al fondo del campo, había un moderno complejo de edificios que hacían pensar en una universidad.

—¿Eso es el Purgatorio?

—¿Qué esperaba, una mazmorra medieval custodiada por un dragón?

—Bueno... sí. Quiero decir que el concepto de Purgatorio...

—Estamos en el siglo veinte, la edad de oro de la magia y la ciencia. El Purgatorio también evoluciona con los tiempos.

Zane no se lo había imaginado así.

—¿Sólo tengo que ir allí y vaciar mi bolsa de almas?

—Aquellas que no haya sido capaz de clasificar —le aclaró.

Zane se sintió suspicaz. Había algo tortuoso en la forma en que el Destino planteaba las cosas.

—¿Qué les pasa a las almas allí?

—Conseguirán ser clasificadas adecuadamente. Ya lo verá. Vaya.

Zane meditó un momento.

—Primero déjeme clasificar las que pueda.

—Hágalo.

El Destino se reconvirtió en araña, subió por su hilo y desapareció entre el denso follaje del árbol.

Trabajó durante un rato en las almas. Pudo clasificarlas todas, excepto dos; la del bebé y la del Mago. La primera era de un gris tan uniforme que su lectura era imposible, en la otra estaban tan mezclados el bien y el mal que la convertían en una masa impenetrable, incluso para las piedras.

Se encaminó al edificio principal del Purgatorio. Era una estructura de ladrillo rojo, cuyos muros estaban cubiertos de enredaderas verdes. La gran puerta de entrada carecía de guardianes. Zane se arregló la túnica y la empujó. Había una mesa con una bella recepcionista.

—¿Sí? —preguntó ella, exactamente en el tono en que lo hacían las que ocupaban esos puestos en la Tierra.

—Soy la Muerte —contestó, con voz baja y tímida.

—Ya veo, siga la línea negra.

Zane vio la línea pintada en el suelo. La siguió a lo largo del vestíbulo y por los corredores, hasta llegar a un moderno laboratorio científico. No había nadie allí, ni demonios ni ángeles, lo que parecía indicar que se daba por supuesto que él sabía qué hacer. De hecho, se sentía un poco molesto por la fría actitud de la recepcionista, como si la Muerte formara parte de la rutina. Quizás era así, allí.

Miró a su alrededor. Divisó un terminal de ordenador bastante bueno. Se sentó frente a él. Buscó la marca de fábrica, pero no había ninguna; era una máquina sin indicación de procedencia, lo que quizás era adecuado. Tenía un teclado universal y botones para funciones especiales. Pulsó ON, y la pantalla se iluminó.

SALUDOS, MUERTE, apareció en brillantes letras verdes sobre un pálido fondo. ¿CÓMO PODEMOS SERVIRLE?

Zane no era un buen mecanógrafo, pero sabía escribir a máquina: TENGO DOS ALMAS QUE CLASIFICAR, tecleó, y vio que las palabras aparecían en rojo en la pantalla, debajo de la pregunta del ordenador.

La máquina no dio ninguna respuesta. Después de unos momentos, recordó que tenía que formular una pregunta o darle una orden si quería que reaccionara. ¿QUÉ DEBO HACER CON ELLAS?, añadió.

PONGA UNA EN CADA DISPOSITIVO, contestó la máquina.

Zane las buscó con la mirada. Vio una línea de dispositivos y empezó a estudiarla.

Sonó un timbre, atrayendo su atención hacia el ordenador. APAGÚEME CUANDO NO ME USE, dijo la pantalla.

¡Oh! Zane iba a pulsar el OFF, pero se detuvo. ¿POR QUÉ?, escribió.

NO ES CORRECTO DESPERDICIAR ENERGÍA.

Zane escribió de nuevo. NO. QUISE DECIR, ¿POR QUÉ NO TIENES

UN CIRCUITO QUE TE PERMITA DESCONECTARTE CUANDO EL OPERADOR SE MARCHA? SERÍA MAS SEGURO.

¿HA LOGRADO ALGUNA VEZ LA CONSECUCIÓN DE UNA BUENA SUGERENCIA A TRAVÉS DE LA BUROCRACIA? La impresión se estaba enrojeciendo, como a causa de una lógica irritación.

Zane sonrió, pulsó el OFF y la pantalla se apagó. Sospechó que en aquella computadora había más de lo que se mostraba.

Se dirigió al primer dispositivo. Parecía un tambor de secado de una lavadora. Sacó el alma del bebé y la puso dentro.

La máquina ronroneó. El alma se extendió en el tambor, que comenzó a girar cada vez con mayor rapidez, aplastando el alma contra sus paredes.

—¡Una centrífuga! —exclamó Zane—. Para separar el mal, de forma que pueda ser medido. —De repente, aquello adquirió sentido. Podía esperarse que, una vez separado el mal, habría otro centrifugado para extraer el bien, de manera que pudiesen compararse.

Pero ningún mal quedó separado. Pasado un rato, la máquina se detuvo. El alma fue lanzada a un recipiente más pequeño.

Zane la recogió y volvió a la terminal. Encendió la máquina. NO FUNCIONA, escribió. ¿QUÉ HAGO AHORA?

DESCRIBA EL ALMA.

ES DÉ UN BEBÉ. PURO GRIS, SIN MATICES.

OH, NO SE ASOMBRE, dijo la pantalla, usando una expresión impropia de una máquina. ES UNA DETERMINACIÓN DE DEFINICIÓN. VUELVA A METERLA.

Aquello hizo que Zane se detuviera. No estaba dispuesto a desprenderse de ella todavía. ¿QUÉ ES UNA DETERMINACIÓN DE DEFINICIÓN?

UNA CATEGORÍA DE CLASIFICACIÓN, le informó la pantalla con amargura, adoptando un tono azul. Parecía que a la computadora le gustaba ser didáctica. LAS ALMAS QUE SE EQUILIBRAN

AUTOMÁTICAMENTE.

Se equilibran. Mitad bondad, mitad maldad. Zane había estado trabajando siempre con ese tipo; de hecho, él pertenecía al mismo. PERO, ¿CÓMO ES POSIBLE SIENDO UN BEBÉ INOCENTE?, preguntó.

UN BEBÉ CONCEBIDO EN PECADO, explicó la pantalla, POR VIOLACIÓN, INCESTO, O GRAVE DECEPCIÓN, CUYO NACIMIENTO PRODUCE UN INJUSTO INFORTUNIO A LOS

PADRES, ESTÁ CONDENADO A PERMANECER EN EQUILIBRIO HASTA ADQUIRIR VOLUNTAD PROPIA. NORMALMENTE EN ESA ETAPA LA BALANZA SE INCLINA, Y SU TRABAJO NO ES REQUERIDO.

Así que ése era el camino. Cronos había hecho demasiadas conjeturas. El bebé había muerto de enfermedad y negligencia antes de tener voluntad suficiente para cambiar. Por ello, la Muerte había sido convocada... y había encontrado el alma del infante casi intocada por la experiencia.

¿POR QUE? escribió. ¿POR QUÉ HACERLE ESO A UN BEBÉ?

PARA GARANTIZAR QUE TIENE UNA OPCIÓN.

¡PERO NO LA TIENE!, protestó Zane. ¡MURIÓ ANTES DE ADQUIRIR VOLUNTAD PROPIA!

¡ÉSA ES LA RAZÓN!, explicó la computadora con paciencia, considerando la objeción de Zane como pregunta. NINGÚN ALMA PUEDE SER ENVIADA A LA ETERNIDAD SIN HABER TENIDO OPORTUNIDAD DE ESTABLECER SU PROPIO HISTORIAL. UN ALMA SIN HISTORIA DEBE SER RETENIDA.

Zane empezó a entender. No era correcto permitir que un alma fuera condenada al Infierno sin darle una oportunidad de redimirse, y era probable que el Cielo tuviese reglas sobre la aceptación de los hijos de la iniquidad.

Lo pensó durante un momento, y no le gustó. Podía haber iniquidad, pero asociada a los padres, no al niño. Si fuera de su competencia cambiaría una regla o dos.

Pero, por supuesto, no era. No era asunto suyo establecer reglas. Aunque estaba involucrado, puesto que era la Muerte y había recogido aquella alma. Se sintió responsable. ¿QUÉ PASA CUANDO UN ALMA ES RETENIDA?, escribió.

PERMANECE PARA SIEMPRE EN EL PURGATORIO, CONTCSTÓ la pantalla.

¡PARA SIEMPRE! escribió, anonadado. NI INCLUSO LAS ALMAS CRIMINALES QUEDAN CONFINADAS AQUÍ PARA SIEMPRE, ¿VERDAD?

ASÍ ES. LAS ALMAS CRIMINALES VAN AL INFIERNO PARA SIEMPRE.

Esto volvió a poner las cosas en orden. Con toda seguridad, el Purgatorio era mejor que el Infierno. ¿QUÉ HACEN AQUÍ

LAS ALMAS RETENIDAS?

ADMINISTRAN EL PURGATORIO.

¡OH! ¿LA RECEPCIONISTA ES UNA DE ELLAS?

Sí.

No parecía muy malo, aunque no del todo bueno. El trabajo de oficina puede hacerse terriblemente pesado con el paso de los siglos. Pero era evidente que así funcionaba aquel lugar. La neutralidad eterna era, sin duda, mejor que el Infierno.

Zane apagó el ordenador, se acercó al segundo dispositivo y metió el alma del Mago. El dispositivo se parecía a un robot sellador, mirando hacia una pila de papeles colocados sobre una mesa de despacho. El alma fue engullida por una ranura que había en la parte posterior del robot. Un momento después, la máquina se animó, las lentes de sus ojos destellaron, y sus miembros de metal se movieron.

El robot miró a Zane.

—¿Estoy muerto ya? —preguntó la voz del Mago.

—Sí —contestó Zane, cogido por sorpresa ya que ninguna alma le había hablado antes.

—Entonces, ¿dónde estoy?

—En el Purgatorio. Su alma tiene un equilibrio tan perfecto, que no pude averiguar si pertenecía al Cielo o al Infierno; por tanto, la traje aquí.

—Excelente —dijo el Mago.

—¿Usted desea quedarse aquí?

— Tengo que estar aquí el mayor tiempo posible. Hice mis cálculos con precisión, pero siempre existe algún elemento de incertidumbre. Mucho depende de eso.

—¿Mucho depende de qué? —preguntó Zane, de nuevo perplejo.

—¿Te recompensó mi hija Luna por tu consideración?

—¿Está eludiendo mi pregunta?

—¿Y tú?

Zane sonrió.

—Su hija lo ofreció de nuevo, pero volví a declinarlo.

—¡Pero no tenías que hacerlo! —protestó el Mago-robot—. Luna es para ti. Te dejé la piedra del amor.

—Si quería que la conociera, debía haber encontrado una forma mejor que convocarme a su propia muerte.

—No —dijo el robot—. No había otra forma mejor. No prestes atención a las objeciones de ella; hará lo que deseo que haga.

—Ella no puso objeciones. ¡Yo las puse! Precisamente no es...

—Ve tras ella, Muerte. Vale la pena para ti.

—No se interesa por mí —dijo Zane—. ¿Por qué tendría que forzarla a que lo hiciera, por medios mágicos o no, siendo como soy, alguien sin entidad? Es seguro que ella merece algo mejor, y puede conseguirlo.

Zane se dio cuenta en aquel momento de que aquello era parte de su reparo. No quería arriesgarse a una relación emocional con una mujer que, con toda probabilidad, lo dejaría pronto por un hombre mejor.

Librodot

—Debes hacerlo —insistió el Mago—. Es esencial.

—¿Por qué? Zane sentía una gran curiosidad.

—No puedo explicártelo.

—¡Esto es lo que dijo antes! Y el Destino también tiene la tendencia a hablar con adivinanzas. Eso me fastidia.

—Luna es una buena chica. Lo demás no importa —dijo el Mago, sin demasiada convicción.

—Por eso no debe relacionarse con la Muerte.

—Debo comenzar mi tarea —dijo el Mago, fijando su mirada metálica en la mesa de despacho.

—¿Cuál es su tarea?

—Es obvio que debo calcular el saldo entre el bien y el mal de mi alma por mí misino. Ésos son los impresos que he de rellenar—. La mano de metal tocó la pila de papeles—. Uno por cada día de mi vida.

Zane miró uno de ellos. «Anotar el sesenta por ciento del saldo del impreso 1040-Z en la línea 32-Q», leyó. «Si la cifra es mayor que la de la línea 29-P del cuadro TT, restar 3,2 por ciento de la línea 69-F. Si es menor que la cantidad que muestra la línea VTS del cuadro í, ir al impreso 7734 invertido.» Levantó la vista, mareado.

—¡Esto es casi tan complicado como un impreso de declaración de impuesto sobre la renta!

—Casi —asintió el Mago débilmente—. ¿Dónde crees que se inspira el Ministerio de Hacienda? Tardaré una eternidad en concluir este trabajo.

—¿Cómo cree que quedará el saldo, cuando logre obtenerlo? ¿Irá usted al Cielo?

—Cuando complete el ultimó impreso, tendré que empezar a buscar los errores —dijo el robot—. Esto me llevará unos cuantos siglos más.

—Quizá no haya ningún error —sugirió Zane.

—Estos impresos están diseñados para que sea imposible rellenarlos sin errores la primera vez —dijo el Mago—. ¿Qué gracia tendrían si fueran comprensibles?

Cogió una pluma de ave, la mojó en un frasco de tinta roja y comenzó su labor. Pronto un sudor aceitoso empañó la frente metálica.

Zane dejó al robot con su trabajo sin fin. Aquella tarea podría conducir a la locura a una persona normal, pero tal vez el Mago tenía recursos especiales.

Al salir, entregó el alma del bebé a la recepcionista.

—¡Estupendo! —dijo, mostrando esta vez un poco de animación humana—. Necesitamos personal nuevo.

Zane se preguntó en qué podría trabajar un bebé tan pequeño, pero decidió no investigar. El Purgatorio debía de contar con medios que facilitasen esas cosas y, sin duda, tenía una eternidad para hacerlo.

LUNA

Su caballo seguía pastando fuera.

—¡Eh, Mortis! —lo llamó Zane y el gallardo caballo-muerte trotó hacia él.

¡Qué animal tan hermoso!

—Llévame a casa, en cualquier lugar que esté —le ordenó tras montarlo.

El caballo trotó hasta un extremo de la llanura verde y se detuvo delante de una bella funeraria con columnas blancas sobre un espacioso porche de entrada. El nombre escrito sobre el buzón para la correspondencia era MUERTE.

Podía haberlo imaginado. ¿En qué sitio podía vivir la Muerte salvo en una funeraria?

Zane miró al caballo.

—¿Es correcto que me quede aquí un rato? ¿Al menos el suficiente para familiarizarme con el exterior?

Mortis sacudió una oreja hacia delante en señal de afirmación.

—¿Tienes un establo o algo parecido aquí? ¿He de darte comida, gasolina, o cualquier otra cosa?

El caballo dijo que no, y se alejó para pastar un poco más. La hierba parecía muy sustanciosa; quizás era todo lo que necesitaba Mortis. Había un pequeño lago cerca y, por tanto, también disponía de agua. Era un bonito lugar.

¡Así que la Muerte tenía un buzón para el correo! ¿Quién podría escribirle a aquella dirección? Se acercó y lo abrió. Encontró cuatro cartas. Las sacó, observando que el remite era de la Tierra. Muy interesante.

Se volvió hacia la entrada principal de la casamuerte.

¿Debería tocar la campanilla? No si la triste mansión era ahora su hogar. Pero aún no había tomado posesión de él. La tocó.

Sonó como una sentencia de muerte en el interior del edificio. Un momento después, la puerta se abrió. Un mayordomo vestido de negro apareció en el umbral.

—Me alegro de verle de nuevo, señor. Permítame su manto.

Se movió a su alrededor para quitarle la prenda.

—He... he cambiado —dijo Zane, con cierta precipitación—. No soy el mismo hombre.

—Por supuesto, señor. Yo sirvo al cargo, no al hombre.

Librodot

El mayordomo lo colgó en el armario del recibidor y se inclinó hacia los pies de Zane. Éste comprendió que intentaba quitarle los zapatos mágicos. Bueno, si no estaba seguro aquí, ¿en qué otro lugar podría estarlo? Asintió, y pronto sus zapatos y guantes estuvieron junto a su capa, mientras él se ponía unas confortables bata y zapatillas.

Olió algo extraño.

—¿A qué huele?

—A mirra, señor —contestó el mayordomo—. Esta mansión se perfuma con ella desde siempre.

—¿La casa de la Muerte debe ser aromatizada?

—La mirra está asociada a su cargo, señor.

Zane recordó la letra de una canción: La mirra es mía. Su perfume áspero describe una vida que reúne maldición, sufrimiento, añoranza, sangre, muerte, sellada en esta tumba de fría piedra.

—Bueno, sustituya la por algo más agradable —dijo Zane—. Y cambie ese doblar a muerto de la campanilla de la puerta. Si tengo alguna influencia real, la Muerte va a desarrollar una nueva imagen.

El mayordomo lo condujo hasta un agradable salón al fondo del edificio.

—Por favor, póngase cómodo, señor. ¿Le apetece un aperitivo? ¿Televisión? ¿Un hechizo estimulante?

Zane se dejó caer pesadamente en un mullido sillón. No se sentía cómodo.

—Todo lo que ha mencionado —contestó.

—Al momento —asintió el mayordomo—. ¿Y debo recoger el correo, señor?

—¿El correo? ¿Para qué?

—Para destruirlo, señor, como es costumbre.

Zane apretó las cartas contra su pecho, en un gesto defensivo.

—De ninguna manera. No me importa que todas las cartas sean falsas, las leeré primero.

—De acuerdo, señor —dijo el mayordomo suavemente, como tranquilizando a un niño.

El televisor apareció enfrente de Zane cuando el hombre se marchó.

—Dos cambios en el personal del Purgatorio —dijo el indescriptible locutor del informativo—. El cargo de Muerte tiene un nuevo ocupante. Su predecesor, habiéndose exonerado satisfactoriamente y mejorado el saldo de su alma, se fue al Cielo. ¡La Muerte está muerta, larga vida a la Muerte! Las políticas de su sustituto aún no están claras; va a remolque de su programa, ha permitido escapar a dos clientes, y está fastidiando al personal de su mansión pidiéndoles enojosos cambios ,en su rutina. Una importante fuente anónima conjetura que puede serle impuesto un correctivo si su rendimiento no mejora en breve.

Zane silbó. Las noticias del Purgatorio eran en verdad actuales y precisas.

— Un infante ha sido incorporado a la plantilla —continuó el locutor—. Se le entrenará como archivero, cuando crezca lo suficiente. Se le permitirá, por supuesto, elegir la edad en que ha de pasar a la Eternidad. Esto será de ayuda para aliviar la congestión causada por el incremento del número de clientes que están siendo tratados a consecuencia del incremento general de la población humana.

Zane receló. ¿Por qué las noticias estaban tan directamente relacionadas con su radio de acción?

El mayordomo volvió a aparecer y colocó un vaso de vino rojo ante él.

—El hechizo está incluido en la fórmula, señor.

—¿Por qué las noticias están tan relacionadas con mis intereses? —le preguntó Zane—. No puede ser una coincidencia.

—Esto es el Purgatorio, señor. No hay coincidencias. Todas las noticias se refieren a quien las escucha.

—¿El Purgatorio? Creía que era el conjunto de edificios que está al otro lado del camino.

—Abarca toda la zona, señor. El edificio mayor es sólo el Centro de Administración y Pruebas. Todos quienes estamos en la zona intangible del Purgatorio somos almas perdidas.

—Pero yo estoy aquí, y ni siquiera estoy muerto.

—No, señor. Ustedes cinco no lo están técnicamente. El resto de nosotros sí.

—¿Qué cinco?

—Las Encarnaciones, señor.

—Oh, quiere decir Muerte, Tiempo, Destino...

—Guerra y Naturaleza, señor —terminó el mayordomo—. Ésos son los residentes vivos de la Eternidad. Todos los demás estamos muertos, excepto, por supuesto, los Eternos.

—¿Los Eternos?

—Dios y Satán, señor. Ellos no están sujetos a las normas ordinarias.

Zane tomó un trago de vino. Era excelente, y lo animó.

—¿También está usted muerto?

—Sí, señor. Fui recogido por el que ocupaba su cargo antes de aquel a quien usted sucedió. Estoy sirviendo aquí desde hace sesenta y dos años terrestres.

—Así que ha visto a la Muerte llegar y partir, cada treinta años más o menos. ¿No es eso deprimente para usted?

—Es, sin duda, mejor que el Infierno, señor.

Ahí estaba la raíz de aquello. Cualquier cosa era mejor que el Infierno.

—Quizá podría presentarme al resto del personal. Supongo que una mansión como ésta debe de contar con varios empleados.

—Así es, señor. ¿A quién prefiere ver primero?

Librodot

—¿Quién se encuentra aquí?

—El jardinero, el cocinero, las doncellas, la concubina...

—¿La qué?

—Los seres vivos tienen necesidades, señor —le recordó el mayordomo con delicadeza.

—Y esas necesidades, ¿han de satisfacérsele a la Muerte?

—Indudablemente, señor.

Zane movió su cabeza, asqueado. Acabó su bebida.

—He cambiado de opinión. Me reuniré con el personal en otro momento. Estoy seguro de que se me están acumulando clientes en la Tierra.

—Es posible, señor —asintió el mayordomo, mientras Zane se ponía de pie y se apresuraba a recoger el equipo de su oficio.

Momentos después, estaba de nuevo uniformado y salía al exterior.

Mortis lo esperaba, anticipándose a la necesidad de su amo. Lo montó, y descubrió que las cuatro cartas aún estaban en su mano. Las había mantenido inconscientemente agarradas desde que fue puesto a prueba por el mayordomo.

—Tengo que leerlas —murmuró.

Se encontró de nuevo en el cochemuerte. No, era un pequeño aeroplano, con piloto automático en funcionamiento. Las peculiaridades de su corcel aún se detectaban en el aparato.

Zane abrió la primera carta. Querida Muerte, decía. ¿Por qué tenías que llevarte a mi madre? Creo que eres mala. Con cariño. Y estaba firmada por Rosa.

Zane la analizó. Era obvio que procedía de una niña. Probablemente, la Muerte no había intervenido en aquel servicio de forma personal. No era de extrañar que la madre de la chica hubiera estado en situación que le permitiera orientarse y encontrar sin ayuda su camino al Cielo o al Infierno. Pero, ¿cómo iba a saberlo la niña? Quizás él podría explicárselo. ¿Contestando a su carta? ¿Tenía la

Muerte correspondencia con los niños? Evidentemente, no en el pasado.

Bien, ¿por qué no? Si la carta de Rosa había llegado hasta él, la suya podría llegar a ella. Pero, ¿qué diferencia supondría para la niña? Su madre continuaría muerta.

¿Quién era más merecedor de una respuesta que un niño huérfano? Zane decidió contestar. Averiguaría dónde había ido su madre, esperando que el lugar fuese el Cielo (esto parecía lo adecuado, porque evidentemente había amor entre ellas), y la informaría. Quizá podría mandarle un mensaje de su madre.

Abrió la carta siguiente:

Querida Muerte: La pasada noche sorprendía mi viejo macho cabrío engañándome otra vez Quiero que se lo lleve mañana para que yo pueda cobrar el seguro. Sinceramente. Esposa Ultrajada. Posdata: Tome precauciones, pega.

No necesitaba contestarla. ¡No le importaba en absoluto que el viejo macho cabrío la engañara!

Una luz empezó a destellar en el panel de control del muerteplano, haciendo que se destacara una palabra concreta: RELOJ.

Alertado, Zane miró su reloj. Permanecía parado.

—Gracias por recordármelo, Mortis —dijo, activando el cronómetro.

Puso las cartas en la guantera. Tenía clientes a quienes atender.

La Muerte viajó a través de todo el mundo, recogiendo almas, y consiguió poner al corriente su programación. En su camino encontró otra odiosa serie de carteles publicitarios de Fuegodelinfierno. EL INVIERNO ES FRÍO LA VIDA ES CORTA; VAYA DONDE REALMENTE HACE CALOR.

Cuando disponía de tiempo, Zane contestaba las cartas que le dirigían, explicando a Rosa que su madre había tenido una enfermedad incurable que le producía grandes sufrimientos, hasta que finalmente había sido preferible enviarla al Cielo, donde no existía el dolor. Había consultado los archivos del Purgatorio, y sabía que era verdad. La madre de la niña había sido una mujer buena. De todas formas, no pudo conseguir ninguna información sobre ella en el Cielo; al parecer, los que iban allí perdían todo interés por las cosas de la Tierra. Contestó otras cartas en la forma adecuada, tratando de mantener un tono amable. Se preguntó por qué se molestaba en algunos casos, y sacó en conclusión de que era lo que debía hacer. El hecho de que la muerte fuera tan importante para la mayoría de las personas hacía cualquier consuelo digno de consideración.

El trabajo de recogida y manejo de las almas le era más fácil a medida que iba adquiriendo experiencia, pero aún existían aspectos que no le gustaban. ¡La gente moría por razones tan tontas...! Un hombre se hizo una taza de café mientras su mujer estaba ausente, y usó un raticida en lugar de azúcar; era medio ciego y bastante olvidadizo, e ignoraba la distribución de la cocina, pero aquello fue una estupidez evitable. ¡Al menos debería haberse dado cuenta por el sabor! Un niño cogió la colección de maldiciones de su madre, las invocó todas a las vez y murió antes de que sus gritos fueran oídos. Si tan sólo esas maldiciones hubiesen estado guardadas en un lugar seguro, provisto de una cerradura segura... Una quinceañera montó en una escoba de bruja robada para divertirse; naturalmente, la palanca de mando se estropeó... y ella cayó desde una altura de quinientos metros. Un joven, buscando impresionar a su novia, participó en una justa con un dragón de aliento de fuego del zoológico y quedó frito. Una anciana que iba al mercado en su coche, torció a la izquierda sin

pensar y chocó contra un camión que transportaba cemento. Cinco almas, tres condenadas al Infierno... cuando todas podían haber ido al Cielo en una fecha posterior, si hubiesen vivido con más cuidado y tratado de hacer el bien. Y aquellos eran sólo una parte del total, la pequeña fracción que estaba tan próxima al equilibrio que requería la atención personal de la Muerte. ¿Qué pasaba con la gran mayoría de los que iban a la Eternidad por sí mismos, requiriendo sólo la aprobación tácita de la Muerte? ¿Cuántos de ellos habían descuidado su salvación hasta que fue demasiado tarde y sufrieron el temprano fallecimiento que habrían podido evitar? ¿Era la humanidad una aturdida especie sin esperanza?

Con curiosidad morbosa, Zane solicitó un informe computerizado del Purgatorio y lo comprobó. Ahora tenía las estadísticas exactas, y éstas confirmaban sus sospechas. Millones de personas morían del corazón y de complicaciones circulatorias que podían haber sido superadas mediante una sencilla dieta y un poco de ejercicio. Millones morían de cáncer porque éste no era detectado ni diagnosticado hasta que era demasiado tarde y se negaban a prescindir de sus costumbres cancerígenas, como fumar, aunque resultasen fatal para ellos. Un gran número se perdían por causas traumáticas: accidentes de coche, accidentes de alfombras, caídas, armas de fuego. Y era horrible la cantidad de gente que recibía un tiro de sus propias pistolas, o era asesinada por sus propios demonios interiores.

¿Qué podía hacer él, la Muerte, respecto a esto? Carecía del enorme presupuesto para publicidad que tenía Satán y dudaba de que la gente cambiara mucho, aunque se le advirtiese con claridad. Cuando él fue llamado, el deterioro había progresado tanto, en la mayor parte de los casos, que era casi imposible de superar. La gente necesitaba reorganizar sus vidas desde el principio, y sabía que muy poca lo haría voluntariamente. Eran conscientes de que su estilo de vida, en el mejor de los casos, era estúpido, y en el peor, suicida; pero continuaban sin cambiar. Exactamente como él hizo, hasta que vio la cara de la Muerte.

Si eso era lo que se proponía Satán, evidentemente lo estaba consiguiendo. Por supuesto, Satán mantenía una campaña de publicidad constante, con periódicos anuncios en televisión diciendo a la gente: ¡QUÉMESE!, y haciendo la grotesca promesa: ¡EL INFIERNO HACE HOMBRES!, además de ofrecer planes de grupo para familias. De acuerdo con el Convenio, ninguno de los Eternos podía interferir en los asuntos de los vivos, pero Dios era el único que lo cumplía. ¿Qué ventajas tenía un pacto de no interferencia si una de las partes lo violaba libremente?

Zane no conocía la respuesta, pero se daba cuenta de que había que hacer algo. Quizá, se reconvino, si un hombre más competente hubiera ocupado su cargo podría haber conseguido cosas realmente positivas. Pero mientras que el oficio de Muerte se transmitiera casi por azar, existiría el riesgo de que lo desempeñara un mediocre, como en su caso. ¿Qué se podía esperar de alguien que tenía que asesinar a su predecesor para obtener su puesto? Él, Zane, debía de ser un típico miembro

de esa raza. No cabía esperar que su sucesor fuese mejor. Si había que hacer algo bueno, tendría que hacerlo él, aunque tuviera grandes limitaciones.

Extrañamente, esta conclusión le dio una nueva fuerza. Era probable que fallara, pero al menos lo intentaría. No sabía qué podría hacer, qué tendría que hacer, ni qué debería hacer, pero esperaba actuar de forma acertada cuando se presentara la ocasión.

Levantó la mirada. Había aparcado en un lugar situado en la zona norte, para descansar un poco entre dos casos, donde la nieve cubría el suelo. Vio otro omnipresente cartel publicitario de Satán: ¡HOLA!( ) ¡AQU! SE ESTÁ CALENTITO! FIRME PRONTO PARA RECIBIR UN TRATO PREFERENTE. El Cuadro mostraba a una lasciva mujer demonio en una cama medio abierta, haciendo una señal de llamada con el dedo de en medio. En una esquina, la minúscula hembra demonio sujetaba al macho demonio para impedirle que trepara a la cama.

Zane estuvo tentado de derribar la valla conduciendo el cochemuerte contra ella, pero recapacitó. Aquél era un cosmos libre. Satán tenían derecho a anunciar. La gente decente tenía que permitir que la gente indecente hiciera sus cosas; era la paradoja de la decencia. ¿Era justo?

Continuó su rutina. Varios casos resultaron ser opcionales, así que pudo organizarse para espaciarlos. Aún no sabía si era correcto, de acuerdo con las reglas del trabajo, pero el informativo de televisión del Purgatorio sólo mencionaba estos casos como cotillees rutinarios, con la actitud de quien dice: «veamos lo que el chico malo ha hecho esta vez»; por tanto, decidió que, mientras que se considerase de esa forma, era de hecho una de sus prerrogativas: recoger o no recoger en un momento dado. Era posible que un alma que hubiese ido al Cielo, tomada de acuerdo con el programa, podría degenerar e ir al Infierno si éste se retrasaba. Pero Zane pensaba que solía suceder todo lo contrario. ¿Qué persona, enfrentada al espectro de la Muerte, no procuraría corregir sus errores en el tiempo prorrogado? Cualquiera que fuera tan estúpido como para ignorar esa clase de aviso, que le evitaría descender al Infierno, merecía su destino.

Pero aún las dudas que subyacían en él se agudizaban por los casos que se apartaban de la rutina de su trabajo. Ahora se trataba de un chico de unos quince años, víctima de una extraña modalidad de cáncer. Estaba descansando cómodamente en su casa; en gran parte, gracias a la fuerte medicación y a un hechizo de optimismo. Levantó la vista cuando entró Zane.

—Nunca le he visto antes, pero me resulta familiar —dijo el muchacho—. ¿Es usted médico?

—No exactamente —contestó Zane, dándose cuenta de que el chico no reconocía su naturaleza. Dudó sobre si debía informarle.

—Entonces, ¿es un psicólogo que viene a tratar de animarme?

—No, una persona que viene para llevarte a hacer un viaje.

—¡Oh, un chófer! Pero no me siento con fuerza para que me lleven alrededor del parque otra vez.

—Es un viaje más largo.

—¿Podría sentarse un ratito para hablar? Estoy solo.

El chico se pasó los dedos por su alborotado pelo rubio, como si quitase la soledad de su cabeza.

Zane se sentó en el borde de la cama. Su reloj indicaba que quedaban quince segundos en la cuenta atrás; lo detuvo allí. ¿Aquel muchacho se estaba muriendo y nadie podía quedarse a hacerle compañía? Probablemente debido a

que su familia y sus amigos sabían lo que la víctima ignoraba. Ésa era una de las irónicas crueldades de la situación.

—Hablaré contigo —dijo.

El chico sonrió rápidamente, agradecido.

—¡Oh, estoy tan contento! Usted será mi amigo, lo sé. —Extendió su mano con dificultad, porque estaba débil y se necesita fuerza para sostener la mano horizontalmente—. ¿Cómo está? Me llamo Tad.

Zane tomó con cuidado la mano del chico.

—Encantado de conocerte Tad, soy...

Se detuvo. El muchacho no sabía que iba a morir. ¿Qué ventaja sacaría de saberlo ahora? Pero ocultar la información era mentir. Una mentira por omisión no dejaba de ser una mentira. ¿Qué debía hacer?

Tad sonrió.

—¿Ha olvidado lo que iba a decir? ¿O ha venido a dispararme y tiene miedo de que grite?

—A dispararte no —dijo Zane rápidamente.

—Entonces, déjeme averiguarlo. Usted es un cobrador de facturas. Mi padre dirige ese departamento. Supongo que estos hechizos de felicidad le están costando un riñón, pero no creo que valga la pena, puesto que aún estoy bastante deprimido. Creo que debería usarlos él, porque parece un poco cansado estos días; quizá debido al coste de mi medicación y demás necesidades. Me siento culpable por eso; y algunas veces, como ahora, deseo que esto termine para dejar de serle tan gravoso.

La cosa estaba saliendo... Pero Zane sabía que no iba a hacer feliz al padre del chico.

—No soy un cobrador de facturas —dijo—. Aunque supongo que mi trabajo tiene un cierto parecido.

—Entonces, quizá sea un vendedor de un producto que yo puedo usar. Por ejemplo, un nuevo programa de ordenador casero que me mantendrá pendiente de la pantalla cuarenta y ocho horas seguidas.

—Mucho más tiempo —susurró Zane, sintiéndose incómodo.

—¡Uf!, no me interesa. He jugado a esos juegos hasta que

no he podido soportar ni uno más. Y a los mágicos también. He conjurado a más animales mitológicos inofensivos de los que imaginaba que existieran. Hay un elefante rosa debajo de mi cama precisamente ahora. ¿Lo ve? —Levantó un poco la colcha de la cama y Zane vio la trompa rosa de un elefante—. Lo que realmente quiero es salir al sol y al aire para correr, y sentir las hojas secas crujir bajo mis pies. ¡Llevo tanto tiempo en esta cama!

Era evidente que el chico estaba demasiado débil para correr. Aunque Zane lo sacase vivo del edificio, no podría hacerlo. ¿Hasta qué punto conocía Tad su situación?

—¿Qué enfermedad tienes? —le preguntó Zane.

—Es algo en la columna. Duele, así que invocan un hechizo local antidolor y me ponen inyecciones en la espina dorsal; pero entonces mis piernas se adormecen y no puedo andar. Me gustaría que consiguieran arreglarlo; estoy perdiendo muchas clases, y no quiero repetir el curso. Tengo un promedio de notable. Todos mis amigos pasarán de curso, ¿sabe?, y yo pareceré un poco tonto.

Así que le habían dicho que podría mejorar. Zane se dio cuenta de que se estaba enfadando. ¿Qué derecho tenían a engañarlo así?

—¿Qué le pasa? —preguntó Tad.

Zane tenía que tomar una decisión sin demora. ¿Debía decirle la verdad... o seguir con la mentira? Si evitaba contestar, de hecho mentiría por omisión.

—¡Estoy entre la espada y la pared! —admitió.

—Pues tenga cuidado al respirar —le advirtió el chico.

Zane sonrió. ¡Fíate de un joven que hace juegos de palabras con tu apuro!

—Estaría mejor cabalgando sobre mi caballo.

—¿Tiene un caballo? Yo siempre he querido tener uno. ¿De qué raza?

—No sé cuál es su raza. No soy experto en esa clase de cosas. Lo heredé. Es un semental grande y pálido, muy fuerte, y puede volar.

—¿Cómo se llama?

—Mortis.

—¿Un morgan? Ésa es una buena raza.

—Mortis.

—¿Morris?

—Mortis, con T. Es un...

Tad no era estúpido.

—Mortis significa muerte( ) —dijo—. Tuve muy buena nota en latín.

Zane sintió una sensación angustiosa. Había dicho más de lo que se había propuesto, a causa de no saber latín.

—Es un caballomuerte.

—Pero ningún hombre vivo puede cabalgar en un caballomuerte.

—A menos que lo permita el caballo —dijo Zane, sabiendo lo que seguiría.

¿Por qué no tenía el valor de exponer su misión con honestidad?

El muchacho volvió su cabeza para mirar a Zane.

—¡Esa túnica! —dijo—. ¡Esa capucha negra! ¡Su cara, ahora que la veo con más claridad, sólo es una calavera!

—Eso parece. Pero soy un hombre. Un hombre que desempeña un oficio.

—Usted debe de ser... —Tad respiró profundamente—. No volveré al colegio, ¿verdad?

—Lo siento. Yo no soy quien te ha elegido.

—Creo que lo presentía. Nunca creí del todo a esos médicos. Las drogas y los hechizos hacían que me sintiera mejor, pero en la profundidad de mis sueños gritaba. Estaría gritando ahora, pero me llenaron de optimismo mágico y no puedo sentirme deprimido en absoluto. Usted no parece muy malo. Al menos se ha quedado aquí hablando conmigo.

—Lo soy a medias —dijo Zane—. Al cincuenta por ciento. Pero tú... —Hizo una pausa—. ¿Tienes algún pecado grave en tu conciencia?

—Bueno, robé un yo-yó en una tienda una vez.

—Eso es un mal menor. Me refiero a algo como un asesinato.

—Le deseé la muerte a mi tía, cuando me castigó por decir palabrotas.

—Los deseos también son menores, a menos que luego se intente llevarlos a la práctica. ¿Has intentado matarla?

Tad se horrorizó.

—¡Nunca! ¡Ni siquiera se me ocurriría hacer una cosa así! —Sonrió tristemente—. Bueno, creo que pensé en ello, pero sabía que no deseaba hacerlo.

—Quizá dijiste una mentira terrible que puso a alguien en graves problemas o causó una muerte. Tiene que ser algo muy malo, algún gran pecado sobre tu conciencia, como te dije. Algo que sepas que es completamente malo.

El muchacho meditó.

—Creo que, en realidad, estoy bastante limpio. Siento no tener nada mejor que ofrecer.

Había algo que no encajaba allí. Zane sacó las dos gemas de análisis.

—Esto no te hará daño —dijo, en tono tranquilizador.

—Es lo que dicen todas las enfermeras antes de poner una inyección.

—No, de verdad. Es indoloro. Sólo estoy midiendo el mal que hay en ti.

La piedra amarilla brilló cuando Zane la pasó cerca del chico, mientras que la marrón oscureció débilmente.

—Tú eres bueno en un noventa por ciento —afirmó Zane, sorprendido.

—Le dije que no encontraría gran cosa.

—Pero yo sólo intervengo personalmente en caso de equilibrio, con las almas que no pueden liberarse por sí mismas. Ha habido un error.

—¿Significa eso que no voy a morir?

Zane le miró.

—No lo sé, pero dudo de que ésa sea la naturaleza del error. Creo que estabas destinado a morir solo, y de alguna forma se cruzó un cable y fui convocado. El Purgatorio tiene poco personal en estos momentos; pueden producirse equivocaciones. Siento haberme entrometido. Incluso no era necesario que supieras lo que te esperaba... hasta que ocurriera.

—¡Oh, no! Puede que estuviera artificialmente contento, pero solo. Me alegro de que haya venido. Ha sido una buena casualidad. Si tengo que irme, me gustaría hacerlo en compañía. ¿Podría cabalgar en su hermoso caballo?

Zane sonrió.

—Podrás, sin duda, Tad.

—Entonces, creo que estoy dispuesto.

Zane pulsó el botón de su reloj, y la suspendida cuenta atrás se reanudó. Quince segundos después, el muchacho se agitó a causa de un súbito espasmo, y Zane recogió su alma para que no sufriera más que el momentáneo dolor.

Llevó el alma al lugar donde esperaba el caballo. Zane había llegado en el coche, pero Mortis se había anticipado a sus necesidades. Montó, sosteniendo el alma ante sí. El semental se elevó en el cielo nocturno.

En el punto más alto del arco descrito por Mortis, Zane liberó el alma, que continuó flotando hacia el Cielo mientras el caballo descendía de nuevo a la Tierra.

—Adiós, Tad —susurró—. Vas a un sitio mejor que el que has dejado.

Desenrolló el resto de almas recogidas, clasificó la mayor parte de ellas y entregó las que quedaron en el Purgatorio. Tras esto, se dirigió a la mansión de la Muerte para comer y dormir un rato. La campanilla producía ahora una suave música clásica, y la casa olía a lilas. Podía distribuir muerte, pero estaba vivo y tenía que cuidarse.

Se sentía preocupado por el caso de Tad, incluso después de que hubiera concluido. ¿Había hecho lo correcto hablando con el muchacho mientras otros clientes le esperaban, diciéndole la verdad que los demás le habían ocultado? ¿Sería una mala nota más en su expediente que el noticiario de televisión comentaría en tono irónico? Parecía que la Muerte se estaba convirtiendo en

el hazmerreír del Purgatorio a causa de sus procedimientos erráticos. Esta vez no encendió el televisor.

El personal de la casamuerte le parecía vivo y sólido, aunque sabía que él era la única persona viva allí. No estaba seguro de si el cargo de Muerte lo facultaba para animar a los muertos, o si éstos estaban hechizados para aparentar más presencia física de la que tenían en realidad. De cualquier forma, cuando estrechaba la mano de un espíritu, allí, en el Purgatorio, la mano era sólida y cálida. Pero la conciencia de que aquellas personas no pertenecían a su mundo no le abandonaba. Estaban muertas y él vivo. No se sentía cómodo en el Purgatorio.

Entonces recordó a la hija del Mago, Luna, Luna Kaftan. Había acordado verse con ella, y su padre había insistido para que la cuidase. Sentía curiosidad. El recuerdo de su fugaz relación con Angélica, la mujer con quien debía haber tenido un romance y había cambiado por la piedra de la fortuna, se había desvanecido, dejando que destacara la imagen de Luna. Estaba enormemente atractiva después de arreglarse. ¿Por qué no conocerla mejor? Ella, al menos, estaba viva.

Condujo el cochemuerte a la casa de Luna. Pero cuando llegó a Kilvarough, lo invadió la confusión. ¿Era adecuado involucrar el cargo de Muerte en un asunto personal? De hecho, ¿no intentaba ver a Luna como asunto personal y no como asunto de la Muerte? Decidió presentarse de incógnito, como Zane.

Se quitó la túnica, los guantes y los zapatos. Y esto lo dejó físicamente vulnerable, pero más seguro socialmente. Había muchos motivos para el anonimato.

Llamó al timbre. Se le ocurrió, demasiado tarde, que podría no estar en casa. No habían fijado una fecha concreta; de hecho, él no sabía con certeza el día que era. Una mirada a su reloj podía decírselo, por supuesto. Lo que le pasaba era que había permanecido ajeno a las cosas del mundo de los vivos durante los últimos tiempos.

Pasado un momento, ella respondió. Llevaba una bata de casa amarilla y el pelo recogido en una redecilla. No estaba hermosa ni desprovista de atractivo, sino indeterminada; en la situación intermedia que, aparentemente, era el estado neutro de la hembra. Era evidente que la tristeza había intervenido; parecía más delgada, su rostro mostraba algunas leves arrugas y marcadas ojeras. No tuvo necesidad de preguntarle qué había estado haciendo desde que se conocieron; había permanecido en casa, sufriendo.

Luna lo miró con gesto interrogativo, y él se dio cuenta de lo extraño que debía parecer en mangas de camisa, pantalones, y descalzo.

—Me llamo Zane —dijo—. Me gustaría pasar esta tarde con usted.

Ahora, su mirada era taladrante. No lo reconocía.

—Creo que se ha equivocado de dirección, forastero. ¿Cómo consiguió que los grifos le dejaran pasar?

—Estoy en la dirección correcta, pero quizá con la indumentaria equivocada. Usted me conoció vestido de Muerte. Los grifos me dejaron paso libre cuando me reconocieron por el olor. Tenemos una cita.

Ella lo revaluó rápidamente.

—Entonces entre —dijo y abrió la puerta del todo.

Zane dio un paso hacia el interior... y algo como una pesada zarpa cayó sobre su hombro izquierdo. Giró el cuello para mirar a su atacante, pero no había nada. Su nariz captó un intenso y musgoso olor de algo animal, insectoide.

—Mi guardián invisible —explicó Luna—. Una mariposa lunar entrenada. Si tiene alguna intención de robar esta casa...

Zane sonrió con cierta dificultad.

—Debería haber sabido que no estaría indefensa. Pero soy quien dije que soy. Puedo invocar a mi corcelmuerte y ponerme mi túnica si es necesario; tras eso, creo que su monstruo invisible no me encontrará fácil de manejar. Pero las palabras deben bastar. La semana pasada vine a recoger a su padre, Kaftan el Mago, y me dijo que podría entablar relaciones con usted si hablaba con él un rato. La vi desnuda, y luego elegantemente vestida. Después de que tomara su alma, usted me ofreció...

—Suéltalo —murmuró Luna, y la presión desapareció del hombro de Zane.

Para él fue un alivio porque el agarro había ido incrementando su fuerza dolorosamente.

—Gracias —dijo—. No tenía que ser hoy. He venido porque me resultaba conveniente; siento no haber pensado en su propia conveniencia. Olvidé su pena.

—Hoy está bien —dijo ella, en tono cortante—. No me gusta estar sola en estos momentos. Deje que me cambie de ropa y me ponga la piedra anuladora de la pena...

—¡No, por favor! —exclamó Zane—. Prefiero conocerla tal como es. No es malo sufrir, estoy seguro que su padre lo merecía. La supresión artificial de un sentimiento natural... No quiero eso.

Ella lo estudió, con la cabeza ligeramente inclinada.

—¿No desea ser impresionado?

—Usted me impresiona como es. Humana.

Ella sonrió, y su belleza destelló en el gesto.

—Imagino lo que eso significa, y me halaga. Es casi tan bueno como un hechizo. ¿Qué le gustaría hacer, Zane?

—Lo justo para cumplir el deseo de su padre: hablar con usted para conocerla. Estuvo muy insistente en el Purgatorio cuando...

—¿En el Purgatorio?

—Está tratando de calcular el saldo de su alma allí. Será una tarea tediosa.

—Es bueno en el desempeño de tareas tediosas —dijo ella, encogiéndose de hombros—. ¿No sufre?

—Nada.

—Entonces puedo olvidarme de él por un rato. ¿Qué me estaba diciendo?

—Que he venido sólo para que hablemos. No... no creo que vaya a llegar más lejos con usted.

—¿Por qué no? —preguntó ella, arrugando el entrecejo.

—Oh, no es que usted carezca de atractivo. Ya me lo ha demostrado. Es que... yo no...

—Atractivo —murmuró misteriosamente, sin sentirse halagada esta vez—. Se refiere a mi cuerpo, por supuesto, no a mi mente ni a mi alma.

—Sí —dijo, sintiéndose violento—. No conozco su mente, aunque sé que una gran parte del mal que hay en su alma no es suya en realidad. Pero no me refería a eso. Sé que puede ponerse tan bella como quiera. No obstante, incluso si fuera fea, usted es... usted es alguien, y yo nadie, así que...

Ella se echó a reír.

—¿La Muerte me dice eso?

—La Muerte es el cargo. Yo sólo soy el hombre al que le ha tocado desempeñarlo. No me creo merecedor de él, pero estoy intentando actuar lo mejor posible. Quizá con el tiempo llegue a ser una buena Muerte, y deje de cometer errores.

—¿Errores? —preguntó ella—. Siéntese, Zane. —Lo cogió del brazo, lo condujo al sofá, y se sentó junto a él, en ángulo, de modo que su rodilla derecha tocaba la izquierda de él—. ¿Comete errores?

—A usted no le gustaría oír hablar de ese tipo de cosas —objetó Zane, aunque él sí quería hablar de ellas.

—Escúcheme —dijo Luna, con seriedad—. Mi padre lo eligió para ese cargo. A usted puede parecerle que fue una equivocación, pero...

—¡Oh, yo no he tratado de criticar a su padre! Quería decir...

—Él creía que usted era la persona adecuada. No sé exactamente por qué, pero tengo confianza en su juicio. Debe de tener alguna cualidad que le hace ser el mejor para el puesto. Así que no cuestione su capacidad.

—Su padre me escogió para Muerte y... para usted —dijo Zane—. No veo sabiduría en ninguna de las elecciones.

Ella se quitó la redecilla y empezó a arreglarse su maravillosa cabellera castaña.

—Yo tampoco la veo —admitió sonriendo—. Lo que sólo significa que me queda mucho por descubrir. Mi padre siempre, siempre, obraba con sentido, y nunca me maltrató en forma alguna. ¡Era un gran hombre! Así que intentaré descifrar el significado de su voluntad. Usted me ha

mostrado una pequeña parte de su mente, y yo le mostraré otra pequeña parte de la mía. Después, quizás ambos entendamos por qué mi padre quiso relacionarnos.

—Supongo que tenía alguna razón —dijo Zane.

No iba a poner dificultades respecto a incrementar su conocimiento sobre aquella chica cada vez más adorable, cuya belleza empezó a aumentar desde el momento en que ella se lo propuso... pero no le gustaba pensar que lo aceptaba sólo porque le habían ordenado que lo hiciera.

—Después de todo era un Mago —admitió, tras una pausa.

—Sí.

Ella no intentó probar lo obvio, y ahora Zane se sentía estúpido. Aquélla era una extraña cita y le costaba trabajo comportarse con naturalidad.

—Comprendo la razón por la que un hombre como yo se sentiría interesado por una mujer como usted, pero no la que tuvo un hombre como él para desearlo... Quiero decir que usted debe de estar destinada a cosas mejores, y él debía desear esas cosas para usted.

—Es posible —asintió ella, desplegando su brillante cabellera.

Aquello no servía de ayuda. Luna, además de ser hermosa de nuevo, estaba ganando aplomo y su mirada arrogancia.

—Bien —empezó Zane—. Voy a hablarle sobre los errores. Por ejemplo, en uno de mis últimos casos en el oficio de Muerte, un quinceañero... Nadie le había dicho que iba a morir. Pero él lo supo cuando me reconoció. No sé si lo correcto hubiera sido mentirle, como ellos hicieron, o decirle la verdad, como al final hice yo. Creo que ambos caminos eran equivocados, así que cometí un error.

—¿Considera que una indecisión es un error?

—No sé. Supongo que sí. ¿Cómo se puede obrar correctamente si no se sabe qué es lo correcto?

—¡Un punto para usted! —exclamó ella, haciendo un mohín—. Supongo que sólo se aprende a través de la experiencia, confiando en no causar demasiado daño durante el proceso.

—En realidad, nunca me había parado a pensar en lo que significa la muerte —dijo él, confuso—. Ahora que estoy involucrado en ella, su fuerza ha crecido mucho, casi hasta hacerse insoportable. La muerte no es algo secundario.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Luna, con amabilidad. Sus ojos parecían de nácar.

—Sé que toda criatura viva tiene que morir inevitablemente; de lo contrario, el mundo estaría superpoblado en extremo. Incluso desde el punto del individuo, la muerte es necesaria. ¿Quién desearía de verdad vivir para siempre sobre la Tierra? La vida se convertiría en un juego monótono y rancio, y los placeres que ofrece llegarían a aburrir por su nimiedad. Sólo un necio la soportaría sin inquietud. Pero yo no sólo me ocupo de quienes han seguido el curso normal de sus vidas y han de

Librodot

terminarla a avanzada edad. Estoy hablando de personas que no están preparadas para morir, cuyas almas he de recoger antes de tiempo. No han vivido su vida completa, sus papeles no han sido interpretados. Sus hilos han sido cortados muy pronto sin culpa por su parte.

—¿Sin culpa? —Ella lo estaba dirigiendo mediante preguntas, pero no le importaba.

—Piense en mis últimos clientes. Uno era un niño de siete años. Estaba comiendo en la cafetería de su colegio, se estropeó una válvula y causó la explosión de un calentador de agua. Ésta hizo que el techo se desplomase, y cinco niños y un maestro murieron. Mi cliente tenía un entorno familiar difícil, y por eso su alma estaba equilibrada entre el bien y el mal... Pero podría haber tenido toda una vida para situar su alma en mejor posición. El loco azar le arrebató esa vida. Los otros cinco que murieron no necesitaron mi atención personal. Quizá todos ellos fueron directamente al Cielo. Eso espero. Pero, de todas formas, fue bastante desfavorable para ellos, que podrían haber ido al Cielo sesenta años después, tras tener sus oportunidades en la Tierra. El mundo podría haberse beneficiado con sus vidas; ciertamente, merecían sus oportunidades. ¿Qué significado ha de otorgársele a una catástrofe semejante?

—El Destino debe de saberlo —dijo Luna.

—Y hubo una alfombra voladora gigante que despegó de Washington con setenta y siete personas. Se formó hielo en su parte delantera que interfirió en su hechizo de levitación, rozó con un puente y se estrelló contra el río Potomac, muriendo el noventa por ciento de los pasajeros. Yo estaba allí para recoger a un cliente y lo vi. Fue un accidente estúpido. El hechizo de descongelación más simple lo hubiese evitado.

—Creía que en invierno las grandes alfombras llevaban siempre descongelante.

—Así es. Pero usaron uno débil esa vez, el hielo volvió a formarse con más rapidez de lo que esperaban, y nadie se preocupó de vigilar. Todas esas personas inocentes muertas... Y me pregunto ¿por qué?, ¿por qué? Si tuviera algún sentido, quizá podría aceptarlo. ¡Pero fue por pura casualidad! Todas esas personas sometidas a la indignidad de un final sin sentido, sus familias entristecidas... No sé si podré continuar tomando parte en eso.

—Intentaré justificarlo —dijo Luna—. Mi padre creía que había una razón para la muerte, por muy absurda que ésta pareciera. Decía que siempre actuaba con racionalidad, si éramos capaces de captarlo.

—¿Qué racionalidad puede haber para un niño muerto por una explosión, o para familias destruidas en un accidente de alfombra? —preguntó él, con amargura—. ¿Es posible que Dios tenga relación con eso?

—No sé. Mi padre tenía la idea de un universo en donde el Cielo, el Purgatorio y el Infierno eran aspectos necesarios de una sola función. Él podría haber creído en la existencia de una razón

específica para cada muerte anticipada, y que el Destino había actuado para que cada una de las personas subiera a la alfombra a que se ha referido.

—¿Usted también lo cree?

—Mi alma está cargada de mal, y mi fe es débil. Además, no tengo la información que tenía mi padre.

—Usted es mortal, como yo —dijo Zane—. Y no le han sido otorgadas las respuestas exactas.

—Es cierto. Pero sigo pensando que podemos encontrar racionalidad, si lo intentamos. ¿Cómo consiguió exactamente el cargo de Muerte?

—Le disparé a mi predecesor —admitió—. Iba a suicidarme porque me habían quitado a una chica. Una chica como usted, hermosa, rica y leal... Pero cuando vi a la Muerte, la maté a ella en lugar de matarme yo. Luego vino el Destino y me dijo que tenía que ser la nueva Muerte. Eso fue todo.

—Una chica como yo —dijo Luna.

Había continuado arreglándose y su encanto aumentando, aproximándose al atractivo físico que había tenido en su encuentro anterior.

—Sí, no sólo bonita sino también pura.

—¡Qué poco conoce a las mujeres! —exclamó ella, riendo con cierta ironía.

Zane se encogió de hombros.

—He conocido a mujeres normales. Pero...

—La Muerte fue a buscarle en persona —le cortó ella, con volubilidad femenina—. Eso significa que usted era medio malo.

—Sí, nunca proclamé...

—Si pasara sus gemas de definición cerca de mí, me encontraría en un estado similar. Mi aspecto exterior es lo mejor que la naturaleza y la magia de la cosmética pueden conseguir; mi personalidad interior es sospechosa. No me ponga en un pedestal, Zane. Puedo competir con usted en maldad.

—Oh, estoy seguro...

—No, no lo está. Pero tendrá que descubrirlo. Eso podría consolidar lo que mi padre tenía en mente, fuera lo que fuese. —Se levantó y atravesó la habitación, ágil y resuelta. Su bata de casa daba la impresión de haber cambiado a la vez que su actitud, y ahora parecía un vestido. Aunque tuviera magia, no todo era magia—. Venga a la cámara de piedra.

Zane la siguió, imaginándose una especie de cripta excavada en la roca, pero la cámara era en realidad una iluminadísima habitación recubierta de paneles de madera, llena de estanterías y vitrinas que guardaban una gran cantidad de pequeñas piedras, colocadas como en un museo.

—¿Son mágicas? —preguntó extrañado.

—Lo son. Éste era el negocio de mi padre: las piedras encantadas. Parte de la magia más complicada del mundo está concentrada aquí. Las piedras que usted utiliza para analizar almas deben de haber sido elaboradas por mi padre, ya que él era una de las quizá cuatro únicas personas vivas capaces de tal precisión de magia. Es probable que supiera más de usted de lo que sabe usted mismo. Ésa es la razón por la cual necesitamos llegar al fondo del asunto. Confieso que no estoy entusiasmada ante la perspectiva de una relación con usted, y sé que su interés podría haberse fijado en cualquier otra parte, pero mi padre nos escogió a ambos por razones que estamos obligados a descubrir antes de separarnos. No podemos permitirnos correr el riesgo de rechazar lo que él estableció sin comprender primero las razones de que lo hiciera. Si descubrimos que es necesaria una relación continuada, podremos apretar los dientes y utilizar la piedra del amor para que lo facilite...

—Dudo de que yo precise la piedra del amor —dijo Zane—. Todo lo que preciso es mirarla de cerca.

Luna se encogió de hombros como si la cuestión fuera irrelevante.

—Pero primero debemos separar la realidad de la ilusión. Mi padre decía que la naturaleza de su maldad era lo que mejor define a una persona. La suya propia estaba en la asociación con Satán a fin de incrementar el poder mágico. Sin ayuda demoníaca, sólo hubiese sido un mago de categoría universal, no un gran maestro. Por lo tanto, él estaba definido por su ansia de profesionalismo total, y sé que fue como una maldición, pero también lo respeto por eso.

—Sí —asintió Zane, impresionado.

Había oído que un mago de categoría universal podía casi demoler una ciudad con un sencillo hechizo de fisión. ¿Qué podría hacer un gran maestro? Zane no lo sabía y sospechaba que nadie lo sabía, debido a la naturaleza secreta de tales magos.

—Ahora usted y yo intercambiaremos maldades en presencia de estas piedras y veremos lo que debamos ver.

Luna sacó varias gemas de las vitrinas.

—De verdad, no entiendo...

—Sostenga esta piedra con su mano derecha; sólo brilla cuando se miente. —Le entregó un diamante sin tallar—. Y ésta con la izquierda; es una piedra del pecado como la que usted usa para evaluar a las almas. —Zane sostuvo las piedras, no muy seguro de que le gustase aquello. Luna cogió piedras similares—. Yo le precederé, así verá como se hace.

—Bueno —dijo Zane, sin comprometerse.

—Me llamo Venus —anunció. Su piedra de la verdad destelló levemente—. Quiero decir Luna —la piedra permaneció oscura—. Sólo hago esto para probar que funciona —explicó, y la piedra no hizo objeción alguna—. Ahora pruebe las suyas.

—Me llamo Jehosephat —dijo Zane, y vio como su piedra de la verdad destellaba—. Zane. —El brillo desapareció.

Luna hizo una honda aspiración que dilató su torso. Parecía apenada.

—¡Oh, no me gusta esto! ¿Por qué lo estoy haciendo? —se preguntó retóricamente.

—Dejémoslo entonces —dijo Zane—. No quiero conocer sus secretos.

La piedra de la verdad destelló.

—He fornicado con un demonio del Infierno —anunció Luna.

Zane abrió la boca, asombrado.

Ella lo miró con gesto desafiante.

—Lo hice. Observe que mi piedra de la verdad no brilla... pero mi piedra del pecado sí. Movió la mano izquierda, mostrándole cómo ésta última había cobrado vida—. Quien consiga que su piedra del pecado brille con más intensidad, será el que tenga una mayor cantidad de maldad.

Zane tragó saliva. ¿Cómo se había metido en aquello? Pero la sincera vergüenza de Luna la hacía más bella que nunca, y tuvo el absurdo sentimiento de que debía probar que era mejor que él.

—Me apropié de los fondos de mi patrono —dijo.

Su piedra del pecado brilló, pero no tanto como la de ella.

—Soy peor que usted —dijo Luna, como una niña obstinada.

—Nunca he tenido oportunidad con una mujer demonio —puntualizó él.

Pero continuaba impactado por su revelación. ¡Parecía tan inocente!

—Y yo nunca tuve un patrón a quien robar. La oportunidad sólo es una parte. —Aspiró otra vez—. Practiqué la magia negra.

—Creí que era su padre quien lo hacía.

No obstante, observó que la piedra de la mano derecha permanecía oscura, mientras la de la izquierda intensificaba su brillo. Era culpable, bueno, pero a él personalmente le tenía sin cuidado la magia negra. La magia era magia, ¿qué importaba en realidad el color que tuviera?

Ella estaba esperando su segunda confesión.

—Me jugué y perdí casi todo lo que tenía, incluida la amistad.

—Jugar no es realmente malo —opinó ella.

Pero la piedra del pecado de Zane brilló, contradiciéndola.

—Necesito clarificar eso —dijo él, con voz sombría, comprendiendo por qué aquello era tan difícil para Luna—. Había una chica que me amaba, que decía que me amaba, pero yo no quería casarme con ella, porque no era hermosa y porque era pobre. Quería un matrimonio ventajoso. Después supe que se había suicidado. Esa fue la principal amistad que perdí... al apostar por una rica.

—Sí, estuvo mal —admitió Luna—. ¿Sabía que iba a suicidarse?

Librodot

—No se me ocurrió pensarlo... hasta que sucedió. Entonces me di cuenta de que era fácil de prever. Debía haberme casado con ella.

—¿Aunque no la quisiera?

—¡Era una buena chica! Hubiera sido mucho mejor casarme con ella que matarla.

Su piedra de la verdad fluctuó, porque él sabía que en realidad no la había matado.

—Tendemos a asumir más maldad de la que debemos —dijo Luna, observando la piedra—. Usted cree que lo hizo porque no se casó con ella... pero no había base para el matrimonio. Quizás el dinero que usted deseaba sólo era un pretexto para acabar con una relación que sabía que no iba a funcionar.

—No lo creo. —Su piedra de la verdad fluctuó de nuevo—. Medité mucho sobre eso después. Y saqué la conclusión de que no había considerado bastante sus sentimientos, sólo los míos. Me propuse no volver a comportarme así. Debía haberme dado cuenta de que estaba embarazada. Si me lo hubiese dicho...

Luna sonrió levemente.

—Algunas chicas se callan. Usted habría hecho lo que considerara correcto, pero ella no lo sabía. Yo no intentaría atrapar a un hombre diciéndole que estaba embarazada.

—¡Usted no lo hubiera necesitado! Pero ella lo estaba realmente.

Todavía le preocupaba aquel punto: la chica quería su amor, no su hijo.

De nuevo llegó el turno de Luna.

—Engañé a mi padre. Él creía que yo no sabía producir magia.

—Afirma que es mala —le reprochó Zane—. Hizo magia negra ocultándoselo a su padre, que era un Mago negro. No es muy grave.

—Además de prostituirme con un demonio —le recordó con voz aguda.

Otra vez aquello. Zane encontraba muy difícil aceptar la idea de que había intimado con un demonio, pero la piedra de la verdad había confirmado su aseveración.

—¿Por qué lo hizo?

—Para aprender magia negra. Mi padre no quiso enseñarme, por supuesto. Quería mantenerme limpia. El hombre a quien más he respetado... y lo engañé deliberadamente. ¿Qué tiene usted para superar eso?

Ahora le tocaba a Zane aspirar profundamente.

—Maté a mi madre.

Luna se quedó asombrada.

—Supongo que lo que ha dicho no se puede tomar literalmente.

Zane le mostró la piedra de la verdad, que permanecía oscura.

—Lo hice. Luego malgasté toda mi herencia jugando, y traté de recuperarla robando.

Librodot

En aquellos momentos, su piedra del pecado destellaba con más brillantez que la de ella.

—Usted ha expuesto su caso —dijo Luna—. Pero yo todavía tengo más cantidad total de maldad, porque...

—Porque ha tomado parte de la que tenía su padre —concluyó él rápidamente—. Creyó que usted, tras aceptarla, quedaría en equilibrio, pero no lo está. ¿Dónde la sitúa eso?

—En el Infierno —admitió—. Por supuesto, él no conocía toda mi maldad. Creía que era prístina, así que el veinticinco por ciento de su maldad no pondría en peligro mi estatus.

—Y de hecho, tiene un setenta y cinco por ciento de maldad... o al menos, eso es lo que su alma soporta.

—Bastante aproximado.

—Me sorprende que él no investigara su situación y llegara a descubrirla.

La sonrisa de Luna fue triste.

—Los hombres son fáciles de engañar —dijo.

Zane la estudió desde un nuevo ángulo.

—A mí me parece que usted es bastante buena.

—Su piedra de la verdad está fluctuando —le advirtió ella.

—Sospecho que lo que he dicho sólo es una verdad a medias. Me parece buena, sí, pero ese asunto del demonio... —Hizo una pausa, con los ojos fijos en la piedra, que estaba opaca—. ¿No había otra manera de aprender la magia que usted deseaba? ¿Estudiar un libro o algo así?

—¡Un libro! —exclamó asombrada—. Los libros de magia negra están prohibidos.

—Pero los podía encontrar en el mercado negro.

—Mi padre se hubiese enterado. Sólo la magia negra podía contrarrestar su magia negra hasta el punto de ocultarle esa información.

Sin duda, se requerirían medidas especiales para ocultar algo a un gran maestro mágico, comprendió Zane. Por tanto, ella quizás había necesitado la colaboración del Infierno. Aunque...

—¿Por qué quería aprender magia negra si su padre se lo prohibió? Usted siempre lo obedecía en las demás cosas, ¿verdad?

Luna se sobresaltó. Aquella traición a su padre era, evidentemente, algo muy doloroso para ella.

—Siempre me fascinó. Conocía el poder que tenía mi padre, y deseaba... —Se interrumpió pues su piedra de la verdad estaba destellando—. ¡Qué tontería! Me había olvidado de la piedra. —Tomó otra bocanada de aire—. Estaba asustada por mi padre. Algunos de aquellos esbirros del Infierno... me aterrorizaban. No me refiero al miedo que producen los fantasmas de los cuentos para niños; aquellas cosas eran verdaderas, fundamentalmente malas y tenían tal poder, tales conocimientos malignos... que es inimaginable su horror a menos que esté cerca de ellas. Supe que

miraban a mi padre como a un trofeo excepcional; y aunque también sabía que mi padre las superaba en inteligencia, era consciente de que podía sucumbir. Yo no quería ver a mi padre condenado, y sabía que podría serlo, pero carecía de instrumentos para ayudarle si no aprendía más de su negocio. Así que aprendí todo lo que pude de forma lícita... Y algunos de aquellos textos, que se conservaban íntegros, me causaron terribles pesadillas. Finalmente tuve que entrar en aquello, ya sabe, y la única moneda que tenía para ofrecer era... la que se imagina. —Esta vez su piedra permanecía en reposo.

Zane reflexionó.

—Creo que puedo conseguir que me guste mucho. Sé que no soy nada especial, pero... bueno, ¿podemos quedar para otra cita?

Ella pareció sorprenderse.

—¿Otra cita?

—Salir a pasear, o a comer... un pretexto para estar juntos, para hablar un poco más.

—Usted puede conseguir ahora todo lo que quiera —dijo ella, con voz cortante—. No tiene que revestirlo de romance.

—No son ésos mis propósitos.

—¡Inténtelo! Después del demonio, nada puede parecerme mal.

Zane se recogió un momento para pensar en cual sería la idea de Luna sobre las necesidades de los hombres. Ella no debía de tener mucha experiencia en este campo, y sin duda creía que el demonio sólo era un hombre exagerado.

—Quiero su respeto —dijo.

Ella ladeó la cabeza, escrutándole burlonamente.

—¿Mi qué?

—Su respeto. Usted tiene el mío. Su padre estaba en lo cierto; usted es una buena persona. No me importa la situación de su libro de contabilidad de pecados. Parece que hay cierto número de patrones artificiales sobre el bien y el mal que no están realmente relacionados con los verdaderos méritos o deméritos. Quizás el sistema oficial de clasificación ha fallado al amoldarse a la naturaleza cambiante de nuestra sociedad. Usted no ha hecho nada que yo considere del todo malo, excepto... bueno, incluso lo del demonio, si sólo lo hizo para ayudar a su padre. Y le ayudó, porque sin su intervención hubiese ido directamente al Infierno, sin pasar por el Purgatorio. Puede considerarse como un sacrificio.

—Un sacrificio virginal —asintió, mirando a Zane con una nueva estimación—. Es el único que aceptan esos seres. Fue horrible.

—Supongo que, después de aquello, ningún hombre normal representa una amenaza para usted. En realidad yo no lo soy. Pero una mujer que hizo eso para proteger a su padre... Me gustaría conocerla mejor, eso es todo.

—Pero usted mató a su madre —puntualizó ella—. ¿Por qué va a preocuparse del padre de alguien?

—Me preocupaba por ella —dijo con cierta rigidez—. Pero se estaba muriendo, y con gran dolor, y sabía que no había esperanza; cuando me pidió... lo hice, a pesar de que sabía que era un crimen y que podría condenarme. No me pareció bien dejar que siguiera sufriendo.

Los ojos de Luna se estrecharon.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—¿De verdad le interesaría escuchar...?

—Sí, quisiera.

Zane cerró los ojos, sufriendo al recordar.

—Estaba en el hospital, se le había caído el pelo y su piel se había vuelto áspera como la de un lagarto. Tenía tubos, alambres y cosas entrando y saliendo de ella en una continua violación de su cuerpo, y varios fluidos coloreados que burbujeaban, y manómetros que medían cada aspiración que hacía y cada latido de su corazón, de forma que cualquiera que pasara podía leer de una mirada los secretos más íntimos de su funcionamiento. Debía haber muerto hacía tiempo, tanto de mortificación como de fallos físicos, pero su corazón, riñones y estómago artificiales no se lo permitieron. Tenía períodos de desorientación, cada vez más largos. Creo que, a veces, estaba alucinada. Pero en ocasiones, estaba lúcida y entonces se daba cuenta del horror de su situación.

»Un día, durante una de mis visitas, y estando ausentes las enfermeras, me susurró la verdad. Estaba sufriendo física, mental y emocionalmente; se sentía degradada por toda la parafernalia, y sólo quería morir antes de gastar todos sus ahorros en pagar facturas médicas, para que yo pudiera heredar algo. No le dije que ya no había dinero y que las deudas se amontonaban terriblemente; incluso era dudoso que las cubriera su seguro de vida. Me rogó que consiguiera que la dejaran morir para quedarse al fin en paz.

Había llegado a odiar la vida. Su situación era tan desastrosa y tenía tantos deseos de morir, que se lo prometí. Luego volvió a caer en sus alucinaciones. Me dio la impresión de que estaba viviendo algo ocurrido hacía mucho tiempo, en su infancia. Hablaba de recoger flores y de una abeja que le picaba. Entonces me fui. Sabía que los médicos no la dejarían nunca morir en paz; era parte de su código hacer que el paciente sufriera todo el tiempo humanamente posible. Así que compré una maldición de un centavo, que era todo lo que podía permitirme, la coloqué en la máquina del corazón en un lugar no visible y salí. Dos horas después recibí la llamada; había muerto a causa de un fallo del equipo.

»El hospital pensó que era un fallo y se ofreció a arreglarlo fuera de los tribunales. Los dejé en su error, porque rebajaba considerablemente la factura médica. Pero supe que había matado a mi madre y que mi alma estaba condenada. Traté de pagar el resto de la factura mediante el juego,

esperando multiplicar el dinero que se suponía destinado a las deudas, pero lo perdí todo e intenté robar a mi patrón para jugarlo y conseguir lo suficiente para saldarlo todo. Entonces me descubrieron, y así perdí mi trabajo y acumulé más pecado en mi alma y más deudas en mi cuenta. Abandoné la ciudad, vine a Kilvarough, adopté una nueva identidad, y fui tirando durante varios años, cargado con mi culpa y mi dolor, todavía esperando encontrar el dinero que lo arreglase todo, quizá por medio de una buena boda, hasta que este otro negocio... —Guardó silencio un momento—. Creo que he dicho demasiado.

Luna le miraba sin pestañear.

—Su piedra de la verdad no ha brillado.

—¿Por qué tenía que hacerlo? —preguntó Zane, dirigiendo sus ojos a la gema que tenía en la mano—. Es el relato de mi vida. He tenido tantas pesadillas que los sueños se convirtieron en algo más real que la realidad, y trataba de limpiar la sangre de mi brazo o cegarme para no ver el rostro de mi madre cuando murió.

—Pero usted no estaba allí cuando murió.

—En mis sueños estaba allí. — Zane se frotó el brazo, sintiendo de nuevo la sangre, la horrible sangre del sueño.

—Su madre... Aquello fue un asesinato por compasión.

—Matar es pecado. Ahora lo sé, y lo sabía entonces. Todo lo demás son justificaciones.

—A mí no me juzgó con ese criterio hace un momento.

Luna dejó sus piedras; después, tomó las de él y las apartó.

—Creo que se ha ganado el privilegio de mi amistad, Zane. Acompáñeme.

Lo llevó a un lugar que parecía el estudio de un artista. Había numerosas pinturas terminadas y algunas a medio hacer en sus caballetes. Representaban a personas, lugares y cosas normales... pero el tratamiento era extraordinario. Las siluetas estaban empañadas por una leve capa de color, como si cada figura estuviese provista de su propia envoltura de niebla.

—¿Qué le parece esto? —preguntó Luna.

Zane sintió una gran excitación mientras miraba los cuadros.

—¿Son suyos?

—Mi padre quería que fuese una artista —dijo.

—¡Ahora sé por qué quería que me relacionara con usted!

De nuevo ella ladeó la cabeza con elegancia.

—¿Por qué?

—Seguramente conocía mis gustos. Usted dijo que me había investigado y que sabía mucho de mí. Y que hizo los arreglos para morir cuando yo fuese la Muerte. Podría haber vivido más si hubiese querido, ¿verdad?

—Sí —asintió—. Me dijo que escoger el momento era importante, pero no me explicó por qué.

—¡Convocarme a mí, y no a la Muerte que me precedió! Porque yo tengo aspiraciones artísticas. Soy un fotógrafo de auras... o era, o traté de serlo antes de convertirme en la Muerte. En realidad no tenía el equipo adecuado. Por eso necesitaba dinero en aquel momento. Pero ésa es otra estúpida historia.

—¿Se ha dado cuenta de cuál es mi tema? —le preguntó ella, con viveza.

—¡Por supuesto que sé cual es! He estado fotografiando auras toda mi vida. La mayor parte de la gente no puede verlas, pero yo sí, con mi equipo, y ahora sé que usted también puede. Sus cuadros son preciosos. Nunca logré conseguir el efecto completo en foto. Cuando traté de vender mis películas, las mejores ofertas provinieron de editores de porno, porque mi técnica diluía la ropa de mujer, pero no se trataba en absoluto de eso.

—En absoluto —convino ella—. Pero esto todavía carece de sentido. Si mi padre sabía de usted, podía haberle invitado a visitarnos o conjurado para que viniera aquí, y aplicarle un hechizo de amnesia si no le parecía satisfactorio. No tenía necesidad de morir.

La revelación de Zane quedó colapsada.

—Es cierto. Pero debía de tener alguna razón.

—Debió de tenerla —asintió Luna, con tristeza—. Era un hombre muy inteligente y sensible. Es obvio que hay mucho más de lo que sabemos.

—Usted..., usted dijo que había penetrado en la magia negra. ¿Podría descubrirlo?

Luna meditó.

—He aprendido a usar muchas de las piedras que mi padre elaboraba. Algunas habilitan al usuario para averiguar los motivos de otros. Pero la magia negra es el poder de Satán, y Satán sabe cuando se usa. No quiero su siniestro ojo sobre mí a menos que sea inevitable.

—¿Tiene algunas piedras de magia blanca?

—El ojo de Dios está sobre la magia blanca. Tampoco deseo llamar su atención. No cuando estoy investigando a mi padre, cuyo destino eterno permanece incierto.

—¿Cuál es la diferencia real? ¿No son magia, tanto la blanca como la negra?

—El poder es el mismo, pero con un sentido diferente. La magia es semejante al magnetismo, con un polo blanco y un polo negro. Si se orienta sobre el lado blanco, se alinea con Dios; el polo negro le lleva a Satán.

—Entonces, ¿por qué no usan todos la magia blanca?

—Sólo las personas buenas pueden hacerlo. Las personas malas se inclinan más hacia el polo negro. Esto... esto no es exacto, desde luego, puesto que la ciencia de la magia es tan compleja como la magia de los electrones... Es como atravesar una montaña. El polo blanco está en la cúspide y es

Librodot

una meta vivificante, pero exige muchos esfuerzos y cometer pocos errores en el ascenso. El polo negro está en el punto más bajo y es fácil descender por la montaña; a veces puede uno sentarse y deslizarse o rodar; y en caso de caída, aún se baja con más rapidez. Si no prestas atención hacia donde vas, tiendes a desplazarte hacia abajo, porque es la dirección que opone menos resistencia. Y dado que las personas corrientes tienen sólo una vaga noción de hacia donde se dirigen y tienden a cerrarle la puerta al conocimiento de las consecuencias del mal, inevitablemente derivan en esa dirección. ¡Hay mucho más espacio en la base de la montaña que en la cumbre! Incluso aquellos de nosotros que conocemos la situación podemos encontrarnos en dificultades, como usted cuando utilizó malos medios para hacer algo bueno por su madre. Cuando yo tomé contacto con la maldad, la magia blanca perdió efecto, y la magia negra se fortaleció en la misma proporción. Recuerde los polos magnéticos: el más cercano ejerce mayor fuerza de atracción. Por tanto, es mucho más duro para una persona mala convertirse en buena que para una persona buena continuar siéndolo. Ahora yo puedo conseguir mucho más utilizando la magia negra.

—Pero si la magia negra la aproxima a Satán...

—Exactamente. El mal facilita el mal, acelerando el deslizamiento. No debo usar la magia negra, si quiero conseguir una posible salvación. Ya estoy demasiado sumergida en las profundidades.

—Así que no puede averiguar lo que su padre quería por medio de la magia negra.

—Ya lo sé: presentarnos el uno al otro. Lo que ignoro es por qué.

Zane movió la cabeza, asintiendo.

—Esto es un rompecabezas. Volvamos a vernos y quizá podamos descubrirlo.

—Sí, creo que nos entendemos mejor ahora —dijo ella sonriendo—. Hemos penetrado hasta el fondo de nuestras respectivas maldades y no nos hemos repelido.

¡Era verdad! Zane no había hablado antes con nadie de su secreta culpabilidad de asesino y estaba seguro de que Luna no había dejado que ninguna persona conociera la suya. Parecía haber cierta similitud entre ambos secretos, ya que habían descendido al mal para ayudar a sus respectivos padres. No, no debería haber condenación para ninguno. Aquello, y el arte, mostraba afinidad entre ellos. Pero no parecía justificar las extraordinarias precauciones que el Mago había tomado con sacrificio de su propia vida.

Zane se volvió para marcharse.

—Necesito volver a mis asuntos —dijo.

Ella levantó la vista hacia él; sus ojos grises parecían más grandes y brillantes que nunca, como lunas. Pero la belleza física no era tan importante como el carácter de una persona que se había sacrificado por su padre.

—Sí, desde luego. —Sonrió—. La vida es arte, y su arte está ahora en su trabajo. ¿Cuándo desea visitarme de nuevo?

—En estos momentos me sería difícil fijar una fecha. No puedo saber lo apretado que será mi programa. ¿Tiene que ser ahora?

—¡Naturalmente que no! Venga cuando quiera. Estaré aquí. —Se acercó y le dio un beso.

Zane se encontró en el cochemuerte, conduciendo ya fuera de la ciudad, antes de haber sido capaz de captar el significado de aquel inesperado acto. Había contenido sus sentimientos mientras hablaban, en la duda de si volvería a encontrarse con Luna. Ella era, después de todo, difícilmente comparable con el tipo de mujer a que pertenecía Angélica. Bien, en realidad no le era posible afirmarlo, puesto que su recuerdo de Angélica se había disipado, mientras que Luna permanecía en su memoria con claridad sobrenatural, como perfilada por una pluma divina. Y si Luna no era una criatura sin tacha, al menos tenía más carácter del que intuía en cualquier otra mujer que él hubiese conocido.

Las impurezas de Luna se equiparaban con las suyas. ¿Cómo podía una persona mancillada y deshonrada como él esperar conseguir el amor de un ángel? ¡Sólo un ángel caído podría estar a su alcance! La habilidad artística de Luna lo atraía, porque era exactamente la clase de talento que él había tratado de evocar en sí mismo sin suficiente éxito. Y su repentino beso lo había asombrado, porque ahora ella lo conocía tal como era (un hombre que había jugado, robado y matado a su madre), y aún así, lo encontró digno de aquella muestra de afecto. En realidad, ella le había ofrecido algo más que eso, y él podía haber utilizado la piedra del amor para forzar tanto sus sentimientos como su cooperación física, pero nunca había buscado el favor de una mujer bajo coacción. Deseaba ser amado sólo por sí mismo, mancillado como sabía que estaba, y el significado del beso era la sugerencia de que eso era posible.

Pero aún quedaba aquel asunto con el demonio... Había oído cosas horrendas sobre los apetitos sexuales de los demonios y de las prácticas a que sometían a las muchachas con su aquiescencia o sin ella. En especial a las bonitas. Algunas dejaban de serlo después de aquello. Caer en poder de un demonio era quedar destrozada en todos los sentidos. Sin embargo, Luna no había perdido su belleza.

Zane pulsó su reloj. La cuenta atrás marcaba seis minutos. Tenía un cliente a quien atender.

EL DOMINIO DE LA MUERTE

El cochemuerte torció hacia el sur, y penetró en una tupida selva. El camino embarrado era demasiado dificultoso para el vehículo mecánico, así que cambió al semental Mortis y trotó sin problemas a través del brumoso campo.

Librodot

—¡Alto! —gritó alguien en español, y la traducción fue percibida por el oído izquierdo de Zane.

Miró a su alrededor y vio a un soldado camuflado cuyo rifle le apuntaba amenazador. Se detuvo y se embozó en la capa y la capucha, como requería el caso.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó.

—Las preguntas las hago yo —vociferó el soldado—. ¿Quién es usted y qué busca aquí?

¿Debía decir la verdad? Zane se daba cuenta de que eso podría complicar las cosas. Pero a pesar de todo, se sentía inclinado a no mentir por ninguna razón.

—Soy la Muerte y vengo a recoger un alma —contestó.

—Sí, señor —dijo el soldado, acercándose con rapidez para atenderlo.

Seguramente no había oído lo que le había dicho. Las palabras debieron parecerle el código de reconocimiento de un alto oficial del ejército. Bueno, en ese caso, representaría su papel, puesto que no quería perderse en una zona de violencia.

—Identifíquese e identifique su misión —dijo Zane, en tono cortante.

—Señor, soy Fernando, del Ejército Leal de Niqueldimea, de patrulla para descubrir a los renegados comunistas del Séptimo.

Entonces, Zane recordó: Niqueldimea era una república bananera, donde la infiltración de la guerrilla había estado produciéndose durante varios años, ya que los comunistas querían derribar su impopular gobierno autocrático. Naturalmente habría muchos asesinatos allí, y alguno debía necesitar el servicio personal de la Muerte.

Su reloj marcaba treinta segundos.

—Vuelva a su puesto, Fernando —dijo, y urgió a Mortis hacia el lugar de la cita.

Poco después llegó a un claro de la selva bastante agradable. Pero cuando entró, se dispararon pequeñas armas de fuego. Una bala rebotó en su capa impenetrable. Sonó un grito junto a él, y un soldado de Niqueldimea saltó, se puso rígido y cayó al suelo. Zane necesitó sólo una ojeada, antes de que el hombre quedara enterrado en la maleza, para ver que la parte derecha de su cabeza había desaparecido. Estaba completamente muerto. De hecho, era extraño que hubiera podido saltar; pero aquél no era su cliente. El soldado podía ir a la Eternidad por sus propios medios.

Otros soldados gubernamentales se precipitaron hacia el claro, para eliminar al francotirador. El terreno cedió bajo tres de ellos, y cayeron gritando en un foso. Sin embargo, la superficie del terreno se mantenía intacta. Zane se dio cuenta que aquella trampa estaba disimulada por un hechizo de espejismo. En cierto sentido, el espejismo no era real, pero podía ser tan mortal como la magia tangible. Los encantamientos se estaban oponiendo a las balas con bastante eficacia.

Zane miró su piedra de orientación. Su cliente estaba en el foso, o eso parecía. Desmontó y se acercó con cautela, siguiendo la flecha de su gema mientras su reloj marcaba cero.

Su pie encontró el borde. Se agachó, luego se sentó introduciendo las piernas en el agujero invisible, se inclinó hacia adelante, y metió la cabeza en el sector hechizado. Entonces pudo ver la realidad.

Aquello no era bonito. Se hallaba en una gran cavidad abierta, con una docena de afiladas estacas de madera colocadas en posición vertical en el fondo. Los tres soldados estaban clavados allí. Dos de ellos ya muertos, el tercero muriéndose. El tercero era su cliente.

Zane se deslizó con cuidado por la escarpada pared del foso y aterrizó sobre sus pies. El caso sólo le ocupó unos segundos, pero en ese tiempo llegó a saber cuanto sufría el hombre. De alguna forma, el soldado había girado al caer, y la horrible estaca había penetrado por su espalda y le salía por un lado del abdomen. Había sido empalado de la forma más dolorosa; su cabeza y sus pies colgaban hacia la tierra. Su sangre fluía con dificultad. La estaca llenaba por completo la perforación.

Zane sintió náuseas, pero mantuvo la boca cerrada. Se acercó, tambaleándose, y extrajo el alma del soldado, liberándolo de su agonía. Luego se volvió y se apoyó en la pared del foso, tratando de recuperar el aliento, temblando por los esfuerzos realizados.

—Usted es nuevo en esto, ¿verdad? —le preguntó alguien.

Se volvió, sintiéndose aún mareado y enfermo. Un hombre alto estaba de pie entre las estacas. Llevaba una ligera y reluciente armadura, un faldón corto de malla metálica y un ornamentado casco dorado, justamente como si fuera el dios romano de la...

—¡Guerra! —exclamó Zane.

—¡Muerte! —dijo el hombre sardónicamente.

—No sabía...

—¿De mi existencia? —La Guerra hizo un gesto imperioso—. ¿Y quién supone usted que supervisaba este altercado si no era Marte?

—Es verdad —convino Zane, relajándose—. Pero nunca había pensado en eso.

—He estado intentando conocerle —dijo Marte—. Después de todo, debemos asociarnos con frecuencia.

—Sí —dijo Zane, a pesar suyo—. Todavía estoy empezando. Consigo salir adelante con la rutina bastante bien, pero escenas como ésta...

—Ésta es una buena escena —afirmó Marte—. Corta,

pero intensa. Es lo mejor que se ofrece entre batallas importantes.

—¿Le gusta su trabajo? —preguntó Zane, tratando de ocultar su repulsión—. ¿Qué se consigue mediante el combate y la sangre?

—Me gusta que me haga esa pregunta —dijo Marte, con satisfacción, y de repente, Zane sintió haberla formulado. Los discursos de autojustificación pocas veces eran satisfactorios, excepto

para el orador—. La guerra es el último recurso contra la opresión y la maldad. Tiene usted a otro cliente en su reloj. Le acompañaré mientras lo atiende.

Zane comprobó que era verdad. Ahora carecía de excusa para librarse de la compañía de aquel siniestro guerrero.

Marte se dirigió hacia un rincón del foso donde una rampa de tierra subía hasta el nivel de la jungla. Zane miró otra vez su reloj, vio que tenía cinco minutos para llegar a su próximo cliente, y lo siguió.

—¿Qué beneficios obtienen estos soldados muertos? —preguntó Zane, con desconfianza—. ¿De qué forma les ayuda la batalla?

—Tienen gloria —explicó Marte—. Todo hombre tiene que morir en algún momento, y la mayoría lo hacen ignominiosamente a causa de la edad, la enfermedad o un accidente. Sólo en la guerra, un gran número de ellos consiguen expirar gloriosamente.

—¿Gloriosamente? —Zane pensó en su último cliente, empalado, agonizando en una estaca de madera—. A mí me parece más bien sangrientamente.

Marte soltó una estruendosa carcajada.

—¡Muy agudo, Muerte! Usted sólo tiene en cuenta el instante de malestar; yo percibo la reputación eterna. ¡Un momento de dolor para la fama sin fin! Estos hombres están sacrificando su sangre sobre el altar de la justicia. Éste es el final que convierte sus vidas vulgares en sublimes.

—¿Y los que mueren luchando por la causa injusta?

—¡No hay causa injusta! Sólo hay caminos alternos para la gloria y el honor.

—¡Caminos alternos! —exclamó Zane—. ¡Esto es una brutalidad sin sentido!

—Habla de brutalidad —dijo Marte, como si le agradara enfrentarse al reto de la oposición—. Yo creo que su propio oficio es brutal. ¿Cuántos de sus clientes van dulcemente a la Eternidad volando entre alegres canciones? Le contestaré que... muy pocos. Incluso sus procedimientos son salvajes, mucho menos defendibles que los que yo ofrezco a mis clientes.

—Sus clientes son mis clientes —puntualizó Zane.

—Sus clientes, mis clientes —dijo Marte, encogiéndose de hombros. Tenía la espalda muy ancha, lo que hacía el gesto impresionante—. Algunos coinciden. La mayoría no. Considere la forma de ejecución. ¿Aprueba usted la lapidación de una persona hasta la muerte, sin considerar su crimen, el cual puede haber sido ganar los favores de una mujer deseada? ¿O la crucifixión por creencias religiosas? ¿O romper un cuerpo en una rueda porque su propietario robó una hogaza de pan para evitar morir de inanición? ¿O arrancar las extremidades mediante cadenas atadas a seis caballos de quien se negaba a pagar el suficiente soborno que lo librara de aquello? ¿O ser quemado en una estaca bajo falsos cargos de brujería?

—No, evidentemente no —dijo Zane, abatido por el salvaje catálogo. ¡Marte no tenía pelos en la lengua!—. Pero las ejecuciones han sido reformadas.

—¡Reformadas! —bufó Marte—. Recuerdo la reforma francesa. El doctor Guillotine inventó una gran cuchilla humanitaria para segar cuellos rápida y limpiamente. No más de aquellas chapuceras y, a veces, inexactas hachas que podían cortar por los hombros o rebanar la parte superior de la cabeza, o incluso cercenar las manos de la persona inocente que mantenía la cabeza del condenado en su lugar. Este nuevo método otorgó elitismo al menesteroso, porque antes sólo los nobles tenían derecho a ser ejecutados con espada. Pero, ¿recuerda lo que hicieron con ese invento? Le informaré. Descubrieron que con él podían masificar el asesinato político. ¡Podían matar a miles en un día!

La Revolución Francesa se hizo famosa por esa reforma humanitaria.

Zane no contestó. Marte estaba demasiado preparado para luchar.

Llegaron a una casa de labradores ruinosa. Un soldado gubernamental estaba pasando ante ella. De repente, un niño de unos diez años y una niña más pequeña se precipitaron fuera. El soldado blandió su rifle, girándose, pero se detuvo cuando vio que no eran guerrilleros. La niña corrió hacia él, llevando algo en las manos. Cuando lo alcanzó, manipuló el objeto.

—¡Es una granada! —exclamó el soldado, con espanto.

La niña levantó el brazo, sosteniendo aún la granada. El soldado trató de quitársela pero ella se adhería como una sanguijuela; su delgado cuerpo poseía la fuerza del fanatismo. Entonces la granada explotó. Ella le había quitado la espoleta mientras se acercaba.

Los pedazos de ambos se esparcieron. La sangre salpicó la pared de la casa.

—Esto ha sido bello —dijo Marte—. Esa niña ha llevado un gran honor a su familia.

—¡Honor! —gritó Zane, furioso—. ¡Yo le llamo horror!

—Eso también —convino Marte, con ecuanimidad—. Ambos tienden a asociarse en tales ocasiones. Es algo que forma parte de lo que hace fascinante incluso un altercado sin importancia.

Apareció otro soldado. Había oído la explosión y ahora veía sus consecuencias. Llevaba un lanzallamas de mano. Lo activó y dirigió la llama contra la casa.

Otro niño, más pequeño que el primero, corrió desde la casa hacia el soldado. Pero el hombre lanzó la llama directamente sobre él, y en un instante el niño se convirtió en una masa de fuego. Entonces el soldado se concentró en la casa y empezó a quemarla.

Llegó un quejido desde la masa de humo que yacía en el suelo.

—Creo que es su cliente —le recordó Marte.

¡Como había podido olvidarse de eso! El relojmuerte

marcaba cero y la flecha señalaba al niño. Zane se apresuró hacia él y tomó su alma. El quejido cesó.

—¿Qué honor hay para este niño? —preguntó.

—No mucho —admitió Marte—. Falló en su misión. Los fallos no merecen recompensa.

—¡Ése no es mi punto de vista! Sin esta guerra, no habría muerto. Yo no hubiera sido convocado. Todo este horror no se hubiese producido.

—O al contrario —respondió Marte, con tolerancia—. Sin esta guerra, la opresión de este pueblo hubiese continuado indefinidamente, la gente hubiera sido machacada, desposeída de sus propiedades hasta caer en la inanición. Ellos hubieran muerto más tarde, es verdad, pero de una forma peor... como una oveja conducida al matadero. Ahora están aprendiendo a morir como lobos que defienden sus territorios. La violencia es el aspecto más visible de una rectificación necesaria, como un terremoto es un descargo de enormes presiones subterráneas. No culpe al síntoma, mi buen asociado, culpe a los inicuos fundamentos sociales que ahogan la innovación y la libertad y no pueden ser corregidos de otra forma. Yo vengo a rectificar errores, no a cometerlos. Soy el bisturí del cirujano que extirpa el cáncer. Mis métodos pueden dañar y derramar sangre, pero mi causa es tan justa como la de ellos.

Zane se encontró incapaz de refutar la hábil y directa lógica de Marte. Pero cuando miró el cadáver, aún humeante, del niño cuya alma había recogido, temió que no era a Dios a quien servía Marte, sino a Satán.

—Creo que a su debido tiempo se encontrará usted mismo en guerra —continuó Marte—. Le recomiendo que se prepare para esa ocasión familiarizándose con sus armas.

—Mi única arma es la guadaña —murmuró.

—Y es un arma excelente —dijo Marte.

—¡Mortis! —gritó Zane, y el buen caballomuerte apareció. Lo montó y se marchó, sin volver a hablarle a Marte.

Llegó con anticipación, como solía hacer ahora. La dirección era un ruinoso asilo de un superpoblado barrio pobre en la festiva ciudad de Miami, situado entre una destartalada sala de baile y una vieja iglesia evangelista. El interior era húmedo y olía a orina. Los viejos estaban sentados, inmóviles, quizá dormidos. No había ni juegos, ni revistas, ni conversaciones. El ambiente general era de desesperanza. A Zane no le gustaban tales lugares y había luchado por mantener a su madre fuera de ellos.

Su cliente era un viejo de greñas blancas y un surco marrón en un lado de su boca. Zane se aproximó a él, pero se detuvo cuando vio la cuerda.

—¡Está usted atado a la silla! —exclamó.

—Si no lo estuviera, me caería —le explicó el hombre, levantando la vista.

Zane se dio cuenta de las ayudas adecuadas y la atención competente estaban excluidas de aquel establecimiento. Los pobres y los sin hogar no podían aspirar a un retiro de lujo.

—Hágame un favor —dijo el hombre—. Si no es mucho pedir.

—Si me es posible... —dijo Zane precavidamente—. Usted sabe que yo no puedo garantizar un retraso si padece una enfermedad incurable que...

—Me gustaría un himno de despedida.

—¿Un himno? —preguntó Zane sorprendido.

—Gloría, gloria, Aleluya. Es mi favorito. No lo oigo desde hace tiempo, y lo añoro.

Zane luchó contra la perplejidad.

—¿Quiere que alguien cante una canción?

—Oh, un disco bastaría —dijo el viejo—. Sólo para escuchar el sonido. ¡Es un gran himno! Pero sé que mi deseo parece una estupidez.

Zane lo consideró.

—No creo que haya inconveniente.

El hombre movió la cabeza, dispuesto a demostrar lo contrario.

—No permiten música aquí.

Intervino otro hombre.

—¡Ya tenemos bastante ruido con los vecinos! Ese infernal barahúnda del salón de baile, que no nos deja dormir por la noche; y esos sermones y cantos del otro lado, de la angelical iglesia.

Ahora existía un interés general, pues los demás presentes en la habitación habían vuelto a la vida. La aparición de Zane era una novedad que los liberaba del total aburrimiento a que estaban acostumbrados.

—Todos pueden hacer esas cosas, ¿por qué nosotros no? ¿Qué hay de malo en un himno?

—Creo que debería satisfacer su deseo —dijo Zane—. Sólo necesitamos un tocadiscos, o un cassette, o una caja mágica de música.

Hubo un murmullo de objeciones.

—No nos permitirán usarlo —dijo otro hombre.

—Ustedes deberían tener uno —dijo Zane, con firmeza.

Subió a la sala del personal sanitario, donde un enfermero estaba leyendo una revista popular. Tenía un anuncio en color a toda página, en la contraportada: EL INFIERNO... YA NO ES UN LUGAR DE INFORTUNIO. Las llamas rodeaban una escena de libertinaje, y los diablillos Tee y Dee de la marca comercial hacían algo que sobresaltó a Zane.

—¡Enfermero! —llamó.

El enfermero levantó la vista.

Librodot

—No se permite música. Norma de la casa —dijo, y volvió a su página.

—Podemos hacer una excepción —indicó Zane—. Un hombre está a punto de morir, atado a una silla como un criminal condenado. Su último deseo debe ser cumplido.

—¿Lo dice en serio? ¡Salga! —Los ojos del hombre continuaron fijos en la página.

Zane, molesto, avanzó y tiró de la revista, quitándosela de las manos. Se inclinó hacia delante para mirar al hombre cara a cara.

—Debe haber música —dijo.

El hombre empezó a protestar, pero se quedó helado cuando vio las órbitas vacías de la Muerte.

—Aquí no hay nada —tartamudeó, asustado—. Me la cargaría si...

—Entonces lo haremos sin usted —dijo Zane—. Puede manifestar su protesta para cubrir el expediente... Pero cuídese de que ésta no sea demasiado enérgica. Vamos a tener un himno aquí, con o sin su colaboración. —Apuntó su dedo hacia la nariz del hombre; cubierto con el guante de la Muerte parecía esquelético—. ¿Lo comprende?

El enfermero se quedó blanco.

—No irá a hacer daño a nadie, ¿verdad? Yo me limito a seguir las reglas. No quiero problemas, pero tampoco perjudicar a nadie.

Así que el hombre tenía cierta conciencia. Era perezoso e indiferente, pero no malo.

—Un hombre va a morir, porque ése es su destino. Nadie será perjudicado.

El enfermero meditó sobre aquello, con la evidente dificultad de conciliar la muerte con la falta de daño. Tragó saliva.

—Bueno presentaré mi reclamación al servicio de consultas del propietario. Por lo general no me contestan, sobre todo cuando se trata de una emergencia. —Frunció el entrecejo—. Las emergencias cuestan dinero. —Se acercó al teléfono—. Pero no tenemos nada aquí, ni siquiera radio. Mi jefe dice que el silencio es oro, y a él le gusta el oro.

Zane se marchó, disgustado con el propietario. Quizás algún día aquel personaje se encontrara escarbando para buscar oro en el Infierno.

—Debo gestionar eso —le dijo a su cliente, parando su cronómetro de cuenta atrás—. Quédese tranquilo hasta que consiga su himno.

Salió del asilo.

Primero probó en el salón de baile contiguo. El vestíbulo estaba abarrotado de máquinas que proporcionaban barras de caramelo, pociones de amor a cuarto de dólar (¡Dale esto, y ella te prometerá cualquier cosa!) y parches adhesivos para rozaduras. El salón principal estaba vacío, porque el turno de la mañana había terminado. Varios quinceañeros desgreñados estaban sobre la tarima, tocando el tambor, las guitarras, y un órgano eléctrico, produciendo disonancia de ritmo

Librodot

ensordecedor. Era la hora del ensayo, aunque Zane no podía comprender cómo aquel sonido podía mejorarse con la práctica.

Se aproximó y apoyó las manos en el tambor grande, su dedo enguantado hizo que el sonido cesara de inmediato.

—Quiero escucharlos —dijo.

Al momento, todos estuvieron pendientes de él, aunque no reconocieron su naturaleza.

—¿Una actuación? ¿Cuánto?

—Una canción, por caridad, en la casa de al lado.

—¡Caridad! —Rieron—, ¡Vete a cargar de ácido tu batería, tío! —dijo el del tambor—. Nosotros no hacemos nada por nada.

Zane fijó su potente mirada sobre el chico.

—Una canción.

Como antes el enfermero, el joven palideció. Es extraño que alguien vea a la Muerte cuando no es un cliente ni está estrechamente vinculado con un cliente; sin embargo, la Muerte puede forzar para que la capten, si lo desea. Es difícil que una persona pueda ver el rostro de la Muerte sin sentir su impacto.

—Oh, sí, seguro. Supongo que podemos tocar una canción, como para practicar.

—Un himno —puntualizó Zane.

La risa se hizo más ruidosa, aunque con un toque de inseguridad.

—Hombre, ¡no nos dedicamos a los cánticos religiosos! ¡Somos los Fango Vivo! Estamos en alza, volamos, emponzoñamos; pero, ¡maldito si tocamos himnos religiosos!

Zane usó de nuevo la mirada de la Muerte. Los jóvenes parecían más resistentes a ella, puesto que no consideraban siquiera que tenían que morir.

—Un himno. Gloria, Gloria, Aleluya. —Sus esqueléticas cuencas sin ojos se clavaron en las órbitas vivas que estaban ante él.

El chico volvió a desconcertarse.

—De acuerdo, bueno, supongo que podemos intentarlo. Como si se tratase de una melodía. Pero nuestra cantante está fuera de juego, se ha colgado de la magia H. De todas formas, tendremos que ensayar. Pasarán dos, quizá tres días, ya sabe, hasta que podamos empezar.

—No —dijo Zane—. Dentro de una hora. Te encontraré una cantante.

—¡Pero no tenemos partitura, ni nada! —protestó el joven, con desesperación.

—Eso también corre de mi cuenta —dijo Zane, controlando su ira. ¿Acaso él no había tenido también esa edad?—. Id ahora al asilo de al lado e instalad vuestro equipo. Me reuniré con vosotros acompañado de una cantante.

Librodot

—Sí, seguro, hombre —dijo el chico temerosamente—. Estaremos listos en media hora. Pero ya sabes que eso no es lo nuestro. No va a salir demasiado bien.

—Será suficiente. —Zane los dejó y se dirigió a la iglesia del otro lado del asilo.

Tuvo suerte. El coro estaba ensayando para el próximo servicio del fin de semana. Había varias chicas negras, haciendo lo que para el oído de Zane era revoltijo de notas y ululaciones.

El pastor lo descubrió de inmediato.

—Oiga, no vaya a llevarse a ninguno de los míos, Muerte —lo increpó—. Somos buena gente aquí. No queremos problemas con usted.

Zane observó que aquella iglesia podía ser pobre y atrasada, pero el pastor era un verdadero hombre de Dios, capaz de captar una manifestación sobrenatural al instante. Eso le ayudaría.

—Sólo quiero un libro de himnos y una cantante —dijo Zane.

—Tenemos un libro de himnos —contestó el anciano—. El benéfico grupo de blancos que nos apoya, nos da dinero, nos compra libros, no conoce otra cosa que no sea nuestra música. Tenemos una gran pila cubierta de polvo en un armario. Coja los que quiera. Pero a ninguna de mis chicas... Muerte; no las he preparado y...

—No es para morir —dijo Zane rápidamente—. Es para cantar un himno a la gente de al lado. Para un hombre que está a punto de morir.

El pastor movió la cabeza.

—Un hombre tiene derecho a una última melodía. ¿Cuál pide?

—Gloria, Gloria, Aleluya.

—Está en el libro, pero no la cantamos. No es de nuestro estilo.

—Encuentre a una cantante que quiera intentarlo.

El pastor se dirigió al coro que ensayaba.

—¿Hay alguien que cante música blanca, de la que hay en el libro de himnos?

Se produjo un murmullo de confusa negación.

—¡Escuchad! —dijo el sacerdote—. Vosotros no conocéis a esta persona encapuchada, ni os gustaría conocerla. Pero yo sí la conozco. El ojo del Señor está sobre ella, y necesita un himno, y debemos intentar ayudarle de cualquier forma que podamos. Si alguna de vosotras quiere hacerlo, que venga.

Al fin, una chica bastante bonita, de menos de veinte años, habló.

—Algunas veces canto lo que oigo por la radio, sólo para divertirme. Supongo que podría intentarlo, si me proporcionan la letra.

El pastor rebuscó en el armario y sacó una brazada de libros de himnos.

—Ya tiene la letra, hermana. Sígame, vamos a ayudar a esa persona. No tardaremos mucho.

Zane cogió unos cuantos libros y los precedió camino del asilo, donde los Fango Vivo estaban instalándose, ante la considerable diversión de los internos y la no oposición del enfermero. Era probable que allí no hubiera sucedido algo así desde hacía décadas. Los cables, altavoces e instrumentos parecían llenar la habitación principal.

—Oye, no coloques esos grandes altavoces aquí —estaba diciendo el enfermero—. En un lugar tan pequeño como éste, ese ruido ensordecerá a esta vieja gente, y ya tienen

bastantes problemas. Gira esos dos monstruos y enfócalos hacia las ventanas.

Y así se hizo, puesto que, al parecer, los Fango Vivo eran físicamente incapaces de funcionar sin una plena amplificación de volumen.

La joven cantante miró a los Fango, y los Fango la miraron a ella. Y ambos dieron muestra de cierta mórbida fascinación ante una extraña forma de vida, pero ninguno de aprobación. Zane consideró que quizás había sido un error involucrar al grupo; la chica lo hubiese hecho mejor sola. Pero ya era demasiado tarde.

El pastor entró, al ver que era necesario.

—Eh, muchachos, vosotros no sabéis música de himnos, ¿verdad? Ésta es Lou-Mae; ella no sabe música junk, así que veremos lo que pasa. Dejad que ella inicie el himno y vosotros la seguís, ¿de acuerdo?

Era más o menos un gorrión parlante, al efecto de hacerse entender por aquellos locos. Repartió los libros de himnos.

Los músicos los hojearon, perplejos.

—Esto es peor que una alucinación de un mal encantamiento H —murmuró uno. Zane sabía que el H era malo, el encantamiento H peor, y encantamiento maligno H era horrible. Pero los adictos tenían que tomar lo que podían conseguir—. No lo lograremos en toda la vida.

—Muchachos, ¿es que os estáis elevando con S-H? —preguntó el pastor, malhumorado—. ¡Eso os pondrá en H! —Señaló hacia abajo, remarcando cambio de posición—. Mejor será que encontréis algo más interesante antes de que sea demasiado tarde.

—Nos gustaría hacerlo —confesó el batería—. Pero ya sabe, estamos atrapados. El S-H no deja que nadie se escape.

—El H tampoco —dijo el pastor, bajando la mirada con tristeza—. No hay nadie de mi iglesia que esté enganchado en ninguna H.

—Sí, seguro —dijo el batería, fastidiado.

Zane les buscó la página del Gloria, Gloria, Aleluya.

—Tocad esto —dijo.

Lo intentaron; eran, a pesar de todo, unos músicos bastante competentes. La melodía no se adaptaba a la batería ni a la guitarra, pero el órgano eléctrico la captó bien.

El teléfono sonó, pero su timbre fue casi imperceptible entre el ruido de la preparación.

—Pero yo no puedo cantar con micrófono —protestaba Lou-Mae—. Tiene que ser a mi manera. Este cacharro me parece ridículo.

—Te diré a qué se parece —dijo el batería de los Fango, en tono de burla.

—No le hagas caso, hermana —le advirtió el pastor, sin perder un momento—. Canta como acostumbras.

—¡Se está reuniendo gente fuera! —dijo alegremente un interno del asilo desde la ventana—. ¡Asombrados por los altavoces!

—¡Deben de pensar que damos una fiesta aquí! —dijo otro—. ¡Corriéndonos la gran juerga!

—¡Lo estamos haciendo! Se nota en el ambiente.

Las risas brotaron en el grupo de los internos. Aquello se estaba convirtiendo en el gran acontecimiento de sus viejas vidas.

—Oiga, señor —dijo el enfermero a través del estrépito—. Era mi jefe. Por una vez se ha ocupado de su servicio de consultas. Le he dicho que no podía parar la música, así que está llamando a la policía. Lo mejor será que interpreten esa canción y salgan de aquí lo antes posible.

Fue una advertencia honrada, pero obviamente el enfermero se divertía con el acontecimiento.

Los Fango seguían organizándose, tocando trocitos de melodía, tratando de integrar elementos desacostumbrados.

—¡No puedo hacer esto! —dijo Lou-Mae, quejosa—. No puedo cantar un himno con estos instrumentos.

—Escucha, muñeca negra, a nosotros tampoco nos gusta —dijo el batería—. Pero tenemos que hacer un esfuerzo.

—Sólo tenéis que poner interés —dijo el pastor, dirigiéndose a ambos en tono conciliador—. El Señor hará que salga bien.

—Mejor que sea así —murmuró el batería—. Todo esto es más loco que un mal viaje.

—Así tendrá más mérito —dijo el pastor.

Zane oyó el ruido de una sirena. Se acercó a la ventana en donde se agolpaba el resto del coro, mirando. Le abrieron paso nerviosamente, y Zane vio aproximarse a los coches de policía. Los vehículos chirriaban al llegar a la esquina más próxima y descargaban riadas de policías cubiertos con cascos. Eran agentes duros, armados con porras de goma, pesadas armas portátiles, bombas de gas y hechizos de desorientación, acostumbrados a romper cabezas legalmente en el cumplimiento de su deber. ¡Aquel propietario del asilo había hecho su denuncia realmente bien!

Zane se volvió hacia el interior.

—Comiencen el himno ahora —dijo.

Librodot

Lou-Mae, repentinamente nerviosa, dejó caer su libro y tuvo que agacharse para recogerlo.

—Está bien, guapa —le dijo el batería, con amabilidad—. Son los nervios de la noche del estreno. Todos los tenemos. Bueno, vamos a empezar sin ti una introducción, ocupas tu lugar y nos haces una seña cuando estés preparada. Como decía el Tío Tom, nos mezclaremos.

Ella le dirigió una sonrisa fugaz. La música empezó; la batería precediendo a la guitarra, estallando como un gran trueno más allá de las ventanas mientras los policías subían la escalera porra en mano. El coro de las chicas se apiñó y retrocedió, temeroso, para evitar el contacto con los brutales hombres de uniforme.

Zane se ciñó la capa y salió al encuentro del jefe de los policías, con la calavera puesta.

—¿Qué hay? —le preguntó.

Los ojos del policía se desorbitaron cuando vieron la imagen de la Muerte. Se cayó de espaldas, literalmente, y los dos que iban detrás de él tuvieron que sujetarlo. La urgencia de la acción de la ley desapareció de repente.

Lou-Mae se situó. El ruido del tambor perdió intensidad hasta convertirse en un redoble suave, y la verdadera canción comenzó. Gloria, Gloria, Aleluya... entonó, primero trémulamente pero ganando valor poco a poco. De alguna forma, la amplificación proporcionaba a su voz la resonancia y autoridad que la habrían faltado sin ella. La batería que le servía de fondo retumbaba como una tormenta creciente, y la guitarra marcaba el tema con un inspirado e improvisado contrapunto.

¡Temprano en la mañana, nuestra canción se elevará a Ti! Y el órgano eléctrico se expandió en una gozosa exigencia de adoración, sonando exactamente igual que los enormes tubos del órgano de una gran catedral.

La multitud de la calle iba creciendo con rapidez. Algunos policías intentaban mantener apartada a la gente. Estaba muy entrada la mañana, pero la altura de los edificios que bordeaban la calle obstaculizaba la luz del sol. Ahora que la luz bajaba en ángulo, un ancho haz se desplazaba sobre los pálidos cascos de la policía y los rostros de las personas, iluminándolos, como si se tratara del amanecer de una nueva era.

¡Sólo Tú eres santo y todos los hombres buenos Te adoran! El sonido se esparcía, inundando el vecindario, reverberando entre los edificios. Los instrumentos y la voz se habían integrado a la perfección, como si hubieran ensayado cuidadosamente durante años.

¡Arrojando sus coronas de oro al cristalino mar! Y los policías, anonadados por la magnificencia de aquello a pesar de su escepticismo, influenciados por el retumbante sonido, comenzaron a quitarse los cascos dorados por la luz del sol. La gente los imitaba, impulsada por un sentimiento que no comprendía. Poco después, todas las cabezas de la multitud estaban descubiertas.

Librodot

¡Querubines y serafines se inclinan ante Ti! Y una impresionable chica del coro que estaba junto a la puerta, gritó en un rapto y cayó a la acera. Una vez activado, el efecto se extendió explosivamente. La gente de alrededor gritó y cayó, y unos cuantos policías también.

La música creció con atronadora autoridad, los tambores y el órgano hacían vibrar los edificios, pasando a través de la multitud y convirtiendo el sector en un lugar de culto. Algunas personas estaban en pie, algunas de rodillas, otras yacían en la calle. Todos miraban absortos al asilo y escuchaban el extraño sonido.

¡Quién fue y es y será para siempre! Tras esto, el himno terminó y la música se extinguió con un redoble del tambor que iba disminuyendo y una nota de órgano sostenida, como si Dios se marchara. La mitad de la gente y todas las chicas del coro estaban en tierra, y los policías contemplaban con ojos dilatados cualquier visión personal que tuvieran. Nadie emitió un solo sonido.

Zane volvió a mirar hacia dentro. Los internos estaban sentados, aturdidos, como el enfermero. El batería y Lou-Mae intercambiaban miradas temerosas. El pastor tenía puesta la vista en el Cielo, con las manos juntas, en silenciosa plegaria.

—Jo —murmuró el guitarrista—. Hemos estado malgastando el tiempo toda nuestra vida.

—¿Quien demonios necesita H? —asintió el organista—. ¡Nunca había hecho un viaje como éste!

Zane se acercó a su cliente.

—Ya es la hora —dijo, volviendo a poner en funcionamiento el cronómetro— ¿Está satisfecho?

El hombre viejo sonreía.

—¡Claro que lo estoy, Muerte! He tenido una visión del Señor Todopoderoso. Nada en la vida podría afectarme después de eso. Dos amigos míos ya han muerto aquí.

Se desplomó, y Zane se apresuró a recoger su alma.

Mientras se dirigía a la puerta, notó que se iniciaba un lento regreso a la normalidad. El pastor le miró a los ojos.

—Algunos piensan que el Señor no tuvo intervención en esto —le dijo amablemente, como si conociera las dudas de Zane.

Éste no pudo contestar. Siguió su camino, pasando entre las muchachas del coro, que se estaban poniendo de pie, atravesó la inmóvil multitud y se dirigió hacia su caballo.

Un nuevo vehículo acababa de detenerse, con el emblema de Servicios Sociales del Estado en sus puertas. Parecía que el suceso había atraído la atención de autoridades importantes, y que habría una inspección de las instalaciones y el funcionamiento del asilo.

Zane sonrió. Descubrirían a uno o más hombres muertos, atados a sus sillas, en una habitación que apestaba a orina, donde la música y el entretenimiento estaban prohibidos en términos

tan estrictos que se había llamado a la policía para restaurar la prohibición. Zane dudaba de que los inspectores obtuvieran una impresión favorable. Pronto habría reformas de consideración en el asilo, y la situación de una gran cantidad de internos experimentaría una mejora.

Miró una vez más a su alrededor, al barrio que iba a abandonar. Allí estaban la iglesia, el asilo y el salón de baile, uno tras de otro. Era probable que el destino de los tres cambiara, ahora que se habían relacionado entre sí y descubierto que cada uno podía ayudar a los otros, y habría música para todos. Quizás incluso la ciudad de Miami sería objeto de una renovación gradual cuando el espíritu de esta hora se extendiera.

El cliente que le aguardaba estaba en el campo. Mortis cambió a cochemuerte y rodó por una magnífica autopista como' si no lo hubiese hecho desde hacía mucho tiempo. Zane leyó las vallas publicitarias y se dio cuenta de que allí existía una guerra comercial.

¿POR QUÉ CONDUCIR UN COCHE A RAS DE TIERRA CUANDO PUEDES MONTAR EN UNA ALFOMBRA?, preguntaba el primer cartel con enormes y brillantes letras. La fotografía mostraba un coche atrapado en un embotellamiento de tráfico mientras una alfombra mágica volaba sin problemas sobre él, transportando una atractiva y sonriente familia.

Zane también sonrió. Por el momento estaba usando un coche... pero nunca se vería atrapado en un embotellamiento de tráfico. No con Mortis.

—¿Me muestras esto para hacer que te aprecie en lo que vales? —preguntó.

El coche no dijo nada pero el motor zumbó.

La siguiente valla aconsejaba: CONDUZCA CON COMODIDAD. La fotografía mostraba a una familia apiñada sobre una alfombra que volaba bajo la lluvia de una tormenta. El hombre parecía enfadado e incómodo, el peinado de la mujer, que debió de ser elegante, era una húmeda masa de pelo aplastada contra las orejas, y uno de los niños se resbalaba por la parte trasera, a punto de caer. Evidentemente, se estaba arrugado y encogiendo a causa de la lluvia, con lo que aumentaba la incomodidad y peligro de la familia. Debajo se veía a la misma familia feliz dentro de un coche cerrado, asegurados con los cinturones, intocados por la lluvia.

—Así que el coche vuelve a atacar —se dijo Zane—. Es evidente.

Miró su reloj. Quedaban aún varios minutos de camino.

La siguiente valla mostraba a la alfombra volando alegremente sobre la nube de lluvia que oscurecía casi por completo el atasco de tráfico que había bajo ella. ¡LAS ALFOMBRAS DE BABILONIA SUPERAN A CUALQUIER VEHÍCULO DE TIERRA!, proclamaba. MÁS POR CADA HECHIZO.

Pero el fabricante de coches volvía de inmediato con una fotografía de la familia haciendo esfuerzos para respirar a bordo de la ostentosa alfombra, mientras que el coche avanzaba a toda

velocidad por una autopista vacía. MANTÉNGASE SEGURO, MANTÉNGASE RESGUARDADO, aconsejaba. USE UN COCHE EN LUGAR DE UNA ALFOMBRA.

Quizá continuara la guerra, pero Zane tenía que dejarla de lado para atender a su cliente. Estaba en una zona residencial campestre. Las casas eran muy similares unas a otras, y todas tenían el césped bien cortado. Zane se preguntó por qué la gente se desplazaba para vivir en el campo si siempre se llevaba la ciudad con ella. Giró en la dirección correcta y aparcó a la sombra de un pino. Observó que había una etiqueta de inválido en el coche del propietario de la casa; evidentemente, la invalidez era incurable.

Zane entró y se dirigió al cuarto de baño. Allí había un hombre joven, y bien musculado, bañándose sin prisas. Parecía relajado.

El hombre no reaccionó ante la aparición de Zane y no parecía tener problemas aunque la gemaflecha lo identificaba como al cliente.

—Hola —dijo Zane, sin saber cómo actuar.

El hombre levantó la mirada lánguidamente.

—Por favor, márchese —dijo, con voz tranquila.

—Primero, tengo que hacer mi trabajo —contestó Zane.

—¿Trabajo? Quizás usted lleva uniforme, y supone que . éste me indica su cometido. No puedo verle, porque soy ciego.

Oh. Eso explicaba la pegatina de inválido. Pero sólo la falta de visión no podría matarlo, a menos que sufriera un accidente grave.

—Sospecho que sería capaz de verme si lo intentara —dijo Zane.

—¿Es usted un curandero? Márchese. Soy ateo, y no trato con los de su clase.

¡Un ateo! Uno de esos que no creen ni en Dios ni en Satán, ni en nada relacionado con ellos. ¿Cómo pudo haber sido convocada la Muerte por un incrédulo?

Había dos respuestas para elegir. O el hombre no era tan cínico como proclamaba y creía en la Eternidad, quizás inconscientemente, o se había producido otro fallo y las autoridades establecidas no se habían dado cuenta de que aquel cliente en concreto no requería ningún servicio.

Bien, él estaba allí, y tendría que intervenir en el caso, cualquiera que fuese la respuesta. Miró el agua de la bañera y vio que estaba manchada por una nube oscura.

—Está usted suicidándose —afirmó.

—Sí, y debo pedirle que no interfiera. Mi familia estará ausente durante dos días, así que no se enterarán hasta que el hecho esté consumado. Me he cortado las venas de las muñecas y estoy sangrando placenteramente hasta morir en este agua caliente. Lo mejor que puede hacer por mí es dejar que la naturaleza siga su curso.

—Estoy aquí para eso —dijo Zane—. Soy la Muerte.

El hombre rió, animándose al concentrar su atención.

—¿Una personificación física de la Muerte? ¡Está loco!

—¿No cree en la Muerte?

—Es obvio que creo en la muerte, con minúscula. Estoy próximo a experimentarla. No creo en un espectro con una calavera, huesos descarnados y guadaña.

—¿Le gustaría tocar mi mano y mi cara? —preguntó Zane.

—¿Persiste en ese absurdo? Muy bien, déjeme tocarle ahora que aún conservo mis facultades.

El hombre sacó un brazo del agua con cierto esfuerzo y lo extendió hacia Zane.

Zane estrechó la mano de aquel brazo con la suya enguantada. Fue curioso como el nombre la percibió. Su reacción dio evidencia de la frustración que sentía.

—¡Es verdad! —exclamó—. ¡Un esqueleto!

—Un guante —dijo Zane, sin deseos de decepcionarlo—. Y mi cara es la máscara de una calavera generada por magia. No obstante, soy la Muerte y he venido a recoger su alma.

El hombre tocó la cara de Zane.

—¿Una máscara? Es como para volverse loco. ¡Es una calavera!

Zane no había estado seguro hasta entonces de que su cara de calavera fuera palpable además de visible; ahora lo estaba.

—Soy un hombre vivo, que desempeña un oficio. Visto un disfraz y tengo algunos poderes necesarios, pero estoy vivo y poseo el cuerpo y los sentimientos de un hombre.

El cliente cogió su mano de nuevo.

—Sí, ahora percibo la carne, débilmente, en la forma que me percibo a mí mismo cuando tengo un pie dormido. ¡Qué extraño! Quizá creo en usted, o en su creencia en el oficio. Pero no creo en el alma, así que sus esfuerzos son inútiles.

—¿Qué cree que ocurrirá cuando muera? —le preguntó Zane, con auténtica curiosidad.

Aquel hombre parecía inteligente.

—Mi cuerpo se quedará inerte y con el tiempo se dividirá en sus componentes químicos. Pero eso no es lo que a usted le interesa, ¿verdad? Quiere saber sobre mi supuesta alma. Y voy a contestarle. No hay alma. La muerte es simplemente el final del estado consciente. Después de la muerte, no hay nada. Como la llama de una vela cuando se apaga, desaparece la conciencia. Extinción.

—¿No hay nada después de la vida? ¿No considera la muerte como el paso a una existencia espiritual?

El hombre soltó una carcajada. Iba hundiéndose poco a poco en la bañera a medida que la pérdida de sangre lo debilitaba. Pero su mente permanecía alerta.

—La muerte es el paso a una no existencia intelectual.

—¿Le aterra eso?

—¿Por qué tendría que aterrarme? Son las muertes de los otros las que debo temer, porque pueden causarme inconvenientes y tristeza. Cuando la mía llegue, estaré libre de eso, libre de cualquier preocupación.

—Usted no me ha contestado —dijo Zane.

El hombre hizo una mueca.

—¡Maldita sea!, me está poniendo entre la espada y la pared. Sí, mi propia muerte me da miedo. Pero sé que sólo se debe al instinto de conservación que se manifiesta, a los esfuerzos de mi cuerpo para sobrevivir. Subjetivamente, tengo miedo a la extinción porque el instinto es irracional. Objetivamente, no lo tengo. No existe el terror al no-ser antes de la concepción, ¿por qué habría de existir después de la muerte? De modo que he superado la debilidad de la carne y estoy acelerando mi fin.

—¿No se sentiría aliviado al descubrir que la vida continúa en el plano espiritual?

—¡No! No quiero que la vida continúe en ninguna forma. ¿Qué inseguridades o torturas experimentaría allí? ¡Qué tediosa sería una existencia sin fin! No, mi vida es el único juego, y el juego se ha agriado, y no deseo más que abandonarlo. El olvido es el mejor regalo que espero y hasta el Cielo se convertiría en el Infierno para mí si me es negado.

—Espero que lo encuentre —dijo Zane, conmocionado por el extraño planteamiento. ¡Un hombre que sólo aspiraba al olvido!

—Yo también lo espero.

Ahora el ateo se debilitaba rápidamente. La pérdida de sangre afectaba a su conciencia y pronto se desmayaría.

—Ya no tendrá que preocuparse por el significado de su vida, por su lugar en el gran esquema de las cosas. Antes de que pase su única oportunidad de mejorar...

—¿Por qué tendría que preocuparme de mejorar cuando no creo ni en el Cielo ni en el Infierno? —preguntó el ateo.

—Incluso usted asume que su propia liberación está relacionada con esos asuntos —dijo Zane—. ¿Qué hay de aquellos a quienes usted ama, que permanecerán vivos? Los que le aman a usted y encontrarán su cuerpo aquí, horrorizados. Ellos seguirán sufriendo. ¿No les debe nada?

Pero el ateo ya estaba demasiado lejos. Había perdido la conciencia y le traía sin cuidado quien pudiera sufrir, si es que alguna vez le había importado. Después murió.

Zane se acercó y extrajo el alma. Era la típica jaspeada. El bien y el mal se mezclaban en un complejo mosaico. Empezó a doblarla... y el alma se desintegró, cayendo en la nada.

El ateo consiguió lo que deseaba. Realmente no había creído y, en consecuencia, se evadió de la vida posterior a la muerte. Parecía una buena solución.

La mejor; pero, ¿era justa? El ateo daba la impresión de no preocuparse por nadie, excepto por sí mismo; y quizás a causa de esa actitud, perdió el significado de su existencia.

Zane volvió a reunirse con Mortis.

—Creo que el hombre tenía cierta razón —dijo—. Él está mejor fuera del juego, pero el juego puede que no esté mejor sin él. Un hombre no debería existir solo para sí. La vida hace una inversión en él y, en este caso, la inversión no ha sido compensada.

Pero no estaba seguro.

Su cronómetro volvió a ponerse en marcha. Se orientó hacia el próximo cliente, preguntándose cómo iba a contabilizar el alma desintegrada. En el centro de información del Purgatorio se divertirían con eso. Podía ver los titulares: EL PEZ QUE SE ESCAPÓ.

Llegó a un hospital. Eso no era extraño. Los enfermos terminales suelen congregarse en ellos, y había hecho grandes colectas en sitios similares por todo el mundo. Pero seguían sin gustarle los hospitales debido al sentimiento de culpa relacionado con su madre.

Al final de la zona de aparcamiento había una valla publicitaria, por una vez no satánica. CUERNO DE OVEJA DE LA ABUNDANCIA... MÁS FRUTA QUE EN LOS CUERNOS DE LAS MARCAS X, Y y Z. Precisamente, las cosas que se debían comprar para las personas hospitalizadas que convalecían de operaciones de estómago.

Zane se sintió peor cuando vio a su cliente. Era una viejecita, y estaba sumergida en una masa de cables y artefactos burbujeantes.

Alguna clase de fuelles la forzaba a respirar rítmicamente, y los monitores producían chasquidos para marcar los latidos del corazón, el proceso digestivo y el estado de conciencia. Su sangre circulaba por los tubos de un aparato de diálisis. Una enfermera comprobaba el equipo con regularidad, yendo de un enfermo a otro. Había cinco más en la habitación, todos sometidos a un tratamiento similar.

El camisón de hospital que vestía su cliente no la cubría en forma adecuada, como si tales prendas estuvieran diseñadas con ese fin: mostrar porciones vergonzosas de anatomías decadentes. Zane pudo ver que estaba sufriendo, a pesar de la semiinconsciencia que le causaban las drogas terapéuticas. En realidad, estaba muerta, sólo la mantenían los aparatos de sustentación de vida que actuaban sobre su frágil cuerpo.

Tuvo la impresión de que ya había vivido antes aquel momento. Su madre volvía a estar presente.

Se aproximó. Ella lo espiaba, y sus ojos inyectados en sangre lo seguían con esfuerzo. Los tubos introducidos en su nariz le impedían mover la cabeza con facilidad, y el equipo mecánico lanzó un clamor de protesta cuando intentó incorporarse.

Librodot

—Relájese, señora —dijo Zane—. He venido para liberarla de esto.

Ella emitió un leve siseo de risa.

—Nada puede librarme —balbuceó, y una especie de espuma se deslizó de su boca—. Ellos no dejan que me vaya. Todos mis ruegos son en vano. Puedo pudrirme en este artefacto, pero aún seguiría viva.

—Soy la Muerte. No se me puede rechazar.

Ella lo miró con más atención.

—Así que es usted. Por eso me resultaba familiar. Le acompañaré con mucho gusto... pero ellos no quieren darme el visado.

Zane sonrió.

—Tiene derecho a hacer la transformación. Ese derecho no se puede limitar.

Metió la mano en el cuerpo y agarró el alma.

No consiguió extraerla. La mujer se lamentó débilmente en una nueva agonía hasta que él soltó el alma. Ésta volvió a encajarse en su sitio, y la anciana se relajó.

—Ya ve —susurró—. Me han anclado a una vida inútil. No puede llevarme, Muerte.

Zane miró su reloj. Pasaban quince segundos. Realmente la mujer estaba siendo retenida más allá de su destino.

—Déjeme pensar —dijo Zane, contrariado.

Caminó por la sala, mirando a los otros pacientes. Vio que los detalles de sus aparatos diferían, pero todos estaban atrapados a pesar de que su tiempo de vida había concluido y todos aceptaban con resignación su sino. Estaban llenos de tristeza, pero no los dejarían liberarse un segundo antes de que las máquinas lo hicieran. Aquél era un hospital eficiente; no había errores.

—Le he visto, Muerte —murmuró alguien, cerca.

Zane miró. Era un hombre que yacía entre el equipo más próximo. Al contrario que los otros, éste estaba despejado por completo.

—No puedo tomar su alma mientras los aparatos funcionen —dijo Zane, preguntándose por qué tenía que explicárselo a quien no era su cliente.

El viejo movió la cabeza, provocando la protesta de los suyos.

—Nunca creí que llegara el día en que la Muerte fuera rechazada, siendo una fuente de impuestos segura. —Intentó una débil carcajada, sus manómetros vibraron y alarmaron a la enfermera de turno, que pensó que estaba sufriendo un ataque de apoplejía. Al parecer, ella no percibía a Zane.

Después de un momento, el hombre habló de nuevo.

—Si viniera por mí, Muerte, ¿sabe lo que haría?

—La anciana es mi cliente —aclaró Zane—. Me recuerda a mi madre.

¡Qué gran cantidad de culpa yacía allí, atada a su conciencia como los cables a las máquinas del hospital!

—Ella es la madre de alguien —dijo el hombre—. Es su hijo quien paga todas estas tonterías. Cree que le está haciendo un favor por conservar su vida más allá de su tiempo y su voluntad. Si realmente la quisiera, dejaría que se marchase.

—¿No la quiere? —Zane había matado a su madre porque la quería, pero después había dudado.

—Quizás él crea que sí; pero, en el fondo, se está vengando. Es un hombre vulgar, y ella lo trajo a este mundo. Me imagino que nunca le perdonó eso. Así que no deja que se vaya.

Algo chirrió.

—¡La Muerte no debe ser rechazada! —dijo Zane.

Volvió hacia donde estaba su cliente. Encontró los enchufes del equipo y los desconectó.

—¡Ufffi

La enfermera llegó de inmediato, al sonar la alarma de la maquinaria. La conectó de nuevo.

Zane arrancó los cables y los tubos. El fluido se derramó.

Ahora la enfermera percibió su presencia.

—¡Usted lo ha hecho! —gritó horrorizada—. ¡Deténgase!

Zane la cogió en sus brazos y la besó. Ella sintió el brazo del esqueleto y perdió el conocimiento. La dejó en el suelo con cuidado.

Entonces se dio cuenta de que los dispositivos automáticos de seguridad estaban deteniendo el goteo de los tubos rotos. El ruido de la alarma se había hecho más estridente; pronto lo oirían otras enfermeras y se precipitarían hacia allí. No estaba seguro de haber terminado el trabajo.

Cogió una silla y embistió con ella contra el estante que soportaba las botellas de los líquidos mantenedores de la vida. El vidrio se hizo pedazos y los líquidos coloreados se esparcieron por el suelo. Apoyó los pies en una consola y la tiró encima, permitiéndose una orgía de destrucción que era muestra de su emoción largo tiempo contenida.

Al fin volvió junto a la anciana, aún con la silla alzada y vio que el trabajo estaba hecho.

Dejó la silla en el suelo y sacó su alma suavemente.

Hubo un conato de aplausos en los otros pacientes cuando levantó el alma y caminó por la sala hacia la puerta. Todos habían superado su tiempo artificialmente y, en consecuencia, eran capaces de percibirlo por lo que era.

—Pero he vuelto a asesinar —protestó débilmente Zane, sufriendo ahora la reacción.

Nunca hasta entonces había matado en el desempeño de su papel de Muerte. Había existido una siniestra satisfacción en el acto... y con toda seguridad había añadido una terrible carga de pecado a su alma.

—Me hubiese gustado que hubiera venido a buscarme a mí —murmuró uno.

—No puede asesinar a gente como nosotros —dijo el viejo—. Al igual que no se puede violar a una mujer que se presta voluntariamente.

Zane se detuvo.

—¿Cuántos de ustedes piensan así? —preguntó—. ¿Cuántos de ustedes quieren realmente morir ahora?

Un murmullo, como el del agua al correr, se extendió por la sala.

—Todos queremos —dijo el viejo, y los demás asintieron.

Zane lo consideró un momento. Entonces oyó las pisadas de los que corrían por los pasillos del hospital, alertados de que algo iba mal. Tenía el tiempo limitado.

Había hecho el trabajo que se le había encomendado al recoger el alma de la anciana, y a causa de ello, había revivido el asesinato de su madre. Acababa de hacer abiertamente lo que antes hiciera de forma encubierta, mostrando que incluso la Muerte se había visto obligada a tomar la misma decisión que él, Zane, había tomado hacía mucho tiempo. Pero, ¿había concluido su trabajo humanitario? A aquellas personas realmente se les estaba negando su derecho más fundamental: el derecho a dejar la vida en su momento.

—Ustedes saben que eso sería un asesinato en masa —dijo.

—Eso sería un acto de misericordia —difirió el anciano—. Mi nieto se va a arruinar por mi causa, siempre pagando facturas de médicos. ¿Para qué? ¿Para esto? ¿Para que me eternice en la sala de un hospital, demasiado enfermo para moverme? ¿Puede ser peor el Infierno que esto? Al menos, allí quizá tenga la oportunidad de luchar. ¡Desáteme, Muerte! Hay muchos más sufriendo que los que estamos aquí; son nuestras familias. Llorarán durante una temporada, pero después se consolarán... y quizás aún les quede algo para vivir.

Zane se decidió. Ya estaba condenado al Infierno por la violación de las normas de su oficio. ¿Qué podía perder? Quería hacer lo correcto, fueran cuales fuesen las consecuencias. Éstos también eran sus clientes.

Fue al área de servicio de la sala. Allí estaba la caja principal de todos los circuitos eléctricos. Bajó todas las palancas.

La electricidad se fue del salón. Se quedó a oscuras. La maquinaria dejó de funcionar.

Se oyó inmediatamente un grito. El personal del hospital corrió hacia la sala. Una enfermera se encaminó a la

caja de circuitos, pero Zane estaba delante. Sintió una mano esquelética sobre ella, apartándola de la caja. Gritó aterrorizada.

—El horror es lo que usted ha estado ejerciendo sobre esos pacientes —le dijo Zane—. La muerte en vida.

Librodot

Nadie podría cambiar lo que había hecho; no esta vez.

EL CARNAVAL DE LOS FANTASMAS

Poco tiempo después, cuando tuvo puesto al día su programa, visitó a Luna. Esta vez ella sonrió al verlo.

—Entra Zane, estaré lista en un minuto.

—¿Lista?

—Ibas a salir conmigo, ¿recuerdas? A algún sitio interesante, para evitar molestarnos el uno al otro.

En realidad, Zane tenía presente la mayor parte de lo que hablaron, ya que su última conversación le había afectado mucho, pero no recordaba haber dicho aquello. La verdad era que ciertos aspectos de su diálogo habían sido sinceros en exceso y la idea de que ella se había plegado a los deseos del demonio aún le molestaba. Pero parte de su desconfianza en sí mismo y de su repugnancia había disminuido notablemente tras su último encuentro, y esperaba que el siguiente le produjera también un impacto positivo. ¿Qué podía reprocharle a ella, después de su actuación en el hospital? Aquello había dado lugar a desagradables titulares tanto en la Tierra como en el Purgatorio.

Contempló los cuadros de Luna mientras la esperaba. Los encontraba bellos. Ella era más artista de lo que él había sido. Los colores se destacaban claros y auténticos, y las auras parecían reales. Era difícil creer que una persona cuya alma estaba inscrita en las listas de los condenados al Infierno pudiera hacer un trabajo tan magnífico. Luna le gustaba cada vez más y, al comprenderlo, volvió a preguntarse la razón de que el Mago hubiera querido que se conocieran. Probablemente no fue sólo porque eran compatibles o compartían el interés por las auras.

Luna reapareció. Esta vez con un aspecto maravilloso. En otra ocasión, la ropa había hecho que recorriera casi toda la distancia que separa lo normal de lo atractivo; esta vez había completado la transición. Un topacio azul claro destellaba sobre una cinta colocada en su cabello; también llevaba esmeraldas prendidas en las sandalias, y la parte de ella comprendida entre las gemas las hacía palidecer.

—¿Qué te parezco ahora? —le preguntó, en tono de broma.

Él se mostró cauteloso.

—Creo que en realidad, no tienes en cuenta mis sentimientos. ¿Por qué te has puesto tan adorable?

—Te hablé de mis pecados más horrendos, y no me rechazaste. Eso merece una recompensa.

—Es que no soy mejor que tú —respondió él—. ¿Cómo podría condenarte? Tú lo hiciste para ayudar a tu padre, mientras que yo...

—Para ayudar a tu madre —concluyó Luna, cerrando la letanía de inculpaciones que se producía cuando estaban juntos y que parecía necesaria para ambos—. Los dos estamos manchados. De todas formas, hasta que no conozcamos los verdaderos propósitos de mi padre, carece de sentido hablar de eso. Confieso que no eres el hombre que hubiese elegido por criterio propio...

—Y tú no eres la mujer que me hubiera vuelto loco...

—¿Crees que el Destino ha puesto su caprichoso dedo en esto?

—Sé que lo hizo. Me introdujo en el oficio de Muerte manejando los hilos de mi vida para soltarlos en el momento en que mi predecesor estaba descuidado. Supongo que el Destino incluso me condujo hasta Molly Malone, para que encontrara la pistola que usé. Lo que no puedo decir es si el Destino actuó o no a instancias de tu padre.

—Nunca te fíes de una mujer —dijo Luna, con seriedad—. Y del Destino menos que de ninguna.

Zane sonrió.

—Soy un necio. Confío en el Destino. Me ayudó a iniciarme en el oficio de Muerte. La verdad es que mi vida anterior difícilmente podría considerarse merecedora de eso. Desde luego, sé que tampoco soy nada especial como Muerte.

—Entonces, no me gustaría encontrar nada especial en la Muerte —murmuró ella—. Ese episodio en el hospital... y también reconocí tu toque en el tumulto de Miami.

—No fue un tumulto —dijo Zane sonriendo—. Pero aclaró las cosas. Yo permito que se liberen demasiados clientes, cuando me es posible; y tomo a algunos que no debo. Mas, sobre todo, malgasto mucho tiempo hablando, en un intento de facilitarles el tránsito. El centro de información del Purgatorio llena el día con mis hazañas. No sé cómo lograban noticias humorísticas antes de que yo llegara.

—Eres bienintencionado y sincero en exceso.

Zane la miró, y volvió a sentirse impresionado por su delicada belleza.

—Sin embargo, puedo confiar en ti.

—No.

—¿No? No lo entiendo.

—Ponte tu capamuerte —dijo Luna, de repente.

Zane la miró de nuevo, sobresaltado.

—¿Por qué? Esto es personal, y no me gusta mezclar...

—Quiero una cita con la Muerte —insistió ella.

Volvió el rostro hacia él, lo miró de frente y sonrió. Sus ojos parecían destellar. No pudo negarse, aunque sabía que era una artimaña deliberada.

—Mi traje está en el coche —dijo—. Pero... ¿deseas realmente que te vean con la Muerte?

Librodot

—Tal problema no existe. La gente no ve a la Muerte, a menos que sean clientes.

No era del todo cierto, pero sí bastante. Zane le ofreció su brazo y salieron hacia el cochemuerte.

La noche era oscura y amenazaba lluvia. Cogió la capa, los guantes y los zapatos del coche, y se los puso.

—Ahora estás elegante de veras —dijo Luna—. Nunca me había dado cuenta de lo apuesto y bien vestido que puede resultar un esqueleto. Bésame, Muerte.

—Pero mi cara no es... —se acercó a él y besó sus labios.

—¡Oh, tenías razón! —exclamó después de un momento—. ¡Sólo es una calavera! ¡Ay! pobre Yorick( ), lo he besado. Una chanza infinita.

Se limpió la boca con una mano como si la tuviera manchada de arena.

—La Muerte no es una compañía agradable para la mayor parte de la gente —dijo Zane, molesto por su actitud, cuyos motivos desconocía—. Deberías ver las cartas que recibo.

Ella sonrió corno si se tratara de una invitación divertida.

—Está bien, permíteme que le eche un vistazo a tu correspondencia. ¿Sueles contestarla?

—Sí —afirmó turbado—. Es lo correcto. Nadie se pone en contacto con la Muerte sin una buena razón.

—Eso es conmovedor. Eres un hombre decente. Enséñame una carta.

Zane abrió la guantera, sacó una carta y encendió la luz interior del coche para poder leerla. Estaba escrita con letra infantil; normalmente, a cualquier persona le cuesta varios años convertir esa escritura en los jeroglíficos de los adultos. Los niños tendían a escribir más cartas que los mayores, al menos a él, por alguna razón que aún no había descubierto. Quizá se debiera a que sus creencias eran sencillas.

Querida Muerte, —leyó—. Todas las noches mi mamá me hace decir mis oraciones y me imagino que eso está bien, pero me asustan. Pido al Señor que recoja mi alma si muero antes de despertar( ). Ahora me da miedo dormir. Permanezco despierta casi toda la noche y luego me entra sueño en la escuela y estoy fallando en algunas cosas. Por favor Muerte, no quiero morirme ahora. ¿Podría dormir un poquito por las noches sin morir? Besos, Ginny.

—De pronto he comprendido lo que significas —dijo Luna—. Es espantoso. Esa pobre niña... cree...

—Sí. Cuando leí por primera vez la caria, me irrité muchísimo. Esa oración parece que quiera equiparar el sueño a la muerte. No me extraña que se asuste. ¿Cuántos niños esperan morir antes de despertarse a causa de ese mensaje grabado en su mente? ¡Nunca le haría una cosa así a un hijo mío!

Librodot

—Es una pequeña literata, aunque aún no domina la puntuación —observó Luna—. Tiene que haber realizado un acto de verdadero valor para atacar a la fuente de su temor como lo ha hecho. Zane, debes contestar a esta carta ahora mismo.

—¿Qué le voy a decir? No es honrado prometerle que no me la llevaré; puede aparecer en mi programa mañana.

—Pero podrías tranquilizarla diciéndole que la muerte no tiene relación con el sueño. —Luna estaba radiante—. Hazlo ahora. Llámala por teléfono.

Zane dudaba.

—Podría pensar que era una broma macabra. ¿Quién ha oído decir que la Muerte habla por teléfono con la gente?

—¿Quién ha oído decir que la Muerte conteste a las cartas? Creo que tu predecesor no lo hacía. Es una niña, Zane. Ella cree. Un niño no se sorprendería de recibir una llamada telefónica de una Encarnación. Así es como funciona la mente de los niños, ¡bienaventurados ellos!

Lo arrastró hasta su casa, cogió el teléfono y se lo entregó.

Él suspiró. Quizás aquélla era la mejor manera. Aceptó el teléfono y llamó a Información de Los Ángeles, la ciudad en que vivía Ginny, utilizando la dirección del remite para que le dieran el número de teléfono. Pronto el teléfono empezó a sonar, y Zane se sintió súbitamente nervioso.

—¿Sí?

Debía de ser la voz de la madre de la niña.

—Me gustaría hablar con Ginny, por favor.

—Está durmiendo. Ahora no es tan tarde en Los Ángeles como en Kilvarough, pero los niños se acuestan antes que los adultos.

—No está durmiendo —dijo Zane, mientras su ira crecía—. Está echada en la cama, despierta en la oscuridad de la habitación, aterrorizada, pensando que morirá antes de despertarse. No le haga rezar esa oración ni una vez más. Ésa no es la forma en que Dios toma a las almas.

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer, con voz cortante—. Si esto es una broma...

—Soy la Muerte.

-¿Qué?

Por supuesto, ella no pudo aceptar eso.

—Por favor vaya a buscar a Ginny.

Influida por algo extraño, la mujer se calmó.

—Voy a ver si está despierta. Pero si usted le dice algo que la asuste...

—Vaya a buscarla —repitió Zane, con sequedad y pensando en el daño que hacen las personas bien intencionadas.

Un momento después, la niña le habló.

Librodot

—Soy Ginny —dijo—. ¡Guao, nunca hasta ahora me había llamado un desconocido!

—Soy la Muerte —dijo Zane, con preocupación—. He recibido tu carta.

—¡Oh! —gritó, y él no supo si de alegría o de miedo.

—Ginny, no creo que tenga que ir a buscarte pronto. Te falta mucha vida que vivir. Pero si tuviera que ir, prometo que te despertaré. No te llevaré dormida.

—¿Qué significa? —preguntó con voz trémula—. ¿De verdad será así?

—De verdad. No morirás antes de despertarte.

Aquello, más que una promesa era algo implícito en su forma de actuar. Emitiría un memorándum al Purgatorio para asegurarse de que sería llamado para su caso, aunque ella podría ir directamente al Cielo, dado el escaso mal de su alma.

—¿Me lo prometes? —preguntó sin aliento—. Que te mueras si mientes.

Se cortó al darse cuenta de la incongruencia.

—Que me muera si miento. Duerme en paz.

—¡Gracias, Muerte! —exclamó. Entonces se acordó de sus buenos modales—. No es que quiera herir tus sentimientos o algo así, pero...

—Pero no quieres encontrarte conmigo todavía —terminó Zane, sonriendo, como hace la gente por teléfono aunque sabe que nadie la ve—. Entiendo. Pocas personas desean tratar conmigo, ni siquiera pensar en mí.

—Oh, puede hacerse durante el día, jugando —dijo con viveza—. De día es diferente. Entonces no dormimos. Hablamos de ti cuando saltamos a la comba.

—¿De veras? ¿Qué decís?

—Doctor, Doctor, ¿moriré? Sí, mi niña, y yo también. Esto mantiene el ritmo, ya sabe.

—Eso está bien —dijo Zane, un poco desmoralizado—. Adiós, Ginny.

—Adiós, Muerte —dijo ella y colgó.

—¿No te sientes mejor ahora? —le preguntó Luna, con ojos brillantes.

—Sí —asintió Zane—. Ha logrado que me sienta satisfecho de mi trabajo, por una vez.

—Si hubiese más personas que conocieran a la Muerte, menos le tendrían miedo.

—Me gustaría. ¡Cómo cambiaría el mundo si no existiera el temor a morir!

—Ahora podemos irnos —dijo Luna—. No hay mejor manera de empezar una velada que ésta.

Volvieron al cochemuerte.

—¿Adonde has proyectado ir? —preguntó él.

—No sé. Me es suficiente viajar con la Muerte.

A Zane no le satisfizo del todo su respuesta, pero no puso objeciones. Arrancó el coche y condujo despacio bajo la llovizna.

Librodot

En el centro de la ciudad, los faros del coche iluminaron una figura con una carretilla. Zane aminoró la marcha.

—Ahí está Molly Malone —dijo—. El fantasma de Kilvarough.

—¡Oh, nunca la había visto! —exclamó Luna—. Démosle un paseo en el coche.

—¿Dar un paseo a un fantasma? Eso no es...

—¿Cómo lo sabremos, si no le invitamos?

Zane detuvo el coche y bajó.

—¡Molly! —la llamó.

El fantasma movió la mano a guisa de saludo.

—No me puedes llevar, Muerte —gritó alegremente—. Ya estoy muerta.

—Ahora no estoy trabajando —respondió Zane—. Mi reloj está parado. Nos conocimos antes de que desempeñara este oficio. De hecho, creo que fuiste un presagio, puesto que dejé mi vida anterior poco después de haberte encontrado.

Se echó la capucha hacia atrás para que ella pudiera ver su cara.

—¡Oh, sí... evitó que me robasen o algo peor —dijo, reconociéndolo—. Fue tan amable. Siento que yo indicara su fin.

—¿Indicó mi fin?

—¿No lo sabía? Cualquier persona con la que me relacione está condenada a morir en el período de un mes.

—Sí, me di cuenta después. Pero como ya ve, en realidad no he muerto.

—Bueno, usted tuvo una cita con la Muerte, que suele ser lo mismo.

Luna salió del coche.

—Hola, Molly Malone —la saludó.

Zane se quedó helado.

—¡Oh, no! Luna... tú...

—No puedo decir que eso me guste —dijo Molly—. Pero me recuerdo a mí misma que yo no causo la muerte, sólo aviso. Así que, en realidad, hago un servicio.

—Pero si se relaciona con Luna...

Molly se mostró preocupada.

—Creía que era una de sus clientes. ¿Quiere decir que es una amiga?

—Una amiga que ha salido conmigo.

—Entonces ya ha ocurrido. La cita con la Muerte.

—Es verdad —asintió Zane, aliviado—. Interpreté mal la señal.

—No, no lo hiciste —dijo Luna.

Zane se volvió hacia ella, consternado por la implicación.

Librodot

—No te horrorices, Zane —continuó ella—. Ya sabía que iba a morir. Hay docenas de buenas piedras de la muerte en mi casa.

—¡Nunca me lo habías dicho! —protestó Zane.

Ella se encogió de hombros.

—Sólo lo sé desde nuestra última cita. De repente, las piedras lo indicaron. He tomado una fuerte dosis de alegría. —Señaló a la gema de la cinta que llevaba en la cabeza—. En caso contrario, no sería una buena compañía en estos momentos.

—¿Estás utilizando encantamientos... para ser una buena compañía? —le preguntó Zane retóricamente—. Nunca te hubiese pedido...

—¿Por qué crees que quería una cita con la Muerte? Si tengo suerte, quizá te toque a ti recoger mi alma, y no descenderé sola al Infierno. —Se volvió hacia el fantasma—. Tiene que ser muy aburrido para usted, Molly, pasar día tras día sin compradores. ¿Por qué no da un paseo con nosotros?

—Es usted muy amable —dijo el fantasma—. ¿Adonde iban?

—No lo habíamos decidido. Salimos juntos...

—Él me lo dijo. Entonces no me necesitan. No he olvidado por completo las reglas de la vida.

—Nuestra relación no es tan íntima. Aún. ¿Dónde nos recomienda que vayamos?

—Si de veras no les importuna mi compañía, les puedo llevar al Carnaval de los Fantasmas. Como ambos están marcados de una forma u otra por la Muerte, les dejarán entrar.

—Parece estupendo —dijo Luna, dándole un codazo a Zane—. ¿Qué opinas?

Zane salió de su ensimismamiento.

—¡Vas a morir en el plazo de un mes! ¿Lo sabía tu padre?

—Seguramente, sí —dijo Luna—. Por supuesto, creía que me seria posible ir al Cielo. Pero sólo cuento con un máximo de cuatro semanas y debo aprovecharlas cuanto pueda. Vamos al carnaval.

—Al carnaval —asintió Zane, ausente.

Metieron la carretilla de Molly en el amplio maletero y luego se acomodaron en el interior del coche. Había sitio para los tres en el asiento de delante, aunque la presencia de Molly obligó a Luna a apretarse agradablemente contra la cadera de Zane.

—Siga recto dos manzanas —dirigió el fantasma—. Luego gire a la izquierda y cierren los ojos. Mortis sabe lo que tiene que hacer.

Parecía que el caballomuerte tenía una buena reputación en el Más Allá. Zane siguió las indicaciones, sin preocuparse de si chocaban o no. Luna estaba destinada a morir cuando empezaba a apreciarla. ¿Qué clase de condena lo estaba acechando, incluso después de haber asumido el oficio de Muerte? Se había sentido consternado por la forma en que muchas personas mueren y ahora esos

Librodot

sentimientos se habían intensificado. Luna no era sólo otra persona. Era una amiga, y quizá más. ¡Seguro que más!

—Vamos, disfruta de la noche —dijo ella—. No luches contra lo inevitable, desperdiciando el tiempo que nos queda.

Sabía que iba a morir, y se había embellecido para él. En cierto sentido, aquello era una solemne tontería, puesto que debía de tener cosas más importantes que hacer en sus últimas horas. Pero por otro lado, era muy halagador, porque ella había elegido hacer precisamente aquello... para él. Se sintió inundado por una cálida corriente de sentimiento, en la que se mezclaban el agradecimiento y la tristeza. Se dio cuenta de que podía amarla, de que pertenecía a la clase de mujer que había esperado durante toda su vida, incluso sin saberlo. ¿Qué había significado Angélica, después de todo, salvo el sueño de un momento? Luna era

la realidad. Bella, inteligente, artística, valerosa... Pero, ¿de qué servía todo eso si iba a morir?

Ella tenía razón; no debían desperdiciar el tiempo que quedaba. Si quería ser feliz, celebrar (¿celebrar qué?), lo mínimo que podía hacer él era ayudarla.

—Tendremos una gran noche —dijo, mientras giraba a la izquierda.

Luego los tres cerraron los ojos.

No se produjo ningún choque.

—Aquí es —anunció Molly Mallone.

Zane miró. Se acercaban a un grupo de casetas con banderas de colores agitadas por la brisa. La multitud se apiñaba alrededor. Una música estrepitosa surcaba el aire. Efectivamente, era un carnaval.

—Esas personas parecen vivas —observó Zane.

—A los muertos, los muertos les parecen vivos —dijo Molly—. Pero ustedes dos son las únicas criaturas vivas que hay aquí. No dejen que eso les impida divertirse.

—No lo haremos —dijo Luna—. Siempre me han gustado los fantasmas.

Molly se acercó al vendedor de entradas.

—Éstos son mis invitados de la tierra de los vivientes —dijo—. La Muerte me hizo un favor no hace mucho tiempo, y la mujer salvará el mundo de Satán dentro de veinte años. Deles pases gratis.

—Ésas son buenas credenciales —asintió el vendedor de entradas, entregándoles los pases.

Atravesaron la verja de estilo antiguo y entraron en una calle amplia. Exhibiciones circenses y puestos de baratijas se alineaban a ambos lados.

—Vamos —dijo Molly, con entusiasmo—. Lo mejor para empezar es el recorrido histórico.

Librodot

Luna cogió posesivamente la mano de Zane mientras eran conducidos al lugar en que se iniciaba el recorrido histórico. Pronto los tres se acomodaron en un vagoncillo abierto colocado sobre un carril estrecho. Empezó a moverse por iniciativa propia, haciéndoles pasar a través de una destellante cortina.

De repente se encontraron en una cueva tenebrosa.

—Lascaux( ) —anunció Molly, que obviamente había estado allí muchas veces—. Las pinturas de la famosa cueva.

Mientras hablaba, la estancia se llenó de una luz temblorosa, como la producida por una antorcha, y en los muros se destacaron una serie de animales salvajes que parecían casi vivos a pesar de estar burdamente representados.

—Es debido al temblor de la luz —explicó Molly—. Cambia lo que vemos, y por eso las pinturas parecen vivas. Ahí está el genio de esos artistas.

—¿El genio? —preguntó Zane—. ¿No es una reproducción?

—¡Oh, no! —replicó Molly—. Es la cueva auténtica, de unos catorce mil años antes de Jesucristo. Nosotros somos los fantasmas.

—Los viajes en el tiempo real son problemáticos —dijo Luna, dándole un suave codazo a Zane. Éste le rodeó los hombros con su brazo. Ella debía de estar utilizando piedras de hechizos para frivolizarse, pero seguía siendo la misma—. Los fantasmas pueden ir donde quieran sin problemas.

—Miren, allí está el artista pintando el primer unicornio —dijo Molly, con entusiasmo.

Zane miró. Vio lo que parecía una vasta colección de animales toscamente esbozados a lo largo de todo el muro. La mayoría eran equinos o bovinos, y algunos estaban superpuestos sobre otras figuras. Bajo la llama de la lámpara de arenisca, cuya rudimentaria mecha producía más humo que luz, aquellas figuras parecían un rebaño tridimensional, la superposición de los esbozos no indicaba descuido sino la dimensión del tiempo. Un ciervo cedía su puesto a un caballo; la sobreimpresión lo mostraba con bastante claridad. Aquello era la Casa de los Bisontes, Zane recordó en aquel momento lo que había estudiado.

La representación del unicornio no era muy exacta. Tenía una enorme panza combada que casi llegaba al suelo, un rabo demasiado corto, varias enormes e intensas manchas, y dos largos y rectos cuernos.

—Eso no es un unicornio —objetó—. Es un bicornio.

—Nosotros creemos que evolucionaron hacia un solo cuerno —explicó Molly—. El unicornio debió de proceder del cruce de caballos con criaturas provistas de cornamenta y los primeros mestizos parecen bastante burdos, según los criterios modernos. Después de todo, las figuras humanas representadas en estas cuevas son más primitivas que las de los animales; nuestra especie ha acelerado mucho su evolución en los últimos quince mil años.

Librodot

—Supongo que es así —admitió Zane, sorprendido ante los conocimientos del fantasma.

Molly debía de haber hecho aquel recorrido muchas veces, y aprendido todo lo que se había propuesto. Estaba empezando a entender lo que hacían los fantasmas en su tiempo libre.

—El arte primitivo me fascina —dijo Luna, con sus ojos grises reflejando los tonos anaranjados de la luz de la lámpara. Estaba especialmente adorable allí, resaltada de alguna forma por el entorno primitivo—. Todo arte verdadero arranca de lo más profundo del inconsciente. Los hombres de estas cuevas estaban muy próximos al mundo natural y sabían, quizá mejor que nosotros, cómo reproducir su magia. No podemos ya hacer que se acerque la presa para ser cazada mediante dibujos como esos de las paredes, tenemos que utilizar armas tecnológicas o hechizos altamente refinados. Para el hombre primitivo, la ciencia y la magia eran la misma cosa. Hace muy poco que hemos empezado a descubrir el principio del aura que nuestros antepasados entendían intuitivamente. Toda la cueva está llena de ese conocimiento.

—Sí —asintió Zane, viéndolo ahora—. Yo uso una cámara fotográfica y tú la pintura. Ellos utilizaban cuevas enteras. Los espíritus de estos animales están todavía aquí.

—No, nosotros estamos allí —le recordó Molly—. Hoy, las cuevas de Lascaux, Altamira, Perch-Merle, y las demás, son atracciones turísticas en las que no permanece alma alguna. Nosotros los fantasmas estamos tratando de preservar a los espíritus verdaderos, pero no es fácil.

—Por supuesto que no es fácil —dijo Luna—. Pero debéis continuar tan excelente trabajo.

El vagoncillo pasó a través de un muro, salió de la cueva y entró en unos túneles construidos por el hombre.

—El laberinto del Minotauro en la antigua Creta —dijo Molly—. Ésta es nuestra referencia histórica más antigua al hombre-toro.

—Creía que era una pescadora analfabeta —dijo Zane—. Pero no lo parece.

—No sé leer ni nada por el estilo —aclaró Molly—. Es muy duro adquirir semejantes destrezas después de la muerte. Sólo vendo mariscos. Es lo único que hago bien. Pero he estado mucho más tiempo muerta que viva, y he tenido la oportunidad de educarme que me faltó en la vida. No era estúpida cuando vivía, sólo ignorante. Se puede aprender mucho por el simple procedimiento de observar las necedades de los vivos. Miren, ahí está el Minotauro.

En efecto, el hombre-toro estaba paseando. Levantaba los cuernos y olfateaba el aire suspicazmente, como si percibiera a los intrusos.

—Supongo que no quieren que les relate cómo fue concebido —dijo Molly—. Cómo la Reina Pasiíae de Creta tenía una pasión por el Toro del Mar, que era realmente una especie de dominio masculino, pero el Toro no estaba interesado por ella, así que la reina...

—Conocemos la historia —dijo Luna, cortándola.

Librodot

Zane comprendió por qué no quería conversar sobre una hermosa mujer que hizo el amor con un demonio.

Entonces salieron del laberinto y comenzaron a recorrer una calzada romana.

—¿Te divierte esto? —le preguntó Zane a Luna, aproximando la boca a su oído.

—Hace mucho tiempo que no salía —le respondió evasivamente—. La mayoría de los hombres evitan relacionarse con la familia de un Maso Negro.

—Ellos se lo pierden —dijo él, acercándose más—. ¿Cómo podrás salvar al mundo de Satán dentro de veinte años si estás condenada a morir dentro de un mes? —le preguntó luego, recordando lo que antes había dicho el fantasma.

—Quizá pueda influir en Satán estando en el Infierno —sugirió Luna.

—No quiero que vayas al Infierno —dijo Zane—. No quiero tampoco que te mueras.

—Todos tenemos que morir —intervino Molly—. Lo que fastidia es morir antes de tiempo.

Ella, por supuesto, estaba en situación de saberlo.

Zane meditó sobre eso, mientras Luna se ceñía aún más contra él. Ésos eran los clientes con los que tenía problemas intelectual y sentimentalmente: los que morían demasiado pronto a causa de un accidente, de un error, o por pura fatalidad. Un juego que se desarrolla hasta llegar al final es aceptable; se conoce su meta. Pero uno que se interrumpe cuando está en curso es una tragedia. Quizás estuviese abusando de su cargo por tratar de evitar un suicidio, o por salvar a un hombre que se ahogaba, o por facilitar la muerte de un anciano mantenido vivo artificialmente; pero era la única forma en que le era posible desempeñarlo. Tenía poco aprecio por sí mismo, mas consideraba importante interesarse por las personas.

—Un centavo por tus pensamientos —murmuró Luna mientras cruzaban una ciudad china medieval.

Zane tenía la certeza de que cada lugar de aquel recorrido era el escenario de un acontecimiento histórico, y Molly los describía llena de felicidad, pero en aquel momento algo le impedía interesarse.

—No quiero que mueras antes de que llegue tu momento —susurró—. Eres una mujer mucho mejor de la que yo merezco y si...

—¿A pesar de mi asunto con el demonio? —presunto ella.

¿Por qué tenía que mencionar eso?

—¡Al Infierno con el demonio! —explotó.

—Que es exactamente adonde fue —indicó ella—. Tengo que decírtelo, o cualquier relación que podamos tener sería falsa. Estoy sucia, Muerte; nunca volveré a estar limpia, y tú debes saber...

—Ya hemos hablado de eso —gritó él—. Hiciste algo horrible para ayudar a tu padre... y yo para ayudar a mi madre. ¿Cómo podría condenarte por eso?

Librodot

Aunque por supuesto la había condenado emocionalmente; no había sido capaz de evitarlo. La idea de que un grosero demonio del Infierno...

—¿Qué fue eso tan horrible que hicieron los dos? —preguntó Molly.

—Ella entregó su cuerpo a un demonio para aprender la magia que necesitaba para ayudar a su padre —dijo Zane.

—Y él usó un centavo para hacer que la máquina que mantenía a su madre con vida, en contra de su voluntad, se averiara —dijo Luna.

—Supongo que ambas cosas son condenables —afirmó Molly, con ciertas dudas—. Aunque creo que, a veces, hay que obrar incorrectamente para lograr lo correcto.

—Si hubiese podido ayudar a mi padre con una moneda de un centavo, lo hubiese hecho —dijo Luna.

—Y si me hubiera visto obligado a tener un idilio con una mujer demonio para evitar el dolor de mi madre, lo hubiese hecho —afirmó Zane.

—Algunas de esas diablesas son muy atractivas —lamentó Molly—. Dicen que no hay relación sexual como la de un súcubo. Por supuesto, yo no lo puedo saber.

—Eso parece interesante —comentó Zane.

Luna alargó la mano y lo cogió por la oreja, obligándolo a mirarla.

—Intenta esto primero —dijo.

El beso fue electrizante. Ella había perdonado su reacción anterior y lo hizo partícipe de su emoción. Fue un regalo maravilloso.

—Y esto es Tours —dijo Molly, señalando una nueva vista delante del vagoncillo. Zane no tenía ni idea de cuantos importantes escenarios históricos se había perdido—. Aquí los franceses pararon el avance de los moros, y Europa se salvó para los europeos.

—Bien para los europeos —dijo Luna, apoyando la cabeza en el cuello de Zane.

Su topacio de la alegría le afectó al tocar su piel, haciéndole sentir un extraño júbilo. O tal vez éste se debió al contacto de Luna.

Maldijo en su interior. Había perdido neciamente un romance ideal y ahora tenía otro que ocupaba su sitio... pero éste terminaría en el curso de un mes. Ésa debió de ser la razón por la que la primera piedra del amor no señaló a Luna, que en ciertos aspectos era mejor que Angélica. Nunca llegó a conocer a Angélica y la estaba juzgando sobre la base de sus propias suposiciones. Luna era peor partido porque no viviría mucho. La piedra del amor no se preocupaba de los detalles; se limitaba a combinar el mayor bien por el mayor período de tiempo. Esto era el principal problema de la magia inanimada; tenía demasiadas lagunas.

Se había dado cuenta de que su mala fortuna se debía a un encantamiento perverso. En cierto modo se había mostrado remiso en la aproximación a Luna, porque no estaba seguro de si la Muerte

podría tener relaciones con una mujer mortal, o si la hija de un Mago escogería a alguien como él sin ser compelida por la magia, o cómo podría sentirse él respecto a una persona que había tenido que ver con un secuaz del Infierno. Ahora, al enterarse de que su muerte estaba próxima, sabía que no podía mantener tal actitud. Lo que ella pudiera ser para él, tenía que serlo ya... porque no habría mañana.

—Pero puedes apartarte de inmediato, ahorrándote tristeza —dijo ella.

—No, sería como una rata que abandona un barco que se hunde. —Entonces se dio cuenta—. ¿Cómo sabes lo que estaba pensando?

—He heredado algo más que piedras de la verdad, piedras de amor y piedras de la muerte —bromeó ella—. Las

buenas piedras de hechizo posibilitan a una persona para hacer cualquier cosa, incluso leer las mentes.

—Pero no estás utilizando magia negra ahora, porque...

—Porque me acercaría al demonio. —Luna acabó la frase por él—. Estás en lo cierto. No estoy utilizando magia, sólo tengo cierta idea de la naturaleza de tus pensamientos.

—¿Cómo? No me conoces muy bien todavía.

—¿Abandonaste a tu madre cuando necesitaba tu ayuda?

—Eso es diferente... —Hizo una pausa para recordar—. No, supongo que no. Tengo mucho mal en mi alma, pero no abandono barcos que se hunden.

—Así que eres una persona mixta, con bien y mal, como yo. Soy egoísta al venir a ti de esta forma, no habiéndolo hecho antes.

—Sí, lo hiciste. Ofreciste...

—Mi cuerpo. Lo menos valioso. Ahora ofrezco más.

—Lo tomaré.

—Esta manera de usarte en mi propio beneficio cargará aún más mi alma. Pero, desde que mi padre se fue, hay un vacío en mi vida que ni el más poderoso equilibrante mágico logra llenar. Me creía preparada porque sabía que estaba destinada a morir, pero el golpe real fue peor de lo que había previsto. —Hizo una pausa para analizar sus sentimientos—. Había una presencia que me estabilizaba de algún modo. Ahora no la hay. Me siento desequilibrada, como si estuviera cayendo en un agujero por la falta del soporte que me daba mi padre. ¿Cómo se puede luchar contra la vacuidad?

—Quizás algún otro soporte...

—Y tú eres el hombre que tengo más cerca. Quiero disfrutar del tiempo que me queda de vida antes de que se me acabe. Antes de que tenga que irme con el demonio.

Librodot

—¿El demonio todavía te ronda? —preguntó Zane, desanimado—. Suponía que eso estaba acabado.

—Sí, pero no puede alcanzarme en vida a menos que lo convoque, y eso nunca lo volveré a hacer. No obstante, cuando vaya al Infierno estaré a su merced para siempre.

—¡No debes ir al Infierno! —exclamó él—. Tienes que mejorar tu saldo para ir al Cielo.

—¿En menos de un mes? —Movió su cabeza tristemente—. Poseo piedras que miden el bien y el mal, como las tuyas, y algunas funcionan con magia blanca; así que puedo usarlas cuando me plazca, aunque no trabajen bien para mí. Conozco mi puntuación. Estoy demasiado endeudada con Satán para escapar a estas alturas.

—Debe de haber algún medio. Puedes hacer muchísimo bien, contribuir a la realización de obras buenas, tener pensamientos angélicos...

Ella movió la cabeza.

—Tú lo sabes mejor que yo, Muerte. Las obras buenas hechas por razones puramente egoístas no cuentan. Tenía que haber superado mi mal antes de saber que estaba a punto de morir. Ahora es demasiado tarde.

—¿Cuál... cuál será la causa de tu muerte? —preguntó Zane, con miedo a la respuesta.

—No lo sé. No estoy enferma y no soy propensa a los accidentes. Quizás alguien va a asesinarme.

—No, si yo puedo evitarlo —masculló Zane.

Decidió que, tan pronto como terminase su cita con Luna, iría al Purgatorio y consultaría los archivos pertinentes. Si averiguaba qué estaba designado para matarla, podría hacer los arreglos necesarios para bloquearlo. Ya sabía que un programa de fallecimiento no era necesariamente inmutable; había cambiado varios con su intervención. Mientras tanto, ella permanecería en casa, bajo la protección de su mariposa lunar invisible.

—¡Pearl Harbour! —exclamó Molly—. ¡Miren los aviones! Han cogido a los defensores con los hechizos bajos. Eso lanzó a los Estados Unidos de América a la Segunda Guerra Mundial.

Zane no estaba seguro de la forma en que el vagoncillo había atravesado el océano Pacífico hasta llegar a aquella isla, pero recordó que era un vehículo fantasma que no estaba sujeto a las leyes normales de la física.

Ya se dirigían hacia la próxima exhibición.

—El ataque nuclear por los derechos preferentes que desencadenó la Tercera Guerra Mundial —dijo Molly, con cierto entusiasmo— ¡Ésta produjo un montón de fantasmas, créanme! Y era como si giraran a través del corazón del sol, con luz cegadora por todas partes.

—¿La Tercera Guerra Mundial? —preguntó Luna—. ¡Eso aún no ha sucedido!

—Nosotros los fantasmas no estamos limitados en el tiempo en la forma en que lo están los vivos —explicó Molly—. Lo vemos todo.

—¿Cuándo va a estallar la Tercera Guerra Mundial? —preguntó Zane, un poco nervioso.

—Tendría usted que preguntárselo a Marte; lleva trabajando mucho en eso. Será su suprema realización. Creo que la fecha aún no está fijada, porque los Eternos no logran ponerse de acuerdo. Satán la quiere cuando el saldo de males le favorezca, a lo que Dios se opone. En la actualidad, los saldos están tan equilibrados que es imposible saber adonde iría la mayor parte de la gente viva si todas sus almas se liberaran hoy. Así que se opone a provocar la guerra final. Pero cualquier pequeño deslizamiento que se produzca...

—¿El mundo está en equilibrio, como un alma humana individual? —preguntó Zane—. ¡Qué situación!

—Eso es lo que nos parece a nosotros —dijo Molly—. Por supuesto, nosotros sólo somos fantasmas, y no estamos seguros de los motivos de los Eternos.

—No puede ser así —dijo Zane, turbado—. Quizá Satán sea un devorador de almas, pero Dios tiene que querer el genuino bienestar del hombre.

—Entonces, ¿por qué Dios no viene a ayudar al hombre directamente? —preguntó Molly—. Satán tiene secuaces en todas partes, sembrando confusión, causando daño, publicando anuncios comerciales para el Infierno. Dios se mantiene alejado.

—Dios cumple el Convenio —intervino Luna—. Satán está haciendo trampas. No debería existir ninguna interferencia sobrenatural. Se supone que el hombre ha de elaborar su propio destino por la clase de vida que elija por libre voluntad.

El vagoncillo atravesó una cortina invisible y emergió en el campo ferial.

—Ha sido un recorrido muy completo —dijo Zane educadamente, aunque no le había prestado mucha atención.

—¡Fue sólo el principio! —afirmó Molly, tirando de ellos hacia la desagradable y fantasmagórica Casa de los Horrores.

La experiencia fue, por supuesto, aterrorizadora, ya que los fantasmas saben de veras cómo asustar a los mortales, pero Luna aprovechó la oscuridad para dar un beso apasionado a Zane que horrorizó a los fantasmas. Al menos él creyó que había sido Luna.

Tomaron algodón de azúcar fantasmagórico y visitaron el zoo de dinosaurios domésticos, donde los de mayor tamaño llevaban bozal, que evidentemente les molestaba. Después intentaron ganar una valiosa muñeca invisible tratando de atrapar una arandela de humo con una lanza de vidrio. No lo lograron, la. arandela se rompía y la lanza se convertía en vapor. Concluyeron con el Túnel del Amor. Allí Molly los dejó solos, porque en el vagoncillo, sólo cabían dos.

Librodot

Después de todo aquello, Zane se alegró de estar a solas con Luna. Tal vez debido al efecto hipnótico del constante ruido y color de la feria, o al conocimiento del poco tiempo que les quedaba, o porque ella era cálida y bonita... o por cualquier otra razón, sentía un agradable vértigo al estar cerca de ella, y tan próximo al amor como nunca había estado. Se deslizaron por el tranquilo canal de agua y, en la absoluta oscuridad que los rodeaba, se cogieron de las manos y volvieron a besarse, y fue más placentero que cualquier contacto que hubiera tenido con otra mujer. Luego, aunque les pareció que sólo había transcurrido un momento, salieron del túnel y el viaje terminó.

Era suficiente. Descargaron la carretilla de Molly Malone del coche y subieron en él para volver a Kilvarough. Había sido una buena cita.

LA MADRE VERDE

Una luz destelló en el tablero de instrumentos. Aquello significaba que Mortis tenía algo que indicar a la Muerte.

—Agárrate bien —dijo Zane a Luna—. El coche va a transformarse en caballomuerte.

—Me encantan los caballos —afirmó ella.

Zane pulsó el botón, y se encontraron sobre el semental; Luna sentada detrás de él.

—¿Qué es esto? —preguntó Zane—. La cuenta atrás está desconectada; casi he superado los atrasos, y no escatimo a mis próximos clientes unas cuantas horas de vida.

El caballo relinchó, mostrando urgencia, y cortó el aire con la cola.

—Enciende tu traductor —le murmuró Luna.

Zane se colocó la gema de idiomas en el oído izquierdo. Era incómodo llevarla continuamente, puesto que no se había agujereado la oreja y no podía usarla como pendiente. Por lo general se la quitaba en las horas de descanso. No se había dado cuenta de que podía utilizarse para hablar con Mortis.

—La Naturaleza te llama —dijo la voz relinchante.

—La atenderé cuando llegue a casa —afirmó Zane, consciente de la presencia de Luna.

—La Encarnación de la Naturaleza —le aclaró el caballo—. Gaea dijo que no te demorases más tiempo del que necesites para recoger un alma.

—¿La Naturaleza personificada? Si quiere hablarme, ¿por qué no viene ella misma, como lo han hecho las otras Encarnaciones?

—Ella es la Madre Verde —relinchó Mortis, con un matiz de respeto equino—. Gobierna a todas las criaturas vivas. No la incomodes, Muerte.

Librodot

—Es mejor que vayas —intervino Luna—, No sé cual de las Encarnaciones tiene más poder, pero estoy segura de que la Naturaleza no ha de ser tomada a la ligera. Puedes dejarme en cualquier sitio cerca de Kilvarough y...

—¡No te acerques a Kilvarough! —le avisó Mortis—. Actúa desde el mundo de los fantasmas.

—¡Pero no puedo dejar a Luna entre fantasmas! —objetó Zane.

—Llévala contigo.

—Me gustaría —dijo Luna—. ¿Está permitido?

—Lo haré de todas formas —decidió Zane—. No voy a dejarte en cualquier sitio extraño sin protección.

Puso en marcha la cuenta atrás del relojmuerte. Marcaba nueve minutos. Se orientó hacia el cliente, utilizando las gemas especiales de su brazalete. Palmeó con suavidad a Mortis, dirigiéndolo en la dirección correcta.

—Llévanos allí —le ordenó.

El caballo se elevó desde la feria. Las nubes flotaban y el cosmos con ellas.

—¡Qué maravilla! —exclamó Luna, suspirando y agarrándose a Zane por detrás.

Mortis aterrizó en un gran salón de baile de la ciudad de San Diego. La magia vestía las paredes con fabulosos tapices y hacía que el suelo resplandeciera como plata bruñida. No parecía un lugar adecuado para morir, en absoluto.

—Así es cómo haces tu trabajo —murmuró Luna—. Debes de pasarlo bien.

—Depende —dijo Zane—. Algunos lugares no son tan agradables como éste.

Desmontaron y Mortis se alejó. Nadie se dio cuenta de que era un caballo, porque estaba protegido por la magia de su oficio.

El reloj marcaba cuatro minutos. Zane se dirigió al punto que indicaban las gemas. Era un sector de la pista de

baile. Los bailarines lo cruzaban y se movían sobre él, contorsionándose; no podía decir a quién estaría destinado a encontrarse allí cuando llegara el momento.

Había dos asientos vacíos al lado de una muchacha que no estaba bailando. Zane y Luna se sentaron en ellos.

Dos hombres jóvenes paseaban por el borde de la pista, enzarzados en animada conversación o discusión amistosa. Se detuvieron de pronto cerca de Zane.

—¡Bien, entonces intentémoslo! —exclamó uno—. Dejemos que el azar decida, la tuya contra la mía.

—De acuerdo —asintió el otro—. El ganador se queda con ambas. Un juicio imparcial.

El primero se volvió hacia un joven sentado que estaba bebiendo un brebaje de una botella.

—¿Sabe tocar la guitarra?

El joven rió. Dejó la botella y ahogó un eructo.

—¿Yo? No tengo oído para la música. No puedo ni tocar el triángulo.

—Lo hará —dijo el segundo. Se volvió hacia Luna—. ¿Baila usted bien, señorita?

—Maravillosamente —dijo Luna.

—No vale. —El hombre miró a la otra chica—. ¿Baila usted bien?

—No —contestó tímidamente—. Tengo dos pies izquierdos. Sólo he venido a ver bailar a los demás.

—Ella lo hará —dijo el primer hombre.

—¿Hacer qué? —preguntó Luna, molesta por haber sido excluida de cualquier cosa que fuese.

—Y usted puede ser el juez —le dijo el segundo hombre.

Zane miró su reloj. La cuenta atrás marcaba dos minutos. ¿Quién iba a morir allí, y cómo?

El primer hombre mostró una indescriptible guitarra y se la entregó al joven que carecía de oído musical.

—Cuando le dé la señal, toque —le indicó.

—Pero le dije que no podía...

—Por eso. Ésta es una excelente prueba.

El segundo hombre sacó un par de zapatillas de baile.

—Póngaselas y baile —le dijo a la chica.

De repente, Zane comprendió algo terrible.

—¡Luna! —gritó—. ¡Vete de aquí! ¡Puede que hayamos venido a tu muerte!

El reloj marcaba noventa segundos.

—No seas tonto —dijo ella—. Tú me has traído. Eso no hubiera sido necesario si yo fuera tu cliente. Hubiera bastado con que me empujaras del caballo mientras volábamos. De cualquier forma, no estoy en equilibrio; puedo ir al Infierno sin tu ayuda. No estoy en tu lista.

Zane tuvo que admitir que era cierto. La muerte le correspondía a algún otro. Pero, ¿a quién?

—¡Empiece! —ordenó el primer hombre.

El joven puso los dedos sobre las cuerdas con una sonrisa de qué-puedo-perder y dio un excelente acorde.

—¿Lo ve? Completa basura —dijo.

—No, en absoluto —intervino Luna—. Eso sonó muy bien.

Asombrado, tocó de nuevo, mirándose las manos... e inició una bella melodía. Sus dedos izquierdos volaban a lo largo de los trastes, mientras su mano derecha rasgueaba una rápida tonada. Sus manos parecían poseer vida propia.

Librodot

La chica que tenía dos pies izquierdos se levantó, con las zapatillas puestas.

—Ya verán, no soy buena en absoluto —dijo.

Su pierna derecha parecía ligeramente deformada, quizá por alguna caída de la infancia; era difícil que pudiera moverse bien.

Empezó a bailar... y sus pies actuaron como los de una bailarina. Su boca se abrió de asombro.

—¡Las zapatillas! —gritó—. ¡Son mágicas!

Ambos hombres se volvieron hacia Luna.

—Ahora usted ha visto y oído, preciosa —dijo el primero—. Denos su opinión sobre qué es mejor, la música o el baile.

Luna sonrió.

—Lo haré. Yo también practico el arte; puedo dar una opinión válida, aunque éstas son dos clases diferentes de expresión.

El joven tocaba tan bien la guitarra y las zapatillas mágicas le daban tal maestría a la chica que pronto algunos bailarines se detuvieron para escuchar y ver. Otros empezaron a bailar con la nueva música. Pero nadie lo hacía con la perfección de la chica que tenía dos pies izquierdos. Ella se despegaba grácilmente del suelo, agitando las piernas con maravillosa agilidad, describiendo asombrosos giros. No parecía atractiva mientras había permanecido sentada. Pero ahora la inteligencia de sus pies le prestaba un halo especial. La belleza física, pensó Zane, no está exclusivamente en el cuerpo, está también en la forma de mover el cuerpo.

El rostro de la muchacha enrojeció. Su respiración se hizo jadeante.

—¡Ya es bastante! —gritó, sin aliento—. No estoy habituada a esto.

Pero los espectadores aplaudían, animándola a seguir, y la guitarra lanzaba verdaderos torrentes de notas, que llenaban casi materialmente el salón de baile. Eran dos excelentes objetos mágicos.

Entonces Zane vio que el joven ya no sonreía. Sus dedos estaban en carne viva y empezaban a sangrar, porque no estaban endurecidos como los de los músicos profesionales. Pero no podía dejar de tocar, ya que la magia lo impulsaba. Y la chica...

El reloj llegó a cero, y ella gritó y se desplomó.

Ahora Zane comprendió lo que ocurría. Los artículos mágicos no tomaban en consideración las limitaciones humanas. Les tenía sin cuidado que una persona se destrozara los dedos tocando, o que alguien carente de condiciones se esforzara hasta el fallo cardíaco. Ellos se limitaban a impulsar la acción.

Zane se levantó y se acercó a la chica, experimentando cierto alivio culpable de que el cliente no hubiese sido Luna, después de todo. Debía de haberse dado cuenta de lo que iba a suceder y haber

Librodot

prevenido a la muchacha para que no se pusiera las terribles zapatillas. Podía haber salvado su vida, en lugar de contemplar su muerte.

Apesadumbrado, tomó el alma y se alejó del cuerpo. Los otros bailarines permanecían paralizados ante la repentina tragedia. Luna también estaba horrorizada.

—Tendría que haberlo previsto —dijo, con los ojos puestos en los ahora inmóviles pies de la chica—. He visto suficiente magia para saber el peligro que acompaña a los encantamientos de segunda clase. Tú viniste aquí con la misión...

—Y si tú te hubieses puesto esas zapatillas... —empezó Zane.

—¡Eso también! Soy la hija de un Mago, conozco los tipos de... pero no pensé en ello.

Mortis se acercó y montaron. Nadie lo notó. En la confrontación entre la guitarra y las zapatillas no hubo vencedor; sólo una perdedora.

—A la Naturaleza, corcelmuerte —le ordenó Zane, deteniendo de nuevo su cronómetro—. Supongo que sabes el camino.

Mortis lo sabía. Se elevó desde el salón de baile hacia el cielo.

—Sé que la muerte es una parte necesaria de la vida —dijo Luna, detrás de Zane—. Pronto tendré mi propia experiencia al respecto. Pero, de alguna forma, hiere más cuando se presencia..., cuando tienes cierta participación.

—Sí. —Él lo sabía muy bien.

—Me gustaría no haber sido jurado en ese concurso. La chica podría estar aún viva.

—No, estaba designada para morir. Tú no desempeñaste un .papel importante. Dicho con más exactitud: desempeñaste un papel que podía hacer cualquier otra persona. Tu actuación no cambió nada.

—Parecía tan inocente...

—Tenía un cincuenta por ciento de maldad. No se puede aceptar a priori que las personas que sufren alguna disminución están libres de maldad; les ocurre exactamente lo que a las demás. No sé qué la habrá conducido al punto de equilibrio, pero...

—¡Oh, tú sabes lo que quiero decir! Puede haber cometido mal en su vida, como todos hemos hecho, pero no merecía morir tan cruelmente. Danzó hasta un minuto antes de su muerte, impulsada por las zapatillas encantadas. Su corazón debe de haber estallado.

Zane no contestó. Estaba de acuerdo con ella. Tenía objeciones crecientes respecto a los criterios y resultados que prevalecían.

—Me gustaría llegar al fondo de todo esto —dijo Luna.

—Aquellos dos hombres debían de saber que sus artefactos eran peligrosos —masculló Zane—. Por eso los probaron en personas ignorantes. La magia en manos de aficionados puede ser mortal.

El caballo se aproximaba al dominio de la Naturaleza. Era un enorme bosque verde con una carretera que penetraba en él. Un bruñido coche descapotable estaba aparcado en su inicio.

Mortis se detuvo.

—¿No estás invitado? —preguntó Zane al caballo—. Bueno, supongo que podrás pastar aquí. —El prado que había ante el bosque era esplendoroso—. Luna y yo podremos ir en el coche. Supongo que está para eso.

Pero el coche se redujo a un vehículo individual; sin sitio para Luna.

—Creo que la Naturaleza quiere una reunión privada —dijo ella—. Yo también esperaré aquí.

—Si me hubiera dado tiempo para llevarte a casa... —se quejó Zane, irritado.

—La Madre Naturaleza tiene sus propios caminos... como todos nosotros.

Zane no estaba conforme, pero tenía que dejarla.

—Cuida de ella, Mortis —gritó, y el pálido caballo relinchó en asentimiento.

Zane creía que ninguna fuerza podía amenazar a Luna mientras el caballomuerte vigilara.

—Ahora no vayas a buscarte problemas con esa mujer —le aconsejó Luna—. Recuerda que no estás tratando con una persona corriente.

¿Era tan notoria su ira? Zane se ciñó la capa y subió al pequeño coche. Volvió a mirar a Luna, que estaba de pie en el prado, esbelta y bella, con sus gemas brillando en el pelo y los zapatos; un sueño de mujer. ¡Maldita Naturaleza que lo separaba de ella, aunque por poco tiempo!

Los mandos del coche eran normales. Giró la llave de contacto, lo puso en marcha y siguió la carretera de asfalto hacia el interior del bosque. Los árboles unían sus copas, formando una bóveda viviente. Era agradable conducir.

Delante, divisó un cruce. La luz era escasa debido a la sombra de los árboles, así que disminuyó la velocidad. Hizo bien, porque había un peatón caminando por un lado de la carretera, vistiendo una capa oscura que lo hacía casi invisible. Hubiese sido muy fácil golpear a aquel caminante descuidado.

Cuando llegaba al nivel del peatón, un ciclista salió disparado del cruce e hizo un viraje brusco para no atropellar al hombre de la capa; esto lo llevó a interceptar el camino de Zane. Éste pisó a fondo el pedal de freno y logró parar a tiempo.

—¡Eh, tú, idiota! —le gritó al ciclista, que pedaleaba descuidadamente delante de él, haciendo caso omiso de sus gritos—. ¡Has podido causar un choque fatal!

Tampoco se sentía muy contento respecto al caminante, que no había prestado atención a lo que ocurría ni, por tanto, tomado ninguna iniciativa para evitarlo. Pero no podía retrasarse allí, tenía una cita con la Naturaleza que deseaba concluir pronto para poder regresar junto a Luna. Siguió conduciendo.

Librodot

La carretera terminó de repente en un pantano limitado por un dique. Zane aparcó, salió y se subió al borde del dique para tocar la superficie del agua. De inmediato, surgió una burbuja de barro, que estalló, salpicando una pegajosa pasta amarilla y caliente que olía muy mal. Zane apartó la mano, aunque sus guantesmuerte hubieran protegido sus dedos. Los viejos instintos de la vida permanecían aún en él.

¿Cómo podría atravesar aquella ciénaga? Ahora veía la torre de un castillo lejano, más allá de sus confines. La Naturaleza guardaba bien su morada. Se le ocurrió que estaba ante una especie de prueba o desafío; ninguna persona normal podría atravesarlo, pero sí una Encarnación. Debía probar a qué clase pertenecía. Después de hacerlo, tendría algo que decirle a la Madre Verde, que había interrumpido lo que ya era una cita importante antes de que se acrecentara su importancia, y ahora le hacía perder el tiempo con el enigma de cómo llegar hasta ella. No era bueno para las personas corrientes tomar a broma a la Naturaleza... pero tampoco era saludable tentar a la Muerte.

De todas formas, primero tenía que llegar. Lo había privado de su corcel, que hubiera superado sin problemas aquel obstáculo. ¿Cómo iba a cruzar sin sumergirse en el lodo caliente?

Observó la orilla en que estaba. Situado justo encima del muro de contención había un pequeño edificio, quizás un anexo. Era fácil imaginar que, naturalmente, la Naturaleza estaría provista para acudir a la llamada de la naturaleza. Pero ni siquiera ese pensamiento consiguió hacerle sonreír.

No, ahora que lo veía desde más cerca parecía un cobertizo de almacenaje. ¿Qué podría guardarse allí dentro? Se aproximó y empujó la puerta para abrirla, esperando encontrar herramientas, gasolina o tal vez un teléfono.

Quedó chasqueado. Estaba vacío, exceptuando una gran bolsa de goma roja que colgaba de un clavo.

La sopesó y descubrió que estaba llena de líquido, probablemente agua caliente. Se trataba de una de esas antiguas bolsas para agua, que se usaban para calentar los pies o el cuerpo en las noches frías. ¿Qué estaba haciendo eso allí?

La descolgó mientras reflexionaba. Era evidente que no tenía sentido guardar una bolsa llena de agua caliente en un almacén situado en medio de ninguna parte. Se enfriaría en media hora, si no era mágica.

¿Mágica? Zane sonrió. Dudaba que aquello tuviera algo mágico salvo su hechizo de autocalentamiento, pero no perdía nada con intentar una simple invocación, por si acaso. Al menos podría calentarle los pies, si bajaba la temperatura.

—Bolsa roja de agua, muestra tu poder —le dijo.

De repente, la bolsa se elevó, saltando de su mano.

Zane la agarró antes de que se escapara.

—¡Levitación! —exclamó—. ¡Tú flotas!

En verdad lo hacía. Hizo todo lo que pudo por evitarlo y el esfuerzo requirió sus dos manos.

—¡Eh, no tan deprisa! —dijo—. No irás a ninguna parte sin mí.

Pero la bolsa continuaba empujando hacia arriba, como si estuviera precalentándose para su trabajo. Trató de colocarla de nuevo en su sitio, pero no lo consiguió. Sus brazos se estaban cansando; pronto se escaparía y se elevaría sobre las copas de los árboles.

—Te domaré, perversa cosa inanimada —gruñó.

Pasó una pierna por encima de ella para liberar una de sus manos. En un momento, la aprisionó entre los muslos. Pero su fuerza era tanta, que lo levantó del suelo y tuvo que agarrarse al gollete con ambas manos. La cosa aumentaba ahora su temperatura, y latía como reacción al esfuerzo.

Derivó hacia el pantano, llevándolo con ella.

—¡So! —gritó Zane.

La bolsa se paró donde estaba.

Era como una silla de montar, y respondía a las órdenes que se les daba a los caballos.

—Ahora lo entiendo —dijo Zane—. Bolsa, llévame a través de la ciénaga a la morada de la Naturaleza.

La bolsa roja aceleró. Zane se acomodó, con las piernas colgando. La cosa era bastante cómoda, porque el agua de su interior hacía que se adaptara a su cuerpo; pero, precisamente por eso, no ofrecía un soporte firme.

Se asió con todas sus fuerzas, y miró al pantano burbujeante que se hallaba debajo, muy cerca. Había hecho un progreso notable y pronto lo habría cruzado.

De repente se encontró adelantando a un muchacho. El joven batía con fuerza los brazos como para volar y, a pesar de eso, sus piernas colgaban como las de Zane, justo sobre el pantano hambriento. Era la forma más difícil de hacerlo, puesto que el hombre no está estructurado para volar sin ayuda, y Zane decidió apartarse del camino de aquellas agitadas extremidades. Se echó hacia atrás, obligando a la bolsa a inclinarse hacia arriba, y se elevaron. Cuando pasaran sobre el volador solitario, podría volver a su antigua posición.

¡Z-O-O-O-M! Un avión pasó por encima de su cabeza y estuvo a punto de derribarlo de su valioso soporte. Se esforzó para mantenerse sobre la bolsa. Si no lo lograba, caería al lodo hirviente, arrastrando al joven que volaba exactamente debajo de él.

¿Qué clase de imbécil haría volar su aeroplano tan cerca de otros viajeros que se hallaban debajo? ¿O se trataba de una cruel perversidad? ¿Quizá de la arrogancia del poder?

Por fin, Zane logró reestabilizarse y continuó su camino a través de la ciénaga. El volador que agitaba los brazos parecía ajeno al peligro de colisión que lo había amenazado, y seguía su ruta sin

dedicarle el menor gesto de saludo. Zane dejó de pensar en él. Tenía la impresión de que aquel lugar estaba lleno de chiflados.

Llegó al otro lado del pantano. La bolsa de agua caliente se enfrió, descendió y lo dejó en la orilla, rehusando llevarlo en otras direcciones. O su magia se había agotado o estaba programada para llegar sólo hasta allí. Zane bajó y la bolsa se quedó fláccida por completo.

Bien, había pasado el fango y ahora podía caminar. Vio que un sendero se internaba en el bosque. Llevó la bolsa a un cobertizo que había por allí y la colgó de un gancho. Sólo era un vehículo que había que aparcar.

Siguió el sendero hacia la ciudadela. Los árboles estaban más cercanos entre sí que antes, y el camino describía muchas curvas. Disfrutó bastante de esta parte del viaje; el bosque era, como había escrito el poeta Frost, bello, oscuro y profundo. Era difícil que una persona consiguiera apreciar lo hermoso que era un bosque, puesto que la gente pasaba la mayor parte de su vida corriendo a realizar trabajos que suponía que eran más importantes que contemplar la naturaleza.

El sendero terminaba en un pequeño y límpido lago. Zane no quería mojarse la ropa e intentó rodearlo, pero pronto descubrió que la tierra de la orilla se convertía en una tierra pantanosa. Tenía que atravesar el lago, lo cual significaba que tenía que nadar.

¿Nadar? Zane hizo castañear sus dedos, ofendido por su propia estupidez. ¡Él podía caminar sobre el agua! Lo había hecho cuando rescató al hombre que se estaba ahogando en el mar. Sus zapatosmuerte le conferían ese poder. Había malgastado el tiempo, intentando un rodeo innecesario.

Dio unos pasos en el agua... y sus pies se hundieron hasta el fondo fangoso. Agitó los brazos como si fueran alas buscando el equilibrio, después, se apresuró a volver atrás. ¿Qué ocurría?

Se dio cuenta en un instante. Aquella no era agua normal: era una defensa de la Naturaleza. La Naturaleza era otra Encarnación; su poder competía con el suyo propio. La magia de la ropa no tenía efecto contra sus más poderosos encantamientos. Allí sus zapatos no eran mágicos... o al menos no eran lo bastante potentes para prevalecer sobre sus contrahechizos. No le quedaba más remedio que nadar.

Pensó en quitarse la ropa, pero se dio cuenta que le sería difícil cargar con el manto, los guantes y los zapatos; se mojarían de todas formas. Por tanto, decidió nadar vestido y, en caso de que le resultara demasiado pesado, se libraría de algunas prendas. Sin dudarlo se metió en el agua.

Descubrió para su sorpresa y satisfacción que su uniforme lo protegía de la inmersión directa. Estaba en el agua, pero ésta no llegaba hasta su piel. Parecía que un hechizo mantenía el agua apartada, aunque presionaba contra el manto y lo ceñía a sus miembros. Intentó nadar... y se encontró flotando, de forma que le era fácil avanzar. Se movió a través del agua a una velocidad satisfactoria. Era divertido, en cierta forma.

No obstante, también era una tarea dura. Hacía años que no nadaba, y pronto sus músculos se cansaron por el desacostumbrado ejercicio. Disminuyó el ritmo, sin preocuparse; en realidad no estaba participando en una competición. Podría llegar...

De repente, apareció una canoa junto a él, muy cerca. Zane perdió el control y tragó un poco de agua. Luego se enderezó, sacó la cabeza y vio que una lancha a motor mágica agitaba el agua sin hacer ruido, produciendo una ola que impulsaba a la canoa hacia él.

Un instante después, la lancha a motor se había alejado, con su piloto indiferente al daño causado por su arrogancia. El tripulante de la canoa continuó en su ruta, con una indiferencia similar. Zane se quedó farfullando en el agua. ¿Qué le ocurría a aquella gente?

Nadó hasta la orilla y salió. Su uniforme estaba seco, e incluso sus pies. El sendero se reiniciaba ante él. Lo siguió y pronto estuvo ante la morada de la Naturaleza.

Desde allí, le pareció aún más un templo, de lo extraña que era. Un denso grupo de altos árboles y enredaderas formaban un cercado casi compacto con arcos y alféizares entretejidos en madera viva que se alzaba para formar una corona frondosa. Las enredaderas trepadoras estaban salpicadas de flores que expandían sus intensos perfumes.

Zane se dirigió a la entrada. No había campanilla ni aldabón, así que decidió cruzarla sin llamar.

Era como el interior de una catedral, con exuberantes plantas creciendo en todas partes. De los vivientes arcos de madera colgaban tapices de helechos verde oscuro. El agua goteaba de fuentes musgosas. Por doquier había vida, vegetación y bienestar.

Llegó a un soleado patio central donde una niebla ondeante velaba un gran sillón tallado en jadeíta verde intenso. Era el salón del trono de la Naturaleza.

—Bienvenido Thánatos. —Su voz era una mezcla del sonido del viento y el canto de los pájaros—. ¿Le ha producido asombro el desafío?

—Sí —afirmó Zane. No estaba seguro de que le gustase que le aplicara el nombre griego de la Muerte—. Si quería verme, podía al menos haber facilitado mi acercamiento.

—¡Pero si se lo he facilitado, Thánatos! —protestó, mientras iba a su encuentro.

Un retazo de niebla se movía con ella; de hecho, era su vestimenta, transparentándose y tupiéndose diestramente en los lugares adecuados. A Zane le produjo un efecto inquietante, aunque estaba seguro de que la Naturaleza no era una criatura joven. La niebla puede llegar a ser opaca, pero nunca sólida.

—¿De qué manera? —preguntó.

—Abrí una senda que sólo una de nosotras podía atravesar —explicó ella—. Normalmente no hay camino y ninguna criatura de fuera puede entrar. Ese camino impediría el paso de cualquier ser

Librodot

mortal o inmortal, tanto como a un agente de la Eternidad. Así es como aseguramos nuestra intimidad.

—Eso que lo que pensé al principio, pero había otras personas por los alrededores —dijo Zane—. Cretinos en tierra, agua y aire. Estuve a punto de colisionar tres veces.

—¿De veras lo estuvo? —preguntó ella, sin sorprenderse.

—¡No pretenderá decir que lo ignoraba, Madre Verde!

La Naturaleza sonrió como si fuera un cumplido. Su rostro era bastante bello, con algún elemento silvestre y un cabello ondeante tan verde como la hierba y tan azul como el agua; colores cambiantes en una especie de falso tornasol. Sus ojos, al encontrarse con los de Zane, eran como helados y profundos lagos con luminosas motas de fuego. Había visto ópalos negros como aquellos. Se dio cuenta de que la mujer tenía un poder asombroso. ¡No se podía jugar con ella!

—Sé que sólo usted ha recorrido el sendero, Thánatos.

—En ese caso, ¿qué me dice de los otros? ¿Son productos de mi imaginación?

Ella suspiró, sonriendo; su nebuloso y amplio pecho se contrajo como una nube que se disipa.

—Veo que aún no ha comprendido mis pequeños trucos. Esos otros eran usted.

—Lo dudo. No acepto parte alguna de tal intromisión.

—Siéntese, Thánatos —dijo, golpeando un trenzado de rattan con una mano que tenía reflejos de concha nacarada. Todas las cosas animadas eran de ella, comprendió Zane, incluyendo las perlas, que eran productos de criaturas vivientes—. Me gustaría aclarar ese preciso detalle para que podamos dedicarnos a nuestros propios asuntos.

Zane se sentó, porque una orden de la Madre Verde no podía ser rechazada. El rattan pareció adaptarse a su cuerpo con una precisión casi embarazosa, produciéndole incomodidad.

—De acuerdo —dijo.

—Las personas son con frecuencia enemigas de sí mismas, aunque lo ignoren. Es la naturaleza de la bestia. Lo sé bien.

Naturalmente, la Naturaleza conocía la naturaleza del hombre. Ése era su cometido. Pero ¿qué relación tenía eso con los obstáculos que había encontrado en el camino?

—Tuvo que conducir —continuó ella—. Montar sobre un artefacto. Andar. Usted era uno y era tres. Sólo cambiaba el escenario, para facilitar la objetividad.

—Participé en tres encuentros —dijo Zane.

Aquella fémina daba la inquietante impresión que quería atraparlo, pero él no comprendía qué se proponía.

—Usted era tres. Un encuentro, tres visiones. Usted se vio a sí mismo desde tres posiciones. Tres oportunidades de reaccionar ante sí mismo.

—¿Yo era tres? —preguntó Zane perplejo.

—No había nadie más que usted en ese camino. El tiempo se plegaba de alguna manera. —Sonrió ambiguamente y, durante un momento, sus dientes parecieron colmillos. La Naturaleza cava con uñas y dientes—. Cronos me debía un favor. Yo no podía doblar el acontecimiento por mis propios medios. Nosotras, las Encarnaciones, nos apoyamos unas a otras.

—¿Todas, exceptuándome a mí? —A Zane le daba vueltas la cabeza—. ¿Un encuentro visto de tres maneras distintas? Usted dice que yo era el conductor... y el ciclista... y el caminante. Y sólo cuando era el ciclista lo vi como un viaje

sobre una bolsa de agua caliente, y cuando era el caminante lo vi como el recorrido a nado. ¿Usted cambió la visión sin que pudiera darme cuenta? ¿Recorrí el camino tres veces?

—Usted comprende bien y con rapidez, cuando entra en el asunto —dijo la Naturaleza, y su reconocimiento le satisfizo a pesar de la rabia que sentía.

—Entiendo que me situó en una ruta a través de una cinta de Moebius con una sección transversal de un prisma, para que tuviera que recorrer el circuito tres veces. Pero ¿por qué?

—Ya hemos hablado de eso antes. Un mortal no habría pasado; el equipo no está hechizado para funcionar con mortales. Un inmortal tampoco hubiese podido pasar; un ángel no tendría necesidad de equipo, el verdadero sendero existe sólo para ese equipo. Un demonio hubiese tenido que luchar consigo mismo para morir al primer encuentro, porque ése es el camino de los demonios.

—Me siento desorientado —admitió Zane—. El idiota arrogante que iba en la lancha a motor... —Hizo un gesto de pesar—. Era yo. ¡Parecía tan diferente en el coche! Me creí el dueño de la carretera y que los otros se estaban metiendo en lo que era mío. Como caminante o nadador no prestaba atención a nada excepto al camino que tenía que recorrer. Como ciclista, bolsista o lo que fuera, estuve atrapado en medio, entre el arrogante piloto de la motora y el ignorante peatón. Ambos parecían equivocados. No estoy orgulloso de mi actuación, al mirar atrás.

La Naturaleza se encogió de hombros, produciendo un interesante movimiento en la niebla que la cubría. En ocasiones parecía gorda, pero en otras tenía un aspecto voluptuoso; la niebla nunca mostraba del todo la verdad.

—Tendrá usted tiempo libre para valorar las implicaciones. Ya ha comenzado a hacerlo, como sólo le es factible a una verdadera Encarnación, a pesar de su apariencia equívoca. Nosotras, las Encarnaciones, no estamos del todo vivas ni del todo muertas; somos una categoría única, con poderes únicos. Desempeñamos nuestras funciones, pero a veces somos nuestras funciones. Como la luz, somos onda y partículas. —Ella hizo un gesto, como apartando el tema—. Ahora tenemos intimidad.

—Espere —dio Zane, recordando algo—. ¿Cómo puede un demonio luchar consigo mismo hasta la muerte? Ya está muerto.

Librodot

—Quizá sea verdad que los muertos no pueden morir; pero si al cuerpo de un demonio se le hace lo que podría matar a una criatura viva, ese demonio pierde el uso de ese cuerpo y debe regresar al Infierno. Así que es casi lo mismo, en la práctica.

Zane retomó otra tema.

—¿Por qué es tan importante la intimidad? ¿Tenemos secretos que comunicarnos?

—En efecto. Nosotros somos los inmortales mortales; no podemos dar a conocer nuestros secretos a los mortales mortales, sin exponernos a que nos pierdan el respeto. No podemos descubrirle todo a los Eternos, sin exponernos a perder nuestro poder.

—¿Qué secretos? —preguntó Zane—. Yo me limito a hacer mi trabajo.

—Tal como usted lo comprende.

—¿Hay algo que ignore de él?

—Tal vez. —Se sentó en una silla de madera viva y gran parte de su envoltura brumosa se expandió, convirtiéndose en ligera niebla—. Puedo hacer una pequeña y no muy agradable demostración.

Ella gesticulaba y, de repente, Zane sintió una tremenda concupiscencia. Deseaba sexo, y lo quería en aquel momento. Se encontró de pronto levantándose, en más de una forma, acercándose a ella.

—¡No! —gritó, sabiendo que no lo impulsaba su propio deseo, sino algo impuesto desde fuera.

La Naturaleza se limitó a reír.

Zane llegó hasta ella... pero se obligó a tomar el alma, no el cuerpo. Su mano enguantada pasó a través de la niebla y de la carne, y sus dedos cogieron el alma. Tiró y logró sacar parte de ella fuera del cuerpo.

La Naturaleza se tensó como si sufriera un dolor repentino. Los sentimientos eróticos de Zane lo abandonaron tan súbitamente como habían llegado. El encantamiento cesó. Aflojó su agarro sobre el alma y retiró la mano del cuerpo.

La Naturaleza aspiró profunda y temblorosamente. La niebla que la cubría aumentó su densidad. Había perdido parte de su compostura.

—Le he mostrado un poco de mi poder —carraspeó—. Y usted me ha mostrado un poco del suyo.

De nuevo Zane tuvo una inspiración.

—Sí, tengo poder sobre los vivos... en alto grado.

Recordó cómo su cliente del hospital, la anciana que se parecía a su madre, había reaccionado la primera vez que intentó tomar su alma. Tenía que producir un terrible impacto la acción de sacar un alma de un cuerpo vivo.

—Usted lo tiene, Thánatos. Nadie puede resistirse a una Encarnación que ejerce su especialidad; ni siquiera puede hacerlo otra Encarnación. Nunca es beneficiosa la oposición de una contra otra. La Naturaleza gobierna todo lo referente a la vida, pero no a la Muerte. Los poderes individuales de cada una de nosotras tienen que mantenerse intactos. Nadie... —Se detuvo, dirigiéndole una mirada directa de significado enigmático, con ojos tan turbulentos como una tempestad en la noche—. Nadie puede obstaculizarnos con impunidad a ninguna de nosotras.

Zane quedó impresionado por su revelación. No se había dado cuenta antes de lo directa y específicamente que ella podía afectarle, ni de lo que él podía afectarle a ella. Su propio poder le había sorprendido mucho más que el de la Naturaleza. Pero logró controlarse y volvió al asunto que le había traído allí.

—Así que me ha convocado aquí para decirme algo y mostrarme algo, poniendo dificultades en mi camino. ¿Cuáles son sus verdaderas intenciones?

Ella volvió a encogerse de hombros, complacida por el planteamiento. Había recobrado la compostura. Era, por supuesto, una criatura extraordinariamente fuerte.

—Usted ya ha conocido a las otras.

—Supongo que se refiere a las otras figuras específicas: Tiempo, Destino, Guerra. Sí, un poco.

—Somos realmente específicas, Thánatos. Inmortales mortales. Diferimos unas de otras, pero nos influimos de una forma indirecta pero esencial, empleando nuestros vectores.

—¿Vectores?

—Bueno, no supondrá que ninguno de nosotros es completamente libre, ¿verdad? No hacemos lo que hacemos con frivolidad. Sólo actuamos cuando los vectores de fuerza, elevación, viento, temperatura, humedad, presión barométrica y paisaje actúan conjuntamente para determinar con exactitud donde caerá la pelota lanzada; así hay relevantes factores que determinan cómo se desarrollará una guerra, o cómo se moverá un frente frío, o cuándo una vida determinada llegará a su fin. Puede parecer azar o capricho, pero sólo porque ninguna persona mortal y pocos seres inmortales comprenden la naturaleza de las fuerzas operativas. No somos libres, nadie es libre por completo, aunque tenemos cierta libertad de acción, y en eso diferenciamos nuestros cometidos. Cada Encarnación puede oponerse a otra hasta un punto determinado, si la otra lo permite, pero preferimos no hacerlo a menos que haya una razón de peso.

Zane sentía curiosidad.

—¿Cómo pueden oponerse a la Muerte, aunque la Muerte lo permita?

—El Destino se las arreglaría para hacer una sustitución, cortando un hilo.

Ahora sintió un escalofrío, porque sabía que eso se había hecho.

—El Destino... ¿Por qué querría el Destino encargarse de una cosa así?

Librodot

—Cronos podría interrumpir la aproximación de una cita.

—Sí, pero ¿por qué...?

—Marte podría organizar una ruptura social que cambiara por completo la situación.

Ella estaba evitando responder a su pregunta. Aquello parecía una especie de persecución.

—¿Y la Naturaleza? ¿Qué bello truco sacaría usted de su niebla, aparte de su indudable y útil habilidad para provocar lujuria instantánea?

—Muéstreme su alma —dijo ella.

—Mi...

Entonces recordó, y sacó el alma de la chica que tenía dos pies izquierdos. Se había guardado la bolsa de almas de forma automática en el bolsillo y la había olvidado hasta el momento.

La Naturaleza hizo girar una bola de niebla en el aire hasta el alma.

—No menosprecie el poder de ninguna Encarnación, Thánatos. Cuando me deje, vaya a la funeraria y examine esta alma. Entonces comprenderá.

Zane apartó el alma. No parecía haber cambiado. ¿Estaba faroleando? ¿Qué podía hacer ella con un alma!

—¿Me ha traído aquí sólo para esto? —preguntó.

Ella se echó a reír, haciendo que se escindieran pequeños retazos de niebla y flotaran libres.

—De ninguna manera. Me limito a poner de relieve mi importancia con esa alma para que usted me otorgue el respeto debido y preste atención a mi sugerencias.

—¡Bueno, haga sus sugerencias! —exclamó Zane, impaciente.

—¿Cuál cree usted que es la profesión más antigua de la especie humana? —preguntó la Naturaleza.

¿Por qué salía con aquello?

—Es una profesión femenina —contestó, con prudencia.

—No es ésa, Thánatos. Las mujeres no eran admitidas. La profesión más antigua es la de chamán, curandero o médico brujo.

—¡Médico brujo! —exclamó Zane incrédulamente—. ¿Qué validez tenía antes de que la magia moderna se perfeccionara?

Pero, mientras hablaba, recordó el comentario de Molly Malone sobre los antiguos pintores de cuevas y sus poderes perdidos sobre las almas de los animales. La práctica de la magia era anterior a los progresos modernos.

—El chamán fue el soporte original de las artes liberales. El jefe de la tribu era el hombre de acción, mientras que el chamán era el hombre del intelecto. No debió haber sido fácil para él en los tiempos primitivos, cuando la magia y la ciencia funcionaban erráticamente; pero era el único con una auténtica visión de futuro. De él descienden aquellos que tuvieron que profundizar en el por qué,

Librodot

en lugar de limitarse a aceptar el que. Médicos, filósofos, sacerdotes, científicos, magos, artistas, músicos...

—Todos los que ayudan de alguna forma a la Naturaleza —asintió Zane, aunque en su interior se preguntó si los artistas y músicos pertenecían en realidad a esa categoría. Sus profesiones eran más subjetivas que las demás—. Pero su...

—Hay un camino.

—¿Un camino para qué! No la entiendo en absoluto.

—¿Es usted evolucionista o creacionista?

—Ambas cosas, por supuesto. Pero, ¿a qué viene eso?

—Hay quienes piensan que son dos posturas incompatibles.

Estaba volviendo a cambiar de tema, de la forma irritante que le era propia.

—No veo por qué. Dios creó el cosmos, y Satán lo hizo evolucionar. Así tenemos a la magia y a la ciencia unidas, como es debido. ¿Acaso podría ser de otra manera? Pero, ¿qué es lo que intenta decirme? Necesito atender otros asuntos.

—Tememos a lo desconocido —dijo la Naturaleza—. Ésa es la razón de que el hombre investigue para explicar las cosas, para iluminar lo que permanece oscuro. Continúa fascinado por el misterio, el azar y, con frecuencia, por juegos en los que destruye su vida. —Lo miró indirectamente, y Zane comprendió que ella y las demás Encarnaciones sabían que él se había jugado el dinero y después su propia vida—. El hombre es una criatura curiosa; y aunque su curiosidad puede matarlo, también lo educa. Hoy día tenemos físicos nucleares y una específica conspiración de demonios.

—Y ambos son peligrosos para la salud del hombre —terminó Zane—. Qué causaría más daño es una pregunta aún sin respuesta: una gran explosión nuclear o un demonio del más alto rango deambulando por la Tierra. Quizá la Tercera Guerra Mundial aclare la cuestión.

—Confío en que podamos aclararla con menos violencia —dijo la Naturaleza—. Aunque me disgustaría privar a Marte de esa satisfacción. Pero si aceptamos que la humanidad es digna de ser preservada...

—¡Por supuesto que es digna de ser preservada!

—¿Lo es? —preguntó ella, dirigiéndole su enigmática e insondable mirada.

De pronto, Zane se vio asaltado por la duda. La apartó.

—Aceptemos, para esclarecer el tema, que el hombre es merecedor de salvación. ¿Qué propondría usted?

—La apreciación de varias formas de pensar podría servir de ayuda.

—¿De ayuda para evitar la guerra? ¿Cómo?

—Por medio de formaciones de pensamiento.

—¿Formaciones?

Zane se sentía incómodo, pero se negaba a admitir la magnitud de su confusión. Si la Naturaleza tenía una proposición que hacer, él quería captarla bien.

—El hombre no es sólo un pensador lineal —dijo, lanzando un retazo de niebla al aire, que fluctuó como una estela de vapor—. Sin embargo, el esfuerzo en serie es aceptable, y útil en muchas circunstancias.

Zane contemplaba la estela.

—¿En serie? —preguntó desconcertado.

—Imagine las sinapsis de su cerebro corno si fueran varias cerillas de madera, haciendo coincidir la cabeza de una con el extremo opuesto de la siguiente. Sus pensamientos viajan a lo largo de ellas. —Trazó la línea con el dedo, interrumpiéndola cuatro veces—: Ésta es la disposición de una serie. Es como conducir por una autopista, desde el principio hasta el fin.

—¡Oh! Sí, comprendo. Sinapsis conectadas en serie. Supongo que pensamos de esa forma, aunque hay caminos alternativos.

—Exacto. Aquí tenemos el sistema de caminos alternativos. —Pasó la mano por la estela, borrándola; después utilizó el dedo para dibujar cinco nuevas cerillas—: . Ésta es una formación paralela. Por supuesto, muy directa y fuerte, conduce a una conclusión prácticamente cierta, basada en muchos hechos. Quizás es el modo más fiable.

—Pero no tiene tanto alcance.

—Es verdad. Es muy conservadora y avanza a pasos cortos y seguros, con pocos errores, bastante menos de los que pueden darse en los súbitos saltos de comprensión de la formación en serie. Tiene inconvenientes, pero es útil cuando la ocasión lo requiere.

—Quizá sí. Pero su opinión...

—En momentos concretos, usted parece pertenecer a ese tipo de pensadores —le dijo ella, sonriendo. Frunció los labios y formó un anillo de niebla que giró hacia arriba—. Usted se aferra a lo esencial, pero eso no siempre le proporciona buenos resultados.

—He tenido problemas en el Purgatorio por no acercarme a lo esencial —afirmó Zane.

—Además, contamos con la formación creativa —continuó ella, mientras borraba la formación paralela y dibujaba cinco palitos que partían de un punto común—: Pensamientos divergentes, no limitados necesariamente al contexto inmediato.

—Va en todas las direcciones —admitió Zane—. Pero...

—Y la formación esquizoide —dijo ella, dibujando un pentágono—: que gira y gira, sin llegar a ninguna parte, interiorizándose.

—¿Para qué sirve?

—Puede ayudar a una persona a poner término a una perniciosa necesidad —dijo.

—No veo que...

—Finalmente, tenemos la formación intuitiva. —Trazó otra serie de rayitas—: —///—. Un repentino salto a una conclusión. No es el modo más adecuado, pero a veces es efectivo cuando otros fallan.

—Cinco sistemas para pensar —dijo Zane, próximo a la exasperación—. Muy interesante. Estoy seguro. ¿Pero qué es lo que tiene que decirme?

—Ya lo he dicho —afirmó la Naturaleza, con calma.

—¿Qué me ha dicho? Ha evadido la cuestión desde el principio.

—¿Qué cuestión?

Zane ya estaba cansado.

—No tengo interés en continuar con este juego —dijo, y abandonó precipitadamente la morada.

La Naturaleza no se opuso.

La salida desde el centro de la propiedad fue mucho más fácil de lo que había sido la entrada. Caminó sendero abajo y a través de un bosquecillo, y llegó al primer campo sin cruzar el pantano, ni el estanque ni el tupido bosque. Fue un recorrido de pocos cientos de pasos. Mortis y Luna lo estaban esperando.

—¿Qué tenía que decirte la vieja Madre Naturaleza con tanta urgencia? —le preguntó Luna maliciosamente.

—No es tan vieja. Al menos, a mí no me lo ha parecido.

—Si tú lo dices...

—¿Estás celosa? —le preguntó, complacido.

Luna no contestó de momento, como si verificara que no llevaba ninguna piedra de la verdad puesta.

—Por supuesto que no. ¿Qué edad aparenta?

—No podría decirlo. Estaba vestida de niebla.

—¿De niebla?

—De una especie de bruma. Envolvía todo su cuerpo. Pero me dio la impresión de juventud, o al menos de que no era vieja.

—La Naturaleza carece de edad.

—Supongo que es así, técnicamente. Como la Muerte.

Luna lo cogió del brazo, con ademán posesivo.

—Y yo haré que la Muerte sea mía. Pero, ¿no tenía ningún mensaje o aviso importante para ti? Si no es algo vedado a los mortales como yo, dilo.

Zane se rió, incómodo.

—Nada de eso. Al parecer, sólo quería charlar.

Librodot

—O valorar al nuevo responsable del cargo.

—Quizá sí. Habló de cosas diversas, de la evolución y el chamán como la profesión más antigua, de las formaciones o esquemas del pensamiento, y de cómo las demás Encarnaciones podían contrarrestarme, si yo lo permitía. Miró el alma que recogí de camino hacia aquí e insinuó que podía restablecerla.

—Tal vez estaba hostigándote. Intentando hacer que reaccionaras para calcular tu valía. Algunas mujeres son así, y la Naturaleza es seguramente el ejemplo en sumo grado.

—El arquetipo —convino él—. Pero es fácil comprobarlo con el alma. Vamos a poner las cartas boca arriba. Llevaré esta alma de nuevo a su cuerpo, ahora.

—Esa sí que es una cita interesante —comentó Luna, cuando montaron en Mortis.

—Si insistes en salir con la Muerte, debes esperar cosas tétricas.

El caballo despegó, sabiendo adonde ir. Luna rodeó con los brazos el torso de Zane y se apretó contra él.

—La perspectiva de morir es menos terrible para mí desde que te conozco —dijo ella a su espalda mientras volaban a toda velocidad a través del mundo—. Tal vez era eso lo que se proponía mi padre.

Zane no respondió. El pensamiento de su cercana muerte le resultaba difícil de aceptar. ¿Qué le quedaría cuando ella se hubiese ido? ¿Por qué era merecedora de tal destino? Le traía sin cuidado las anotaciones sobre la carga de pecados de su alma que constaban en el libro de contabilidad; era una mujer buena.

Mortis descendió junto a una funeraria. Aún era de noche allí, en San Diego, o el comienzo del alba; y en el lugar no había movimiento.

La entrada estaba cerrada, pero se abrió con el toque de los guantes de la Muerte. Ninguna barrera física podía detener a la Muerte. Penetraron, y encontraron el camino hasta la cámara frigorífica, donde se guardaban los cuerpos recién muertos durante el período de espera obligatorio. Zane utilizó sus gemas para localizar el cajón en que yacía la chica del baile, y lo abrió. Hasta entonces no se había dado cuenta de que las gemas podían orientarlo hacia un cuerpo sin alma, si él lo deseaba. Tenían más usos de los que él pensaba.

Allí estaba ella, totalmente muerta. No bonita a la manera de un cadáver que se expone, con los ojos y la boca cerrados y la sangre sustituida por fluido embalsamador; era simplemente un cadáver frío.

—Definitivamente es una cita insólita —murmuró Luna.

Zane abrió su bolsa y sacó el alma de la chica. La agitó suavemente, desdoblándola; luego la colocó sobre el cadáver.

—Esto es lo más que puedo hacer para...

El alma se introdujo en el rígido cuerpo. Un momento después, el torso se estremeció y los ojos se abrieron. La respiración se reanudó fatigosa.

—¡Está viva! —exclamó Luna—. Debemos sacarla del cajón.

—La Naturaleza no faroleaba —dijo Zane—. Le ha devuelto la vida.

Deslizó sus brazos alrededor del cuerpo tembloroso y lo levantó. Permaneció rígida, como si aún no hubiera superado el rigor mortis, aunque estaba viva y podía moverse de alguna forma.

Luna le ayudó a llevarla a una estancia menos fría. Masajearon sus manos y sus pies, tratando de que recuperaran el calor y la flexibilidad, pero no fue suficiente. Su respiración se hizo más superficial y la rigidez no disminuía.

—Necesita calor —dijo Luna—. De lo contrario morirá de nuevo. Ha estado demasiado tiempo en el frigorífico, y el encantamiento de la Naturaleza parece sólo temporal. Debo usar la magia...

—Pero eso te perjudicará —objetó Zane.

—¿Qué diferencia supondrá? Me voy a morir y estoy condenada. —Luna sacó una gema.

Zane dejó que actuara, sabiendo que lo que había dicho era cierto. El uso de la magia negra no podía empeorar su situación. Aunque era irónico que se le reprochara su intervención en una buena causa.

Luna activó la piedra. Una emanación azul la rodeó. La acercó al frío cuerpo de la chica y, de inmediato, éste se calentó y perdió rigidez. Los brazos de Zane, que sostenían el cuerpo, fueron tocados por la radiación, y un agradable, aunque intenso calor penetró en ellos.

—¡Es como un horno de microondas! —exclamó.

—Se basa en un principio similar —asintió Luna—. Cualquier cosa que la ciencia pueda hacer, también es factible para la magia, y a la inversa. Pero los mecanismos difieren.

Ahora la muchacha se recobraba rápidamente. Su respiración era más profunda, su cuerpo más flexible, y su color mejoró.

—¿Qué? —preguntó.

Zane aún la sostenía. En el momento en que habló, estaba detrás de ella, con los brazos alrededor justo debajo de su pecho. Le costaba cierto esfuerzo mantener en pie un cuerpo medio muerto y desnudo. Su posición no cambió, pero adquirió conciencia de ella. No era la forma en que un hombre debía sujetar a una chica viva. Pero si la soltaba y ella se volvía y miraba la cara de la Muerte...

Luna comprendió el problema sin que le hablara de él.

—Tenemos que conseguir ropa para ti —le dijo a la chica.

Zane continuó sosteniéndola mientras Luna buscaba por la habitación, hablando mientras lo hacía, para tranquilizar a la chica.

—No debes de sentirte muy bien ahora, ¿verdad? Ya ves, te excediste bailando y perdiste el conocimiento. Pensaron que habías muerto, te trajeron aquí y te metieron en la cámara. Por eso tienes tanto frío.

—Mucho frío —admitió ella, empezando a temblar.

Luna encontró una manta y se la echó por los hombros.

—Envuélvete en esto. Hay otra cosa que tenemos que explicarte. Has estado en grave peligro... tan grave que la Muerte fue convocada para recoger tu alma. Pero eso ha cambiado. Bueno, decidió dejarte aquí después de todo. Así que no te alarmes. La Muerte no llega, se marcha.

—¿La Muerte? —La inteligencia de la chica no estaba demasiado despierta, comprensiblemente.

Zane la soltó mientras Luna la ayudaba a envolverse en la manta. Entonces se volvió y vio el rostro de la Muerte por primera vez. Se sorprendió, pero lo aceptó.

—La Muerte no toma a nadie que no esté preparado para partir —le dijo Luna para tranquilizarla—. En realidad es tu amiga, no tu enemiga. De todas formas, tendrás que dar una explicación de esto a tus allegados. Diles que te sumergiste tanto que viste a la Muerte, pero que pasó de largo. Eso te proporcionará cierta notoriedad merecida.

—Oh, sí —asintió débilmente la chica—. Encantada de conocerla, Muerte. He oído hablar mucho de usted.

Pero no parecía asustada.

En el momento oportuno, la dejaron con sus amigos, que le dieron la bienvenida como a alguien que volvía de la muerte.

—Y mantente alejada de las zapatillas mágicas —le aconsejó Luna al despedirse.

Mortis los condujo de vuelta a Kilvarough, galopando por el cielo en la madrugada.

—¡Qué cita! —repitió Luna, y lo besó—. ¿Llamaremos amor a esto de aquí en adelante?

—¿Lo es? —preguntó él, realmente inseguro.

Lo que sentía por Luna era más profundo y grande que lo que había sentido por cualquier otra mujer, pero no apasionado.

Ella frunció el entrecejo.

—No, aún no. —Sonrió, con tristeza—. ¡Quizá tengamos tiempo!

BUROCRACIA

Zane fue a trabajar en su montón de casos acumulados. Su eficiencia continuaba en aumento y se orientaba hacia cualquier alma determinada en cualquier punto del mundo en el tiempo que le señalaba su relojmuerte. Además, se daba cuenta de que comprendía cada vez mejor la naturaleza de

su cargo. La Muerte no era la gran desgracia de la vida, sino una parte necesaria de la vida; la transición al Más Allá. La tragedia no era morir, sino morir antes de tiempo, antes de que hubiera terminado el período de vida concedido. Mucha gente aceleraba su propia muerte por entregarse a prácticas suicidas, consumiendo drogas que afectan a la mente, o desnaturalizándose con la magia negra. Él mismo había sido un necio al intentar suicidarse por la pérdida de una mujer que ya no le importaba.

Creía que, en cierto modo, no había vivido realmente hasta que dejó la vida. Había nacido de nuevo en la muerte.

Ahora, que se encontraba bien en el oficio de Muerte, empezaba a pensar que lo podía desempeñar adecuadamente. Era el esfuerzo, más que la capacidad, lo que lograba la diferencia. Era probable que su predecesor pudiera haber hecho un trabajo mejor; pero no le molestaba. Zane poseía menos habilidad, compensado por un gran deseo de hacerlo bien. No se sentía obligado a causar miedo. Podía intentar que la necesaria transición de la vida al Más Allá de cada persona fuera suave. ¿Por qué tanto temor?

Desde luego, aún se hallaba en su período de iniciación. Si los poderes establecidos no aprobaban su forma de actuar, su equilibrio personal entre el bien y el mal se alteraría, y sería condenado al Infierno cuando dejase el oficio. Pero, según sus conocimientos, ningún otro poder podía echarlo de su cargo. No mientras se esmerara. Así que, si su alma iba a condenarse, podía continuar indefinidamente, si desempeñaba bien el trabajo.

Sí, así era.

—¡Maldito problema! —exclamó—. Sé lo que está bien, y voy a hacerlo. He adquirido fe en mi honesto juicio.

De repente se sintió mucho mejor; sus dudas habían disminuido.

El cliente del que ahora tenía que ocuparse estaba bajo tierra en las inmediaciones de Nashville, la capital de la canción rural. Esto no planteaba problemas a Mortis, que pasaba a través de ella, llevando consigo a Zane. Vio estratos de arena, grava y diferentes clases de roca, hasta que alcanzaron un conducto en pendiente a través de una veta de carbón y llegaron a la cámara donde dos mineros se encontraban atrapados por un reciente desprendimiento. No había esperanza para ellos: quedaba poco aire, y se tardaría varios días en desescombrar el túnel.

Reinaba una absoluta oscuridad, pero Zane podía ver bastante bien. Parecía que su oficio le proporcionaba una visión mágica, para que las tinieblas no fueran un obstáculo en sus planes. Los hombres yacían contra un montón de escombros, preservando sus fuerzas y respiración; sabían que no había posibilidad de salir.

—Hola —dijo Zane, sintiéndose torpe.

Librodot

Uno de los mineros volvió la cabeza. Las pupilas de sus ojos se dilataron enormemente al tratar de descubrir la procedencia de la voz. Por supuesto, Zane se había hecho visible por medio de la magia.

—No mires ahora —murmuró el hombre—, pero creo que estamos a punto de abandonar nuestro empleo.

Desde luego, el otro miró y vio.

—¡La calavera encapuchada! ¡Es la Muerte?

—Sí —dijo Zane—. He venido por uno de ustedes.

—Ha venido por los dos —dijo el primer hombre—. Sólo tenemos aire para una hora, quizá menos.

Zane miró su reloj.

—Menos —afirmó.

—¡No quiero morir! —dijo el segundo minero—. Pero supe cuando oí que se iniciaba el desprendimiento que no había esperanza. De todas formas, estábamos viviendo un tiempo prestado, con todas las violaciones de las medidas de seguridad que la compañía incumple. Si hubiese sido listo, me habría salido de este negocio.

—¿Dónde hubieras ido? —le preguntó el primer minero.

El otro suspiró.

—A ninguna parte. Me estoy engañando a mí mismo; éste es el único trabajo que soy capaz de hacer. —Miró de nuevo a Zane—. ¿Cuánto tiempo?

—Nueve minutos —contestó éste.

—Suficiente tiempo para confesarme.

—¿Qué?

—Confiéseme. Ya sabe, mi religión. ¡Nunca fui un buen feligrés, pero quiero ir al Cielo!

El segundo minero rió, con amargura.

—Sé que yo no iré allí.

Zane acercó la piedra de los pecados.

—Usted está destinado al Cielo —le dijo al primero—. Usted está dudoso —le dijo al segundo—. Por eso debo de tomar personalmente su alma.

—¿Dudoso? ¿Qué significa eso?

—Su alma se balancea entre el bien y mal, de forma que no se puede estar seguro si irá al Cielo o al Infierno, o permanecerá algún tiempo en el Purgatorio.

El hombre sonrió.

—Eso es un alivio.

—¿Un alivio?

—Ir a un lugar o a otro. Aunque sea al Infierno. Sé que lo merezco. He engañado a mi mujer, robado al gobierno... Ya sabe. He hecho eso, y estoy dispuesto a pagar.

—¿No teme al Infierno?

—Sólo temo a una cosa, y es a estar en una trampa cerrada como ésta, con el aire que se agota y mi desesperanza... durante toda la eternidad. Puedo soportarlo durante una hora, pero no para siempre. No me importa lo que me pase, mientras que no sea esto.

—¡A mí sí me importa! —dijo el primer minero—. ¡Estoy tan asustado que pronto no podré ni hablar!

Zane meditó. Se dio cuenta de que los que iban a morir necesitaban que alguien les cogiera la mano, no que se huyera de ellos. Era bastante difícil para cualquier persona explicar lo inexplicable. Debía intentar prestarles ayuda.

—He venido por el que está en equilibrio, pero creo que el otro también necesita mis servicios.

—Seguro, ayúdele —dijo el cliente equilibrado—. No digo que me guste morir, pero puedo aceptarlo, creo. Conocía los riesgos cuando me apunté a este trabajo. Quizá no vaya al Infierno.

Zane se sentó al lado del otro.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Confesarme, ya se lo dije; eso me ayudaría.

—Pero no soy sacerdote; ni incluso de su misma religión.

—Usted es la Muerte, y puede.

Quizás era verdad.

—Entonces escucharé y juzgaré... pero ya sé que sus pecados no son grandes.

—Una cosa —dijo el hombre, atribulado—. Una cosa me persigue desde hace décadas. Mi madre...

—¡Su madre! —dijo Zane, sintiendo el impacto acostumbrado.

—Creo que la maté. Yo... —El minero se detuvo—. ¿Se encuentra bien, Muerte? Está pálida, incluso para ser usted.

—Comprendo lo referente a matar madres —dijo Zane.

—Eso está bien. Ella... yo era sólo un quinceañero cuando... Bueno, ella estaba en ese ala del hospital, y...

—Comprendo —repitió Zane.

Alargó la mano para coger la del hombre. Sabía que sus dedos enguantados se percibían como huesos, pero el minero no la rechazó.

—Tenía cáncer, y yo sabía que estaba sufriendo, pero...

Zane le apretó la mano.

Librodot

Tranquilizado, el minero continuó.

—La visitaba; y un día me pidió que saliera de la habitación y leyese lo que ponía sobre el... ya sabe, sobre la puerta. Así que salí y miré; había algo escrito allí, pero no pude entenderlo. Creo que estaba en latín. Regresé y se lo dije, y me preguntó si era... Ella deletreó la palabra, y estaba en lo cierto; era la que estaba escrita. Así se lo dije, preguntándome cómo lo sabía. Ella me dio las gracias. Pensé que estaba satisfecha. —El minero tomó una bocanada de aire—. Y a la mañana siguiente estaba muerta. El médico dijo que parecía que había renunciado a luchar y muerto en la noche. Nadie sabía el motivo porque, hasta entonces, ella había luchado con todas sus fuerzas. Pero yo... yo investigué y encontré el significado de la palabra en latín. Significaba incurable. Le había dicho que no había esperanza, y ella se abandonó por completo. Supongo que la maté.

—¡Pero usted no lo sabía! —le recordó Zane.

—Debía haberlo sabido. Debía haber...

—Le hizo un favor —dijo Zane—. Los demás le ocultaban la verdad, manteniéndola viva y sufriendo. Usted la sacó de duda. —Estaba hablando más para sí mismo que para el minero—. No hay pecado en su alma por eso.

—No, no debía habérselo dicho.

—¿Hubiese sido correcto mantener su vida mediante una mentira? —le preguntó Zane—. ¿Hubiese estado más limpia su alma entonces?

—No era de mi incumbencia...

—¡Acaba con eso! —dijo el otro minero—. Fuiste culpable de ignorancia. Nada más. Yo tampoco hubiese sabido qué quería decir esa palabra en latín.

—¿Cómo lo ibas a saber? —preguntó el primero—. No estabas allí.

—¡Claro que no! —admitió el segundo, con amargura—. Ni siquiera sé quién era mi madre.

El primer minero se quedó pensativo.

—En ese caso... —concedió.

De alguna forma parecía que al otorgarle esa comprensión, aceptaba también que había tenido suerte. Al menos, él había conocido a su madre y la había cuidado.

—Ahora no estoy filosofando —dijo el segundo—. Siempre he sido un pecador. Pero, tal vez, si hubiese tenido una madre como la tuya, una mujer buena, hubiera sido mejor. Así que acepta esto de un hombre que no tiene ningún derecho a decirlo: deberías recordar a tu madre, no con culpabilidad y pena, sino con gratitud... por la alegría que te dio mientras vivió, por la manera en que te puso en el camino del Cielo y no en el del Infierno.

—Para ser pecador, tienes un fondo bastante bueno. Pero si le hubiera ayudado a vivir más tiempo...

—¿Más tiempo en una caja de aire enrarecido? —preguntó el otro.

—No, estoy de acuerdo —dijo Zane—. Ya es hora de dejar eso. Estas cosas están programadas de manera que ningún mortal entiende. Ella lo sabía, aunque usted no. Si hubiera tenido una oportunidad de sobrevivir, hubiese deseado luchar por ella, por el bienestar de su familia, por las cosas que tenía que hacer en la Tierra. Pero no la había, así que fue mejor que ella no se torturara durante más tiempo. Dejó la vida como usted podría dejar la pieza estropeada de un aparato, y se fue de la oscuridad de las profundidades de la mina para alcanzar la brillantez del Cielo.

—No sé.

El hombre respiraba con dificultad ahora, por no hallar suficiente oxígeno en el aire. Parecía más sensible a esta carencia que su compañero. Zane no tenía problema; era evidente que su magia le ayudaba también en esto. Aún seguía descubriendo cosas sobre su oficio.

—Usted se reunirá con ella allí —concluyó—. Allí en el Cielo, ella misma le dará las gracias.

El minero no respondió, así que Zane soltó su mano y se volvió hacia el otro, su verdadero cliente.

—¿Está seguro de que no hay nada que pueda hacer por usted?

El hombre se quedó pensativo.

—Como ya sabe, soy un cínico, pero creo que tengo una especie de anhelo por el significado de la vida, o al menos por cierto entendimiento. Hay una canción que ronda en mi cabeza, y no me deja; supongo que significa algo, pero no se qué.

—No soy experto en significados —dijo Zane—. Pero lo puedo intentar. ¿Cuál es la canción?

—Ni siquiera conozco el título. Sólo sé que me parece un antiguo canto ballenero. Quizá tenga sangre de pescador en mis venas. Dice... lo que puedo recordar... es algo así: y la ballena dio un golpe con la cola, y el bote zozobró, y perdí a mi marido, y él nunca, nunca volverá a navegar. ¡Oh Dios! nunca volverá a navegar. Es ese «¡Oh Dios!» lo que me impresiona. En mi vida me he preocupado de Dios, pero ahora tengo ese sentimiento, y no sé por qué.

Zane sospechó que el hombre se había preocupado más de Dios de lo que creía, pero no lo dijo.

—Es una exclamación —afirmó, intrigado por el fragmento. Había sentimiento en él cuando la viuda gritaba su terrible aflicción—. Es una protesta. ¡Oh Dios! ¿Por qué tenía que ocurrir? ¿Por qué se hunde un barco o se derrumba una mina?

—¡Oh Dios! —repitió el primer minero.

—Pero, ¿por qué me está inquietando ahora una canción ballenera, cuando estoy enterrado en este apestoso agujero? —preguntó el segundo minero.

—Debe de tener asociaciones especiales para usted —contestó Zane—. No estoy equipado para interpretar...

Librodot

—A mí me parece que está bastante claro —dijo el primer minero—. Ahogado en las profundidades del mar, asfixiado en las profundidades de la tierra, y tu esposa afligida.

—Sí, es posible que ella se aflija —dijo el segundo, animándose—. Pero no creo que sea eso. Es como si contuviera un mensaje. Si lograra captarlo... —Hizo crujir sus dedos como tratando de hacer surgir el mensaje, y produjo un eco en las galerías de la mina—. Mire, Muerte, ya que quiere hacer algo, cuénteme una historia sobre esa canción. Cualquier cosa que le dé un poco de sentido.

Ésta era pues la última petición del cliente. Ambos hombres carraspeaban ahora, y el tiempo se reducía. Zane tenía que intentar cumplir el deseo del hombre, aunque fracasara. Pensó durante un momento, luego empezó a hablar... y lo que dijo le sorprendió.

«Había una joven ballena hembra llamada Wilda. Surcaba los océanos del mundo, feliz en compañía de los de su especie; y cuando llegó a la edad, pensó que debía emparejarse como las demás ballenas adultas y tener cría. Pero entonces llegaron los pescadores, en sus grandes embarcaciones, y arponearon a su padre y a su madre, y a su compañero; y los remolcaron fuera del agua, así que nada quedó de ellos, excepto su sangre y horribles fragmentos de sus cuerpos que los tiburones se apresuraron a devorar. Wilda escapó, porque había aprendido magia; cambió de forma hasta adquirir la apariencia de un pez sin importancia, y se alejó nadando.

»Sufrió y cantó su canción de pérdida y dolor, pero también estaba furiosa, y confusa. ¿Por qué aquellas pequeñas criaturas de la tierra, llamadas hombres, iban a asesinar ballenas que nunca les habían hecho daño? Aquello, en apariencia, carecía de sentido. Se dio cuenta de que no tenía posibilidad de enfrentarse al problema hasta que no comprendiera los motivos del enemigo. Por tanto, adquirió forma humana y se dirigió a la aldea de pescadores donde vivían los balleneros.

»Algunos humanos se rieron de ella, porque estaba desnuda y desconocía sus costumbres. Pero un hombre joven llamado Hank la llevó a su casa, porque ella era hermosa. Hank vivía con su madre viuda, y los dos la vistieron y le enseñaron su lengua. Ella aprendió con rapidez, porque era una ballena inteligente y deseaba conocer la naturaleza de aquella extraña especie. Aprendió que Hank era un ballenero que periódicamente salía a cazar ballenas, puesto que ésa era su forma de ganarse la vida. Allí, en tierra, la comida no podía tomarse libremente; la gente no se limitaba a ir nadando, abrir la boca y atrapar y saborear suculentos calamares; y cuando el frío aumentaba no podían emigrar tranquilamente a las aguas más cálidas del sur, porque era complicado viajar en la tierra. Los humanos tenían que trabajar y conseguir oro, y usar ese oro para comprar todo lo que la vida en la tierra requería.

»Wilda comprendió. No había animosidad personal allí; los hombres tenían un estilo de vida más dificultoso que las ballenas, el cual los compelía a acciones que en otras circunstancias no habrían realizado; y además no consideraban a las ballenas como a criaturas inteligentes. Tal vez, si se lograba que los humanos comprendieran la cultura y los sentimientos de las ballenas, las cosas

Librodot

cambiarían y se acabarían los horribles asesinatos. Trató de explicárselo a Hank, pero él creyó que bromeaba. Después de todo, su padre había muerto a causa de un coletazo de ballena, así que su afligida madre tuvo que criarlo sola. ¡Oh Dios! ¿Qué podía sentir por las ballenas? Le pidió a Wilda que se casara con él, porque necesitaba una mujer y creía que ella era un regalo del Cielo.

«Esto dificultó mucho las cosas para Wilda, porque estaba enamorada de él, aunque no era de su misma especie. Así que lo llevó a la orilla del mar, avanzó en el agua y recobró su forma natural, en la creencia de que cuando la viera como la ballena que era en realidad, le repugnaría. Pero él le gritó para que volviese y lo disculpara por no haberle creído y prometiéndole que nunca volvería a matar otra ballena. Al fin ella lo había persuadido, y su amor superó el conocimiento de su naturaleza.

»Pero ahora volvía a ser una criatura del mar, y la llamada del mar era fuerte. ¿Cómo podría dejar el agua para siempre? Y vio a otra ballena, un macho bello y fuerte. Pensó que podrían formar pareja, pero él le dijo que en realidad era un calamar, que había adoptado la apariencia de su especie para averiguar por qué las ballenas se ensañaban en los calamares, cuando ellos no les hacían ningún daño. Wilda estaba asombrada y entristecida, ya que nunca había pensado que esas criaturas tuvieran sentimientos o inteligencia. ¿Cómo podría volver a devorar calamares? Entonces fue consciente de que la muerte era una cadena de comer y ser comido, sin más justificación que la necesidad, el poder y la oportunidad. A ese respecto, su especie no era diferente de los humanos ni de los calamares. Todo era un asunto de punto de vista. Así que pidió disculpas al calamar, regresó a tierra, asumió de nuevo su forma de muchacha, se casó con Hank, y resolvió al fin el problema que le preocupaba.»

—Y quizá —concluyó Zane—, si los hombres tuviéramos una perspectiva similar de las grandes pautas de nuestra existencia, también podríamos aceptar el orden natural, aunque a veces nos cause dolor; en especial, cuando morimos prematuramente.

Se detuvo, esperando alguna respuesta de los mineros. Pero se había agotado gran parte del oxígeno, y los hombres estaban inconscientes. Zane tomó el alma de su cliente y fue hacia Mortis, inseguro de lo correcto de su actuación.

Ahora tenía otro asunto. Alguien que él conocía iba a ser tomado fuera de turno y él no lo aceptaba con tanta facilidad como había hecho Wilda con el destino de su familia. Pero, ¿cómo podría conseguir la claridad de juicio que necesitaba?

La Naturaleza le había hablado de los sistemas de pensamiento. El primero era el camino lineal por lo general, el más directo. ¿Podría conseguir algo con él?

¿Cuál era el camino directo para lograr la claridad de juicio? ¿Hacer lo que Wilda había hecho, y preguntar a alguien que tuviese información? ¿A quién? ¿A quién mejor que al ordenador del Purgatorio?

Cuando tuvo al corriente sus casos, se detuvo en el Purgatorio.

—Quiero consultar los archivos —le dijo a la chica de información.

Ella le indicó el ala adecuada del edificio. Era, por supuesto, otro centro de ordenadores, con un terminal preparada para él. No estaba seguro de que fuera el mismo ordenador que había utilizado antes, pero sospechaba que todas las terminales estaban conectadas con el mismo mecanismo central.

Se sentó y conectó el terminal.

¿CÓMO PUEDO AYUDARLE, MUERTE?, le preguntó la pantalla, en color verde.

—Quiero ver el status de Luna Kaftan —dijo Zane, empezando a escribir la orden.

ESTE TERMINAL ESTÁ PROGRAMADO PARA ENTRADAS VERBALES, le advirtió la pantalla. LUNA KAFTAN, NO MUERTA. PROPORCIÓN ACTUAL DE BIEN A MAL 35-65. ÉSTA CAE DENTRO DE LOS PARÁMETROS DE ENVÍO AL INFIERNO SIN ASISTENCIA, AL FALLECIMIENTO.

—Exacto —dijo Zane, preguntándose cómo el ordenador podía estar tan al corriente de un alma que no había sido oficialmente leída. Pero era evidente que el Purgatorio tenía que saber tales cosas, al objeto de establecer el programa de recogidas de la Muerte—. Ella engañó a su padre y también tomó parte de su maldad para posibilitar que fuera al Cielo.

Pero mientras lo decía, percibió un error. El Mago Kaftan no había buscado el Cielo, había buscado una entrevista con la Muerte. Hubiera podido transmitir a Luna un poco más de su carga de pecado, asegurándose el Cielo. En lugar de eso, había hecho un cálculo preciso para que la Muerte tuviera que atenderlo personalmente, de forma que el Mago y la Muerte pudieran charlar de cosas intrascendentes en apariencia. Justo como la Naturaleza lo había convocado para otra charla frívola diferente. ¿Por qué aquellos personajes poderosos hacían tal esfuerzo para conseguir tan poco?

LAS LEYES DE DETERMINACIÓN ADOLECEN DE CIERTAS LAGUNAS, confesó la pantalla.

—Si tú dirigieses la Eternidad, ¿serían las cosas diferentes? —le preguntó Zane, con una sonrisa.

AFIRMATIVO. Y la pantalla mostró una cara sonriente formada por pequeños cuadros.

—Se suponía que tendría tiempo para corregir el saldo —dijo Zane—. ¿Por qué está programada para tener un fallecimiento prematuro?

ESA INFORMACIÓN NO CONSTA EN EL EXPEDIENTE.

—Pero los motivos son parte esencial del historial —protestó Zane—. Son necesarios para determinar si un alma concreta es buena o mala. Desde el saldo que indica donde va la persona después del fallecimiento, hasta si yo, la Muerte, la atenderé en persona.

LOS MOTIVOS DE LOS CLIENTES ESTÁN REGISTRADOS. NO LOS MOTIVOS DEL OLE PROGRAMÓ SU TEMPRANA TRANSFORMACIÓN.

—¿Quién la programó? —preguntó Zane.

NO CONSTA EN EL EXPEDIENTE.

—¿Cómo se puede dar tal clase de orden de forma anónima? —volvió a preguntar—. ¿No debería haber una especie de responsabilidad en un asunto de tanta importancia?

NORMALMENTE ESAS ORDENES ESTÁN FIRMADAS, admitió la pantalla. PERO NO ÉSTA. CONJETURA: HA HABIDO UN FALLO.

—¿Quieres decir que la orden no es válida? —El pulso de Zane se aceleró.

¡Luna podrá vivir, después de todo!

PAUSA PARA VERIFICACIÓN... NO SE ENCUENTRA NINGUNA REFUTACIÓN DE LA ORDEN.

—Pero tampoco ninguna firma. ¿No se debería dejar en suspenso esa orden hasta verificar su origen?

NO EXISTE PREVISIÓN PARA EL CASO.

—Pero no se puede condenar a alguien a una muerte prematura sin autentificación. ¡Tiene que ser legitimada!

CONJETURA: EXISTE LA AUTENTIFICACIÓN, PERO HA SIDO SUPRIMIDA POR ERROR.

Zane se dio cuenta de que la máquina no estaba dispuesta a aceptar la responsabilidad de cambiar una orden. Las burocracias están estructuradas para permitir que sus componentes eviten la responsabilidad. Tendría que andarse con rodeos.

—¿Quién tiene autoridad para emitir órdenes de esa clase?

ACLARE LA PREGUNTA.

¡Oh! No había especificado a que orden se refería, si a la del fallecimiento de Luna o a la que podía cancelarlo.

—¿Quién puede decidir que un individuo concreto muera antes de que llegue su hora?

TODOS LOS INDIVIDUOS MUEREN EN SU HORA.

—¡No te muestres tan cauto conmigo, ordenador! Luna

Kaftan debería tener una perspectiva de vida de cuarenta años. O más, con riesgos normales. ¿Por qué repentina y misteriosamente se la ha programado para morir?

EL MOTIVO DEL ORIGEN DE LA ORDEN NO ESTA REGISTRADO EN MI ARCHIVO, le recordó la pantalla. —¿De dónde partió la orden?

ESA INFORMACIÓN NO ESTÁ...

—¿Tratas de eludirme? —inquirió Zane. sí.

Zane se quedó desconcertado. Había subestimado la forma literal en que el ordenador trataba las cosas. —¡Acláralo!

NO ESTOY PROVISTO DE LA INFORMACIÓN QUE SÉ QUE BUSCA.

A Zane le interesó aquello. ¿Acaso la máquina intentaba ayudarle a su manera? —¿Qué información?

EL ORIGEN DE LA ORDEN DE LA MUERTE PREMATURA DE LUNA KAFTAN.

—Y el motivo de ésta —concluyó Zane—. ¿Hay algún dato que puedas proporcionarme, si formulo la pregunta correctamente?

NEGATIVO.

Pero hubo una pausa antes de que la palabra apareciera. ¿Qué significaba?

—¿Y si hago la pregunta incorrectamente? —preguntó Zane, sin mucha esperanza.

AFIRMATIVO.

¡Asombroso! Había un camino alrededor de la barrera, si podía encontrarlo. Los canales normales no bastarían.

—¿Cómo debo formular las preguntas para conseguir la información deseada?

NEGATIVAMENTE.

Negativamente. Zane consideró aquello durante un momento. ¿Significaba que al ordenador no le estaba permitido responder de forma directa, sino sólo indirectamente? Entonces, ¿cómo debía expresar las preguntas? No tendría sentido preguntar quien no había emitido la orden, ¿o lo tendría? Quizá merecía la pena intentarlo.

—¿Cuál no es la procedencia de la orden antes mencionada? —preguntó, conteniendo mentalmente la respiración.

NINGUNA ENTIDAD NATURAL.

¡Aquello eliminaba mucho! ¿Qué quedaba excepto las entidades sobrenaturales? Las Encarnaciones eran en parte sobrenaturales, pero no hacían política eterna; únicamente la ponía en práctica. Aquello dejaba sólo a Dios y a Satán. Aunque, ¿por qué Dios iba a hacer tal cosa? Por otra parte, Satán...

—¿Qué entidad sobrenatural carece de motivos para esa orden?

DIOS.

Era lo que esperaba. Pero, ¿por qué lo haría Satán?

Zane comprendió la respuesta: Luna estaba condenada al Infierno si su muerte no tardaba en producirse, mientras que si vivía más tiempo, tendría oportunidad de redimirse. Satán tenía que atraparla ahora, o se exponía a perderla.

¿Por qué no podía limitarse el ordenador a decir eso?

Zane se sentó un momento, y meditó. Era extraño. La máquina estaba actuando de la misma manera que había actuado la Naturaleza, sin descubrir lo esencial. ¿Existía una razón?

El Mago Kaftan también había sido indirecto. Incluso se preocupó de no nombrar a Satán, para no alertar al Príncipe del Mal. Una máquina, en el Purgatorio, no debería tener el mismo miedo

a Satán. Pero tal vez se le había dado orden de no imprimir el nombre de Satán en esta conexión. En consecuencia, podía responder negativamente, pero no afirmativamente.

Si Satán estaba detrás de ella, alimentándola con órdenes ilegítimas, ¿cómo podría alguien o algo oponérsele?, siendo un temible e importante instigador, el ser más poderoso después de Dios. Desde luego, no el ordenador del Purgatorio. Si provocaba la ira de Satán, podía ser reemplazado por otra máquina más eficaz, tal vez le fuera indiferente, pero quizá tuviera la suficiente inteligencia para no buscar su propia destrucción.

Aunque si Satán tenía el poder de acabar con la vida de una persona, de cortar el hilo antes de tiempo, ¿por qué no se había limitado a reclamar a Luna abiertamente? ¿Por qué molestarse en ocultar su participación?

Ocultamiento... Sugería maldad. Satán, por supuesto, era el Padre de las Mentiras, así que eso era consecuente. Pero él quería recoger a Luna de la forma más difícil, y eso no tenía sentido; a menos que no lo pudiese hacer de otra manera.

¿Estaba Satán sometido a reglas? Seguramente sí, porque de lo contrario se hubiera adueñado del mundo entero, enviándole al Infierno. ¡Literalmente! Dios y Satán habían estado oponiéndose el uno al otro durante toda la eternidad pasada, y continuarían haciéndolo durante la eternidad futura; ninguno se permitiría despilfarrar fuerzas en una anarquía salvaje. Por tanto, había reglas, tácitas o expresas, y la manera en que cualquier persona determinada moría debía de estar regida por tal compromiso.

Zane decidió dejar este asunto por el momento. Si Satán estaba haciendo trampas, sería mejor para la Muerte no presentar una protesta hasta tener pruebas concretas. Porque era tan cierto como la existencia del Infierno (literalmente, de nuevo) que Satán no cambiaría sus propósitos sólo porque alguien pusiera objeciones en la Tierra. Zane no tenía intención de abandonar el caso; lo que necesitaba era proporcionarle consistencia.

El asunto, después de todo, estaba relacionado con su área de experiencia; la muerte de una persona. La Naturaleza lo había informado de que cada Encarnación era suprema en su propia jurisdicción, si elegía serlo. El ordenador le había mostrado una senda de investigación mediante las preguntas indirectas. Lo que necesitaba ahora era unirlo todo y encontrar un camino para lograr su deseo, a pesar de la oposición de Satán. Era evidente que no lo conseguiría si se lanzaba ciegamente.

—Gracias, ordenador —dijo Zane—. Has sido muy... —Cuando habló, la pantalla empezó a titilar, como si quisiera detenerlo, y él comprendió que podía crear problemas a la máquina si reconocía que le había ayudado—. Reservado —finalizó.

SIEMPRE A SU DISPOSICIÓN, MUERTE, destelló la pantalla, con la imagen de un reloj de arena.

Librodot

Zane se marchó del Purgatorio y pulsó su cronómetro. Los casos se amontonaban siempre que se tomaba tiempo libre. Pero ahora ya estaba acostumbrado. Se preguntó cómo el Destino se las arreglaba para programar las calamidades de esos clientes para que estuvieran a punto en el momento en que lo estaba la Muerte para recogerlos. ¿Cómo podía saber nadie cuando la Muerte iba a tomarse unas cuantas horas de descanso? Era obvio que existía una gran organización bajo la superficie que él sólo vislumbraba al pasar.

¿Quién podía conocer el azar del futuro? ¡Cronos, por supuesto!

Comprender eso le produjo una conmoción menor. Acababa de dar otro paso en el conocimiento de la forma en que actuaba el sistema. Obviamente, Cronos no se dedicaba a holgazanear; el Tiempo tenía que estar en constante vigilancia, trazando la trayectoria de los acontecimientos e informando al Destino de los programas necesarios. Cronos estaba también al tanto de la actividad de la Muerte, pasado y futuro, como había mostrado cuando Zane dejó su reloj muerte parado demasiado tiempo.

Y la computadora se había despedido con las palabras SIEMPRE A SU DISPOSICIÓN, y con el reloj de arena del Tiempo. Aquello era algo más que una fórmula de despedida; era una referencia a Cronos. Seguramente aquella Encarnación sabía lo que iba a ocurrir y podría decírselo.

Pero, ¿de qué le serviría? Podía preguntar a Cronos sobre el futuro y obtener la confirmación de que, dentro de un mes, Luna iría al Infierno, donde su amante demonio la retendría para el resto de la eternidad. ¡Vaya revelación!

Zane estaba ya cerca de su cliente, conduciendo a través de un barrio pobre situado en la zona este de la inmensa ciudad de Nueva York. Olía a humo.

Un instante después vio una casa de apartamentos ardiendo. Sus gemas señalaban directamente allí; su cliente estaba atrapado dentro.

Ya era demasiado tarde; la manecilla roja del reloj-muerte estaba llegando a cero. Zane se ciñó la capa protectora y caminó entre las llamas. El fuego no podía nacerle daño, el único problema era subir por la escalera hasta donde se encontraba su cliente, cuando éstas estaban ardiendo y eran inseguras. El fuego no podía detenerlo, pero ¿y si se caía?

—Sopórtame —murmuró como si fuera una palabra mágica, y los escalones se afirmaron.

Una vez más, la Muerte tuvo poder para llegar a su destino. Volvió a recordar la frase de la Naturaleza: Ninguna Encarnación podía ser obstaculizada si ella no lo permitía.

La figura estaba retorciéndose entre la ropa de una cama que se había convertido en un pequeño infierno. Era obvio que aquello (por su situación Zane no podía decir si su cliente era hombre o mujer) había intentado librarse del fuego metiéndose en la cama. Pero las sábanas se

habían incendiado, haciendo que ardieran con ellas su cabello y su piel. Zane comprendió que la muerte por fuego es la más dolorosa que existe.

Se acercó con diligencia y extrajo el alma. El cuerpo despellejado se relajó; su dolor desapareció de repente. Éste era el único beneficio indiscutible que la Muerte otorgaba; el alivio de la angustia de vivir. ¿Pero qué conseguía si esa alma estaba destinada a pasar de las llamas de la vida a las llamas eternas del Infierno?, se preguntó. Los sufrimientos de la vida acaban; los sufrimientos del Infierno no.

En su camino hacia el próximo cliente, Zane revisó el alma. Había adquirido mucha eficiencia en eso, y lograba clasificar a más de la mitad de sus clientes sobre la marcha. Había llegado a ser un experto en las numerosas categorías de pecado, de modo que por lo general podía determinar no sólo la cantidad sino la clase de pecado que pesaba sobre un alma determinada.

Ésta pertenecía a un niño de unos diez años, cuya carga más importante era una transgresión sexual grave.

Zane se quedó perplejo. ¿A esta edad?

Examinó el alma con más detenimiento, y reconstruyó la historia. Eran cosas que ocurrían en aquella clase de barrios, donde varias familias compartían los mismos servicios. Se producían grandes amistades y enemistades. Entendió que el hacinamiento tendía a intensificar las peculiaridades naturales de la gente; y en aquella ocasión la influencia recíproca había sido extrema. La curiosidad del muchacho se inició de forma bastante natural, por los secretos mecanismos del idilio entre adultos. Ingenuamente, preguntó sobre eso a una mujer madura que le cuidaba mientras sus familiares estaban trabajando. Ella, quizás insatisfecha de su propia vida, aprovechó la oportunidad para educarlo con una minuciosidad considerable.

Zane ponderó esto. Cuando un hombre adulto seducía a una niña, se consideraba abuso deshonesto, ya que seguramente sus atenciones la habían obligado; pero cuando una mujer adulta hacía lo mismo con un niño, solía considerarse generosidad. Zane no lograba entenderlo, la fuerza era un componente improbable. Pero evidentemente la carga del pecado afectaba al niño tanto como a la mujer; en especial, si el niño creía que la unión era mala. Parecía que se habían sucedido varias repeticiones, así que el pecado ahora ascendía al cincuenta por ciento. El muchacho había sido arrollado por la personalidad de la mujer madura, y el temor a ser descubierto mezclado con el placer erótico que ella le proporcionaba. Estuvo cogido en una clase de trampa que una persona de más edad podía haber roto sin dificultad, pero él carecía del valor o la experiencia. Era bastante comprensible; había sido una víctima de las circunstancias. Pero, aún así, el aumento de pecado se había cargado en contra suya.

Eso molestó a Zane. Recordaba como el Destino había citado al poema de Henley acerca del hombre que era el capitán de su alma... pero seguramente aquello no era tan verdadero para un

Librodot

muchacho impresionable. Le parecía que se habían aplicado a una persona inmadura las reglas adultas de responsabilidad, y eso no era justo. Como hombre que había sido niño, podía apreciar el atractivo de una mujer asequible a cualquier edad. Él mismo había solicitado información cuando tenía sus años, y se la habían negado. Había intentado comprar un encanto para convocar a un súcubo, pero el vendedor no quiso proporcionarle esa clase de magia a un niño. Zane todavía lamentaba aquello; puesto que los súcubos no eran humanos, aunque sí la esencia del sexo, podía haber aprendido mucho sin perjudicar a nadie más. Pero las leyes existían, y tenían tendencia a discriminar a los niños. En teoría, era para proteger a esos niños; pero en realidad, parecía más un castigo por ser jóvenes, infligido por quienes deseaban no haber dejado de serlo.

De todas formas, sentía profundamente la situación del muchacho, que sólo había respondido a las urgencias que la Naturaleza le había proporcionado. La Madre Verde podía hacerle eso a cualquiera, Zane lo sabía por su experiencia personal reciente. Por tanto, la carga de pecado del muchacho era una cosa técnica, y en realidad no revelaba maldad. La definición tenía que cambiarse, para que fuera más real. Pero, por supuesto, no había nada que Zane pudiera hacer al respecto. Él sólo era la Muerte, en el desempeño de su oficio.

—¡Maldito sea el oficio! —exclamó de repente—. ¿Por qué he de participar en lo que creo erróneo!

La Naturaleza le había mostrado otro aspecto de su poder al lograr que la chica de los dos pies izquierdos reviviera. Aquella muerte no había sido definitiva. ¿Sería posible que ésta tampoco lo fuera? Pensó en las condiciones del cuerpo, en su piel casi quemada por completo, y se estremeció. ¡El alma no podía volver a aquello!

¿Y si intervenía Cronos? Tal vez la Encarnación del Tiempo pudiera habilitarlo para retroceder al momento anterior al estallido del fuego, y alertar al muchacho, de forma que...

—Llévame hasta Cronos —le ordenó a Mortis, deteniendo la cuenta atrás.

El imponente caballomuerte disminuyó su marcha

para detenerse en un campo, y empezó a pastar. Zane miró alrededor.

—No veo...

—Entonces vuélvase, Muerte —dijo la voz del Tiempo.

Estaba dotada de una cierta resonancia, con un rastro de aspereza, como si parte de la arena de su reloj se hubiera infiltrado en ella.

Zane se volvió. Allí estaba Cronos, de pie, con su túnica blanca. Probablemente acababa de llegar. Debió de hacerlo cuando Zane lo pidió.

—Me gustaría obtener su ayuda —dijo Zane—. Una demostración de su poder, si eso no conduce a una paradoja.

—Tengo poder y me gustan las paradojas —afirmó Cronos.

—Acabo de tomar este alma de un muchacho —explicó Zane, mostrándole el alma—. Quiero devolverla para que él pueda tener una justa oportunidad de corregir su saldo en la vida. ¿Podría usted con mi colaboración, lograr eso?

—Lléveme al lugar, y yo le llevaré al Tiempo —dijo Cronos tranquilamente—. Es cierto que una Encarnación no debe interferir a otra; pero, dado que usted lo desea, puedo ayudarle. Nosotros cooperamos cuando es necesario.

Sin más, Cronos montó en Mortis detrás de Zane, y el caballo despegó.

—Ahora, mientras estamos aislados por los fluidos del caballomuerte —dijo Cronos—, ¿hay alguna otra cosa que quiera preguntarme?

—¿Aislados? —preguntó Zane—. ¿Significa eso que nadie puede oírnos aquí, ni incluso...?

—No pronuncie su nombre, a menos que quiera convocarlo —le avisó Cronos—. Mortis le protege más de lo que usted cree, pero nada protege contra la insensatez.

—Así es, desde luego —convino Zane, desconcertado.

—Usted encontró un pretexto para contactar conmigo, de manera que él no tiene motivos de sospecha.

Zane no había considerado el caso desde ese punto de vista. Pero tenía algo de que hablar.

—El ordenador del Purgatorio hizo destellar su símbolo en la pantalla cuando le pregunté sobre el status de Luna Kaftan.

—Eso es de lo más interesante —dijo Cronos, después de una pausa, como si estuviese reuniendo los detalles—. El Destino me alertó, al percibir los hilos significativos. Dentro de veinte años a partir de este momento, Luna Kaftan será una ayuda en...

—¡Pero si va a morir antes de un mes! —objetó Zane.

—Eso también —asintió Cronos.

—¿Entonces cómo puede...?

—La historia es alterable, por supuesto. Si ella vive, se meterá en política...

—¡Pero es una artista!

—También lo era Winston Churchill, y Adolf Hitler estudió para serlo. El temperamento artístico no es necesariamente un obstáculo para la realización política.

Zane pensó en Churchill y Hitler, líderes opuestos en la gran Segunda Guerra Mundial entre los Aliados y el Eje, donde la magia y la ciencia avanzaron desenfrenadamente hasta que todo terminó en la primera explosión nuclear. A él no le gustó la comparación. La fisión nuclear podría destruir el reino de los vivos.

—Por tanto, si vive, podría tener la oportunidad de... Se meterá en la política y...

—Y sería una ayuda para obstaculizar al Innombrable en su intento de situar a su secuaz más odioso en el puesto político más alto de los Estados Unidos de América.

—¿Por qué querría... esa Entidad el poder político? —preguntó Zane, confundido—. Su reino está Debajo.

—Y el reino de la otra Entidad está Arriba. Ninguna controla el campo de batalla que es el mundo de los vivos, pero ambas se sustentan de él. Expresándolo en términos monetarios, el mundo es el principal, y las almas que lo abandonan los intereses. Los Eternos se reparten los intereses, pero a cada uno de ellos le gustaría una participación en el principal. La proporción de almas que reciben es precaria. Hasta este momento, la Cúspide tiene la cantidad más alta, pero un cambio sustancial en la orientación de la gente viva, seguida por un éxodo masivo a la Eternidad, podría inclinar la balanza del poder hacia abajo. Entonces...

—No me gusta pensar en eso —dijo Zane con un estremecimiento.— ¿Y usted dice que Luna impedirá que ocurra?

—Sí, si continua viva.

—Ahora entiendo por qué Alguien desea su muerte.

Mortis llegó al edificio quemado en Nueva York, que ahora era una masa humeante. Los bomberos habían llegado demasiado tarde, como era típico en aquel sector de la ciudad donde la base de los impuestos era baja, y lo remojaron con un hechizo sofocador. Ahora estaban recogiendo los cuerpos de las víctimas de entre las ruinas. Los supervivientes los miraban, como hipnotizados. Era una escena siniestra.

Cronos levantó su reloj de arena. De repente, el tiempo se congeló, como sucedía cuando Zane utilizaba el botón central de su relojmuerte. El humo que se elevaba quedó inmovilizado y las personas formaron un cuadro plástico, quietas como estatuas. Sólo Cronos, Zane y Mortis continuaron dotados de movimiento.

Entonces, la fina arena fluyó hacia arriba desde la sección inferior del reloj de arena. No porque hubiese invertido el reloj, ni situado en un campo antigravitatorio, ni empleado un hechizo de levitación; era una literal inversión del tiempo, mientras la arena ascendía desde el montón de abajo, pasaba por el estrecho cuello e impelía a la arena de arriba de manera uniforme. Zane estaba fascinado.

El flujo de la arena se aceleró, moviéndose con más rapidez de la que podía atribuirse a cualquier causa natural. El nivel del compartimento superior subía visiblemente. Pero los ojos de Zane fueron captados por lo que estaba ocurriendo en un lugar más alejado.

La gente que estaba allí se arremolinaba a toda velocidad, caminando hacia atrás. Los bomberos retrocedieron apresuradamente a sus camiones y aceleraron marcha atrás. El fuego volvió a arder con violencia, fuera de control. Pero no era un incendio normal; las grandes llamas amarillo-anaranjadas se precipitaban al interior por todos los huecos del edificio. El humo retrocedía hacia abajo para acompañar a las llamas, apartándose del amplio cielo nocturno. La gente retrocedía

aproximándose al edificio, transportando sus muebles, aparatos y comidas. Otras personas se apartaban del fuego, andando hacia atrás, con sus caras iluminadas por las llamas expresando excitación. Todo sucedió a una velocidad triple o cuádruple de la normal.

Pronto las llamas se redujeron, y penetraron en el edificio, que ahora se veía con claridad. El resto del humo fue también succionado. Las ventanas se restauraron, sus fragmentos de cristal volaron para colocarse en su sitio, y las señales del incendio desaparecieron.

El tiempo se hizo más lento, se detuvo, y después se invirtió. De nuevo la arena cayó de arriba a abajo, a la velocidad normal.

—Tiene dos minutos, Muerte —le dijo Cronos, desmontando—. Utilícelos como le plazca.

Zane se quedó parado un momento, lleno de asombro por el poder mostrado por Cronos. ¿Qué podría oponerse a una Encarnación con su habilidad para dar marcha atrás a eventos ya acaecidos?

Saltó del caballo y corrió hacia la puerta. Estaba cerrada, pero se abrió al contacto de su mano. Se precipitó escalera arriba hasta la habitación del muchacho, mientras buscaba su alma en la bolsa. ¿Estaría aún allí, o la inversión del tiempo la habría devuelto al niño? Él, Zane, se había quedado al margen de la inversión; no había sido sustraída ninguna de sus experiencias. Pero el muchacho había participado, así que era posible que estuviera en posesión de su alma. ¿Qué versión era la real, ahora?

Buscó en el fondo de su bolsa y encontró el alma. Pero, al sacarla, se escapó de su mano y revoloteó hacia delante. Ante los ojos de Zane, el alma se sumergió en el niño dormido y desapareció.

Zane sacó deducciones mientras se acercaba. El tiempo se había invertido, pero su marginación personal del hecho había evitado que el alma que guardaba retrocediera en su momento. De la misma forma que no se había visto a sí mismo atendiendo al muchacho durante el incendio. Por supuesto, esta vez él se hallaba fuera del edificio, así que en realidad no estaba en una posición que le permitiera verse actuar. La inversión fue imperfecta porque él había permanecido al margen, en lugar de correr hacia atrás a través de su propia implicación. Era interesante, pero no decisiva en apariencia; allí estaba él, justo antes de que se produjera el fuego. Evidentemente no había paradoja.

Se inclinó sobre la cama.

—¡Despierta! —gritó—. ¡Despierta, o morirás!

El niño se despertó. Vio el espectro de la Muerte sobre él, gritó y se tiró de la cama, temblando. Se puso de pie y corrió hacia la ventana abierta.

Zane saltó para interceptarlo. ¿Qué utilidad tendría salvarlo del fuego si lo asustaba hasta el punto de obligarlo a arrojarse suicidamente? Estaba tratando de interferir en las maniobras del Destino, y esto era problemático... a menos que también conociera el asunto y lo diera su aprobación.

Librodot

Extendió sus esqueléticas manos obstaculizando el camino.

—Deja a la mujer —le dijo, recordando la carga de pecado que llevaba consigo el muchacho—. Vete y vive honestamente. Te has librado de la Muerte para hacer eso.

El niño se crispó, luego retrocedió aterrorizado.

En aquel momento llegó la primera vaharada de humo. El fuego se estaba iniciando.

—¡Despierta a los que están en la casa! —gritó Zane—. ¡Y sal de aquí! Vive... y recuerda.

El muchacho huyó. Y de inmediato sus gritos despertaron a los otros.

—¡Arriba! ¡Arriba! ¡He visto a la Muerte! ¡Vivid con honestidad! ¡Salid de aquí!

Hizo efecto. Poco después, la gente se precipitaba escaleras abajo y salía, huyendo del fuego con algunas de sus posesiones. Otros que habían muerto cuando la escena se representó por primera vez, sobrevivían en la repetición. Verdaderamente, el niño los había salvado.

Zane caminó entre ellos, sin que captasen su presencia. Llegó adonde estaba su caballo, dispuesto a darle las gracias a Cronos, pero Cronos se había marchado.

Bueno, el Tiempo debía de tener otros asuntos. Podría dar las gracias a Cronos la próxima vez que se encontraran, e incluso tener la ocasión de devolverle el favor. Ahora tenía que atender su propio trabajo. Pulsó el cronómetro, reorientándose hacia el cliente que había postergado.

Dedicó todo el día a superar los atrasos. Su mente estaba cada vez más ocupada por Luna y su destino. Ahora sabía que Satán había planeado su fin para que en el futuro no obstaculizara su voluntad, y Zane se había dado cuenta de que las otras Encarnaciones lo sabían. Y ninguna se había ofrecido para hacer algo respecto a eso. O eran impotentes contra la voluntad de Satán, o simplemente les te«;P sin cuidado.

¿Por qué tenían que preocuparse? Aquello le concernía a él. Si alguien debía hacer algo, era él. Pero no se le ocurría nada. Incluso era posible que no se viera involucrado directamente en su transición, puesto que su alma estaba desequilibrada hacia el Infierno. Si ella tuviese más tiempo para redimir su alma, para corregir la inclinación de la balanza.

¿Podría apelar a Dios? Zane lo dudaba, porque al parecer Dios raramente intervenía en los asuntos de los hombres vivos. Dios cumplía el pacto de no intervención. Satán era el único que hacía trampas, y difícilmente consideraría una petición que contrariara sus propósitos.

Cada vez estaba más furioso. ¿Podría ganar Satán la guerra celestial porque hacía trampas y Dios no? Pero Dios no podía hacerlas. ¡Dios era incorruptible! Por tanto, no era de esperar que actuase.

Zane concluyó su programa y se fue a hablar con Luna.

Ella no había usado últimamente sus piedras de realce. El conocimiento de su muerte y su condena estaba cobrando su siniestra renta; su cara mostraba palidez, y sus arrugas parecían más

marcadas. Su cabellera colgaba en lacios mechones. Sus ojos estaban rodeados de oscuras ojeras. No llevaba maquillaje; hubiese sido inútil, porque era evidente que había estado llorando largo tiempo.

El corazón de Zane experimentó una cálida explosión de amor por ella. La tomó entre sus brazos y la mantuvo cerca de él, deseando tranquilizarla, aunque era consciente de que no tenía nada que ofrecerle excepto su propio dolor.

La besó, pero ella se apartó.

—No debemos —dijo, sabiendo adonde aquello podía conducir.

—¿No?

—Las piedras dicen que no.

Zane no solía prestar mucha atención a la voluntad de las piedras, pero no quería contrariar a Luna en lo más mínimo.

—Entonces deja que te coja la mano.

Como respuesta, ella tarareó una cancioncita.

Zane frunció el entrecejo, expresando extrañeza.

—¿Hay algo que me ha pasado por alto?

Ella sonrió fugazmente, y parte de su belleza apareció.

—Es una canción popular. Lo siento; estoy distraída y no me di cuenta que lo hacía de forma audible. Me encuentro en baja forma, porque las piedras no eliminan el sufrimiento, sólo lo retrasan, de manera que tengo que experimentarlo en algún momento; en todo caso, quiero sentir la emoción natural, por mi padre y por mí misma.

—¿Qué canción popular?

Hizo un gesto que quería expresar «te lo diré cantando», luego fue hacia el centro de la habitación y adoptó una pose. Cantó: Se vislumbra desde hace tiempo que yo te perderé, muchacha; pero he logrado coger tu mano

...he logrado bailar contigo.

... Todos nosotros bailaremos contigo

Quizá no volviera a verla nunca viva. La cancioncilla era pegadiza, pero también una macabra conexión mental por aquello de coger la mano. Ella estaba trastornada de veras, y él no podía aliviar su angustia.

Se vislumbra desde hace tiempo que yo te perderé, muchacha, cantó de nuevo Luna. Así que déjame girar y girar. Dio una airosa vuelta, e hizo que su falda ondeara. Pero la imagen que acudió a la mente de Zane fue la de la chica de los pies izquierdos, aprisionada por las zapatillas mágicas. No había alegría en el baile de Luna, a pesar de lo bien que bailaba.

Se acercó a ella, aún sin saber qué hacer. Ella repitió la primera estrofa, luego continuó: Todos giraremos y giraremos. Esta vez Zane giró con ella, uniéndose a su danza.

Librodot

Luego la cogió de la mano y la condujo al sofá. Permanecieron sentados en silencio casi una hora, con las manos enlazadas; y en ese tiempo el creciente amor que sentía por ella fluyó por cada fisura de su conciencia. La muchacha de la piedra del amor sólo era un sueño; Luna era una realidad. ¿Cómo podría vivir sin ella?

—Me iré contigo —le dijo, de repente.

Luna forzó una débil sonrisa.

—Pocos harían esa oferta, y te doy las gracias por ella. Pero tú no irás al Infierno...

—Seguramente iré, porque he estado incumpliendo las reglas de mi cargo.

—Las has estado infringiendo para hacer el bien. Pero aunque te murieras pronto y fueras al Infierno, Satán no nos dejaría estar juntos allí, ni tampoco me dejará ver a mi padre. El Infierno es para sufrir.

—Tu padre no está en el Infierno. Está en el Purgatorio, calculando su cuenta.

—¿Pero tiene alguna oportunidad de ir al Cielo?

—¡Por supuesto que la tiene! ¡Es un hombre bueno!

Ella sonrió.

—Eres muy amable al decir eso.

Cuando llegó el momento, la dejó, más decidido a salvarla que nunca, más inseguro que nunca de cómo hacerlo. Él sólo era la Muerte, un funcionario; no podía escoger la identidad de sus clientes, y Luna no era cliente suya. No en directo.

¡Pero el maldito Satán hacía trampas! ¡Eso no estaba bien! ¿No había en la Eternidad algún tribunal al que apelar para poner las cosas en orden?

Tenía que haberlo. Zane desconectó su cronómetro. Mortis despegó hacia el Purgatorio sin que se le ordenara, puesto que conocía los deseos de su amo.

—Porque sí, Muerte. Usted debe presentar una solicitud —le dijo la chica de recepción de la Administración del Purgatorio—. Será examinada por el Consejo Inmortal en la próxima reunión, y se asignará a una Comisión...

—¿Cuándo es la próxima reunión?

Consultó su calendario perpetuo.

—Dentro de diez días terrestres.

—Pero la injusticia se está cometiendo ahora —protestó—. ¡Pasados diez días puede que sea demasiado tarde!

—Yo no hago las reglas —dijo ella, con la justa proporción de irritabilidad que los empleados públicos, por experiencia de milenios, saben que les dará el triunfo.

Librodot

Zane suspiró. La burocracia era igual en todas partes. Rellenó el impreso y se lo entregó. Quizás hubiese tiempo. La muerte de Luna habían sido augurada en el plazo de un mes, del cual sólo había pasado cinco días; podría ocurrir dentro de los próximos veinticinco. Esto le daba diez sobre veinticinco posibilidades de perder y quince sobre veinticinco de ganar, o una ventaja de dos o tres puntos.

Pero desconfiaba, por temor a la reacción de Satán.

HUMO CALIENTE

Zane durmió en su casamuerte, aceptando los servicios acostumbrados de su personal sin prestarles atención, y se fue a trabajar temprano al día siguiente. Desde que tuvo la impresión de que no podía hacer nada por Luna hasta que su solicitud fuese considerada, trató de apartar el asunto de su muerte, centrándose en el trabajo.

Por capricho de la suerte, tenía pocos casos que atender en aquel momento. Tomó a dos clientes sin problemas; después se encontró con que faltaban treinta minutos para recoger al tercero. Parecía inútil anticiparse, pero tenía que distraerse de alguna manera; así que orientó y condujo al caballomuerte a la dirección.

Estaba en un lugar aislado en el oeste del estado de Nevada, la región menos poblada de los Estados Unidos, porque era la menos habitable. Las gemas de Zane lo guiaron a una de las áreas desérticas, un erial improductivo.

Aquella era la región de los dragones. Las Montañas de Humo Caliente, nombre que se le aplicaba en honor de las bestias, estaban acribilladas por las madrigueras de los feroces reptiles. Pocas plantas sobrevivían, pero eso difícilmente podía achacársele a los dragones, que eran carnívoros, y apresaban a tiernas vírgenes. La mayoría de las criaturas estaban volando, en busca de esa clase de animales, aunque tenían una gran preferencia por variedad humana cuando podían obtenerla. De hecho...

De hecho, en aquel momento recordó que estaba en el coto de los dragones, un criadero dedicado al bienestar de estos animales exóticos. Los protectores de los dragones

habían presionado mucho para impedir la construcción de aldeas, el establecimiento de granjas de regadío y de silos para misiles en la región, alegando que la especie de dragón de Humo Caliente no contaban con ningún otro hábitat y, si no se lo dejaba en paz, se extinguiría como casi había ocurrido antes de que la descubrieran. El descubrimiento se debía a un hombre interesado en las formas de vida extrañas. En realidad, utilizó alguna magia elemental para seguir su rastro. Si los cazadores y pobladores que entonces habitaban la región hubieran descubierto su existencia, los habrían exterminado por completo, y nadie hubiese creído que existieron alguna vez.

Librodot

Los protectores de los dragones habían ganado varios procesos legales, porque el público en general se hallaba en una fase de conciencia ecológica, así que Humo Caliente fue respetado. Pero los dragones también necesitaban comer, y las vírgenes de cualquier clase eran escasas. Los protectores buscaban constantemente nuevos sacrificios. Los sacrificios humanos eran ilegales por lo general, pero había dificultades para mantener una vigilancia continua y las autoridades del estado solían estar escasas de personal.

Efectivamente, cuando Zane llegó al lugar donde debía encontrar a su cliente, vio a una encantadora pero aterrorizada joven, apenas nubil, en una jaula. Transcurrían las primeras horas de la tarde, y los hombres estaban preparando una hoguera, con la idea evidente de usar el humo para convocar a un dragón. Zane no sabía cómo habrían capturado los protectores a aquella virgen, pero sí que ella estaba condenada. Tendría que recoger su alma mientras el dragón se la comiera, pasados veinticinco minutos; a menos que se le ocurriera una forma de rescatarla.

Se acercó a la jaula y le habló a la muchacha.

—¿Cómo te han traído aquí? —preguntó, sospechando que la habían drogado.

Ella dejó de llorar, levantó la vista hacia él y no lo reconoció. Eso era extraño, ya que sus clientes generalmente estaban predispuestos a captar su presencia.

—En camión, señor.

—Quiero decir, que si te coaccionaron. ¿Te raptaron? Si ha sido así...

Sus labios temblaron.

—No señor, he venido por mi propia y libre voluntad.

—¿Sabes lo que planean para ti?

—Que sea engullida por el dragón —dijo con los ojos otra vez llenos de lágrimas—. Ni siquiera puedo tomar una droga que me deje inconsciente, porque cambiaría el sabor para el monstruo.

¡Así que los dragones eran sensibles incluso a la virginidad de la mente! Era un descubrimiento cruel.

—Pero, ¿por qué has accedido a que te asesinaran?

—Mi... mi familia... tiene deudas... —Se derrumbó por completo y fue incapaz de continuar.

De manera que aquello era legal después de todo, porque era técnicamente voluntario. Ella se había vendido para saldar las deudas de su familia. Esos contratos eran legales y no podían rescindirse. Comprendió que los protectores de los dragones tenían una excelente clasificación crediticia, así que no había razón para dudar de que habían pagado un buen precio, redimiendo la deuda de la familia de la pobre chica. No había nada que él pudiera hacer.

Al menos intentaría sacarla de la jaula; era innecesariamente degradante. Pero cuando empezó a usar su poder en la cerradura, la doncella protestó.

—Señor, estoy confinada para garantizar que nadie me desflore antes de... de...

Los protectores lo habían previsto todo. Desde luego, esa hubiese sido una forma de hacerla inadecuada para el sacrificio, y ellos se aseguraban de que tal cosa no ocurriese en el último instante.

Se produjo un movimiento. Una figura encapuchada apareció detrás de la jaula.

—Ocuparé tu lugar, querida —dijo la mujer.

Zane se sobresaltó. Conocía aquella voz.

—¡Luna!

Se volvió hacia él.

—¡Oh!... no pensé que pudieras atender este caso.

—¡Es mi trabajo! —dijo Zane—. Tomar el alma de esta doncella cuando... —se cortó—. No puedes ocupar su lugar. No eres...

Luna lo miró con altivez.

—¿No qué?

—Los dragones de Humo Caliente son una especie en peligro de extinción porque sólo comen vírgenes —dijo, sin mucha convicción.

Ella sonrió tristemente.

—Soy físicamente virgen...

—Pero...

—El demonio actuó sobre mi mente y manchó mi alma —explicó—. Hubiese sido menos doloroso si hubiera injuriado mi cuerpo, pero no puede hacerlo hasta que mi alma entre en su reino. Estoy condenada, víctima de una violación psíquica, pero mi cuerpo está intacto.

Zane no se sentía confortado por esta aclaración.

—He presentado una solicitud de revisión de la fecha de tu muerte. Hay trampa ahí; el Innombrable quiere quitarte de en medio. Estoy seguro que el Consejo Inmortal de revisión lo anulará... pero faltan diez días para que se reúna. Si te metes en esto ahora...

Luna movió su cabeza con amargura.

—Mis piedras indican que mi tiempo acabará en esos días. De forma que decidí que por lo menos debía utilizar mi fallecimiento para favorecer a otra persona. Pregunté en la Bolsa de Buenas Acciones, y me enviaron aquí. Esta pobre e inocente chica... —Miró a la doncella 'enjaulada, que escuchaba todo aquello en asombrado silencio—... que ha ofrecido su buena vida en sacrificio para beneficiar a su familia, debería ser enviada al Cielo, pero no todavía. Tiene a mucha gente que hacer feliz en la Tierra.

—Es difícil que esté destinada al Cielo —dijo Zane.

—Compruébalo. Es una chica buena, estoy segura.

Librodot

Zane orientó sus piedras de comprobación de almas. La piedra de pecados permanecía opaca, mientras que la otra destelló brillantemente.

—¡No tiene pecados! —exclamó—. Pero, entonces, ¿por

qué he sido convocado para recoger personalmente su alma?

—Puede que alguien más vaya a morir —dijo Luna, frunciendo los labios en la forma que le era peculiar—. Tú has supuesto que ahí está la víctima enjaulada. Pero...

La miró con horror creciente.

—Vas a sustituirla. Tú...

—No seas tonto. Voy a ir al Infierno sin ayuda. Es pura coincidencia que tú estés aquí; mi alma no te necesitará. De hecho, esperaba arreglar esto sin que te enteraras, con rapidez y eficacia.

Zane orientó las piedras hacia Luna. La lectura, por supuesto, fue incompleta, pero la piedra de pecado era la más brillante. Tenía razón; ella no podía ser su cliente, pero iba a morir.

Los protectores de los dragones se aproximaron.

—Ahora tenemos la ocasión —anunció el hombre bien vestido y de más edad—. Nuestro radar ha localizado a un fumador cerca.

Mostró una llave, abrió la jaula y sacó a la muchacha.

—Yo la sustituiré —dijo Luna—. La Bolsa de Buenas Acciones me ha enviado. Deje que ella se vaya, libre de responsabilidad.

—¿Cómo sabemos que usted es adecuada? —le preguntó el hombre—. Los dragones se irritan mucho cuando se les ofrece alimentos adulterados.

—La gente como usted puede oler una virgen a diez metros —le espetó Luna—. Usted sabe que soy adecuada.

El hombre olfateó.

—¿Por qué si lo es físicamente, tiene el aspecto de alguien que ha sido utilizado? Pero... —Movió la cabeza, perplejo—. Muy bien, liberaremos a la chica cuando el dragón se encuentre satisfecho.

—Cuidado con lo que hace —le advirtió Luna—. Mi amigo estará aquí para comprobarlo.

El hombre miró a Zane como si lo viese por primera vez. Zane volvió la cabeza, sabiendo que, para aquel hombre, él estaba adquiriendo la apariencia de la Muerte.

—Ah, sí —dijo, molesto—. Estoy seguro de que todo irá bien. A los dragones les trae sin cuidado que la mente de una persona haya sido violada en tanto no esté afectada por las drogas y el cuerpo sea casto. —Se volvió hacia su compañero que traía una caja adornada. La abrió y sacó un destellante cuchillo de plata, que presentó a Luna—. Está permitido que se defienda sólo con esto. Sin magia ni armas de fuego. Si consigue rechazar al dragón con honradez, será liberada y sus responsabilidades quedarán abolidas.

—Este pelador de manzanas no es el arma idónea para oponerse a un monstruo con aliento de fuego —objetó Luna.

—Es verdad. Se trata de un gesto simbólico exigido por la Comisión de Protección del Trabajador. Como es de esperar, no deseamos que el dragón resulte herido. Pero es teóricamente posible.

Luna se encogió de hombros.

—No importa, vine aquí para morir. Si el fumador no acaba conmigo, otra cosa lo hará. —Cogió el cuchillo.

Apareció un punto en el horizonte, sobre la cadena montañosa de Humo Caliente.

—¡Escuchad! ¡Ya viene! —dijo el hombre, con admiración y temor en su cara. Seguramente había visto muchos dragones similares, pero él era un venerador de los reptiles, y éstos eran los señores del reino de los reptiles—. Sólo se quedará la virgen designada, o el dragón se irá. Son asustadizos, ya sabe, desde los viejos y malos días en que los cazaban con bazookas por deporte...

Frunció el entrecejo ante el desagradable recuerdo.

—Luna... —dijo Zane, incapaz de formular la oportuna protesta.

—Deja al menos que me vaya por mi propia decisión —le dijo ella suavemente—. No tendré ninguna otra oportunidad.

—¡Pero yo te quiero!

—Creo que es verdad —asintió ella—. Quizá podría haberte devuelto el favor sin reservas, si no hubiese estado sumida en mi pena. Pero parece que eso no tenía que suceder. Creo que mi padre trató de indicarme que te amara, pero no previo esto.

Se volvió hacia el dragón que ahora parecía más voluminoso. El hombre se había refugiado tras una pantalla protectora para observar lo que iba a ocurrir. Incluso había un equipo de televisión, ya que «El Dragón contra la Doncella» era un acontecimiento local.

—¡Pero el final de tu vida ha sido un montaje! —gritó Zane—. ¡El de Abajo hizo trampas! Se suponía que tendrías una larga vida y lo frustrarías políticamente; por eso trata de eliminarte antes de tiempo. ¡No debes morir!

Ella se volvió de repente, se puso de puntillas y lo besó en los labios.

—Eres muy amable al decirme eso, Zane. Sigue con el caso; si lo pruebas, quizá consigas librar a mi alma del Infierno. Podría reunirme con mi padre en el Purgatorio. Sería estupendo. —Entonces se interrumpió y caminó con paso decidido hacia el dragón que se aproximaba, cuya forma aún no se distinguía bien.

Zane observó cómo se marchaba, impotente para evitar el desastre que había sido programado. Ella tenía razón, Satán había ganado aquel asalto, sin reparar en medios. Luna había vertido lágrimas y aceptado su destino, y ahora estaba haciendo algo singularmente generoso. Era

Librodot

una mujer buena, dijera lo que dijese su ficha oficial. Él la amaba; y en parte por eso, no podía interferir. Ella había elegido su camino.

Miró el relojmuerte. La cuenta atrás estaba ahora a cuatro minutos del final. Pronto tendría que marcharse para atender a su verdadero cliente, pero primero presenciaría lo que iba a suceder allí, aunque eso destruyera la alegría de su vida.

Aún tenía tiempo de hacer algo para impedirlo. Pero era consciente de que no debía. Luna había escogido su manera de morir, y era una manera digna. Lo mejor que podía hacer por ella, era dejar que fuera asada y comida por el dragón.

El dragón pareció enorme cuando sobrevoló el campo, se preparó y se lanzó en picado para aterrizar. Los dragones de Humo Caliente no eran tan grandes como habían sido los reptiles de su clase, pero su aliento de fuego los hacía formidables. Aquél era una hembra, con escamas matizadas de gris. En su espalda, entre sus grandes alas correosas, había sujeto un único huevo.

Una exclamación salió de la pantalla de protección, y Zane vio a un cámara de televisión montar sus lentes de zoom. Un huevo significaba una posible cría de dragón que perpetuara la especie; por supuesto, los protectores de los dragones estaban interesados. Harían todo lo posible por proteger al huevo y al dragoncito que saliese de él. Debían ponerle una venda para seguir sus rutas de migración por radio. Era evidente que cualquier cazador ilegal podría romperlo antes de que madurara; ésta era otra de las razones porque la especie estaba en peligro. Zane hubiese sentido más simpatía por la causa de los fumadores, si una de sus hembras no estuviese a punto de devorar a Luna.

Luna se detuvo en el centro del desértico valle, sosteniendo nerviosamente el cuchillo. Zane observó que no llevaba ninguna joya, en cumplimiento de la regla contra la utilización de magia. Era probable que tuviera piedras en su casa capaces de evaporar a un dragón. Pero estaba decidida a desempeñar su papel con honradez. Se había quitado la capa, dejando al descubierto un vaporoso traje blanco, y su cabello brillaba con reflejos cobrizos a la luz del sol. Parecía la más bella criatura que pueda imaginarse. Pero Zane sabía que él no era objetivo; la amaba.

¡Aquello era una locura completa! ¿Porqué iba a contemplar que el dragón la asesinaba sin tratar de rescatarla? Obviamente sabía la razón, pero no podía aceptarla emocionalmente. Tenía que haber otro camino.

Otro camino, ¿para qué? Si Luna no moría de esa forma, moriría de alguna otra, tal vez peor. Ahora se daba cuenta de que Satán no dejaría que transcurrieran los diez días que faltaban para la vista, sin intervenir; se adueñaría del asunto, presentando un caso consumado. ¿Qué otra cosa cabía esperar del Padre de las Mentiras? Zane no había tenido nunca la oportunidad de resolverlo por los cauces legales. La fecha de la muerte había sido adelantada, probablemente a causa de su intervención, y eso había obligado a Luna a elegir la manera de morir ese día determinado. Al

menos, el dragón no era sádico; mataba y se alimentaba con eficiencia. Eran criaturas naturales, no dadas a malgastar.

Zane contempló al dragón hembra. Tenía unos seis metros de largo, y la misma envergadura de alas, pero su torso era más serpentino que vigoroso. El volumen había sido sacrificado en interés del vuelo. Sólo tenía un par de patas, y su cabeza era pequeña. De hecho era un pájaro, a su manera. Pero pocos pájaros igualaban su tamaño, ni tenían dientes, ni alas correosas, ni escamas metálicas. Los pájaros y los dragones procedían por evolución de los antiguos reptiles, pero el antepasado común se había quedado un centenar de millones de años atrás. Quizás habían pasado setenta millones de años desde que los pájaros, los mamíferos y los dragones empujaron a los dinosaurios a la extinción. Durante largo tiempo, las tres especies prosperaron, pero ahora los mamíferos, sobre todo los humanos, dominaban. Pronto los dragones serían relegados al olvido.

Si la muerte de una sola persona es cruel, pensó Zane, ¿cómo considerar la muerte de una especie entera? Aprobada la campaña de los protectores de los dragones para salvar a los fumadores. Y deseaba que hubiese alguna otra manera de alimentar a aquel dragón hembra.

La fumadora extendió las alas y las volvió a plegar contra su torso. Inhaló y soltó una densa nube de humo. Zane observó que su quemador estaba empezando a avivarse. Las historias de aventuras que describen a un dragón despertándose de una siesta y lanzando llamas al instante carecen de sentido. Se necesitaba mucha energía para lanzar llamas y, por tanto, no era cosa que se hiciera por descuido. Los dragones eran seres de sangre fría como los demás reptiles, y generalmente hibernaban o emigraban al sur en invierno; sólo empleaban su fuego para luchar y alimentarse.

Los de Humo Caliente eran más humeantes que la mayoría, y donde había humo de dragón había fuego de dragón.

La criatura se acercó a Luna con cautela, y ésta dio un involuntario paso atrás. Los dragones tenían que cazar y matar sus propias presas, y aquello se convertía en algo más que un mero ritual. La razón de que la presa tuviera que ser virgen era un misterio que los expertos nunca habían aclarado, pero nadie lo ponía en duda. Un dragón de Humo Caliente podría morirse de hambre, en el sentido estricto de la palabra, antes que consumir carne ya muerta o no virginal. La suposición más convincente sobre el origen de esta restringida dieta era que se había producido una grave epidemia de enfermedades venéreas hacía varios millones de años y que los dragones que habían consumido presas infectadas se contagiaron; así se convirtió en un asunto de supervivencia comer únicamente carne con garantías sanitarias. Las vírgenes eran casi las únicas que las ofrecían.

Zane vio que el dragón hembra cojeaba. Tenía una pata debilitada, aunque no podía apreciar si era por enfermedad física o mágica. A veces, la gente ignorante lanzaba maldiciones contra las criaturas salvajes, considerándolo una grave diversión. Podía tardar meses en desaparecer, y sería un inconveniente en el mejor de los casos y una fatalidad en el peor. Otros ignorantes vertían los

residuos de hechizos tóxicos en los desiertos, donde las inocentes criaturas salvajes podían encontrarlos y resultar dañadas. No era asombroso que este dragón hubiera ido adonde estaba el alimento; ella no podía sustentarse sola de forma adecuada, no mientras estuviese cargada con el huevo e impedida por la pata.

Zane reaccionó. ¿En qué estaba pensando? ¡Era Luna lo que la bestia consideraba su comida! ¡Cuanto más problemas tuviese el dragón hembra, mejor! Quizá, después de todo, Luna consiguiera detener al monstruo con el cuchillo. Si lo lograba, si escapaba de este destino legítimamente...

No. El Destino no podía ser burlado con tanta facilidad.

La muerte de Luna no sería achacable al dragón. Sería achacable a...

El dragón se abalanzó. Luna se apartó, cortando el aire con el cuchillo. Sabía que su muerte era inevitable, pero no estaba resignada a ella. Lucharía por vivir unos segundos más, como un ahogado boqueaba buscando aire. No era una luchadora de cuchillos entrenada, aunque sus artísticas manos podían ser más hábiles que la mayoría; en cualquier caso, el fuego del dragón haría inútiles sus esfuerzos. Por tanto, aquello sólo era un ejercicio automático y fútil.

El dragón infló su fuelle y se orientó hacia la mujer. La bestia estaba caliente ahora; podía lanzar una ráfaga ardiente. Aquello sería el fin. Era evidente que Luna no tenía ninguna oportunidad.

Zane no pudo contenerse. Se situó frente al monstruo. La llama salió disparada, pero rebotó en la capamuerte sin dañarlo.

—¡No! —gritó Luna—. ¡Déjame morir de esta forma, Zane! ¡No me hagas jugar a cualquier otra cosa de las que tiene reservadas Satán!

Jugar a otra muerte distinta. Aquella palabra le impresionó, porque le recordó como era él antes. Había jugado compulsivamente en años pasados, y se metió en un pozo del que sólo la Muerte había conseguido sacarlo. No tenía ningún deseo de volver a esa mazmorra. ¿Por qué, entonces, tenía que jugar con la manera en que Luna iba a morir?

La fumadora tenía los ojos puestos en él, tratando de averiguar por qué no estaba asado.

Le devolvió la mirada, y ella palideció casi de la misma forma que un ser humano, al empezar a percibir la naturaleza de su oficio.

—¡No lo hagas! —gritó Luna.

Zane se apartó, con reluctancia. Sabía que no tenía derecho a interferir. El dragón blandió la cabeza, como si la limpiara de los restos de una desagradable visión, y se reorientó hacia Luna. Pareció que Zane había dejado de existir para ambas; como Muerte, tendía a esfumarse de la conciencia de quien no era su cliente.

El dragón aún dudaba, porque el fantasma de la Muerte no podía ser eliminado con facilidad de lo más profundo de la imaginación de cualquier criatura que lo vislumbrara. Incluso una brevísima visión de la Muerte lograba hacer consciente de su propia mortalidad a una persona o

criatura, y esto era inquietante. La mayor parte de las criaturas hacían todo lo posible por evitar o destruir tal conciencia, y tenían, por lo general, más éxito que el hombre. La gran maldición del hombre era percibir su muerte con más claridad que las demás criaturas; podía ver la llegada de su fin, y sufría más por ello.

El dragón, tembloroso, empezó a desplegar las alas, como si fuera a marcharse.

—¡No cambies ahora de idea! —gritó Luna—. Si no me comes, la vida de la pobre chica a quien sustituyo será confiscada para el próximo dragón.

¡Adelante... eso estaba bien! Si Luna vencía al dragón hembra, ella y la chica quedarían libres. Pero si no se enfrentaba al monstruo por interferencia de terceros, su gesto habría sido inútil. Luna debió argumentar el caso, puesto que el dragón le lanzó una llamarada, pero ella había elegido una muerte honesta. Zane hubiese apreciado más su decisión si no la hubiera amado.

No, eso no era exacto. La quería más por su decisión. Luna estaba mostrando integridad y valor de la forma más clara posible. Él, Zane, nunca lo había hecho.

El dragón aún permanecía inactivo. Zane no se había dado cuenta de que la visión de la personificación humana de la Muerte hubiese causado antes tal impacto en un animal. ¿Sabría algo que él ignoraba?

Luna cargó contra el monstruo, blandiendo el cuchillo. Ahora la fumadora reaccionó adecuadamente. Se infló con rapidez, balanceó la cabeza y lanzó un chorro de pura llama azul que alcanzó más de tres metros, con muy poco humo. Quizás el dragón no había estado paralizado por el miedo, sino para acumular más calor.

Luna esquivó el chorro. Era tan estrecho, ahora que había alcanzado su máxima operatividad, que era fácil evitarlo. Especialmente para alguien que estuviera mirando la cabeza del monstruo. Luna corrió a lo largo del dragón, pisó la humeante nariz del reptil y trepó a su lomo alado.

El sorprendido dragón giró rápidamente la cabeza, su cuello serpentino era elástico; no tenía problemas para morder algo situado sobre su propio lomo.

Entonces Luna puso las manos sobre el huevo. Lo arrancó y lo sostuvo como un balón de fútbol americano, contra su cuerpo.

—¡Ahora chamúscame con tu fuego! —gritó.

Desde luego, el dragón hembra no quería hacer eso, puesto que asaría a su apreciado descendiente. Se quedó un momento en suspenso, paralizada por la indecisión; era lo bastante lista para ver el problema, pero no tanto como para encontrar una solución. Luna había hecho un movimiento asombroso y conseguido ventaja.

Se deslizó del lomo del dragón, sosteniendo el huevo bajo el brazo. No podía atacar, el huevo era un rehén.

Los protectores de los dragones vieron lo que Luna había hecho.

—¡Deja ese huevo en el suelo! —gritó el hombre que los representaba—. ¡Es inestimable! Muy pocos dragones se reproducen...

Luna retrocedía alejándose del dragón, sosteniendo el huevo ante ella como un escudo. La fumadora retorcía la cola y lanzaba humo denso, pero no atacaba.

—El uso temerario de pesticidas ha dañado el medio ambiente del desierto —volvió a gritar el hombre—. Los huevos de dragón tienen una cáscara relativamente frágil debido a ello y muchos se rompen antes de tiempo. Hasta que los residuos del pesticida se eliminen, y eso tardará décadas, la especie estará en peligro de extinción. ¡Virgen, aparta ese huevo!

Luna miró al huevo, pensativa. Movió la cabeza. Dejó el huevo en la arena y se alejó de él.

¿Cómo se consideraría eso? Se preguntó Zane. ¿Habría vencido Luna a la criatura, liberándose de su obligación? Si era así...

Luna volvió a cargar contra el dragón, blandiendo el cuchillo de plata. La cabeza de la fiera se lanzó hacia adelante automáticamente con las fauces abiertas.

¿Qué locura era aquello? ¡Luna no tenía ninguna oportunidad! Pero sucedió con tanta rapidez que Zane no pudo actuar a tiempo para evitarlo.

El dragón soltó una bocanada de humo, sin haber tenido tiempo para producir otra buena llamarada. El humo ocultó a Luna durante un momento.

Ella gritó, y su gritó se clavó en Zane. Poco después, el humo se dispersó, empujado por una suave brisa, y Zane tocó, para aumento de su horror, lo caliente que había estado. El precioso cabello de Luna y su bonito vestido estaban chamuscados, y su piel llena de ampollas. Había sido cegada y casi desollada por el calor.

El dragón se adelantó cojeando y cogió a la aturdida mujer con sus mandíbulas. Los dientes se juntaron, y la sangre de color rojo vivo fluyó al interior de su boca y goteó de su barbilla.

Instintivamente, Zane miró su reloj. La cuenta atrás estaba en cero. Sus gemas señalaban a Luna.

—¡Eras mi cliente desde el principio! —gritó ante el cuerpo horriblemente maltratado—. Tus buenas acciones, al salvar a la virgen designada, apartar el valioso huevo y alimentar al dragón, han equilibrado tu balanza. ¡Estás agonizando!

Corrió para coger su alma, porque ella no estaría verdaderamente muerta hasta que lo hiciese. ¡Las llamas del Infierno no podían ser una tortura peor que aquello! Pero cuando llegó a la terrible escena y vio su cuerpo ensangrentado en las fauces del dragón, su cabeza se giró hacia él. Sus ojos quemados se abrieron un poco, sus párpados desgarrados se elevaron. De alguna; forma sentía su presencia.

—¡Tómame, Muerte! —consiguió decir en su agonía.

De repente, Zane se rebeló. ¡Era la mujer que él amaba!

Miró el rostro doliente de Luna. Nunca había imaginado que pudiera decidir que una agonía como aquélla se prolongara ni un segundo, pero ahora tenía que hacerlo.

—¡No! —dijo y paró el relojmuerte.

Entonces toda la escena se paralizó por completo, puesto que había pulsado el botón que detenía el tiempo, no sólo la cuenta atrás. ¿Pulsado? Inconscientemente había hecho lo contrario, había tirado de él. Las nubes se detuvieron en el cielo, las hojas de los raquíticos matorrales dejaron de ser agitadas por el viento y los protectores de los dragones parecían estatuas.

El dragón continuaba con los dientes clavados en el cuerpo de Luna. Incluso el humo estaba inmóvil, en suspenso.

Zane se volvió, casi seguro de que Cronos estaba detrás de él.

—Supuse que usted vendría a investigar —dijo Zane—. Quiero que nos haga retroceder al momento antes de que Luna...

Cronos movió la cabeza.

—No puedo hacerlo, Muerte, pero tampoco la ayudaría. Luna ha sido designada para morir en este día; sólo la forma era opcional.

Zane se mostró inflexible.

—Su muerte es de mi incumbencia. Yo' la amo. Sé que su fallecimiento prematuro es ilícito, y no tomaré su alma.

Una mujer se acercaba, caminando por la arena. Era el Destino, en su apariencia de mediana edad.

—Debe tomar su alma, Muerte, o habrá literalmente todo un Infierno para pagar.

—¡Al Infierno con el Infierno! —explotó Zane—. No la tomaré por esas razones. A usted han debido de enviarla para organizar esto, Destino, pero usted no puede mover su alma. Sólo yo puedo hacerlo, y no lo haré. Anule su mal, porque yo no permitiré que muera.

Llegó otra figura. Era Marte, la Encarnación de la Guerra.

—El Destino organizó esto; pero, como usted supone, por orden de los Poderes que Son. Ella ni tuvo ni tiene elección.

—¡Por orden del tramposo Satán! —gritó Zane.

—Quizá sea cierto —dijo Marte—. Pero usted no puede luchar contra él.

—Satán hizo trampas —recalcó Zane—. He formulado una petición para remediarlo, que seguramente será aceptada cuando se conozcan los hechos. Hasta que esa petición sea oída, no cederé a ninguna confabulación tácita con el Príncipe del Mal. Luna no morirá.

Apareció una figura más, también inmune al éxtasis del tiempo. Era la Naturaleza, con su vestido, de niebla.

Librodot

—Desista a esa necedad, Thánatos —le urgió—. Usted ha salido triunfante del incumplimiento de pequeñas reglas, pero esta vez se ha metido en profundidades que no conoce.

Zane los miró.

—¿Están todos contra mí? ¡Entonces malditos sean todos! Sé que tengo razón, conozco mi poder, y no harán que cambie.

La Naturaleza sonrió sin alegría.

—Estamos en un momento crítico. Es la ocasión de hablar sin ambages.

—Ya la he oído hablar sin ambages —replicó Zane—. Pero usted no puede invalidarme en mi jurisdicción. ¡Esta mujer no morirá!

El Destino sonrió.

—Relájese, Muerte. Nosotros estamos de su parte.

De repente, Zane tuvo una visión mental de líneas en paralelo, una de las cinco formaciones de pensamiento que la Naturaleza le había descrito en su encuentro anterior. Como si cada Encarnación fuese una cerilla de madera, y todas se orientaran en la misma dirección.

—¡Todos ustedes están en esto! Todos ustedes conspiraron para meterme en este agujero.

—Todos conspiramos —admitió Cronos—. Satán tiene que ser obstaculizado, y Dios no quiere intervenir. Nosotros, las Encarnaciones, somos lo que queda para reforzar el Convenio de no intervención.

Zane dio una vuelta sobre sí, barriéndolos con la furia de su mirada.

—La forma en que desempeño el oficio de Muerte, mi reunión con Luna (tan cuidadosamente preparada por su padre, que estaba mezclado en esto), mis ingenuos y, en apariencia, casuales encuentros con cada una de ustedes, las Encarnaciones, la actual agonía de Luna... ¡Todo organizado de antemano!

—Conocido, no organizado —dijo Cronos.

—Pero los detalles se adaptaron donde era necesario —añadió el Destino.

—Porque necesitamos tener en el cargo una persona de la naturaleza adecuada —dijo la Naturaleza.

—Para que pudiera liderar la batalla contra Satán —concluyó Marte.

—¡Malditos sean! ¡Malditos todos ustedes! —gritó Zane—. Nunca pedí esta responsabilidad. ¿Qué derecho tenían para meterse en mi vida?

—El derecho de la necesidad —dijo la Naturaleza—. Toda la humanidad se condenaría si no intervenimos.

—¿Y cómo puede mi dolor y la muerte de Luna hacer bien a alguien? —preguntó.

—La vida de Luna —corrigió el Destino—. Es su vida lo que necesitamos, no su muerte.

—Yo les indiqué eso —dijo Cronos—. Dentro de veinte años, Luna impedirá que el candidato político de Satán tome el mando de los Estados Unidos de América, evitando así que establezca un sistema de gobierno que haga de la nación y del mundo un lugar hostil y envíe a muchos miembros vivos de la especie humana directamente al Infierno. Pero Luna no podrá evitarlo si muere antes de tiempo.

El entendimiento de Zane se estaba aclarando, pero no se sentía satisfecho.

—Así que ustedes se las arreglaron para situar en el oficio de Muerte a un hombre que sabían que no tomaría su alma —dijo amargamente—. Porque era lo bastante necio para amar aquello que se impelía hacia él con tal propósito. Y el Mago Kaftan actuó de esa forma con su propia hija...

—Es terrible lo que hemos hecho —dijo Cronos—. Pero las carencias a que cualquiera de nosotros se enfrenta hoy no son más que minucias, en comparación a las que tendremos que enfrentarnos dentro de una generación si el Príncipe del Mal triunfa. Nosotros sacrificamos el ahora en aras del después. Estoy en situación de saberlo.

—¡Pero ustedes nos utilizaron, a mí y a ella! —gritó Zane, sin poder desprenderse de su angustia—. ¿Dónde está su moralidad?

—Nuestro trabajo es utilizar a la gente —dijo el Destino—. ¿Acaso usted duda en emplear su poder para cambiar las circunstancias de sus clientes?

Por supuesto, ella estaba reprochándoselo porque Zane se hallaba en un grave problema precisamente por eso. No solía dudar al imponer su propio punto de vista sobre lo correcto, indultando a algunos, tomando a otros y cambiando la manera de morir de muchos. ¡Gloria, Gloria, Gloria!

—En estos momentos, en la hora de la crisis, nos estamos utilizando a nosotras mismas —continuó el Destino—. Hemos hecho posible que salve al mundo de los vivos al salvar la vida de la mujer que ama. Usted estaba dispuesto a hacernos frente, aunque conoce nuestro poder, cuando lo pusimos a prueba hace un momento. Ahora puede unirse a nosotros en su propio beneficio.

Era verdad. Lo habían hecho girar en un intrincado laberinto. Sin la intervención del Destino en su vida, probablemente hubiera disparado contra sí; pero era evidente que ella también había provocado su necesidad de dispararse al privarlo de su romance con Angélica. ¿O también había organizado eso? ¿En qué momento del pasado empezó a intervenir? Era probable que él por propia iniciativa, se hubiera detenido a mirar las piedras de la tienda MESS O'POTTAGE, sin posibilidad de conseguir ninguna, y regresado después a su lóbrega existencia anterior. En el momento presente, estaría tratando de conseguir dinero para los alquileres atrasados con la venta de fotografías pornográficas de mujeres, tomadas sin que ellas lo supieran. En cambio, había sido enviado a un fantástico nuevo reino de amor y muerte...

La Naturaleza sonrió.

Librodot

—Marte captó lo esencial de la batalla entre Dios y Satán —dijo—. Cronos localizó el episodio clave. Yo precisé las cualidades de la persona que podía y haría lo que había que hacer, y el Destino se las arregló para ponerlo, ponerlo a usted, en la situación adecuada. Colaboramos, y entramos en su vida mientras miraba la piedra de la muerte, y ahora el asunto está en sus manos. No podemos iniciar la lucha sin su quiescencia.

—¡Pero ustedes no me informaron!

—Si lo hubiéramos planteado abiertamente, Satán lo hubiera sabido —le recordó el Destino—. Y actuando para evitar este encuentro, como ha hecho para eliminar a Luna antes de que llegue su hora. El Príncipe del Mal carece de civismo; sólo busca su propio engrandecimiento, y su astucia y poder son enormes. Pero ahora la obra está realizada, y ni siquiera él puede anularla, aunque es probable que nos esté escuchando ahora. El tiempo de los secretos ha pasado.

—¿Qué obra? —preguntó Zane, exasperado—. No he salvado la vida de Luna; sólo me he negado a tomar su alma.

—¿Tomaría ahora el alma si Satán se lo pidiera? —preguntó la Naturaleza, precavida.

—¡No! Y tampoco si usted me lo pide Madre Verde. Amo a Luna. Me trae sin cuidado la clase de maquinaciones que emplearon ustedes para llegar a esto, o a quien hubiera amado yo sin su intervención, o a quien hubiera amado ella; no la traicionaré.

—Nosotros creímos que reaccionaría de esa forma —dijo la Naturaleza—. Nunca le deseamos ningún mal, Thánatos; siempre hemos querido su éxito. Sentimos profundamente haber conspirado contra su predecesor, que era un buen profesional, pero que quizá no habría tenido reparos en tomar a Luna. Poseía demasiada experiencia para exponerse a los perjuicios que se derivan de la oposición al statu quo y no hubiera intentado frustrar a Satán.

Teníamos que contar con una Muerte testaruda y emocional, lo bastante nueva y lo bastante joven para no ser frenada por la experiencia, y lo bastante viva para reaccionar ante una atractiva e inteligente mujer joven. Lo elegimos a usted y lo utilizamos, y por ello le pedimos disculpas; pero creemos que no teníamos elección. No podíamos hacer solas el trabajo. La mayor parte le correspondía a usted. Satán quiere a Luna muerta, pero sólo usted puede hacer efectiva esa muerte. Mientras resista, Satán no podrá hacer nada.

Zane miró el cuerpo de Luna, con la sangre que antes fluía y goteaba inmovilizada ahora.

—Mucho bien podrá hacer esto a ella o al mundo —susurró—. No está muerta, pero tampoco viva.

Cronos sacó su reloj de arena.

—Ahora puedo actuar. —Giró la mano para intervenir el recipiente de cristal, no el reloj completo, de forma que la arena fluyó hacia arriba, como la noche del fuego.

Librodot

La boca del dragón se abrió. La sangre volvió al interior del cuerpo de Luna, elevándose en gotas desde el suelo para formar rápidos riachuelos que penetraron por las heridas cuando los dientes del monstruo se apartaron.

La cabeza del dragón dio una sacudida hacia atrás y Luna saltó fuera, cegada y quemada. Retrocedía hacia una densa nube de humo. Gritaba. Un momento después el humo se deslizó dentro de la boca del reptil y Luna retrocedió ilesa.

Cronos manipuló el reloj de arena y el tiempo se congeló otra vez.

—Ahora puede llevarla a casa, con permiso temporal. Pero debe tener cuidado. Satán no tiene poder para obligarlo a tomar su alma, pero sí para que desee hacerlo. Tendrá que ser completamente inquebrantable.

Zane miró a la restablecida Luna; de repente, tan llena de salud. Parpadeó. Era como si aquel horror no hubiera sucedido.

—Lo seré —dijo.

—Pero usted no puede negarse a tomar a este cliente sin

hacer lo mismo con todos los demás —dijo la Naturaleza—, En otros casos usted pudo elegir, porque sólo tenía que falsear las situaciones cuando ninguna otra entidad sobrenatural estaba interesada. Pero en éste el asunto estaba preparado. Satán se aferrará a la letra de la ley, por todas las veces que no la ha cumplido. No se le permitirá tomar ningún alma sin que tome antes la de Luna. O ninguna, o todas.

—Entonces estoy en huelga —decidió Zane—. No tomaré ninguna hasta que ella esté libre de esa determinación ilegal de fallecimiento.

—Satán ejercerá presión sobre su caso —le advirtió Marte—. Usted, nunca ni en su vida ni en su muerte, ha emprendido una campaña así contra un Eterno. No sabemos si será capaz de triunfar.

—No quiero tomar el alma de Luna —insistió Zane—. Ocurra lo que ocurra. Conspiraron para que me enamorase de ella, lo sé y lo siento, pero nunca traiciono a quien amo, aunque mi propia alma esté en peligro.

—Sí, lo sabemos —dijo la Naturaleza—. Ésa fue su mejor calificación para nuestro proyecto. Usted siempre es leal a sus amores y a sus creencias.

Lo besó en la mejilla.

—El futuro de la humanidad, por sinuoso que sea, depende de su resolución —dijo el Destino, besando su otra mejilla—. No lo olvide nunca.

Cronos y Marte inclinaron la cabeza con solemnidad, mostrando su acuerdo. Entonces se produjo un remolino de impresiones mezcladas y todos desaparecieron. Zane se quedó solo con Luna y el dragón hembra de Humo Caliente.

Librodot

Puso en marcha su reloj, y se reanudó el movimiento. Luna se dirigió hacia el dragón. Pero se detuvo, porque ya había una ofrenda delante del monstruo.

Evidentemente, la Naturaleza había proporcionado un cordero para la ocasión. El pobre cordero dio un aterrado balido antes de morir. Por un instante, Zane se preguntó cómo era posible, si ninguna alma podía ser tomada; después recordó que los recogedores de almas animales no estaban en huelga.

En un momento, el dragón se comió al cordero virgen, con lana y todo. Se relamió, eructó, y cojeó para recuperar su precioso huevo, lo cogió cuidadosamente con la boca, exhaló suficiente fuego para fundir un poco la cáscara, y lo pegó a su lomo. Después desplegó las alas, corrió por la arena, se orientó en la dirección del viento, ganó velocidad y despegó. Pronto se convirtió en una mancha que disminuía en el cielo.

Zane caminó por la arena e interceptó al jefe de los protectores de los dragones, que estaba mirando como si presenciara un milagro.

—¿Está satisfecho? Entonces libere a la doncella.

El hombre asintió.

—¿Lo ha visto? —preguntó, embelesado—. ¡De pronto apareció un cordero!

—El deber de la doncella está cumplido —repitió Zane, insistente.

—Oh, sí —dijo el hombre distraídamente—. La llevaremos a nuestra ciudad base del sur de Nevada, Las Vegas, y le compraremos un billete de alfombra para su casa. Tiene mi palabra.

Y la palabra de aquel hombre de principios, era buena. Zane se volvió hacia la doncella.

—Cuando llegue a su casa, señorita, le sugiero...

—¡Oh, sí señor! —exclamó—. ¡Me casaré con el chico de al lado inmediatamente!

Bien. Ya no estaría expuesta a convertirse en comida de dragón. El trabajo de ella estaba terminado.

Por el contrario, el de Zane acababa de empezar. Regresó donde estaba Luna y la cogió del brazo, conduciéndola hasta su caballo. Mortis, que había desaparecido, apareció ahora que se le necesitaba. Luna mostraba confusión.

—Estaba quemada, sangrando... —dijo, poniendo su mano libre donde habían estado sus heridas.

Así que recordaba.

—El Tiempo... Cronos, otra de las Encarnaciones, anuló

tu sacrificio. Tu vida ha sido perdonada porque me negué a tomar tu alma.

—¡Pero tú no tenías que haber sido convocado para mí! —protestó ella—. Mi mal supera mi bien. Debía haber ido directamente al Infierno.

—Eso creíamos —asintió él—. Pero elegiste un buen camino para hacer tu transformación, sin buscar ni esperar ningún beneficio. Tu alma está ahora en equilibrio, como sabían las otras Encarnaciones que iba a suceder, y eres mi cliente. Tu vida se hubiese perdido a causa de las trampas de Satán, pero me he declarado en huelga. Nadie morirá hasta que tu caso se haya solucionado.

—Entonces, ¿cuál es mi sitio? —preguntó perpleja.

Parecía asombrada por encontrarse viva y sin dolor físico.

—El Limbo, supongo. —Lo pensó y se dio cuenta de que las otras Encarnaciones no le habían dicho mucho. Se habían limitado a montar la escena, y ahora él tenía que interpretar el papel—. Creo que puedes continuar tu vida normal, en libertad bajo fianza, hasta que este asunto con Satán haya concluido.

—¡Mi vida normal! —exclamó, con incredulidad en la voz.

—Al menos te llevaré a tu casa, donde estarás a salvo con tus grifos y mariposa lunar.

Ella intentó sonreír.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Zane, porque yo no estoy muy segura en este momento de qué es real o no. Esperaba morir.

—Estoy rectificando un error —dijo él—. Satán conspiró contra ti, y me propongo frustrarlo. Eso sería lo adecuado incluso aunque yo no hubiera sido conducido a esta situación como un perro por su correa, incluso aunque no te amara.

—Para mí es difícil creer que soy digna de eso, muerta o viva —murmuró ella cuando llegaron junto a Mortis.

—¿Digna de ser salvada, o de ser amada?

—De nada. No soy una persona importante. Sé que no

podría resistir a Satán ni a ninguno de sus demonios. —Se estremeció al recordar el demonio con quien se relacionó—. Y dudo que el amor...

Mortis se elevó hacia el cielo.

—Tu temor carece de importancia —dijo Zane—. Tu alma permanecerá en la Tierra.

Se agarró a él para sujetarse y no volvió a hablar. La dejó en su casa, aconsejándole que se quedara allí y que durmiera. Prometiéndole que la visitaría con frecuencia.

—A casa, Mortis —dijo, muy cansado de repente.

El caballomuerte se elevó hacia el cielo.

Librodot

LOS ARGUMENTOS DE SATÁN

El relojmuerte llamó su atención. Tenía clientes acumulados.

—Lo siento. Hoy no trabajo —murmuró Zane—. Ni en los próximos días.

Llegaron a su mansión, y Zane desmontó.

—Creo que vas a tener una semana de descanso, Mortis —dijo—. Has sido un caballo perfecto, y te deseo lo mejor.

El impresionante semental relinchó en agradecimiento, movió el cuerpo para liberarse de la silla y se dirigió hacia la hierba. Zane entró en la casa.

El personal del servicio lo atendió como siempre. Tuvo una buena comida, una ducha y ropa limpia, y se sintió mucho más relajado. Se acomodó para ver el noticiario de la televisión, sabiendo que estaría colmado de referencias a su escandaloso comportamiento. Todo parecía estar bien, excepto por dos cosas: había perdido a Luna, y estaba preocupado por su futuro. Sabía que se enfrentaba a tiempos difíciles. No tardaría mucho Satán, si no había estado espiando lo ocurrido en Humo Caliente, en darse cuenta de que Luna no había llegado al Infierno en su momento.

—Buenas noches, Muerte —dijo el educado locutor desde la pantalla—. Me disgusta inmiscuirme en su bien merecida intimidad, pero parece haber un malentendido.

Zane miró aquel rostro con más atención. La tez del hombre era oscura, con un matiz rojizo, y tenía dos cuernos pequeños situados en las sienes.

—¡Satán! —exclamó.

—A su servicio —corroboró el Príncipe del Mal, inclinando la cabeza—. ¿Puede dedicarme un momento?

Zane suspiró. ¡Ya estaba allí el temido encuentro! Satán se mostraba afectadamente amable, pero impondría su voluntad hiciera lo que hiciese la Muerte.

—Me niego a enviar el alma de Luna al Infierno —afirmó con rotundidad.

Satán rió. El sonido de su risa era melodioso y jovial, como si se divirtiera.

—¿Al Infierno? Mi querido amigo, ella no tiene que venir aquí. Estoy seguro de que será bien recibida en el Cielo, después de sus meritorios actos.

¿Qué era aquello?

—¿Usted no la quiere?

—Sólo quiero lo que se me debe, Muerte. Luna es una mujer buena, aparte de lo que su ficha indique. Puedo garantizar personalmente que no vendrá al Infierno. No tengo ningún cometido para gente como ella aquí.

—Entonces, ¿por qué adelantó la fecha de su fallecimiento? —le espetó Zane.

Los labios del Diablo se tensaron.

—Debo confesar que ha habido cierta torpeza en todo esto. No veo razón para involucrar a una mujer tan encantadora y buena en ese asunto.

—¡Pero usted quería matarla antes de que llegue su hora!

—Yo me limité a buscar la manera menos dolorosa de aliviar una situación difícil. Siento que esto le cause aflicciones personales, Muerte, pero deseo ofrecerle una compensación.

—¿Cómo puede compensarme por la pérdida de la mujer que amo?

—Mi querido señor, mi organización está especializada en compensaciones. Si son placeres de la carne lo que usted desea... —Satán hizo un gesto, y una muchacha de cabellos castaños, realmente bella, apareció junto a él—. Querida, muestra a mi estimado colega lo que puedes ofrecer.

La mujer sonrió de forma deslumbrante y se desabrochó la blusa.

—¡Es un súcubo! —dijo Zane, comprendiendo el truco.

—Naturalmente. Puedo proporcionarle cualquier belleza humana de la historia que usted elija, la mayoría de las cuales reside ahora en mis dominios, y cualquiera de ellas se sentirá feliz de deleitarle para siempre. Pero tendría que venir al Infierno, puesto que ellas no pueden regresar a la Tierra en sus cuerpos originales. Supongo que usted prefiere una criatura que pueda atenderlo en vida. Los súcubos son unos seres altamente especializados, que pueden ocuparse de usted en cualquier sitio.

Zane guardó silencio, abatido por la extremada audacia de la oferta. ¡Satán creía que podría aceptar una mujer demonio en sustitución de Luna!

—Ésta, por ejemplo —continuó Satán alegremente, mientras la figura de mujer continuaba desnudándose—. Observe la belleza de su rostro y la ampulosidad de sus formas. No podría encontrar nada igual en la Tierra.

Zane recobró la voz, en parte.

—Pero...

—Y eso no es todo —dijo Satán con rapidez, mientras la súcubo se quitaba la falda.

—Pero...

—Sí, es eterna —continuó Satán, entusiasmado—. Las mujeres vivas inevitablemente cambian, engordan y envejecen, pero las mujeres demonio nunca se deterioran. No tiene que preocuparse por eso. Es eterna —repitió el Maligno, en tono suave.

—Usted no comprende —dio Zane, manteniendo estable la voz, aunque sentía los ojos cansados—. No quiero una voluptuosa súcubo. Quiero a Luna.

Aquello era terrible, porque no difería en ningún detalle. El cabello era castaño y largo y los ojos idénticos, grises y profundos. Quedándose en la superficie.

—Pero su muerte... —dijo, con obstinación.

Satán frunció el entrecejo.

—Ahí, lo confieso, hay un problema. La conversación inteligente requiere una mente. La mayoría de los hombres prefieren que sus mujeres no tenga mente propia.

—Lo cual la hace distinta por completo —dijo Zane, ganando confianza.

El Príncipe del Mal no podía engañar a alguien que estuviese alerta, esperaba.

—Quiero a Luna por sí misma, no sólo por su aspecto. Ella ha hecho algunas cosas muy buenas, valientes y desinteresadas; es una persona maravillosa... y va a evitar que usted envilezca el mundo, cuando pasen veinte años. Por lo cual no sacaré su alma de la vida.

Zane tenía miedo de estar hablando demasiado, pero no podía contenerse.

—Una actitud digna de elogio —dijo Satán suavemente—. Uno debe procurar siempre el bienestar propio y el de sus amigos. Eso supone un evidente egoísmo.

Zane se quedó sorprendido.

—¿Está de acuerdo? —preguntó.

—¡Por supuesto que lo estoy, Muerte! Soy la Deidad del Egoísmo, después de todo. Pero se debe ser cuidadoso al definir el término.

—Que no incluye copular con súcubos —terminó Zane, contundente.

—Eso depende del punto de vista de cada uno. En realidad, debería probarlo antes de condenarlo. Su novia lo hizo.

—¡Eso es mentira! —le espetó Zane, con súbito acaloramiento.

Pero después se dio cuenta de que no había reaccionado como debía; Satán estaba pulsando sus botones con inteligencia, situándolo en un círculo emocional que le haría perder el equilibrio. Un poco más de eso, y el Diablo conseguiría que reaccionara según sus deseos. Zane se recordó que el dragón de Humo Caliente no hubiese empezado a comerse a Luna si no hubiera sido físicamente virginal. No tenía necesidad de discutir el caso con el Diablo.

—Todos saben que soy el Padre de las Mentiras, título que llevo con orgullo —respondió Satán, sin perder la calma—. La verdad depende de la apreciación personal; no hay medidas absolutas de integridad. Por eso, con frecuencia, me parece necesario someterme a la razón para convencer a los escépticos de la validez de mi causa. Ponga atención a mi lógica y no precisará una comprobación posterior.

—Quizá —se limitó a decir Zane, recelando de aquello.

—Usted es proclive a considerar la virginidad física de Luna como pureza total. ¿Está seguro de que no se está engañando a sí mismo?

¡Qué pico de oro tenía el Diablo! Era bien parecido y razonable, y presentaba sus argumentos de manera clara. Era difícil resistirse a su encanto. Había imaginado una incandescente y humeante máscara de horror profiriendo terribles amenazas. No obstante, se recordó que el mal siempre es el mal, con independencia de la imagen que proyecte.

—Sé que tuvo relaciones sexuales con uno de sus demonios —dijo Zane—. Sé que fueron psíquicas, no físicas. Sé que eso colocó una pesada carga de pecado sobre su alma. Pero también sé que ella lo hizo con el objeto de aprender magia para ayudar a su padre. En su ficha pueden constar muchos pecados, pero como persona es buena.

—Sin duda, y además muy bien planteado por su parte —dijo Satán, como si se dirigiese a un estudiante aventajado. Le hizo una indicación al súcubo, y ella desapareció de la pantalla—. No hay nada tan digno de elogio como el sacrificio de la propia alma, de la propia alma inmortal, por el bien de otra, aunque ese bien pueda ser precisado. Con ese criterio, usted mismo es un hombre mucho mejor de lo que su ficha indica. Luna es una criatura excepcional.

—Entonces, ¿por qué la está acosando? —preguntó Zane, por pura retórica.

Conocía la respuesta y ya la había usado contra Satán. Pero tenía que decir algo que le ayudase a resistir la marea de halagos que amenazaba con socavar su causa. Satán lo había elogiado como antes había hecho Luna, por un asunto que era fundamental para la imagen que Zane tenía de sí mismo. Había justificado su comportamiento respecto a su madre. ¡Cuánto más fácil hubiese sido combatir con un monstruo voraz!

Satán volvió a reír, y lo hizo como el más agradable de los compañeros.

—Mi querida Encarnación, no estoy interesado por el bien. El mal es mi bailía. Es mi deber eterno definir y castigar el mal en el hombre. Supongo que estará de acuerdo en que eso es un trabajo necesario.

—Sí, pero...

—Hay una enorme cantidad de mal en el mundo. —La amable figura continuó en tono persuasivo—. Si no se controlara, ese mal corrompería la sociedad entera en poco tiempo. Tiene que ser controlado; los malvados tienen que ser castigados y saber que el castigo es inevitable y estrictamente proporcionado a sus delitos. De hecho, la sociedad entera tiene que ser advertida de las consecuencias de la acción del mal. Sólo de esta forma el hombre como especie puede mejorar.

¡Era una obligación racional!

—Pero usted admite que Luna no es básicamente mala. ¿Por qué debería ser castigada?

—Mi querido asociado —dijo Satán con otra sonrisa cálida y tolerante, como la de un padre benigno que se dirige a un niño inteligente pero dado a cometer errores—. Estamos de acuerdo en que no es mala; y, por supuesto, en que no debe ser castigada. Ella tiene que ser enviada directamente al Cielo; el lugar que le corresponde. Supongo que usted no pondrá objeciones a eso.

—¿Al Cielo? —preguntó Zane, desconcertado—. ¿Está usted de acuerdo en...?

—Sólo quiero lo que es mío. Luna no me pertenece.

Zane se esforzaba por conseguir equilibrio mental.

—¡Pero aún no ha llegado su hora! ¿Por qué programar su muerte antes de tiempo?

De nuevo estaba apremiando a Satán a que confesara la verdad, ¿lo haría?

—Sí uno tiene que irse anticipadamente para que un centenar sea atendido en forma adecuada, ¿debería usted actuar bien con ese uno y mal con el centenar?

—Bueno, no, pero...

—Muerte, he analizado con cierto detalle el curso futuro del hombre. He captado direcciones que podrían considerarse demasiado sutiles para las mentes mortales. No para su mente, desde luego; usted es una persona perspicaz. Pero una exposición detallada sería tediosa. En esencia, percibo una relación, que se producirá dentro de unos veinte años, decisiva para el destino de la especie humana. Adelantándome a ella, puedo cambiar el curso de la historia humana. Me será posible eliminar una enorme cantidad de mal con un mínimo trastorno. Desgraciadamente, alguien bien intencionado pero mal aconsejado, obstruye esa oportunidad. Me aflige tratar con dureza a esa persona, cuya postura está justificada de acuerdo con su más limitada comprensión; pero la justicia de muchos tiene preferencia sobre la justicia de uno. Eso podría parecer cruel en el ejemplo concreto, y carente de equidad en el caso específico; pero en un contexto más amplio, los valores se invierten. Ésa es la realidad del deber eterno que tengo que cumplir.

Y Luna era ese alguien. Si no fuera por eso, hubiera convencido a Zane.

—Padre de las Mentiras, no creo lo que me ha dicho.

Satán no se dio por ofendido aún.

—Hace bien en mostrarse cauteloso. Me gusta su independencia de pensamiento. Estoy seguro que una persona de su perspicacia llegará a la conclusión correcta.

—Dudo de que pueda convencerme para que envíe a la mujer que amo a la Eternidad, con anticipación.

Satán se encogió de hombros.

—El cronometraje puede ser un asunto de conveniencia, Muerte. ¿Se siente frustrado porque su propia situación haya sido cínicamente manipulada por otros, incluyendo el momento y la manera en que abandonó su vida original?

El Maligno estaba atacando con más fuerza.

—En realidad, no me siento satisfecho de eso —admitió Zane, sabiendo que estaba lejos del mejor camino. Difícilmente podría igualar la habilidad para mentir de Satán, aunque quisiera. Cualquier mentira, incluso un inofensivo engaño a sí mismo, haría el juego a Satán—. Pero creo que en esas circunstancias era necesario...

Se detuvo al darse cuenta de la implicación. ¡El bienestar de uno, sacrificado en beneficio de muchos! De todas formas, le estaba haciendo el juego al Diablo.

—Las circunstancias nos convierten en títeres a todos nosotros —dijo Satán con simpatía—. Usted desempeña su oficio a la perfección, puedo decírselo sinceramente. Han transcurrido décadas,

tal vez siglos, sin que una Muerte situara la conciencia sobre la conveniencia, y el papel es digno de una nueva representación.

Zane intentó reprimir el placer que le causaba este halago, desconfiando de su fuente.

—Me atrevo a decir que eso me está conduciendo rápidamente hacia usted.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! —rió Satán, como un alegre Santa Claus—. ¿No es una ironía? Las reglas son tan rígidas que los pocos que hacen bien las cosas, deben pagar por ello con sus almas. ¡Dios se enfadaría si lo supiera! Pero, francamente, no está prestando atención.

A Zane le cogió por sorpresa aquella descarada denigración de Dios. Pero, ¿qué otra cosa se podía esperar del mayor enemigo de Dios?

—¿Quiere decir que está recibiendo almas buenas en el Infierno? —preguntó, espantado.

—Y perdiendo algunas malas en el Cielo —asintió Satán, dándose una palmada en la rodilla—. Eso complica terriblemente el trabajo. Pero así es como actúan la burocracia y las normas osificadas; algunas pobres almas siempre se deslizan a través de las grietas.

Aquél era el Padre de las Mentiras, se volvió a recordar Zane. Todo o nada o cualquier intermedio entre ambos podía ser falseado. Era peligroso incluso hablar con Satán, porque pronto las fronteras del bien y el mal se difuminaban a causa de su elocuencia engañosa.

—Veo que aún duda —dijo Satán, inclinándose hacia adelante con aparente sinceridad—. Eso es bastante comprensible. Sus asociados han maniobrado para situarlo en una posición embarazosa. Usted tiene problemas en su trabajo, y está limitado por sus reglas que han perdido su importancia en la escena contemporánea. Igual que yo en el mío. Nos conviene cooperar en los puntos donde nuestros trabajos se complementan. Eso puede facilitar mucho las respectivas tareas y nos beneficiará a los dos.

—¡No veo ningún beneficio!

—Pero es que usted no se da a sí mismo la oportunidad de verlo —dijo Satán, con afabilidad—. Permítame que lo invite a un recorrido por mis dominios.

—¿Un recorrido por el Infierno? Yo no...

—Eso se puede arreglar, Muerte. Sólo tiene que separarse de su envoltura física durante un rato. Le prometo formalmente que regresará en perfecto estado.

—¡La promesa del Padre de las Mentiras! —gritó Zane, con repulsión—. ¡Ahora está intentando meterme a mí en el Infierno! Me niego a arriesgar mi alma de esa manera.

—Un hombre que no arriesga su alma para salvar la de la mujer que ama quizá no merezca el amor de ella —comentó Satán.

¡Qué aguijonazo!

—Lo que ocurre es que no quiero arriesgarla en una mala apuesta. No veo por qué necesito comprobar sus argumentos. Ni ir personalmente al Infierno. Lo que quiero es una revisión de los

motivos de la programación del fallecimiento de Luna. Si puede conseguir que la revisión se haga pronto, le quedaré muy agradecido.

Satán puso los ojos en blanco.

—¿Ha intentado alguna vez apresurar a la burocracia?

Ya salía aquello.

—De cualquier forma, creo que estaré bien aquí hasta que tenga lugar esa revisión.

Zane pensaba que había puesto a Satán con el agua al cuello, porque la revisión podía evidenciar que había hecho trampas y liberar a Luna de la sentencia.

—No estoy seguro de que usted comprenda mi problema —dijo Satán—. El Infierno está equipado para una gran afluencia. Miles de almas entran cada hora para ser tratadas. Usted ha detenido de pronto el flujo. Y eso deja sin trabajo a mi cuadro de iniciados.

—El descanso será bueno para ellos —dijo Zane sonriendo sin amabilidad—. Pueden afilar sus tridentes, o lo que sea.

—¡Al contrario! Esos pequeños diablos deben de mantenerse ocupados constantemente. ¿Y quién encuentra en el Infierno trabajo para que lo hagan los diablos desocupados?

Zane se imaginó a los diablos desocupados alborotando en el Infierno, volcando potros de tormento y desordenando las cámaras de tortura. ¡Aquello podría ser un verdadero problema!

—Mire eso —dijo Satán.

La imagen de la televisión cambió a un reportaje informativo sobre un accidente. Un avión había sido víctima del mal tiempo en una región muy fría al norte y había caído en un lugar aislado. Cincuenta pasajeros estaban dentro.

—Esas personas se congelarán hasta morir —continuó Satán—. No hay esperanza de rescate, pero ninguna morirá mientras la Muerte continúe en huelga.

La cámara enfocó los restos del avión; luego mostró una panorámica del interior, donde estaban varios pasajeros heridos de gravedad y otros atrapados por los escombros. Era la clase de accidente en que todos perecen.

—¿De veras va a dejar que esas víctimas sufran indefinidamente, sin liberar sus almas para la Eternidad? —preguntó Satán, con voz sombría, tras una pausa—. La mayor parte de ese grupo está destinada al Cielo, de manera que no hay nada que ganar con la demora excepto un inmerecido sufrimiento.

Zane no había considerado aquel aspecto. ¿Había estado evitando deliberadamente lo obvio? ¡Desde luego que habría terribles sufrimientos! La Muerte no era una carga para las personas con heridas mortales; era un alivio. Él siempre defendía el derecho de cualquiera a morir en el momento que le correspondía. Había cometido un asesinato en defensa de ese derecho. Ahora era responsable de una denegación peor que la practicada en cualquier hospital. Satán había golpeado en otro punto

vulnerable, con la aguda percepción de su naturaleza maligna. ¡Ahora no sufría una persona, sino una multitud!

Aunque, ¿cuántas personas sufrirían eternamente si Satán se salía con la suya? Si una sola, Luna, podía ser sacrificada para ayudar a las cincuenta del avión accidentado, ¿por qué no podían ser sacrificadas las cincuenta para salvar al mundo entero? Satán lo estaba presionando, y él debía oponer resistencia. Sabía de antemano que no iba a ser fácil, pero había subestimado la artera ingeniosidad del argumento.

—Siento profundamente el sufrimiento de esas personas —dijo Zane—. Pero es su voluntad, no la mía, la que ha provocado eso. Primero tiene que ser considerada mi petición y Luna liberada de su injusta sentencia de muerte.

—Creo que la fecha de la vista podría adelantarse —dijo Satán, como si se tratara de un asunto baladí—. Considere mi problema y trataré de que el suyo sea considerado.

Así que el Diablo sí que tenía poder para influir en el asunto... o lo daba a entender.

—¿Me está proponiendo un pacto?

—Soy un especialista en pactos.

—¿Cómo puedo estar seguro de que usted cumplirá su parte en el pacto que haga?

—Un pacto no firmado con sangre no tiene el valor del que sí lo está —dijo Satán, con gesto amable.

—Me niego a firmar con sangre.

—Ni se le ha pedido. Ésa era una costumbre medieval; la sangre del cliente me daba el poder mágico para reforzar el contrato. Hoy, las huellas dactilares o las impresiones de retina tienen la misma eficacia. Pero ningún contrato de ninguna naturaleza puede obligar a una Encarnación, así que eso es irrelevante. —Satán se inclinó hacia el frente; su hermoso rostro irradiaba sinceridad—. Limítese a considerar la razón subyacente, Muerte. Estoy interesado en persuadirlo para que dé por terminada su huelga. Usted está interesado en garantizar el bienestar de su novia. Por tanto, a ambos nos beneficiaría establecer comunicación entre nosotros y llegar a un completo entendimiento. Trampear no facilitará eso.

—Si voy al Infierno y no vuelvo, otra persona tendrá que ocupar el cargo de Muerte. Ésta, estoy seguro, será más receptiva a sus indicaciones.

Satán sonrió, con burlón asentimiento.

—Es usted rápido en captar la realidad. Pero todo lo que tiene que hacer es hablar con el Destino, que es quien se ocupa de los detalles de las transiciones. Nadie más puede hacerlo. Supongo que ella no lo engañará en este asunto. Si le garantiza que su transición no tendrá lugar ahora...

Zane no estaba seguro de eso, pero pensó que valía la pena investigarlo.

—Si visito el Infierno, aceptando su invitación, ¿liberará a Luna de su sentencia?

—¡Desde luego que no! —dijo Satán, indignado—. Sólo buscaré otro camino para alcanzar mi objetivo.

—Entonces, ¿cuál es la finalidad de mi visita?

—Podría usted convencerse. Después obtener un gran premio y ser feliz eternamente.

—No puedo ser eternamente feliz a menos que me muera —puntualizó Zane.

—De ningún modo, Muerte. Su actual oficio es eterno.

—Hasta que lo deje.

La sonrisa de Satán se tensó un poco.

—Entonces, ¿cómo puedo darle seguridades?

—Libere a Luna.

—Usted no está siendo razonable.

—Según su criterio. Si eso termina con nuestra relación...

Un ligero halo de humo se formó alrededor del rostro de Satán, pero mantuvo su sonrisa.

—Suponga que llegamos a un acuerdo y le preparamos un excelente viaje al Infierno. Si su recorrido por el Infierno no le convence, usted...

—Usted dejará en paz a Luna —finalizó Zane con firmeza.

Satán suspiró.

—Hubiese preferido un funcionario más responsable. Pero... dejaré libre a Luna.

¿Estaba mintiendo Satán? Probablemente. Sin embargo, Zane se sentía lo bastante inseguro de su propia posición y poder para intentarlo. Si Satán no cumplía, se podría probar que había pactado con mala fe, y Zane no tendría dudas en el futuro. Mientras tanto, la Muerte no tomaría a Luna. En realidad, no tenía nada que perder mientras que permaneciese en su cargo.

Y ésa era la clave. Si perdía su posición... Pero la puya de Satán sobre el valor de un hombre que no quería arriesgar su alma por amor aún pinchaba, y también la conciencia de Zane. Al menos debería oír a la otra parte.

—Hablaré con el Destino.

—Conectaré con ella —dijo Satán.

El Destino apareció en la pantalla del televisor, en su encantadora apariencia de la joven Ciato.

—No —dijo Zane—. Ésa puede ser su demonio haciendo otra imitación. Deseo que sea personal.

—Como quiera —dijo el Destino.

Dio unos pasos y salió fuera del televisor, sonriendo, para situarse ante él.

—Las criaturas del Infierno que se manifiestan en la Tierra, pueden adoptar cualquier forma física, pero no mental —continuó, manteniendo estirado un hilo brillante entre sus manos—. ,Y

nadie sino una Encarnación puede competir con una Encarnación. Éste es su hilo, Muerte; mire, puedo moverlo con él.

Retorció el hilo; y, de repente, Zane se encontró sentado en el suelo. Lo volvió a estirar y Zane de nuevo se encontró sentado en la cómoda silla.

—Puedo retorcerlo, alargarlo o encogerlo, hacer que sea liso o lanudo, grueso o delgado. Como Láquesis, puedo medirlo para determinar su vida... —Ahora había adoptado la forma de mediana edad—. Y como Átropos, cortarla.

Se convirtió en una vieja mujeruca con unas enormes tijeras.

—¡Ya es bastante! —gritó Zane—. Acepto su identidad.

—Eso está bien —dijo, volviendo a ser Láquesis. El negocio que el Uno Infernal propone es lícito, Muerte; al menos mientras usted viva. Su hilo continúa más allá de este episodio. Después se enreda, no puedo garantizarle que el tapiz dure mucho cuando Satán haga uso de él.

—Me preocuparé del Más Allá a su tiempo —dijo Zane.

—Como prefiera, Muerte —contestó el Destino, con sequedad—. Pero cuídese en el Infierno.

Zane se dio cuenta de que ella temía que su supervivencia significara que se había pasado al lado de Satán. Esto, más que ninguna otra cosa, lo convenció de su autenticidad.

—Lo haré. Pero ¿qué hay del hilo de Luna?

El Destino extrajo otro hilo del aire y lo inspeccionó.

—Éste también está enredado.

—Satán ha prometido dejarla en libertad si el viaje no me convence.

El Destino volvió a mirar el hilo, con más atención.

—No, no puedo asegurar eso; hay demasiadas interferencias. Debe estar alerta con los detalles. ¿Ha dicho cuándo?

—¿Cuándo?

—Cuando la dejará libre. ¿De inmediato o pasado un siglo?

El corazón de Zane se paralizó.

—No.

—Cuando usted decida —dijo Satán tranquilamente.

—No me fío de eso —afirmó el Destino—. Es tan escurridizo como una anguila engrasada. Pero supongo que es mejor que vaya al Infierno y observe lo que pueda.

—Quizá deba contratar a un guía —bromeó Zane.

—Hágalo —convino ella, en serio.

De repente, ya no fue una broma.

Librodot

—¿Quién podría guiarme en un recorrido como ése? Ninguna persona viva, y no conozco a muchas personas muertas. —Zane se detuvo, recordando a una—. ¡Molly Malone! La pescadera fantasma. ¿Podría ella...?

Los labios del Destino dibujaron un gesto de aprobación.

—Conozco a esa pilluela. Es una astuta chica de la calle —dijo.

—En realidad, no veo por qué quiere complicar una simple visita privada —intervino Satán.

—¿Cuál es la situación exacta de Molly en la Eternidad? —preguntó Zane—. Obviamente, ella no reside ni en el Cielo ni en el Infierno.

—Ella no está asignada —dijo el Destino—. Pero la mayoría de sus amigos se encuentran en el Infierno. Molly estaba reacia a abandonarlos cuando murió, pero era demasiado buena chica para ir Abajo, así que por ahora continúa en las calles. A la larga se cansará de eso y subirá al Cielo por sí misma; pero, mientras tanto, puede visitar el Infierno sin peligro.

—No tenemos empleo para esa clase de gente —gruñó Satán.

—Pero no puede negarle sus privilegios de visitante —dijo Zane—. Por su lealtad a algunos de los condenados. Quiero que me acompañe.

—La iré a buscar —dijo el Destino, sonriendo con disimulo.

El humo se incrementó alrededor de Satán, pero él permaneció en silencio.

Pasado un instante, apareció el fantasma.

—He oído que quiere hacer otra excursión, Muerte —dijo Molly, entusiasmada—. Pero, ¿dónde está su novia?

—Luna nunca verá el Infierno —afirmó Zane—. Satán trata de convencerme para que la deje morir, y si ella muere irá al Cielo. En caso de que no logre convencerme, quizá la deje en libertad.

Molly miró con desconfianza al Príncipe del Mal.

—Cuando el Infierno se congele —murmuró.

Satán se limitó a sonreír con resignación; había oído aquella frase innumerables veces.

—No puede confiar en el Príncipe del Mal, Muerte —continuó Molly—. Sus secuaces cabildean para conseguir leyes que fomenten el alcohol y las pistolas, para que los conductores borrachos y los descontentos impetuosos se envíen a sí mismos y a otros al Infierno antes de hora.

—Al contrario —dijo Satán—. Trato de conseguir leyes contra cosas antisociales como la pornografía y el juego...

—Porque eso hace que la policía se dedique a irrumpir en las librerías y en las partidas de cartas de tres al cuarto, en lugar de impedir el crimen en las calles. —Molly continuó, con acaloramiento—. Usted no quiere que la gente se quede en casa leyendo o entreteniéndose; usted la quiere fuera, cansada y frustrada, practicando la verdadera perversidad.

Zane se dio cuenta de que Molly, que había muerto joven en las calles, se dejaba llevar por una animosidad personal.

—¿Le importaría ser mi guía en el Infierno, Molly? —le preguntó—. Quiero decir, que si vendría conmigo y hablaría con sus amigos que están encerrados allí...

Ella sonrió, contenta.

—¡Me encantaría, Muerte! Su Bajeza siempre ha puesto obstáculos burocráticos en mi camino cuando he querido ver a un amigo; quizás esta vez no le sea posible hacerlo.

—Entonces, vamos para allá —dijo Satán ferozmente. Se inclinó para atraer hacia dentro la pantalla de televisión, y ésta se abrió como una puerta de cristal—. Entren en mi salón.

Molly le tendió la mano a Zane.

—Sólo tiene que salir de su cuerpo, Muerte —dijo—. Usted es su propio cliente ahora.

Zane tomó su mano, incierto sobre aquello. Sintió una sensación agradable, una especie de alumbramiento interior, y salió de la cómoda silla. Se volvió y se vio sentado allí, como si estuviese dormido o muerto. Su alma se había separado de su cuerpo.

—Al principio es extraño —lo tranquilizó Molly—. Pero se acostumbrará en cosa de una década. Vamos.

Lo condujo hacia el aparato de televisión abierto.

Entraron juntos sin dificultad, porque las almas son muy adaptables. Zane no se sintió en absoluto delgado o translúcido, como eran las almas que él tomaba; tenía la impresión de ser bastante sólido.

Se encontraron en una especie de horno, con fuegos encendidos formando un anillo a su alrededor; el humo ondeaba hacia el oscuro e invisible techo. El aire estaba caliente.

—Bienvenido al Infierno, Muerte —dijo Satán, extendiendo la mano.

Era roja y bien proporcionada, pero las uñas tenían forma de garras. Zane dudó, pero después se adelantó y aceptó la mano. Era mejor comportarse lo más educadamente posible. La mano estaba caliente pero no quemaba.

—Ningún lugar como el presente —dijo el Príncipe del Mal, con animación. Su cabeza era más prominente vista de cerca. Sus cuernos eran más largos y brillantes de lo que le habían parecido con anterioridad; los dientes caninos destellaban detrás de sus finos labios, y su cabello hacía pensar en el ondear de las llamas—. Estas abominables almas atienden las instalaciones de la calefacción central del Infierno, realizando un trabajo útil mientras expían sus cargas de pecado.

Zane las miró. Algunas tenían palas que usaban para echar carbón en los fuegos. Donde ellas trabajaban el calor era terrible, pero llevaban delantales de amianto para proteger sus cuerpos. Zane sabía que eran almas con muy poca consistencia física; pero como él estaba sólo en alma en ese momento, le parecían sólidas.

Librodot

—¿Para qué? —preguntó—. Comprendo que el Infierno tiene que estar caliente, pero podría instalar una correa transportadora automáticamente para el carbón...

—Éstas son las almas de gente que abusó de su posición en la vida —explicó Satán—. Tenían puestos de responsabilidad en la industria, supervisando las instalaciones de calefacción de compañías manufactureras, edificios de apartamentos y lugares semejantes. En vez de trabajar con eficacia en beneficio de sus clientes, los expoliaban, negándose a modernizar, aunque sabían que había gente que sufriría por eso. Ahora expían su pecado trabajando en las mismas condiciones primitivas que ellos impusieron a otros en otro tiempo.

Zane observó a los obreros. Su apartamento en la Tierra, antes de convertirse en Muerte, estaba con frecuencia frío en invierno, y siempre había sospechado que el casero aumentaba su margen de ganancias escatimando el fuel de la calefacción. En consecuencia, pudo aceptar el razonamiento de Satán.

—¿Cómo expían su pecado? —preguntó—. ¿Tienen que traspalar un cierto número de toneladas de carbón, o qué? ¿Cuánto tiempo tardan, y qué ocurre cuando han pagado su deuda?

—¡Excelentes preguntas! —dijo Satán, irradiando una animación que superaba la humana—. El período de penalización varía con el individuo. En líneas generales, cada alma debe trabajar hasta que haya sufrido tanto como hizo sufrir a otros durante su vida. Esto puede llevar tiempo; y, por supuesto, algunas almas son incorregibles. No es sólo el trabajo; también la actitud cuenta. El alma debe arrepentirse sinceramente de su maldad anterior. Al fin, cada una de las almas quedará purificada por el sufrimiento y cualificada para ser enviada al Cielo.

—¿De modo que las almas no son condenadas al Infierno por toda la Eternidad? —preguntó Zane, sorprendido.

Satán rió, de nuevo satisfecho.

—¡Por supuesto que no! El Infierno no es más que la última institución de reforma, donde son tratados los casos demasiado difíciles para el Purgatorio. Una persona verdaderamente mala no puede ser curada con métodos suaves. Aquí en el Infierno contamos con los mecanismos para enderezar incluso a las almas más retorcidas. Le aseguro que todas experimentan una transformación profunda antes de ser destinadas al Cielo. Soy un perfeccionista; no libero a ninguna alma antes de tiempo.

El semblante de Satán adquirió un aspecto infernalmente noble. Zane recordó que Satán era un ángel caído; quizá quedara en él algún elemento angélico.

—Pero, ¿qué hay de los errores burocráticos? —preguntó Zane—. Los errores involuntarios son posibles.

—No. No cuando yo intervengo. Puedo garantizar de modo absoluto que ninguna alma defectuosa ha sido enviada del Infierno al cielo.

Librodot

Molly había estado fisgando por los alrededores. Ahora volvió junto a Zane.

—No conozco a ninguno de ésos. Vamos a echar un vistazo a la sección irlandesa.

Pero Satán ya les estaba mostrando el camino hacia otro sector. Abrió una puerta al exterior, y penetraron en un lugar brumoso y desolado lleno de gente cubierta de harapos. Hombres, mujeres y niños de todas las razas caminaban penosamente por una llanura yerma. Estaban demacrados y enflaquecidos. Todos tenían la mirada fija en el suelo.

—Éstos son los derrochadores —explicó Satán—. Tiraron comida buena, intocada, sabiendo que había personas hambrientas en el mundo. Ahora ellos también están hambrientos. Despilfarraron el dinero; ahora sólo tienen lo que pueden encontrar tirado en la calle, los desperdicios de otros. Desecharon buenas ropas en nombre de la frivolidad de la moda; ahora sólo tienen ropas deterioradas, que valoran más que todas las que vistieron en vida. Tienen que ahorrar en la muerte tanto como despilfarraron en la vida, y sus recursos son magros aquí.

Zane se impresionó de nuevo. Una vez se había acercado a un distribuidor automático de toallas de papel en un lavabo público no mágico (siempre había desconfiado de los servicios sanitarios mágicos, puesto que algunos usan los desechos para hacer muñecas de vudú, y eso podía producir verdaderas desgracias en el futuro) y vio que el hombre que estaba delante de él sacaba las tres últimas y las tiraba casi sin usar. Se había enfurecido con el insensible despilfarrador anónimo, pero no le habló porque el

hombre era grande y agresivo. Ahora, en cierta forma, se sintió vengado. Tales personas debían ser castigadas.

—Ya ve, el Infierno desempeña un servicio necesario —dijo Satán, con voz suave—. No queremos que haya patanes despilfarradores esparciendo cosas por el Cielo.

—Tampoco conozco a nadie aquí —susurró Molly—. Creo que esto es una sección de escaparate, no el verdadero Infierno.

—¿Por qué no sale a buscar a alguien que conozca? —le sugirió Satán—. Tengo entendido que usted está aquí como guía de la Muerte, pero si insiste en mezclar sus asuntos personales...

—Vamos ahora al escaparate irlandés —dijo el fantasma, en plan rebelde.

—Tengo muchos más lugares ilustrativos —dijo Satán—. No es muy lógico que nos expongamos a los insultos de los incontrolados caracteres de Irlanda.

—¡Ya salió eso! —exclamó Molly, mostrando su propio carácter incontrolado.

Satán lanzó una mirada a su alrededor como si viese algo que los otros no veían.

—Por ejemplo, la Cocina del Infierno. —Abrió una puerta que daba a una enorme habitación llena de cocineros gordos que estaban horneando, cocinando y mezclando bebidas. Los olores de alimentos frescos eran casi irresistiblemente fuertes, y provocaron hambre en Zane, aunque hacía poco que había comido.

—Tome un aperitivo —le dijo el Príncipe del Mal, cogiendo un destellante vaso de una bandeja que le acercó un elegante camarero y entregándoselo a Zane.

—¡No lo toque! —gritó Molly—. Nadie que coma o beba algo en el Infierno podrá escapar nunca de él.

Las comisuras de la boca de Satán se inclinaron hacia abajo, con afectada tristeza.

—Creía que esa superstición era indigna de alguien como usted, pescadera. No tengo necesidad de atrapar gente en el Infierno. Vienen a mí porque sus almas están cargadas de pecado.

—¿Qué me dice de Perséfone( ) y las seis semillas de granada? —inquirió Molly.

— Le agradeceré que no se meta en mi vida privada — le espetó Satán, y saltaron pequeñas chispas de la punta de sus cuernos—. Ella quería quedarse; las semillas fueron un mero pretexto para salvar su imagen ante su tiránica madre.

—Entonces, ¿para qué es toda esa fantástica comida? —preguntó Molly, haciendo gala de su testarudez irlandesa—. Nunca le da esta clase de comida a mis amigos que se encuentran prisioneros. ¡Estoy segura! He estado aquí antes, usted lo sabe.

—Ha visitado sectores concretos; retazos —le dijo Satán—. No ha visto todo el Infierno ni comprendido en modo alguno su utilidad.

—De eso me quejo —dijo ella—. ¡Usted está ocultando algo, fiera execrable! Se niega a decir para qué es la comida.

Se elevaban volutas de humo de la piel enrojecida de Satán.

—¡Para mis empleados, por supuesto, perra! Ellos reciben tratamiento privilegiado. La comida más refinada, bebidas, diversiones... —Hizo un gesto y apareció un coro de baile: chicas bien proporcionadas que levantaban las piernas al unísono—. Me gustaría suministrarle este servicio en el Purgatorio, Muerte; mis cocineros y mis chicas son capaces de llegar allí.

—Ya tengo mi servicio completo en la mansionmuerte —dijo Zane.

—¡Pero no un personal como éste! No habrá probado nunca las delicias que estos cocineros elaboran, ni el mismo Baco fue agasajado así. Y mi sastre personal confeccionará un traje para usted que ni Salomón en la cumbre de su gloria podría igualar. Y para su diversión nocturna, la Reina del Amor y el Sexo, la propia Isis, lo atenderá...

—¡La Vieja Serpiente intenta sobornar! —exclamó

Molly—. ¿Quién necesita a Isis, esa desastrada, cuando se tiene una mujer como Luna?

Aquello obligó a Zane a volver a la realidad. Se había encandilado en cierto modo con los movimientos de las chicas que bailaban; pero, desde luego, Luna era todo lo que deseaba. ¡Qué suerte que Molly estuviese allí!

—Es verdad —dijo apaciblemente Satán, aunque ahora el calor de su cuerpo lo revestía de vapor—. Pero aún hay otras formas de diversión para las personas exigentes. El Infierno tiene la

mejor biblioteca de la Eternidad, por completo inexpurgada. Muchas de las obras que guarda han sido escritas después de las muertes de sus autores y únicamente están disponibles en el Anexo Literario Infernal. Lo mismo sucede con la pintura y la música. Escuchen lo último de Chopin en el piano.

Una bella música de piano inundó la cámara, su exquisito estímulo elevó el espíritu de Zane.

—Baje de ahí —le dijo Molly, cogiéndole una pierna.

Miró hacia abajo, sobresaltado. ¡Estaba flotando hacia el techo! Como estaba en espíritu, sin cuerpo material que lo mantuviera abajo con su peso, se había elevado literalmente con la maravillosa música.

—¿Por qué me ofrece esto? —preguntó Zane cuando sus pies tocaron el suelo—. Estoy aquí sólo para ver lo que desea mostrarme.

—Es un mero gesto de amistad —dijo Satán—. Ocurre que disfruto haciendo cosas para mis amigos.

—¡La Muerte no es amigo tuyo, viejo tramposo! —dijo Molly.

Satán volvió a sonreír; parecía ser su reacción defensiva.

—La Muerte es un socio de negocios, por supuesto. Ésa no es una razón para mantener relaciones negativas.

—Quiero ver la sección irlandesa —insistió Molly.

Zane suspiró al apreciar la irritación que producía en Satán aquella perseverancia.

—Es mejor que vayamos allí, Lucifer. —El Diablo parecía un compañero agradable, pero no tenía sentido hacer que Molly se enfadara—. Podemos visitar a sus amigos y después el resto del Infierno.

No había cambiado de idea respecto a Luna, pero se dio cuenta de que sería bueno poder acomodarse de alguna manera a las respetables proposiciones que le había hecho Satán.

—Naturalmente —dijo éste con endiosada condescendencia.

Abrió una nueva puerta al exterior, y la atravesaron para entrar en un barrio bajo de Irlanda.

Era invierno, helado y desapacible. La nieve se arremolinaba en el aire, y el sucio fango cubría las inmundas calles. Unos hombres, con pesadas vestimentas, estaban quitando los desperdicios y las cabezas de pescado con palas y escobas inadecuadas.

—Éstos eran ensuciadores —dijo Satán—. Ahora trabajan todo el año para recoger tanta basura como esparcieron en su vida, y para dejar las calles tan limpias como estaban antes de que ellos las profanaran. Por desgracia, la basura tiende a reaparecer.

Molly miró a su alrededor en busca de sus amigos. Esta vez encontró uno.

—¡Sean! —gritó—. ¡Hace un siglo que no te veo!

El hombre hizo una pausa en su trabajo.

—¡La dulce Molly Malone! ¿Cuándo has muerto? ¡Nunca creí que te vería por aquí! ¡No pareces haber envejecido!

—Es porque morí joven de una fiebre y me llevé mi juventud y mi belleza a la tumba.

El hombre la miró apreciativamente.

—¡Seguro que lo hiciste, muchacha! Entonces eras muy pequeña, la expósita más bonita de la calle. Yo daba por seguro que llegarías a ser madre antes de los dieciséis años.

Molly sonrió.

—Lo intenté, pero la vida terminó demasiado pronto. Pensé que mi alma sería condenada al Infierno, después de lo que aquel seductor me hizo...

—¡No a tu alma, querida niña! Eras la petunia en el campo de cebollas, seguro; siempre dispuesta a hacer un

favor al peor de nosotros. Creo que es una vergüenza que murieras antes de tiempo.

—¿Cómo te tratan, Sean? —le preguntó.

—Bueno, esto no es divertido, como puedes ver. Limpiamos y limpiamos, pero la suciedad nunca se acaba; y a veces hace mucho frío, como ahora.

—¿Todavía no has expiado tu carga de pecados? Después de todo, llevas más tiempo en el Infierno del que viviste en la Tierra, Sean, y nunca fuiste un hombre verdaderamente malo, sólo un ensuciador.

Sean se rascó la cabeza.

—No lo sé, muchacha. Ellos llevan las cuentas, y de alguna forma parece que nunca avanzo. Debo de tener una naturaleza muy incorregible.

—Tu guante está roto —dijo Molly con solicitud—. Deja que lo arregle.

Cogió la mano del hombre.

—¡Oh, no! Así está bien, jovencita —dijo él rápidamente, apartando la mano—. Yo lo arreglaré. Tengo que volver al trabajo de todas formas.

Volvió a traspalar ineficazmente en el lodo.

—Como puede ver —explicó Satán, con otra sonrisa—, aquí somos duros pero justos. La gente que se niega a reformarse en la vida, es difícil que se reforme en la muerte, pero la constancia y la firmeza lo consiguen con el tiempo.

—Sí, ya me he dado cuenta de eso —afirmó Zane—. Parece razonable...

Se interrumpió, porque Molly había tropezado y chocó con él, empujándolo contra el trabajador irlandés. Su forma de fantasma era totalmente sólida para su forma espiritual. La mano de Zane golpeó su carne antes de recobrar el equilibrio.

—¡Oh, lo siento! —dijo, disculpándose ante el hombre al que había pegado—. He dado un traspié...

—La torpeza fue de la pilluela —murmuró Satán.

—No tiene importancia —contestó el hombre con aspereza, ciñéndose su abrigo remendado—. Desaparezca y déjeme trabajar.

Satán abrió otra nueva puerta y entraron en un salón confortablemente amueblado.

—Como ve, es mejor no alterar el sistema —comentó.

—Estoy de acuerdo —dijo Zane—. Pero lo que no veo es por qué tendría yo que tomar a Luna. Creo que estoy igual que antes respecto a esto.

—De todas formas —dijo Satán sin perder un momento—, estoy seguro de que Cuando considere los diversos aspectos lo verá a mi manera.

Abrió aún otra puerta; Zane y Molly la traspasaron y entraron en el salón de la casamuerte de Zane. La puerta se cerró tras ellos, convirtiéndose en la pantalla del televisor.

Zane se dirigió a su cuerpo y se sentó cuidadosamente en su propio regazo. Se sumergió en su carne, uniéndose a su continente. Un momento después, abrió los ojos, sólido de nuevo. ¡Fue un alivio!

—Enviaré a mis subordinados para que velen por su comodidad, Muerte —dijo Satán desde la pantalla.

Tras esto, desapareció, dando paso al programa normal de noticias.

TÁCTICA PARADÓJICA

Molly se sentó en el regazo de Zane, puso sus brazos en los hombros de él y le rozó con los labios la oreja derecha. En aquella posición desprendía un ligero olor a pescado y no pesaba en absoluto.

—Oiga, esto no es necesario —protestó Zane, avergonzado y perplejo.

—Pero tengo que darle las gracias por llevarme en su viaje al Infierno —alegó ella—. Conseguí encontrar a un viejo amigo.

Zane se sometió a su abrazo. Después de todo, ¿qué le podía hacer un fantasma a su forma sólida?

—Me encantó hacerlo, Molly. Ahora puede volver...

Sus labios inmateriales pasaron por su oreja como una tenue brisa.

—Muerte... Debo decírselo antes de que Satán se apodere de esta casa —susurró con urgencia.

—¿Qué?

—No, no reaccione. Limítese a sonreír, y aparente que está relajado. Satán está observando. Él no impedirá que le acaricie, porque quiere que se despierte su interés por cualquier otra mujer que

no sea Luna. Así que me haré más sólida para que pueda sentirme. —Ahora pesaba en su regazo—. Usted me eligió como guía y ahora le guiaré. Créame, Muerte; esto es importante.

Zane, asombrado por aquel repentino cambio de actitud, sonrió y se forzó a relajarse físicamente. Molly era un espíritu de buen ver y no resultaba difícil tolerar su proximidad, pero se sentía un poco culpable a causa de Luna.

—Cuando toqué la mano de Sean, no palpé ningún guante —susurró, mordisqueándole en la oreja.

Zane empezó a hablar, pero ella puso un dedo sobre sus labios.

—Aquellas personas del Infierno no estaban vestidas en absoluto —continuó—. Estaban desnudas en la nieve. No están siendo castigadas, están siendo turbadas.

Zane intentó objetar, pero ella hizo que se callara de nuevo, mientras se abría la blusa para mostrar más su hermoso pecho, fingiendo seducirlo. En efecto, el perfume del mar le envolvía, haciendo que él pensara en unas vacaciones en las islas volcánicas del gran Océano Pacífico.

—¡Muerte, créame! —insistió Molly—. Ya lo sospechaba antes, pero nunca se me permitió tocar a mis amigos en el Infierno, ni incluso acercarme a ellos. Los secuaces de Satán siempre estaban vigilando. Esta vez toqué a Sean, y ahora lo sé. Por eso le empujé contra él. Su ropa era una ilusión, ¿verdad?

Asombrado, Zane recordó como su mano había golpeado carne desnuda, aunque el hombre parecía estar vestido por completo. La idea de almas vestidas con ropas ilusorias era extraña, pero en el contexto del Infierno adquiría un sentido fatídico.

—Sí.

Molly dejó que su falda se deslizara para mostrar un poco más sus piernas, luego desabrochó otro botón de su blusa. Zane entendió por qué Sean esperaba que fuera madre antes de los dieciséis. Había muerto a esa edad, pero tenía un cuerpo que sugería la pronta acción del macho. ¡Las doncellas florecen temprano y bien en Irlanda!

—Ahora usted también lo sabe, Muerte. El Padre de las Mentiras le está mintiendo. No está reformando almas, en absoluto. Las está manteniendo para siempre en una vil esclavitud. Nunca las dejará marchar. Y no puede confiar de ninguna manera en su palabra.

La implicación era terrible. Si Satán había mentido sobre la naturaleza de sus procedimientos en el Infierno, ¿sobre qué otro tema podría decir la verdad? Si no estaba reformando almas, ¿qué era lo que Luna, pasado un tiempo, le impediría hacer? Si el Infierno no era un reformatorio y Satán, de hecho, estaba construyendo un imperio, sus razones para eliminar a Luna eran fáciles de imaginar. ¡Bajo ninguna circunstancia debería cooperar la Muerte con el Príncipe del Mal!

—Gracias, Molly —dijo—. Ha cumplido bien su cometido. Lo recordaré.

Librodot

—Salga de aquí inmediatamente —dijo ella—. Busque a Mortis, que es quien puede protegerle mejor. Sé como actúa Satán; sus secuaces se están moviendo en este momento para apoderarse de esta mansión, para asegurarse de que usted cumple sus indicaciones.

—De acuerdo. —Zane se levantó y ella se deslizó hasta quedar de pie, de nuevo ingrávida.

Él se dirigió a la puerta.

Un hombre enorme con gorro de cocinero fue a su encuentro.

—Su comida está lista, señor.

No era su cocinero.

—Volveré a comer a su debido tiempo —dijo Zane, tratando de evitar que le cerrara el paso.

El cocinero puso una mano grande y callosa en el hombro de Zane.

—Pero ya está a punto, señor.

Molly permanecía inmaterial allí en el Purgatorio, excepto cuando se concentraba, pero aquel hombre era tan sólido como un buey. Zane se liberó con dificultad del agobiante agarro.

—Ahora no, gracias.

—Estoy seguro que lo reconsiderará, señor —dijo el brutal cocinero.

Su mano cogió el antebrazo de Zane.

Furioso y poco alarmado, Zane fijó su mirada en la cara del hombre. Sabía que el otro veía la cara de la Muerte, puesto que continuaba de uniforme.

—¿A quién cree que está tocando? —le preguntó torvamente.

El hombre grande palideció, como la mayoría de las personas cuando se enfrentaban a la mascaramuerte, pero se mantuvo firme.

—Ya estoy muerto, no existe ningún daño que pueda hacerme.

Entonces, ¿por qué había palidecido? Zane levantó la mano derecha. Las gemas de su muñeca resplandecieron. Sus dedos cogieron al hombre bajo la barbilla y lo levantaron. El hombre se elevó, convirtiéndose en una especie de delgado celofán; de hecho, era un alma. Zane la dobló por la mitad, luego volvió a doblarla, y finalmente la apretó, formando una bola, y la lanzó a través del suelo hacia el Infierno.

Tras eso, se detuvo sorprendido. ¡No sabía que la Muerte podía hacer algo así! Pero, pensándolo mejor, era obvio, puesto que la Muerte dirigía a las almas a sus puntos de destino en la Eternidad. Cuando tomaba deliberadamente el mando de un alma, ésta se movía según sus deseos.

—Eso estuvo bien —murmuró Molly.

Zane había olvidado su presencia.

—Quizá sería mejor que usted también se fuera de aquí —le sugirió—. Los secuaces de Satán podrían maltratarla.

—Es muy difícil atrapar a un fantasma en contra de su voluntad —dijo, y desapareció.

—Gracias de nuevo por su ayuda —gritó Zane—. ¡Ha abierto mis ojos!

—De nada, Muerte. —Su susurro llegó como tenue brisa.

Se quedó solo.

Fue hacia la puerta, y se encontró con una mujer majestuosa y bella, vestida con lujosas ropas antiguas.

—Soy Elena de Troya —le informó.

Desde luego, Zane estaba familiarizado con los acontecimientos históricos o legendarios relacionados con aquella famosa mujer. Su rostro era el que había hechizado a mil hombres y provocado una antigua y salvaje guerra entre la ciudad-estado de Troya y los grandes ejércitos de Grecia. Como es lógico, ahora Elena servía a Satán más directamente.

—¿Trabaja ahora de prostituta para el Padre de las Mentiras? —le espetó Zane, esquivándola.

—¡Por favor! —gritó la mujer, cogiéndolo del brazo—. ¡Usted no sabe lo que es haber sobrepasado en tres milenios sus años de esplendor! ¡No puede suponer lo que el Señor de las Moscas hace con las mujeres que le fallan!

Contra su buen criterio, Zane se sintió conmovido por su súplica. Podía llevar tres mil años muerta, pero era una criatura adorable.

—No le deseo ningún daño, Elena. Pero estoy intentando mantener viva a una mujer buena y apartada de las garras de Satán. ¿Querría usted traicionar a esa mujer?

Elena lo miró. Las lágrimas que se formaban en sus hermosos ojos surcaban sus clásicas mejillas. Lentamente, su rostro se disolvió y su cuerpo llegó a ser una masa informe. Se convirtió en vapor y su alma se filtró a través del suelo de camino a lo que ella temía.

Le había comprendido. Elena de Troya había sido una buena mujer en lo esencial, y se negó a traicionar a una de su sexo. Entristecido, Zane salió al exterior. Mortis lo esperaba con las luces de la silla parpadeando en señal de urgencia.

Montó y se puso la joya de traducción en el oído.

—Satán ha soltado a los cancerberos.

—Eso suena mal. ¿Qué es un cancerbero?

—Un demonio con forma de animal. Usted no puede plegar su alma, porque no es humana.

Zane lo consideró. Parecía que Satán estaba jugando ahora con una pelota más dura.

—¿Qué puedo hacer?

—Éste no es lugar para hablar, señor. Puedo protegerle si los encontramos de uno en uno.

—¿Cazan en solitario los cancerberos?

—No siempre.

Zane sintió un escalofrío.

—¿Con cuánto tiempo cuento?

—Lleva tiempo recorrer el camino desde las perreras del Infierno hasta el Purgatorio, incluso para las criaturas sobrenaturales. Pueden pasar quince minutos hasta que lleguen.

—Bueno. Tengo que hacer una diligencia. Llévame al Departamento de Archivo.

Mortis galopó hacia el gran edificio del Purgatorio, a través de la pradera.

—No se demore mucho con su asunto —le advirtió el caballo—. Yo no puedo entrar con usted.

—Me reuniré contigo antes de que lleguen los cancerberos.

Desmontó, entró en el edificio, fue directamente al terminal del ordenador y lo conectó.

MI SALUDO, MUERTE, destelló la pantalla. LA INFORMACIÓN QUE BUSCA NO ESTÁ EN MI BANCO DE DATOS.

—De eso no me cabe duda —murmuró Zane.

NINGUNA CRIATURA NORMAL PUEDE DETENER A UN CANCERBERO.

Las noticias se propagaban con rapidez. —Ésa no es mi pregunta.

El ordenador hizo parpadear su pantalla, como si estuviera asombrado.

PERO LE AFECTA A USTED.

—¿Cuántas almas han sido liberadas del Infierno?

PREGUNTA SIN SENTIDO. EXPRÉSELA DE OTRA FORMA, POR FAVOR.

—¡Oh, no carece de sentido, máquina! Según el Príncipe del Mal, él se limita a tratar a las almas para que expíen su carga de pecado, luego las envía al Cielo. ¿Cuántas almas ha enviado hasta la fecha? Una cifra aproximada será suficiente.

Hubo una pausa.

NO HAY INFORMACIÓN, mostró la pantalla al fin.

—¿Qué quiere decir «no hay información»? ¡Tú tienes acceso a los archivos de la Eternidad!

QUIERO DECIR QUE NO HAN HABIDO ENTRADAS DEL TIPO QUE PIDE.

Zane carraspeó.

—¿Ningún alma ha sido liberada del Infierno... en toda la Eternidad.

CORRECTO.

—¡Qué mentiroso más excelente es Satán! —gritó Zane—. Yo estaba seguro de que exageraba, pero creía que debía de haber una cierta base para su afirmación.

LA AFIRMACIÓN NO FUE FALSA. LA ETERNIDAD NO HA TERMINADO.

Zane lo consideró.

—¿Quieres decir que, en teoría, Lucifer liberará almas en alguna fecha futura?

CORRECTO.

—¡Qué ganga! ¡Es un cheque en blanco! Por definición, la Eternidad no tiene fin.

La pantalla se quedó en blanco. Zane apagó la terminal. Se había enterado de lo que quería. Había supuesto que Satán no informaba de todas las almas curadas, reservándose cierto porcentaje, pero la realidad era mucho peor. ¡La Muerte no iba a hacer las cosas como quería Satán!

Mortis estaba fuera, impaciente.

—¿Están ya cerca los cancerberos? —le preguntó Zane mientras montaba.

—Seis.

—¿Puedes superar su velocidad?

Relinchó.

—Puedo distanciarme en una carrera larga porque carecen de resistencia, pero su velocidad en distancias cortas es superior a la mía.

—¿Podemos escondernos de ellos?

—No, captan el olor incluso de espíritus invisibles. Forman el escuadrón de limpieza del Infierno. Nada se les escapa.

—¿Hay algún sitio en el cosmos, accesible para nosotros, adonde ellos no puedan seguirnos?

—El Cielo, quizás.

Zane rió con aspereza.

—¡No metamos al Cielo en esto! Déjame pensar.

—No lo piense más de noventa segundos, Muerte —dijo el semental significativamente.

Zane se sentó y pensó. Le causó sorpresa descubrir que no estaba asustado. Nunca había sido un hombre valiente;

la cólera y la jactancia solían confundirse con el valor. Pero sus actividades recientes en el oficio de Muerte habían apartado de él gran parte de su miedo a morir. No deseaba su propia muerte, pero ahora se trataba de una cuestión práctica más que de temor por sí mismo. Si moría en aquel momento, su sucesor pondría fin a la huelga, tomaría a Luna, y Satán triunfaría. Luna podía ir al Cielo, y tal vez él también, aunque no se consideraba merecedor de eso. Ciertamente, ninguno de los dos se enfrentaba a la condenación. Pero, ¿qué le pasaría al resto de la humanidad si Satán se salía con la suya? Aquél era el reto real de Zane.

Los cancerberos, según parecía, podían matarlo, puesto que eran monstruos sobrenaturales y la magia de su capa-muerte no constituiría un obstáculo para ellos. Podría enviar alguno de ellos de regreso al Infierno como había enviado al cocinero demonio, aunque su alma no estuviera dentro de su jurisdicción. Pero aquello podría ser el final, ya que esas criaturas no tendrían miedo a la Encarnación humana de la Muerte.

Si no podía ocultarse a ellos, ni escapar de ellos, ni luchar contra ellos, ¿qué podía hacer?, ¿quedarse a esperarlos?

Librodot

A su mente llegó la figura formada con cerillas de madera. Cinco dispuestas en pentágono. Entonces se dio cuenta de su significado. Sus pensamientos se movían en círculo, sin conducirlo a ninguna parte ni proporcionarle ninguna solución.

Apresuradamente recolocó las cerillas en una configuración más útil. Las dispuso en línea. Si no podía ocultarse ni huir, tendría que imponerse y, por tanto, luchar; y para eso necesitaba un arma adecuada. Tenía su serie en cadena.

Oyó un ladrido aterrorizador. En el horizonte del Purgatorio aparecieron unos puntos negros, que crecían rápidamente. Los cancerberos ya estaban allí.

Un arma, un arma, ¿qué arma se podía utilizar contra los monstruos sobrenaturales? No su manto ni sus gemas. Necesitaba algo para atacar.

Los seis bultos se convirtieron en grandes figuras caninas de color marrón rojizo, y cada una de ellas tenía la mitad de la altura de un hombre. Sus ojos lanzaban destellos rojos como si fueran pequeñas portillas de horno. Avanzaban a grandes saltos, que recordaban los de los gatos, cubriendo diez metros con cada uno. Sus pezuñas no producían ruido alguno al chocar contra el suelo; incluso en ataques directos mostraban su cautela.

Lo que necesitaba era una buena espada, una hechizada, para matar tanto a criaturas naturales como sobrenaturales. Pero era demasiado tarde para pensar en proporcionarse una.

Los cancerberos rodearon al hombre y al caballo, parándose a estudiar la situación. En un momento, uno o más podrían abalanzarse sobre ellos.

Los ojos de Zane se fijaron en la guadaña. De pronto recordó la manera en que Marte la había sugerido que practicara con ella. No lo había hecho, pues su atención había estado pendiente de otras cosas. Pero él sabía como utilizar una guadaña.

El primer cancerbero se lanzó.

Zane agarró la guadaña y saltó al suelo. El cancerbero pasó sobre su cabeza, evitando el repentino golpe descendente. Aquello le proporcionó unos segundos más.

Esgrimió la guadaña de manera que su enorme hoja quedara en el ángulo adecuado respecto al mango y la dejó así.

—¡Vete de aquí, Mortis! —gritó—. Ésta no es tu guerra.

El caballomuerte se fue.

Zane sopesó la guadaña y sintió su terrible poder. ¡Oh, sí, era una buena arma!

—¡Venid a mí, cachorrillos! —gritó, dejando que la furia que sentía saliera a la superficie; y la terrible cuchilla destelló—. ¡Venid a probar mi fuerza, vosotros, perros, que pensabais atacar a una presa indefensa! Pero cuando lo hagáis, bestias de la noche, sabed que vais a enfrentaros con el Señor de la Noche. ¡Yo soy la Muerte!

Librodot

El primer cancerbero se volvió y saltó otra vez, sin impresionarse. Parecía que matar a Zane era un privilegio del líder. Situó la gran cuchilla hacia arriba, apuntando hacia el cancerbero. El monstruo canino cayó sobre ella.

La brillante punta entró en su cabeza y se deslizó hasta la cola, casi sin encontrar resistencia. La sangre salió a chorros mientras la criatura expiraba. La cuchilla mágica había destruido con eficacia la magia del animal.

Dos cancerberos más, a quienes no había asustado lo ocurrido, atacaron, uno por cada lado. Zane lanzó la guadaña, apartándola del primero y describió con ella un círculo. Chocó con su cuerpo a mitad del camino y lo atravesó como si fuera de nieve.

La parte superior del cuerpo del monstruo salió despedida, dejando la parte inferior en un charco de sangre.

La cuchilla continuó su camino hasta encontrarse con el segundo cancerbero transversalmente. La parte delantera de su cuerpo se separó de la trasera.

Quedaban tres cancerberos. Ahora estaban asustados.

—¿Qué os pasa, chuchos? —se burló Zane—. ¿Os molesta que rechace vuestro ataque?

Uno se adelantó, con las fauces abiertas, y lanzó fuego. Sus dientes y lengua eran tan negros como el hollín.

La cuchilla de Zane se deslizó separando la cabeza de la criatura de su cuerpo. El fuego murió con el can.

Cuatro abatidos; quedaban dos. A Zane le escocía el lado derecho, en el lugar en que el fuego había calentado su manto. ¡Aquel fuego era más penetrante que el del dragón de Humo Caliente! Pero no podía detenerse ahora

—¿A quién suponéis que estáis atacando, hijos de perras infernales? —inquirió Zane, aproximándose a ellos con la cuchilla que había derramado la sangre de sus compañeros—. ¿Por qué maldita arrogancia esperabais causar dificultades a una Encarnación? ¡Fuera de aquí, bribones, antes de que os corte en pedacitos!

Pero uno de los cancerberos se negó a ser intimidado. Cargó, y la terrible cuchilla de Zane cercenó sus cuatro patas de un solo movimiento. Todavía el monstruo abrió su boca para lanzar fuego, así que Zane le cortó el hocico.

—¿Eres lento para aprender? —inquirió salvajemente—. ¡Lárgate o te trataré con menos amabilidad.

El cancerbero, incapacitado, sangraba.

Zane se volvió hacia el último.

—Pon el rabo entre las piernas, chucho llorón, y vuelve con tu derrotado amo —gritó orientando hacia él la brillante cuchilla roja—. ¡Dile que no vuelva a enviar cachorrillos a hacer un trabajo de hombres!

El cancerbero se acobardó al fin, bajó el rabo y se fue corriendo.

Zane sintió debilidad en las rodillas. ¡Lo había conseguido! ¡Había acabado con ellos!

Los había destruido, extrayendo un poder de su oficio del que antes no era consciente. ¡Sus prácticas con la guadaña, mucho tiempo atrás en su vida, habían valido la pena!

Mortis regresó al trote, relinchando.

—Esto ha sido un mérito para el cargo, Muerte —dijo la traducción.

Zane se encogió de hombros.

—Era necesario. Un hombre desesperado hace lo que tiene que hacer. Si hubiese tenido otra opción, la hubiera tomado; pero como tuve que luchar, luché lo mejor que sabía. —Por una vez su temperamento le había servido bien—. Satán me subestimó esta vez; me atrevo a decir que no lo volverá a hacer. Creo que he desempeñado el cargo bien en esta ocasión. No es que me vea como una persona superior, porque no lo soy; es que el oficio de Muerte merece lo mejor que yo pueda darle.

Montó y se dirigieron hacia la Tierra.

—¿Por qué no me hablaste de la guadaña? —preguntó Zane.

—No sabía que pudiera utilizarse contra los cancerberos —admitió Mortis—. Mi anterior amo nunca la empleó de esa manera.

¡Pero Marte lo sabía!

—Es que hay poderes que son inherentes al cargo, con independencia de quien lo ostente y de que hayan sido o no usados con anterioridad —dedujo Zane—. ¿Es posible que haya otros?

—Yo no soy el primer corcelmuerte —relinchó Mortis—. Mis predecesores pueden haber visto cosas que ahora están ocultas. Pero comprendo que el oficio de Muerte varía de forma notable con cada funcionario. El desempeño es básico. En su punto culminante, la Muerte no puede ser obstaculizada por ninguna fuerza del firmamento.

—¡He sido obstaculizado en muchas ocasiones! —difirió Zane.

—¡No mientras sostenía la guadañamuerte!

—Estaba desesperado —repitió Zane.

Pero ya rememoraba el episodio con cierto torvo orgullo. Había sido un loco, pero había destruido al enemigo. La Muerte tuvo poder, cuando decidió ejercerlo. La Naturaleza había insinuado mucho. ¿Qué hubiera ocurrido si se hubiese desconcertado dejando que lo mataran los cancerberos? Pero no; por el contrario, fueron impotentes contra él. ¿No habría cooperado su predecesor en su propia muerte al descuidarse? De no ser así, él estaría en la Eternidad.

Librodot

—Mi inmediato predecesor en el oficio... ¿qué clase de Muerte era? —Zane sabía que había ido al Cielo, pero esto no lo calificaba necesariamente como buen profesional.

—Mediocre, o no hubiese perdido el cargo.

—Me refiero a su forma de desempeñar el oficio. Sé que al final se descuidó, pero esto no significa que trabajara mal. ¿Llevaba al día su programa? ¿Te gustaba?

—Cumplía su programa mejor de lo que lo hace usted —dijo el caballo—. No puedo permitirme un vínculo emocional con ninguna persona determinada.

—Así que no lo sentirás cuando me vaya —dijo Zane—. Es lo mejor. Aprecio el leal y competente servicio que me has dado desde el principio y sé que serás de gran ayuda para mi sucesor.

Mortis no contestó.

Aterrizaron en la ciudad de Kilvarough. Mortis se convirtió en cochemuerte y condujo a Zane a casa de Luna.

Ella lo recibió en la puerta.

—Estaba preocupada por ti, Zane —dijo, aliviada—. Las consecuencias de oponerte a Satán...

—Puedo manejar eso —dijo, sin querer preocuparla informándole de que su vida se hallaba ahora en un gran riesgo. Era seguro que Satán enviaría fuerzas más potentes contra él; pero si Luna se enteraba, intentaría hacer alguna necedad como quitarse la vida—. Sólo he venido para pedirte que te mantengas firme pase lo que pase. Y para recordarte que te quiero.

Su alivio se tornó rápidamente en preocupación social.

—¡Estás en huelga! ¿Te has dado cuenta de lo que eso significa?

—He sido informado con detalle —admitió él—. La gente está sufriendo terriblemente. Pero...

—Están amontonados en los hospitales —lo cortó Luna, con severidad—. Los enfermos terminales no se mueren, y los nuevos pacientes siguen llegando a ritmo normal. Y eso que sólo han pasado unas cuantas horas. ¿Puedes imaginarte que sucederá después de varios días? ¡El mundo no puede seguir por ese camino!

—Sé que es duro —asintió Zane—. Pero la alternativa...

—¿No fuiste tú quién destrozó la habitación de un hospital para liberar a un cliente de una vida dolorosa y sin objetivo? ¡Tú crees en la muerte!

—Creo en la muerte —admitió Zane, viendo eso como una revelación—. ¡Realmente creo! La muerte es el derecho más sagrado de los vivos; es la única cosa que nunca debería ser denegada. Aunque en este caso...

—No es como si pudieran salvarse —continuó Luna despiadadamente—. El hecho de que esa pobre gente no muera, no significa que viva con normalidad. Sólo significa una horrible prolongación del sufrimiento terminal.

—Es verdad —reconoció Zane, con voz débil—. La muerte es sin duda un servicio necesario para aquellos cuya vida ha terminado. Es mejor que sea rápida y sin dolor. Pero...

—He estado pintando un cuadro —dijo ella—. Señaló hacia un caballete que había colocado en el salón. En él se hallaba casi acabada la figura de un niño al que un coche había aplastado la parte inferior del cuerpo. En las proximidades estaban los restos retorcidos de una bicicleta o de una alfombra mágica en miniatura que, evidentemente, el niño había conducido sin cuidado. Zane notó que en los restos se integraban elementos de la alfombra y de la máquina para que el artefacto fuera imposible de identificar, con propósitos artísticos; era un ejemplo simbólico, no realista. Había sido hecho a toda prisa, puesto que Luna llevaba en casa pocas horas.

Lo más impresionante era el aura del niño. Se parecía mucho a un alma a medio salir de un cuerpo torturado, y su agonía era evidente. ¡Qué imagen tan terrible sería cuando estuviera completa!

Desde luego, también era una representación del propio estado de Luna. Había muerto violentamente, pero estaba viva... y sabía que al menos era responsable en parte del tormento de todas las personas que no podían morir.

—Pero si Satán se apodera de la Tierra porque tú no estás para impedírselo, millones de almas que podrían ir al Cielo serán condenadas a esa misma clase de tortura en el Infierno —dijo Zane—. Debo evitar...

—¡No puedo creer eso! —gritó Luna—. El Infierno sólo es un lugar donde son castigadas las almas malas. Con el tiempo, cuando esas almas se han reformado, son liberadas...

—¡No, no lo son! He investigado con el ordenador del Purgatorio...

—Zane, lo he decidido. Quiero que termines tu...

La puerta fue abierta de un empujón. Un hombre de aspecto brutal se precipitó al interior, apuntando con una pistola a Zane.

—Ahora morirás, Muerte, y yo ocuparé tu plaza —bramó.

—¿Cómo ha logrado evitar a mis grifos? —le preguntó Luna, indignada—. ¿Dónde .está mi mariposa lunar!

—Mi Señor Satán los ha inutilizado —dijo el intruso, con un gesto malvado—. Usted será mi primer botín, bella criatura, cuando obtenga el cargo.

Zane se ciñó la capa y se echó hacia delante la capucha.

—¡Ten cuidado, bestia! Soy invulnerable a las armas de los mortales.

—¡Ya no, Muerte! —gritó el criminal—. Usted ha sido declarado profanador de su oficio, y su magia desconectada.

Librodot

Miró siguiendo la línea del cañón de su arma, apuntando el corazón de Zane.

—¡No! —gritó Luna, lanzándose hacia el hombre.

La pistola disparó. La sangre salpicó desde la pierna derecha de Luna, donde alcanzó la bala al desviarse la pistola. Ella se desplomó.

Zane nunca había sido aficionado a luchar, pero su alocado temperamento volvió a hacerse presente. La sangre roja de Luna creció ante sus ojos hasta convertirse en una estrella que estallaba. Se lanzó hacia el intruso mientras la pistola volvía a apuntarle. Una de las manos enguantadas de Zane apartó el cañón hacia un lado; la otra alcanzó la cara del criminal.

El hombre gritó y cayó hacia atrás, soltando el arma. Zane se acercó a Luna, que estaba tendida en su propia sangre.

—Tengo que llevarte a un médico.

—¡Es inútil! —carraspeó—. Los hospitales están abarrotados con los que no mueren. No hay habitación para casos no graves.

—¡Pero puedes desangrarte hasta morir!

Le dirigió una sonrisa a través de su dolor.

—Entonces tendrías que tomar mi alma, Muerte, ¿verdad? Y esto liberaría a todos los demás.

Con renovado horror, Zane se dio cuenta de que estaba en un callejón sin salida. Si hubiese sido asesinado, su sucesor hubiese dado por terminada la huelga y tomado a Luna. Si Luna hubiese sido herida mortalmente, él mismo hubiese tenido que tomarla, porque no hubiera soportado verla sufrir. En ambos casos, Satán ganaba.

—Pero ahora que he visto... —continuó Luna, pero se

detuvo para aspirar aire—... el ansia de Satán por deshacerse de ti, no estoy segura de que deba irme.

—Necesitas atención médica. Yo no sé ni como parar la hemorragia.

—Basta con que me des la gema blanca que está allí —dijo, con una voz que se debilitaba—. Es una piedra curadora.

Zane se levantó para ir a buscar la piedra. Luna la tomó con dedos temblorosos, y tocó con ella su pierna; la hemorragia se hizo más lenta y luego cesó. La carne empezó a normalizarse visiblemente alrededor de la herida.

—Estoy echando más carga sobre mi alma, al utilizar esta magia negra —dijo—. Pero no me preocupo por mí. Pienso que quizás estés haciendo más de lo que yo creía, Zane, y debo apoyarte.

—Eso es cierto —dijo, con cierta brusquedad—. Pero Satán quiere que mueras tú; yo sólo estoy bloqueando eso. Dentro de pocos días se considerará mi petición, y el asunto de tu programación será corregido. Entonces serás libre para vivir tu vida y yo volveré a los deberes de mi oficio.

—En realidad, no veo cómo puedo ser tan importante —dijo ella, poniéndose de pie cuando la herida desapareció de su pierna. ¡Aquélla era una potente piedra curativa!— Debe de ser por algo que mi padre proyectó. Después tomó medidas para que la misma Muerte me protegiera...

—Tú estás bien protegida —dijo Zane—. Ahora debo irme. Ya has sido herida por estar cerca de mí; no quiero que eso vuelva a ocurrir. Puedo protegerte mejor estando lejos de ti.

—Pero Satán puede atacarme en cualquier circunstancia —objetó ella—. Acaba de probarlo.

—Eso no le produciría ningún beneficio, mientras yo desempeñe el cargo. Primero tiene que tratar conmigo.

El criminal a quien Zane había golpeado gimió. Ellos lo miraron. Luna carraspeó y Zane se puso rígido.

No era de extrañar que el hombre hubiera abandonado la lucha tan pronto. Uno de sus ojos estaba sanguinolento. El otro...

—Debo de haberle metido los dedos en los ojos —dijo Zane—. Ni siquiera me había dado cuenta.

Luna le tendió la piedra curativa. Zane la acercó a la cara del hombre, cerca del ojo pinchado. En un momento, el ojo se curó y se aclaró. Luego la puso cerca del otro, el globo ocular subió por su balanceante nervio igual que un yoyo, hasta que se colocó en la cuenca y se afirmó en su lugar.

—Lo siento —le dijo Zane al hombre—. Lo hice sin pensar.

El hombre se palpó la cara.

—¡Me los ha puesto! —exclamó—. ¡Puedo ver de nuevo! ¡El dolor ha desaparecido!

—Sí. No debía haberle hecho eso. Estaba furioso.

—No me gusta usted cuando está furioso —dijo el hombre, poniéndose de pie—. ¡Déjeme salir de aquí! No me meteré más con usted.

Salió dando traspiés.

—Ha creído que lo curaste en muestra de desprecio —dijo Luna—. Eso lo hace doblemente cauteloso respecto a ti. No sabe qué le harás la próxima vez, ni si te molestarás en repararlo.

Zane movió la cabeza.

—Nunca soñé que hubiera tal bestia en mí. Arrancarle los ojos a un hombre...

—Sólo porque quería matarte para ocupar tu lugar, y luego matarme a mí.

Zane sonrió, apenado y arrepentido.

—Supongo que fue por eso. Cuando vi que te disparaba, se fundió un fusible en mi cerebro. Todas mis restricciones civilizadas salieron como el humo de un horno. —Movió la cabeza—. Ahora me iré. No puedo reprocharte que estés horrorizada.

Ella se acercó a él y le cogió las manos.

Librodot

—Zane, has dicho que me amas y no te he contestado. Siento que te debo una... una aclaración. Tú me gustas, más de lo que me ha gustado cualquier otro hombre excepto mi padre, pero las circunstancias...

—Valoro tu sinceridad —dijo él cuidadosamente—. Por supuesto, no estás en situación de...

—Lo que estoy intentando decirte es que puedes evitar que muera, pero el amor es otra cuestión. Hace tan poco tiempo que se fue mi padre, es tanta mi pena... que no puedo...

—Lo entiendo. —Y creía que lo entendía.

Luna sentía un gran cariño por su padre, y aquel hombre había muerto. ¿Podría arriesgarse a amarlo también a él cuando Satán estaba intentando asesinarlo y, ella misma estaba destinada a un fallecimiento prematuro?

—¡Oh, Zane, cuídate! —gritó, rodeándolo con sus brazos y besándolo.

Se oyó un relincho fuera. Mortis estaba haciendo sonar la alarma. Zane se apartó rápidamente y salió corriendo.

—¿Problemas? —preguntó, comprobando la piedra de traducción en su oído.

—Más asesinos —dijo el caballo—. Algunos a quienes supero en velocidad. Otros a quienes no. Es mejor moverse de manera que los encontremos por separado.

Zane montó y Mortis fue calle abajo, sus cascos golpeaban el pavimento sin producir ruido. Zane todavía no estaba asustado. Se hallaba en una lucha cuyo desenlace desconocía; sólo tenía que afrontarla con la esperanza de triunfar. Era como si hubiese un hechizo emocional dentro de él, que le impidiera la entrada al miedo incapacitador. Pero no había magia, sólo la seguridad de estar obrando bien. Esta creencia lo dotaba de una especie de fuerza, sin quitarle su escepticismo realista sobre el resultado. Sabía que su causa era incierta y quizá desesperada, pero no la abandonaría.

—¿Es legal esta campaña contra mí? —preguntó Zane—. ¿No habría una investigación si yo fuese asesinado?

—Satán cumple pocas reglas que no sean convenientes para él. Cuando llegue el momento en que se descubra su juego, habrá conseguido sus propósitos. La Justicia podría perseguirlo, pero él es el ser más evasivo del cosmos.

Lo que significaba que Satán estaba haciendo trampas

otra vez y que probablemente se saldría con la suya. Sólo se cumplía la decimonovena parte de la ley, tanto en la Eternidad como en la Tierra. Zane ni siquiera estaba furioso; sabía que tenía que habérselas con las realidad más que con el idealismo. Él podía tener razón, pero sin su magiamuerte defensiva, estaba completamente indefenso.

Aún recordaba con cuanta rapidez, eficacia y fiereza había actuado cuando Luna fue atacada y cuando los cancerberos habían ido a por él. Todavía quedaba mucho mal en él, que se tornaba en bien al usarlo contra la perversidad de los secuaces de Satán. Ahora tenía algo por qué luchar, se

estaba manifestando un nuevo aspecto de su personalidad, que hacía que se pareciera a Marte. Podía estar lejos del Cielo, pero no estaba indefenso por completo.

Mortis viró con brusquedad.

—Hay uno delante de nosotros —explicó el caballo; luego tomó una callejuela lateral—. ¡Uff! —relinchó, desalentado.

Cuando el caballo intentó eludirlo, Zane lo vio. Un mendigo andrajoso de pie, cerca, interceptándoles, moviendo el brazo como si fuera a lanzar algo.

De repente, Zane sintió que se ahogaba. Respiraba, pero con dificultad. Parecía que no hubiera oxígeno en el aire.

Mortis volvió la cabeza, consciente de que algo andaba mal.

—¡Ha sido alcanzado por un hechizo de ahogo!

—¡Sí! —carraspeó Zane.

Podía hablar, porque había presión atmosférica, pero apenas podía respirar.

—¡La guadaña! ¡Utilice la guadaña!

Confundido, Zane sacó de un tirón la guadaña plegada de su funda, sujeta al caballo. Con los ojos nublados por las lágrimas vio un agujero al final del mango. Puso la boca en él... y extrajo aire oxigenado.

—Es un hechizo de ahogo de pequeño diámetro —explicó Mortis—. No llega a mi cabeza. Por tanto, no afecta al tubo de la guadaña. Sólo le afecta a usted, que no podrá zafarse de él. Pero pierde poder a un metro de distancia. Dentro de pocos minutos se disipará; por lo general, estas cosas no necesitan durar mucho.

Zane pudo apreciar el por qué. Si no hubiese tenido el caballo y la guadaña para sacarlo de dificultades...

A su debido tiempo, el hechizo se disipó como se esperaba, y Zane pudo prescindir de la guadaña y respirar libremente.

—¿Por qué hay un tubo en el mango de la guadaña?

—Esta clase de cosas deben haber sucedido antes —dijo Mortis—. Mi anterior amo lo usó una vez para soplar un dardo; así es cómo lo supe.

¿Habían atentado con anterioridad las entidades sobrenaturales contra la vida de la Muerte? Eso tenía un cierto sentido sórdido. Seguramente, la Muerte no había complacido a todas las partes en todas las épocas durante el transcurso de la Eternidad, y Satán era, obviamente, alguien que empleaba cualquier medio para conseguir su objetivo. De manera que algún ocupante del cargo de Muerte hizo perforar el mando de la guadaña. Muy bonito.

Si la Muerte estuvo asediada, debía de haber sobrevivido. De lo contrario no hubiese podido modificar el mando de la guadaña. Éste era un dato positivo.

No, quizá se hizo para beber agua de un pozo sin cubo, demasiado profunda para llegar directamente a ella. Era probable que nunca lo supiera. ¿Habría otras pequeñas cosas sobre su oficio que debía descubrir? Su permanencia como Muerte dependía de su información.

—¿Con qué otros recursos cuento? —le preguntó a Mortis.

—No lo sé —confesó el caballo—. Tengo la impresión que los poderes del oficio son mucho más grandes que los empleados normalmente, pero su predecesor no los utilizó.

Esto tenía sentido. La Muerte no debía ser derrotada o intimidada por otros, ni incluso por Satán. De lo contrario, el oficio pronto carecería de sentido. ¿Y qué poderes le quedarían si se desconectaba de la magia? ¿Se habría declarado en huelga la Muerte con anterioridad? Si había sido así, ¿cómo lo había resuelto?

Mortis bufó.

—Monstruo interceptando. Creo que no puedo evitarlo.

—No lo intentes —dijo Zane—. Ésta es mi guerra, no la tuya. Deja que me baje cerca del monstruo.

—Usted tiene valor.

—No, sólo hago lo que ha de hacerse. Estoy amurallado por las circunstancias, como el agua en un canal. Si tuviera elección, me deslizaría hacia el campo y me perdería. No soy nada por mí mismo.

—Tiene una elección. Puede renunciar al cargo.

—No.

—Ninguna Encarnación puede dimitir sin perjuicio. Creo que es así como los demás cambian el personal. Se cansan o se aburren y le abren paso a un sucesor.

—¿Sin perjuicio?

—Regresando al estado del alma de esa persona cuando finalizó su vida convencional. Para usted, eso significaría equilibrio.

—Así que podría ir al Cielo o al Infierno, exactamente como hubiera sido si no hubiese matado a mi predecesor. Nada habría cambiado para mí.

—Sí. Desde luego, después de que termine su período de iniciación, su saldo de bien y mal cambiará, y su dimisión sería en otras condiciones.

—Muy interesante —consideró Zane—. No, no puedo dimitir. Mi sucesor tomaría a Luna y Satán ganaría. No puedo permitir que suceda.

—Entonces, es usted valiente. Tiene una salida fácil que usted no acepta.

—Si hubiera una salida aceptable, me decidiría por ella. No es lo mismo.

Mortis se detuvo ante un verde campo de golf.

Librodot

—El monstruo del Infierno nos ha interceptado. Tendrá más posibilidades contra él si continua cabalgando.

—Debes sobrevivir para mi sucesor. Tú no has traicionado tu oficio; no te involucraré más en mi problema.

Zane desmontó, cogió la guadaña y avanzó. Luego se detuvo y volvió atrás.

—¿Qué clase de monstruo es?

—Una mantis religiosa.

—¿Una mantis religiosa? Son pequeñas.

—Mantis cazadora( ). Un secuaz del Infierno nunca reza, pero caza. Es grande.

En ese momento el monstruo apareció. Tenía la forma de una mantis religiosa, pero con una altura de cinco metros. Sus enormes patas en forma de pinza parecían capaces de triturar a un hombre en un feroz apretón. Su pequeña cabeza miraba fijamente a Zane desde su asombrosa altura, buscando el punto para atacar.

Zane levantó la mirada hacia la mantis y se quedó horrorizado. ¿Valor? ¡No tenía ninguno! Pero pensó en Luna muriendo y en Satán apoderándose de la Tierra, y se mantuvo firme.

—Está bien, vete —le dijo a Mortis— ¡Rápido!

El caballo salió como una flecha... y la mantis atacó. Su cuerpo se lanzó hacia adelante con tanta rapidez que se hizo borroso, y sus grandes patas delanteras se enderezaron y se batieron una contra otra, como las del monstruoso insecto que imitaba.

Falló. Sus patas se unieron vacías. Casi vacías, puesto que había unos cuantos pelos de caballo en ellas.

La mantis había ido a por Mortis, el objetivo en movimiento. Zane se había quedado completamente quieto, y por eso no había provocado el ataque del monstruo. ¡Hubo suerte! El caballo se había movido tan súbita y rápidamente que logró escapar; pero aquel episodio fue suficiente para demostrar la ciega velocidad del monstruo. Zane supo que no podría evitarlo. Ni incluso usar la guadaña sin que antes la criatura lo golpeara; sus reflejos no eran lo bastante rápidos.

La sobresaliente y estrecha cabeza triangular se inclinó como si intentara descubrir qué había sucedido con su presa. Después volvió a tomar posiciones para un nuevo ataque. Tenía cuatro patas además del par delantero, y cuatro grandes alas, ahora plegadas a lo largo del enorme cuerpo. La mantis religiosa parecía torpe, como una rama de madera sostenida por zancos, pero Zane la había visto en movimiento. ¡No era más torpe que la lengua de Satán!

Zane había pensado vagamente en mantenerse en su lugar y empuñar la guadaña, pero ahora sabía que eso era imposible. Todo lo que podría cortar con la guadaña era el par de patas de en medio, y mucho antes de que lo consiguiera, las patas delanteras lo atraparían y triturarían. De hecho

Librodot

no podía moverse en absoluto sin provocar el ataque; la marcha de Mortis le había avisado. Entonces, ¿qué podría hacer?

Bueno, podría esperar. Al parecer, la mantis no atacaría mientras no se produjera movimiento. Era probable que no estuviera segura de que Zane vivía y, como el dragón de Humo Caliente, no se alimentase de carroña. Cuando se moviera, sabría que estaba vivo y actuaría en consecuencia, convirtiéndolo en muerto. ¿Qué oportunidad tenía? No podía esperar siempre, ¿o sí?

Era un hombre, con un cerebro de hombre; mucho más inteligente que el monstruo. Estaba seguro de eso. Pero, ¿cómo lograría burlarlo si no se podía mover?

Situó las cinco cerillas de madera ante los ojos de su mente. ¿Ofrecía el esquema alguna solución?

Parecía que no. ¿Y el de las paralelas horizontales? Tampoco. Intentó el pensamiento creativo:

¿Cómo podía burlar a un monstruo que lo destruiría en el momento en que se moviera? Quedarse inmóvil, analizando la situación no era suficiente; con seguridad, la mantis seguiría esperando. Por tanto, si se movía, estaba perdido; y si no lo hacía, también. ¿Qué pensamiento creativo podría sacarlo del aprieto?

No obstante, sus pensamientos revoloteaban sobre la estructura creativa. En el supuesto de que él muriera en el lugar en que se hallaba, y su fantasma inquietara a la mantis religiosa, encontraría una salida; pero entre tanto Satán triunfaría. Necesitaba permanecer inmóvil y vivo al mismo

tiempo que su fantasma inquietaba al monstruo y lo alejaba. Una idea sin sentido.

¿Sin sentido? No necesariamente. Él había salido de su cuerpo por corto tiempo para visitar el Infierno, ¿por qué no hacerlo de nuevo para confundir a la mantis?

Lo intentó pero no sucedió nada. No contaba con ningún fantasma que le ayudase, y probablemente su pérdida de magia también tenía algo que ver con aquello. Su alma estaba ahora firmemente ligada a su cuerpo vivo. Sólo podría salir cuando su vida acabara, y ése no era el camino que quería seguir.

Era una lástima que no pudiera dividirse en dos personas físicas, una que permaneciese allí bajo los vigilantes y facetados ojos de la mantis, mientras la otra...

De repente, lo vio. ¡Quizá podía hacer precisamente eso! La mantis estaba sincronizada al movimiento, rápido o espasmódico, como el de una posible presa intentando escapar. Ésa era la razón de que hubiera atacado al caballo que corría en lugar de a Zane. Pero no persiguió a Mortis, porque después del ataque se había dado cuenta de que no era la presa específica para la que había sido enviada. La presa era Zane; pero la mantis no podía percibirlo de forma adecuada hasta que no se moviera como tal. Éste era el problema de utilizar a un animal para cazar a un hombre; el animal

no podía sobrepasar sus limitaciones perceptivas. Era más fácil para un hombre localizar un objeto en movimiento que uno estático; los ojos de la mantis estaban incluso mucho más canalizados, así que era efectivamente ciega mientras el objetivo se mantuviera quieto, y carecía de talento para deducir que podía atacar al inmóvil y hacer que se moviera.

Zane se movió, pero no como una presa. Se encorvó lentamente dentro de su voluminoso manto, y se lo quitó. Hizo lo mismo con los zapatos negros y los usó para formar un trípode con el mango de la guadaña, que colocó verticalmente cubierto con la capa y la capucha. Era una maniobra delicada, porque había desplegado la cuchilla para ayudar a estabilizarlo y, tensa, porque existían muchas probabilidades de que la mantis percibiera la actividad. Pero la criatura no comprendería aquella actividad, ya que no estaba dentro de los parámetros normales de una presa. Esa limitación de inteligencia volvía a perjudicar al monstruo.

Cuando Zane logró que su espantapájaros se mantuviera razonable, se tendió al suelo, con movimientos lentos, y empezó a reptar como una oruga hacia la mantis. Tanto su velocidad como su dirección engañaron al monstruo; por lo general, las presas corren para alejarse del cazador, no van lentamente hacia él.

La estrecha cabeza triangular permanecía inmóvil, pero Zane sintió sobre sí las singulares facetas del ojo más próximo. Se había quedado con una camisa, pantalones y calcetines negros; un pequeño bulto oscuro que avanzaba poco a poco. Si había calculado mal, lo pagaría al instante con su vida.

En aquella posibilidad había algo que lo inquietaba, y no era el miedo a la muerte. No le asustaba morir en aquel momento. Lo que no quería era que su muerte le proporcionara la victoria a Satán. Pero aún había algo más referido a su posible muerte potencial que rechazaba algo insignificante. Si al menos lograra averiguar qué era...

Por el momento no podía concentrarse en aquello. Tenía que centrar toda su atención a su avance de tortuga, arrastrándose unos centímetros cada vez hacia la mantis religiosa.

Como se alejaba de la capa y la mantis no atacaba, Zane lanzó un lento y estremecido suspiro de alivio. Aceleró... pero volvió a avanzar más despacio cuando captó el leve movimiento de la distante cabeza del monstruo. Se estaba descuidando.

Después de aquello, el avance se convirtió en un trabajo pesado. Se arrastraba hacia adelante de forma estable, con el sistema nervioso en constante tensión. Después de una hora empezó a sufrir alucinaciones. Tenía la sensación de ser un montón de melaza que se extendía, y de que el ojo facetado de la mantis era como el sol, que enviaba sus despiadados rayos para secarlo por completo. Se encontró despreciando a aquella melaza, preguntándose cuándo empezaría a cuartearse y a romperse.

Librodot

Zane se encontró a sí mismo. Aquello podía ser que su alma, libre de su cuerpo, miraba hacia abajo. Podría morir tanto por este abandono, como por la dentellada del monstruo. Satán tenía más de un camino para atraparlo.

Pero aún no se estaba muriendo; sólo estaba soñando. Volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo y continuó avanzando, aumentando la velocidad. La mantis, que quizá ya no relacionaba aquel bulto con su presa, no actuó.

La pata izquierda de en medio de la mantis religiosa, se perfilaba cerca. Zane torció hacia ella, temeroso de que pudiera moverla antes de que él la alcanzara. Se obligó a mantener un paso constante, mientras los minutos se alargaban. El pie, no más que un verdoso y estriado ángulo al final de la pata, continuaba en su lugar. La sección transversal de la pata no era más gruesa que la muñeca de Zane, pero la longitud superaba la de su cuerpo entero; que equivalía a un segmento de ésta. Sobre la rodilla era de una longitud similar y se extendía horizontalmente, aumentando su diámetro. Las patas se insertaban en el torso justo debajo del par de alas delantero.

Al fin el objetivo estaba al alcance. Zane extendió las manos con lentitud hasta casi tocar la delgada pata. Se detuvo para reunir el valor necesario. ¡Había llegado el peor momento!

Después, de repente, sujetó la pata con un firme y doble agarro.

Entonces, la mantis reaccionó, apartó la pata llevándose a Zane con ella. La sacudió, pero Zane saltó hacia arriba y rodeó la pata con sus piernas. Había imitado la táctica de la mantis y la había cogido por sorpresa.

La mantis sería incapaz de ver bien un objeto inmóvil, pero podía sentir lo que estaba en su pata. Intentó quitarse de encima a Zane frotando la pata contra el abdomen. Fue totalmente ineficaz, porque el agarro de Zane era demasiado fuerte.

Ahora el monstruo puso el pie en el suelo e inclinó la

cabeza para mirar. No comprendía aquella clase de ataque. Zane se mantuvo firme, seguro de que allí estaba a salvo de la gigantesca pinza delantera. La mantis tendría que triturar su propia pata junto con Zane, y era muy poco probable que lo hiciese. Por ahora, había anulado sus armas principales.

No obstante, aún no había conseguido su libertad, puesto que no podía marcharse. Había ganado un callejón sin salida, no más. ¿Qué iba a suceder?

La mantis levantó la pata hacia adelante, volviéndola a. posar lo más lejos posible. Después inclinó la cabeza. El largo cuerpo era más flexible de lo que Zane había supuesto.

¡Uff! Ahora Zane estaba al alcance de las fauces del insecto. No podía arriesgarse a permanecer en aquel sitio.

La cabeza se aproximó. Su longitud era casi un tercio del cuerpo de Zane, y en ella se destacaban los grandes y facetados ojos que parecían ocupar un cuarto de la superficie de su cara.

Las largas antenas brotaban de unos puntos situados en el interior de las órbitas de los ojos, y tres pequeños ojos no mayores que los de Zane vigilaban entre las antenas.

Zane no había apreciado antes con tan clara exactitud lo distinta que era la vida de los insectos de la de los humanos. Cinco ojos, de dos tamaños diferentes... Aunque eso debía de tener algún sentido. Obviamente los ojos pequeños eran «visores» y escrutaban al mundo en general, de forma que los grandes ojos especializados podían orientarse a objetivos concretos.

Pero eran las mandíbulas lo que más atraía la inmediata y horrorizada atención de Zane. La boca era como el pico de un gran pájaro, rodeado de finos apéndices. Zane imaginó aquellas mandíbulas cerrándose sobre su carne y perdió el valor. Había pensado saltar a la cabeza del monstruo y agujerear sus órbitas, pero ahora estaba inmovilizado por el miedo y la repugnancia.

Los ojos lo examinaban. Las enormes y facetadas estructuras eran como ventanas sobre profundos y oscuros pozos, que hacían pensar en piedras preciosas talladas. Se vio reflejado numerosas veces en las facetas más próximas y estuvo seguro que aquella era la imagen que la mantis tenía de él. ¡El monstruo podía verlo con mucha más claridad de lo que él lo veía!

La cabeza se movió. Zane gritó y se dejó caer de la pata. Se golpeó la espalda y la cabeza bajó hacia él. Supo la razón de aquello. Había perdido el control.

Pero la cabeza no lo atacó. Fueron las pinzas delanteras quienes lo agarraron, levantándolo. Filos dentados agarraron su tronco, sujetándolo con salvaje autoridad. Se dio cuenta de que la cabeza no lo había atacado directamente; la mantis se alimenta oprimiendo a su presa y desgarrando trozos de carne viva del cuerpo.

Eso era lo que había conseguido. ¿Empezaría a comer por la cabeza o preferiría un jugoso miembro? Probablemente lo último, puesto que a esa clase de monstruos le gustaba la carne muy fresca, y la vida permanece mientras la cabeza continúa en actividad. Incluso podría hacer un agujero en su cuerpo para tomar sangre caliente como aperitivo. Crujir, como el apéndice de un crustáceo que se mastica; después, sentir como la sangre es succionada. Suponiendo que el insecto tuviese lengua, de lo que Zane no estaba seguro.

Esperó indefenso durante lo que le pareció un tiempo interminable. Su mente giraba en torno a la estructura de pensamiento esquizoide, visualizando como sus huesos eran escupidos como las balas de una pistola, y su calavera cascada y abierta para el exquisito final. Su estado de ánimo no mejoró con tal ensayo. Su destino estaba irrevocablemente decidido; lo menos que podía hacer era comportarse de forma positiva.

Desvió su pensamiento hacia otro esquema... y experimentó otro flash creativo . Fue una revelación.

—¡No puedes matarme! —exclamó—. ¡Por eso estás esperando.

Los ojos brillantes se volvieron translúcidos.

—Porque es paradójico —continuó Zane, buscando la racionalidad subyacente en su revelación—. Mi alma está en equilibrio, como estaba cuando me hice cargo del oficio de Muerte, como permanecerá hasta el final del período de prueba. Si muriese, la Muerte tendría que tomar personalmente mi alma... y eso es un desatino.

El monstruo seguía esperando.

—Así que todo lo que me puedes hacer es atemorizarme. ¡La paradoja me protege! También había una forma de zafarse de aquel hechizo de ahogo, y el pistolero disparó contra Luna, no contra mí. No fue casual en absoluto, sino una deliberada superchería. ¡El Padre de las Mentiras no puede eliminarme! Quiso que creyera que me podía matar para que me plegara a su voluntad... para intimidarme. ¡Pero su maniobra ha sido impedida por mi situación paradójica!

Lentamente, la mantis religiosa aflojó su agarro y Zane se deslizó hasta el suelo. Pero él quería estar absolutamente seguro.

—¡Ataca, monstruo —gritó, agitando los brazos—. ¡Trágame!

Le dio una patada en una de sus pinzas delanteras.

La mantis retrocedió.

—¡Tu engaño se ha descubierto! —dijo Zane—. Los engaños de Satán han sido descubiertos. Nada puede matar a la Muerte mientras su alma esté en equilibrio.

Se dio cuenta de que ése era el pensamiento que se le había estado escapando, su situación especial.

El corcelmuerte volvió, pero Zane permaneció meditando un momento más. La Muerte no podía ser asediada mientras su bien y su mal estuvieran equilibrados, porque sólo la Muerte podía manejar tales casos; ¡y la Muerte era él! Difícilmente podría manejar su propia muerte. Su predecesor en el cargo había sobrepasado ampliamente su período inicial; por tanto, no estaba en equilibrio y eso lo hizo vulnerable. Una vez que Zane terminara su período de entrenamiento, su equilibrio entre el bien y el mal se inclinaría hacia un lado u otro; entonces, él también se volvería vulnerable. Seguramente las otras Encarnaciones lo

sabían. Habían traicionado a una Muerte para fortalecer a otra.

Él aún no había vencido. Tenía que conseguir la seguridad de Luna antes de ser vulnerable. De lo contrario, Satán no tendría más que esperar. Pero esta tregua lo habilitaba para presenciar lo que ocurría en la vista con su petición. Eso era suficiente.

Zane montó.

—¡Tenemos una probabilidad de éxito, Mortis! —gritó.

Pero dudaba de que Satán diera facilidades.

AUNQUE SATÁN OBSTRUYA EL CAMINO

Se aproximaban a la casa de Luna. Zane rebosaba de felicidad por las buenas noticias sobre la tregua. Sobreviviría hasta la vista; y, en consecuencia, ella también, y después de que...

La casa estaba en silencio. Los grifos habían desaparecido. Repentinamente preocupado, Zane entró. Luna tampoco estaba.

Había una nota sobre la mesa. Zane la cogió. Estaba escrita a mano, con letras rojas, como con sangre.

Querido Muerte;

La bella Luna está en mi poder. No puedo conseguir que muera, pero sí que desee estar muerta. Dé por terminada su huelga, tome al próximo cliente indicado en su programa y libere a Luna de su dolor. Ella irá al Cielo directamente, donde usted podrá reunirse con ella cuando quiera.

Su más humilde y obediente servidor,

El Príncipe del Mal.

Zane mantuvo la vista fija en el mensaje, absorbiendo sus diversas implicaciones. De repente se incendió en sus manos. Lo tiró, pero no llegó a tocar el suelo. Desapareció.

No cabía duda de que era de Satán. En el momento en que una maniobra le fallaba, el Señor de las Moscas intentaba otra. Ahora que Zane estaba a salvo y lo sabía, Satán lo estaba golpeando a través de la mujer a quien amaba, tanto en la vida como en la muerte. ¡La verdad es que el Diablo no tiene escrúpulos!

¿Estaría faroleando de nuevo? Zane se dejó caer en un cómodo asiento delante del aparato de televisión de Luna, tratando de aclarar su torbellino de dudas. Había algo...

¡Ah! Ya lo tenía.

—Satán, usted olvida que Luna es mi próximo cliente. Iré a rescatarla de sus garras, no a enviarla a la Eternidad.

Miró sus gemas de orientación, que señalaban hacia el lugar en que se hallaba Luna, porque era la primera que tenía que tomar antes de ponerse al corriente con los demás.

El televisor se autoconectó.

—Se ha producido un bye( ), Muerte —dijo el rostro de Satán desde la pantalla. El Diablo parecía sentirse atraído por la televisión—. Vuelva a accionar su reloj y le orientará hacia su próximo cliente.

Zane tuvo un momento de alegría.

—¿Ha decidido prescindir de Luna?

Librodot

—No, sólo la he dejado en reserva. Se irá sin asistencia cuando llegue su momento.

Cuando llegue su momento. Ese momento llegaría cuando Zane finalizara su huelga, salvo que pudiera negarse de nuevo cuando tuviera que tomarla. ¿Qué ganaba Satán con esta maniobra?

—Ella no puede partir sin asistencia —dijo Zane—. Ahora está en equilibrio. Sólo yo puedo tomarla, y no lo haré.

—No se mantendrá en equilibrio —afirmó Satán.

La sospecha de Zane volvió, reforzada.

—¿Qué quiere decir?

—Mis secuaces del reino de los vivos la harán reaccionar en sentido bueno o malo. Probablemente en bueno, y eso la dirigirá hacia el Cielo. Tal como le aseguraba en mi nota. No necesita atenderla en absoluto; limítese a reasumir sus deberes y todo lo demás se arreglará por sí mismo.

A Zane le gustaba aquello cada vez menos.

—¿Usted la torturará y la hará mejor de lo que es ahora? No lo entiendo.

—Medítelo sin prisa —dijo Satán—. Pero no demasiado, querido socio. Mis secuaces terrestres son muy brutales; condenados ya al Infierno por sobrados motivos, les gusta torturar por placer.

La imagen cambió y mostró el interior de una habitación. Allí estaba Luna, atada a una silla, con mirada desafiante. Tres hombres, con aspecto de malhechores, estaban con ella.

—Estáis conectados —dijo la voz de Satán—. Haced una demostración.

Lo pronunció de forma que las sílabas «demo» resaltaron en la palabra final.

Uno de los malhechores sacó un cuchillo de una vaina.

—De acuerdo, Jefe —dijo, aproximándose a Luna.

Zane se sintió bloqueado de pronto por la furia y el miedo. ¡Iban a torturar a Luna de veras! Deseó montar a Mortis y lanzarse al rescate, pero no consiguió apartarse de la pantalla del televisor. ¿Cómo podrían cambiar el equilibrio de Luna con tales métodos? ¿Y cómo podría él terminar con aquel horror cuando su magia lo había abandonado? Estaba en su mano evitar su propio asesinato, pero no traspasar físicamente las barreras que los secuaces de Satán habían erigido para cortar el camino hasta Luna. Satán le estaba apretando bien los tornillos.

El malhechor blandía la navaja ante el rostro de Luna.

—Ruega a Satán que te socorra —le ordenó.

—¡Satán puede ir a socorrerse a sí mismo! —le espetó ella, desafiante.

La navaja se acercó más.

—Una plegaria a Satán puede evitarte muchos sufrimientos. —El malhechor se lamió los labios.

Luna palideció, obviamente aterrorizada.

—¿Qué quieren de mí?

—Sólo tu plegaria —dijo el canalla, mirando de reojo.

—¡Todo lo que Satán obtendrá es mi maldición! —Entonces comprendió la maniobra—. ¡Ya sé lo que quiere! Si le rezo a Satán, me condenaré por un pequeño margen. Si lo maldigo seré premiada por un margen similar. De cualquier forma, mi alma pierde su equilibrio y puedo morir sin la asistencia personal de la Muerte.

—¡Así que se trata de eso! —exclamó Zane—. Está intentando sacarla de mi lista. Cuando mi huelga termine, la matará de inmediato y no podré oponerme a usted nunca más.

—Está aprendiendo —admitió Satán.

—¡Eso no funcionará! Ella ha comprendido sus intenciones.

—Lo veremos.

En la pantalla, el malhechor hizo un súbito movimiento con el cuchillo bajándolo de golpe frente a Luna. Cortó la tela de su blusa. Repitió el movimiento, y cortó más tela sin tocar la piel. En unos momentos, la blusa quedó destrozada por completo, mientras ella continuaba con las manos atadas detrás de la silla.

El delincuente apartó el cuchillo y fue a buscar una caja negra que tenía diales y un par de alambres, terminados en pequeños discos en una de sus caras. Extendió los extremos hacia el torso desnudo de Luna.

—Me pregunto si usted sabe qué clase de dolor se produce mediante descarga eléctrica —dijo Satán en tono intrascendente, dirigiéndose a Zane—. No deja marcas visibles, y su intensidad está perfectamente regulada. Pero puede hacer sufrir un poco...

Los electrodos tocaron la piel de Luna. Ella saltó, gritando de dolor.

—Rézale a mi Señor Satán —dijo el malhechor—. O maldícelo. Entonces el tratamiento se detendrá.

—...o mucho —continuó Satán.

Los electrodos la tocaron de nuevo. Esta vez, el grito de Luna fue terrible. Zane vio que todo su cuerpo se tensaba con el paroxismo producido por la corriente al pasar a través de su pecho.

Cuando ésta cesó, su cabeza cayó hacia adelante, su rostro se cubrió de gotas de sudor helado, sus labios empalidecieron hasta casi desaparecer. Sollozaba de forma intermitente.

—Usted puede librarla de eso, Muerte —dijo Satán—. Sé que no le gusta causar dolor innecesario.

Viéndola como estaba, Zane se sintió tentado. No podía permanecer viendo cómo torturaban a la mujer que amaba. Aquello era peor que las fauces del dragón de Humo Caliente, porque era crueldad deliberada, sin esperanza de inconsciencia o muerte... A menos que él cediera...

—Háblele, Muerte —dijo Satán, persuasivamente—. Dígale que me maldiga, y vaya al Cielo para toda la Eternidad.

Zane dudó. Había tanto en juego...

El malhechor volvió a tocar el pecho de Luna. Esta vez, ella intentó no gritar, pero un angustiado sonido salió a través de su constreñida garganta. Era la clase de ruido que emite un ratón al pasarle por encima el neumático de un coche. Toda la parte de su cuerpo que estaba a la vista, se hallaba cubierta de sudor, y sus ojos se habían quedado fijos con los blancos dilatados.

—¡Luna! —gritó Zane—. ¡Maldice a Satán! ¡No permitas que te haga eso!

Volvió la cabeza lentamente, buscando su voz. Lo había oído. Y Zane supo que la había traicionado; a ella y al mundo.

Luego, Luna se obligó a sonreír, pero sólo consiguió una mueca.

—¡Oh, no, no puedes Padre de las Mentiras! —jadeó—. No puedes engañarme con la voz de Zane. Sé que él nunca me pediría una traición.

Zane sintió como si los electrodos hubiesen tocado su propia carne. Creía en él; pero él había demostrado que no lo merecía. Se había derrumbado, mientras ella se mantenía firme.

El malhechor extendió los terribles electrodos otra vez.

Zane cerró los ojos de golpe. Había visto sufrir a su madre y había actuado para liberarla de una vida que se había convertido en una carga intolerable. Había exonerado a toda una sala llena de ancianos que sufrían. Había tratado en cada caso de aminorar el dolor de la muerte cuando la muerte era necesaria. Toda su adquirida filosofía sobre la muerte, hacía que la considerara como un legítimo fin del dolor. Esta vez era Luna quien sufría, a causa de él... y no tenía derecho a liberarla.

Oyó su estrangulado grito. Mantuvo los ojos cerrados, viendo una explosión de cerillas de madera. Esquemas de pensamiento. ¿Cómo podría cualquiera de ellos resolver el problema presente?

De pronto, la quinta formación destelló en su imaginación: —///—. El símbolo del pensamiento intuitivo. Su mente se concentró, asimilándolo, buscando la salida intuitiva.

—¡Muerte, no te quedes ahí! —gritó.

Se lanzó fuera del asiento, corrió hacia el exterior y se montó de un salto en su caballo que estaba esperando.

—¡Ve a donde está Luna! —gritó, mostrándole las piedras de orientación.

El semental se elevó hacia el cielo. El globo terráqueo giraba debajo de ellos. Entonces llegaron... a un satélite en órbita, con gravedad normal generada por magia. Naturalmente, Satán estaba involucrado en las misiones espaciales, para asegurarse de que ninguna persona se sustraía a su poder por apartarse del planeta Tierra. Pero si los secuaces del Príncipe del Mal habían pensado que allí estarían a salvo de la Muerte, eran tontos.

Apareció un malhechor. Se quedó boquiabierto.

—¡Un caballo en el espacio! —exclamó, asombrado.

—Más que eso, hijo de Satán —dijo Zane torvamente.

—¡Eh, no se puede pasar! —protestó el malhechor—. ¿Dónde está su pase infernal?

Zane se puso frente a él.

—Mortal, mírame —le ordenó.

Por primera vez, el malhechor lo vio como quién era.

—¡La Muerte! —exclamó.

—Ahora apártate, o sentirás mi toque —dijo Zane.

Pero el malhechor recuperó un poco de valor.

—No me matará. Usted está en huelga. Si toma mi alma, mi Señor Satán podrá matar a su mujer.

—Usted ha puesto su confianza en el poder equivocado —dijo Zane.

Se acercó al malhechor, que se estremecía de miedo pero resistió como un perro mestizo.

Zane cogió el alma del hombre y tiró de ella. El hombre se desmayó. Pero el alma estaba tan sólo medio fuera; permaneció agarrada a su cobertura, como lo estaba la de la mujer sometida a la maquinaria de soporte vital. El malhechor no estaba muerto, sólo separado de parte de su alma por el momento.

Zane soltó el alma. Ésta se deslizó elásticamente dentro del cuerpo. El hombre abrió los ojos y miró con aturdimiento a la figura encapuchada que estaba ante él.

—Ve y di a tu siniestro jefe que la Muerte se le está acercando y no será interferida —dijo Zane.

El hombre se puso en pie con esfuerzo y bajó por el pasaje tambaleándose.

Zane lo siguió, más despacio. Pronto, otros tres malhechores intentaron cortarle el paso.

—Mortis —dijo Zane.

El gran caballomuerte, que había permanecido apartado mientras Zane se enfrentaba al malhechor, avanzó. Zane volvió a montarlo.

—Cocea a quien se te ponga delante —dijo Zane, con frialdad—. Han sido avisados adecuadamente.

El semental comenzó a trotar. Sus músculos se ondularon y destellaron sus cascos de acero. La espectral mirada de la Muerte brillaba sobre el enorme animal. El sonido de sus pisadas se intensificó. Aturdidos, los secuaces de Satán le abrieron paso, como conejos ante un lobo. El caballo continuó su marcha.

Uno de los malhechores sacó una pequeña pistola de debajo de su chaqueta. La apuntó hacia Zane.

Librodot

—Tu magia se ha acabado, Muerte —dijo—. Quizá no podamos matarte, pero podemos acribillarte a balazos. ¡Esto te detendrá!

—Hazlo, cretino —dijo Zane y se sujetó con fuerza mientras el corcelmuerte continuaba su avance.

La pistola lanzó una ráfaga.

Las balas rebotaron contra la capamuerte y penetraron en los muros y los aparatos de la estación espacial. Zane permaneció ileso.

El malhechor lo miró con asombro.

—Pero...

Zane extendió el brazo derecho hacia el hombre. Dobló un dedo. El alma del malhechor empezó a salir de su cuerpo como si estuviera atada a una cuerda.

—No creáis todo lo que os cuenta el Padre de las Mentiras —dijo Zane.

Soltó el alma y el hombre retrocedió, jadeando.

Mortis se dirigió al vestíbulo central. La Muerte cabalgaba con arrogancia, invencible en apariencia.

Surgieron dos cancerberos. El primero saltó hacia la cabeza de Zane, con las fauces abiertas, lanzando fuego.

Una pata delantera de Mortis se elevó bruscamente. El casco metálico alcanzó la cabeza del cancerbero. Toda la fuerza del impulso de la criatura la llevó contra aquel casco, machacando su cráneo. Cayó sin vida.

El otro dio la vuelta y atacó desde un lado. Zane extendió el brazo izquierdo. Las grandes fauces del cancerbero engulleron la mano enguantada y se cerraron sobre la manga, cerca del codo.

Zane volvió su cabeza lentamente para mirar a los ojos del monstruo.

—Esto empieza a fastidiarme —dijo, y flexionó los dedos en la garganta del cancerbero, agarrando la parte inferior de su lengua—. Lárgate, bestia, o mostraré mi descontento.

Oprimió la lengua. La criatura lo miró, asombrada. Después, se disolvió lentamente. Zane se quedó con el brazo extendido, ileso, en una nube de humo. Su magia había sido más fuerte que la del monstruo.

Entraron en la siguiente cámara. Allí estaba Luna, aún atada a la silla, medio desnuda.

—¡Muerte! —gritó—. No me tomes.

Zane sabía que no le suplicaba por cobardía. Prefería vivir en la angustia para frustrar a Satán.

Zane desmontó mientras los tres delincuentes que se ocupaban de Luna volvían sus caras hacia él, mirándolo con fijeza.

—He venido para llevarte a casa... viva —dijo—. Pero antes tengo algo que arreglar con estos secuaces del Maligno.

Sacó la gran guadaña de su funda, sujeta al caballo.

—¡No! —gritó Luna—. ¡No mates a nadie! No debes...

—No temas. Sólo les haré un poco de daño, como ellos te han hecho a ti —dijo Zane, desplegando la terrible hoja—. Les cortaré las manos y los pies, pero no morirán. —Sonrió salvajemente—. No, ellos no morirán.

Los canallas, aterrorizados de repente, se apartaron.

Un cuarto hombre entró en la cámara.

—Yo no creo —dijo.

Zane apenas pudo echarle una ojeada.

—No se debe contradecir a la Muerte.

Levantó la guadaña y dio un paso hacia los tres malhechores, que estaban cobardemente contra el muro.

—La Muerte no tendrá ningún dominio —dijo el extraño. Señaló al suelo ante Zane, y salió fuego de allí.

Era, sin duda, un alto funcionario.

—Rescataré a mi amada, aunque el Infierno se interponga en el camino.

Zane pasó la hoja de la guadaña por las llamas y las cortó como si fueran malas hierbas. Murieron un momento después.

El hombre describió un círculo en el aire con un dedo. El espacio del interior del círculo cayó como papel cortado, dejando una ventana que daba a un horrendo horno.

—El Infierno se interpone en el camino. No se meta en cosas que no entiende.

Zane hizo un círculo con su brazo izquierdo, pasando un trozo de su capa sobre la ventana, tapándola hasta que desapareció.

—¿Qué clase de diablo es usted para oponerse a mí con trucos tan tontos y menospreciar mi inteligencia? —Movió la hoja de la guadaña significativamente—. Ni el mismo Diablo podrá obstaculizar a la Muerte nunca más.

La cara del hombre se fundió. De la carne goteante emergió el semblante incandescente del Príncipe del Mal.

—¡Yo soy el Diablo, Muerte!

Zane se quedó sorprendido durante un momento.

—¿Cómo puede estar fuera del Infierno?

—¡Puedo estar en cualquier sitio que me plazca! —exclamó Satán. Una llama ondulante danzaba ante sus facciones—. El mal es inherente a todas las actividades del hombre. Ahora inclínese ante mí y abandone su necia postura, porque su caso está perdido.

Librodot

La duda se apoderó de Zane. Había despachado rápidamente a los secuaces terrestres y bestiales de Satán... pero el propio Satán era otro asunto. Miró alrededor, y vio a Luna aún atada a la silla, con los tres malhechores junto a ella. Uno sosteniendo los electrodos que usaban para torturarla. Una renovada furia lo inundó.

—Entonces, trataré con usted —dijo Zane, enfrentándose a Satán.

El Príncipe del Mal sonrió de forma sardónica.

—¿Conmigo? ¿Cómo se propone hacer eso? Su magia se ha agotado, y usted ya sólo es un hombre.

—¿Mi magia agotada? Eso proclamó usted antes, pero era y es una mentira. No he recibido ninguna confirmación del Purgatorio. Cuento con un caballo mágico, con mis gemas mágicas y mi capa invencible. ¡Nunca he estado sin magia! Usted no tiene más que mentiras, Padre de las Mentiras. Sugiere que puede privarme de mis poderes arbitrariamente. —Zane dio un paso hacia el Diablo—. ¡Satán, ésa no es su prerrogativa! La Muerte está inviolada, como debe ser, no prostituida por los que son como usted. Allí donde la Muerte tiene dominio, el Señor de las Moscas queda excluido. —Zane dio otro paso—. Ahora, déjeme pasar Satán, y disperse los bastardos que trajo aquí. No retrase mi misión, dirigiré mi poder contra usted.

Satán echaba chispas y sus cuernos destellaban.

—Hace un mes, usted era un cero a la izquierda que maniobraba para pagar los alquileres atrasados. La usurpación de una capa y una guadaña no convierte a un don nadie en alguien. Usted tiene delirios de grandeza que pronto serán disipados. Usted farolea, hombre mortal.

Como respuesta, Zane dirigió la devastadora guadaña mortal hacia los tobillos y el rabo de Satán.

El Príncipe del Mal saltó hacia atrás, evitando que lo cortara. Chasqueó los dedos y un centelleante globo de energía flotó hacia la cara de Zane.

—¡Necio! ¡Sentirás la cólera de Satán!

Zane se quedó quieto, incluso sin intentar zafarse del globo. Éste se situó sobre su cabeza, resplandeciendo intensamente, coloreando su visión como lo haría una hoguera, pero no producía calor. En un momento desapareció sin causar daño. La capuchamuerte lo había protegido.

—El farol es suyo, Padre de las Mentiras.

Satán dijo con desprecio:

—Jáctese, hombre mortal, esgrimiendo la guadaña, envuelto en la capa mágica y protegido por el corcel mágico. Ésas son meras herramientas de su oficio. Sin ellas no es nada.

—Vuelva a mentir una vez más —dijo Zane—. No tiene poder sobre mí, ni aunque prescinda de ellas.

Dejó en el suelo la guadaña y se quitó la capa.

—¡No! —gritó Luna desde la silla—. ¡No dejes que Satán consiga disminuir tu poder, Zane!

Ahora, era la fe de ella la que fallaba. Zane sonrió y tiró la capa a un lado. Después se quitó los zapatos y se despojó de los guantes y las gemas.

—Sin duda es usted un necio —se regocijó Satán.

—Entonces todo lo que tiene que hacer es quedarse un poco más —dijo Zane—, y haremos la prueba de mis prerrogativas.

Extendió lentamente su mano desnuda hacia el Diablo.

Satán echó el codo hacia atrás.

—¿Qué idiotez es ésta? Puedo destruirle con un solo chasquido de mis dedos.

—Entonces será mejor que lo haga —dijo Zane—, porque estoy a punto de extraer su alma con un solo dedo.

Extendió más el brazo.

Satán volvió a retroceder un poco, quedándose justo fuera de su alcance.

—¡Necio! ¡Estoy tratando de evitarle la ignominia de ser humillado!

—¡Qué amabilidad de su parte, Padre de las Mentiras! — Zane se inclinó hacia delante lanzando la mano contra el cuerpo de Satán.

El Diablo se disolvió en la nada.

Zane se giró para ver al Príncipe del Mal volver a tomar forma detrás de él.

—Así que está detrás de mí, Satán —comentó—. Lo he cambiado de sitio. ¿Cree que ha mejorado su posición? ¡Golpéeme, Lucifer! ¡Hiera mis sentimientos otra vez! Humílleme. Destruya a la Muerte mientras sea vulnerable. Le vuelvo a dar la espalda para facilitar su castigo.

Y se volvió.

Satán emitió un suspiro.

—Ha prevalecido, Muerte. Descubrió mi farol y me forzó a abrirle paso. Al fin ha manifestado todo su poder.

Zane recogió su capa y se vistió de nuevo.

—¿Quieres saber algo más?

—Si puedo preguntarle. —Satán habló sin sarcasmo—, De una Encarnación a otra, ¿qué le dio la clave?

—El quinto esquema de las cerillas de madera —dijo Zane.

—El pensamiento intuitivo —comentó Satán, captándolo de inmediato—. Eso podría lograrlo.

—Me di cuenta de que si existía alguna forma de que usted interviniera en los asuntos de la Muerte, o de que impidiera el desempeño de su tarea, lo habría hecho desde hace mucho tiempo. Ninguna capa mágica hubiera logrado detenerle a usted, la Encarnación del Mal, la personificación

Librodot

de la magia negra, cuyos poderes de encantamiento no son igualados en ningún lugar de la Tierra. Tenía que ser inherente al cargo, no a sus complementos. La Muerte tiene que ser insobornable, absolutamente segura. Sólo la Muerte puede determinar sus asuntos. Por lo tanto, usted tenía que ser impotente contra mí en esa instancia. No puedo probarlo utilizando la lógica, pero sé que es verdad. Tengo fe en mi oficio.

Satán asintió con la cabeza.

—En efecto, la tiene. Contra esa fe, ni incluso yo puedo prevalecer. Si hubiese escogido otra salida, nunca hubiera podido oponerse a mí. Su poder es inferior al mío puesto que el mal vive después de la muerte.

—Reconozco eso —dijo Zane—. Pero lo encontré a usted en mi propio campo, que no es un asunto de escenario físico. Nunca me engañará allí.

—Usted era un hombre que ejercía su oficio —dijo Satán—. Ahora se ha convertido en el oficio.

—Sí.

—¿Y quién le informó sobre los esquemas de las cerillas de madera?

—La Naturaleza —contestó Zane', y en aquel momento comprendió la importancia de su advertencia indirecta.

—¡Esa madre verde! —gruñó Satán con disgusto, y se desvaneció.

Zane se acercó a Luna.

—¡Largaos, canallas! —les dijo a los malhechores, que se apresuraron a obedecer.

—¿Pero cómo lo hiciste? —le preguntó Luna mientras la desataba y le ponía la capamuerte para cubrirla—. Nadie es más fuerte que Satán, excepto Dios.

Zane se dio cuenta de que ella no había captado todas las implicaciones de su confrontación con el Príncipe del Mal. Luna aún lo consideraba como un hombre; y de hecho, lo era, con un amor de hombre por una mujer.

—Ser fuerte, no es ser omnipotente —le explicó—. Hay seis Encarnaciones, no cinco, si se incluye al Mal. Nadie puede decir con certeza si una Encarnación es superior a otra, pero ciertamente cada una es suprema en su propia bailía. Por tanto, la Muerte no puede ser un impedimento para la administración del Infierno de Satán, por muy corrupta que sea. Satán tampoco puede obstaculizar la actividad de la Muerte. Y ninguna Encarnación puede perjudicar directamente a otra, a menos que una tercera se adhiera por propósito, ignorancia o descuido. Cuando me di cuenta de eso y llegué a creerlo, comprendí sus implicaciones. Satán no tenía poder sobre mí. —Sonrió—. Ni tú. Ahora pasaremos por el Purgatorio para constatar que Satán finalmente ha renunciado a su demanda respecto a tu fallecimiento prematuro. Luego volveré a reasumir mi trabajo.

—¡Eres brillante! —exclamó ella—. Después de la revelación que tuviste, ni el propio Satán es capaz de oponerse a ti. Veo ahora la sabiduría de la decisión de mi padre cuando me entregó a ti. Siento no haber correspondido a la fe que pusiste en mí.

Ella no se había dado cuenta de lo débil que había sido la fe de Zane, antes de su intuición.

—Tuve la esperanza de que Satán no pudiera oponérseme —admitió.

Ella lo miró con asombro.

—¿Quieres decir que no lo sabías?

—¿Cómo se puede estar seguro de una intuición? No hay una conexión directa entre pregunta y respuesta. No podía conocer su validez hasta que no la comprobé.

—¿Así que te desprendiste de toda tu magia y retaste a Satán sin saber que estabas en lo cierto?

—Eso es —confesó con embarazo.

—¿Por qué, Zane? ¡Es el acto más valiente que he presenciado.

—Fue mi último cartucho, cuando me di cuenta de que Satán en persona estaba participando. Si hubiese habido alguna otra manera...

—Antes creía que podía llegar a amarte —dijo Luna—. Ahora estoy segura de ello.

—En última instancia, no lo hice por amor. El amor me aconsejaba que te dejara morir e ir al Cielo, para que no tuvieras que soportar más dolor. Pero yo me sentía obligado a mantenerte viva porque has de salvar de Satán a la humanidad cuando pasen veinte años.

—Sí —asintió ella—. Ahora sé que nunca me rendiré a Satán. He llegado a comprenderle demasiado bien. —Se detuvo, volviéndose hacia Zane—. Otra cosa...

Él la miró. La tortura no había quebrantado su espíritu.

Seguramente que su carne no se había recobrado, pero estaba radiante de belleza cubierta con la capa.

—¿Sí?

Luna lo rodeó con sus brazos y lo besó con asombrosa pasión.

—Esos veinte años hasta que tenga que actuar —dijo—, tú y yo...

—La Vida y la Muerte —concluyó él.

Subieron a Mortis y se elevaron hacia el Purgatorio.

Llegaron a la mansión de la Muerte y Zane condujo a Luna al interior. Ella era mortal, pero de alguna manera él había sabido que podía llevarla consigo esta vez. Podía llevarla a cualquier parte... viva. Ahora era la novia oficial de la Muerte.

Se sentaron en el salón, relajándose, y pusieron la televisión.

Librodot

—La vista solicitada por la Muerte ha sido cancelada —dijo el locutor—. El asunto ha sido resuelto en privado. —En el rostro del locutor se dibujó una sonrisa afectada—. Se rumorea que los cuernos del Príncipe del Mal todavía echan humo.

—Esto era lo que quería verificar —dijo Zane—. Ya es definitivo que no morirás antes de tu hora, Luna. Ahora puedo volver a mi trabajo.

—Es lo mejor —murmuró ella—. Miles de personas están sufriendo. Ellas necesitan verdaderamente tu servicio.

—Le pediré a Cronos que me haga retroceder lo suficiente para que ese sufrimiento sea borrado; los mortales no percibirán ninguna brecha.

—Se hacen conjeturas sobre el futuro estatus de la nueva Muerte —continuó el locutor—. Prácticamente, él ha cambiado su oficio de arriba abajo, produciendo un fuerte oleaje entre el Cielo y el Infierno. Hemos solicitado información a Dios y a Satán, pero ninguno se ha dignado a hacer comentarios.

Zane movió la cabeza con apesadumbrada admiración.

—El Purgatorio tiene una aguda plantilla de periodistas —dijo—. A veces, demasiado aguda, creo.

—Esto es interesante —comentó Luna—. No me había dado cuenta de que fueses una figura tan importante en la Eternidad.

—No lo soy. Este noticiario es personalizado. Estoy seguro de que las otras Encarnaciones reciben las noticias que se refieren a ellas. Podemos apagarlo.

Se levantó y se acercó al aparato.

—No obstante —continuó el locutor—. Hemos podido entrevistar a varios testigos que tendrán que declarar en la evaluación del período de entrenamiento de la Muerte.

La mano de Zane se detuvo cerca del botón.

—¿Testigos?

—Las Encarnaciones requieren un tratamiento especial —explicó el locutor—. Sus poderes son tales que las normales definiciones de bien y mal no siempre son aplicables. Por ello, las otras cuatro Encarnaciones han afirmado que esta Muerte es viable. Ellas testifican que fue sometida a investigación, extraoficialmente, dando una respuesta satisfactoria. Están deseando trabajar con él en cualquier parte de la Eternidad con la que se relacione.

—¡Oh! —exclamó Zane—. ¡Claro que están satisfechos! Ellas me metieron en esto.

—Pero ni mi padre ni ellas te escogieron para que desempeñaras un trabajo permanente —dijo Luna—. Quizá no esperaban que fueses una buena Muerte a ese aspecto.

—Y seguramente les he dado la razón —dijo, con pesar.

—Lo dudo.

—Aunque no hay nada seguro hasta que concluya la investigación —dijo el locutor—, creemos que es justo decir que la recomendación de uno de los testigos claves tendrá fuerza abrumadora.

—¿Quién es? —preguntó Luna.

—Quizás uno de mis clientes —contestó Zane, dudoso.

— Y aquí está —dijo el locutor—. El testigo clave, quien mejor sabe si la carga del alma de la Muerte se inclinará hacia el Cielo o hacia el Infierno cuando inicie su trabajo en condiciones normales.

—¿Quién? —demandó Zane.

La cámara hizo un recorrido hacia el centro de la pantalla para detenerse sobre...

Mortis. El semental.

—¿Y usted qué dice testigo? —preguntó el locutor.

El caballo relinchó.

—¡Esto es absurdo! —exclamó Luna.

—No lo sé —dijo Zane—. Mortis no es un caballo corriente.

—Ahí lo tienen, señores. De la boca del caballo. —El locutor se detuvo—. ¿Quieren la traducción? En seguida. Mortis dice que su nuevo amo ha demostrado una cualidad única entre las Encarnaciones, y ésta por si sola transforma sus errores en aciertos. Tendrá una carga positiva sobre su alma, y llegará a ser uno de los más distinguidos detentadores del cargo. —Volvió a detenerse, mientras Zane se ponía de pie, asombrado—. Felicidades, Muerte. Nosotros los del Purgatorio estamos orgullosos de tenerle con nosotros.

—¡Zane! —exclamó Luna—. ¡Has ganado!

—Pero si todo lo que hice fue intentar hacer más fácil la muerte a las personas —dijo Zane—. Quebranté varias reglas, y me equivoqué con frecuencia.

Entonces, la cámara de televisión se desvió hacia arriba para mostrar el firmamento, la bella cúpula del cielo de la Tierra. En un instante, ésta cambió de día a noche, y miríadas de estrellas titilaron, y aparecieron las imágenes de innumerables ángeles, con un halo brillante cada uno. Todos aplaudían con amabilidad: era el saludo del Cielo. Zane tuvo la sensación que uno se parecía a su madre, y otros a algunos de sus clientes.

La cámara se deslizó hacia abajo para mostrar los fuegos del mundo subterráneo, con su multitud de demonios, todos sacando sus lenguas bífidas. Pero debajo, difíciles de distinguir, estaban las almas condenadas al Infierno, y algunas de ellas le hacían gestos disimulados, deseándole buena suerte.

Zane sonrió, y sintió una alegría tal como la Eternidad.

Librodot

—Gracias, muchachos —dijo y apagó el televisor—. Me conformo con el aplauso de una persona.

Se volvió hacia Luna.

—Siempre. Para siempre —afirmó ella, besándole. —Me pregunto cuál es esa cualidad tan especial que se supone que tengo —dijo, como si se le acabase de ocurrir. —La misma por la que te quiero —afirmó ella.

Zane, otra vez en la rutina de su trabajo, vio que la madre estaba sufriendo terriblemente desde la primera sacudida de dolor, mientras acunaba entre sus brazos a su bebé moribundo. Él aún estaba trabajando con los clientes acumulados durante su huelga, pero no podía dejar que la desconsolada madre sufriese más de lo que tenía que sufrir.

Se situó ante ella.

—Mujer reconóceme —le dijo con voz suave.

Ella levantó la vista, y su rostro adquirió una expresión de horror.

—No te asustes de mí —continuó Zane—. Tu bebé tiene una enfermedad incurable; está sufriendo y nunca se verá libre del dolor. Es mejor que sea liberado de la carga de la vida.

—Usted... usted no diría eso si alguien a quien amara tuviese que irse —objetó ella.

—Sí, lo haría —afirmó Zane, con sinceridad—. Envié a mi propia madre a la Eternidad para acabar con su sufrimiento. Comprendo tu pena y sé qué la ha motivado. Pero tu hijo es una víctima inocente de un acto injusto. —No repitió lo que ella ya sabía, que el hijo había sido concebido por una violación incestuosa y nacido sifilítico—. Es mejor para él y para ti que no se enfrente a los horrores de esa vida.

Sus atormentados ojos lo miraron, y empezaron a ver a la Muerte más como amigo que como vengador.

—¿Es... es de veras lo mejor?

—Samuel Taylor Coleridge( ) lo expresó bellamente —contestó la Muerte, extendiendo sus manos para tomar el alma del niño—: Antes de que el pecado pudiera convertirse en destrucción o dolor, la Muerte llegó con amistoso tacto; al brote que apuntaba se llevó hacia el Cielo, y le rogó que floreciera allí.

Mientras hablaba, extrajo la leve alma. Supo, incluso antes de analizarla, que iría al Cielo, porque ahora él tenía poder discrecional en tales casos.

—Usted no es como yo me lo imaginaba —dijo la mujer, recobrando cierta estabilidad ahora que la decisión había sido tomada—. Usted tiene... —Dudó, buscando la palabra adecuada—. Compasión.

Compasión. De repente, comprendió. Ésa era la cualidad que había aportado al oficio de Muerte; algo de lo que antes carecía el oficio. Se sintió bien al darse cuenta de que los retrasos que se

había permitido y las reglas que había quebrantado podían ser interpretados positivamente. Él cuidaba de sus clientes, se esforzaba por conseguir lo mejor para ellos dentro de los espantosos parámetros de su oficio, y ya no se avergonzaría más de admitirlo.

Sabía que le habían dado aquel cargo por razones ajenas a sus cualidades. Pero había vencido a sus limitaciones y sabía que podía desempeñarlo con bastante eficacia en el porvenir.

—La Muerte llegó con amistoso tacto... —repitió mientras ponía el reloj en marcha para el próximo cliente.

Le gustaba la idea.

FIN

Librodot